



UN ÁNGEL CON COLMILLOS

María Alejandra Bravo

UN ÁNGEL CON COLMILLOS

M. A. BRAVO

Sinopsis

Alessandra pensaba que lo tenía todo. Padres cariñosos que cada día se enamoraban más el uno del otro, dos hermanos mayores que la apoyaban y la protegían, amigas incondicionales, un novio de ensueño, una abuela cómplice y le iba bien en la escuela; a sus quince años estaba exactamente donde quería estar.

Pero eso era antes de enterarse que había estado viviendo una mentira y que el momento en el que había nacido, había marcado su destino.

Después de enterarse de ese extraño secreto, Alex deberá enfrentarse a una horda de vampiros que le ha puesto precio a su cabeza, a un demonio que la atormenta en los confines de su casa, al descontrol de las nuevas habilidades que ha ganado, a ser enviada a un campamento para que le enseñen a utilizar su magia y al desastre en que se convertirá su vida personal.

¿Podrá la joven de quince años enfrentar todo lo que se le irá presentando?

Capítulo 1, Noche de Año Nuevo.

Era un buen día para salir a disfrutar, la luna estaba hermosa: grande y brillante sobre el cielo despejado, en el jardín estaban todos mis familiares y vecinos reunidos por una gran ocasión – celebrar el año nuevo – yo vestía de gala y estaba lista para disfrutar de la velada; sin embargo seguía sentada en mi cama, acorralada por las cuatro paredes de mi habitación favorita en la casa, mi cuarto, viendo por una de las decoradas ventanas como los demás se divertían a mis pies... Sin embargo, no eran las paredes de mi habitación las que me detenían, eran mis muros mentales los que no me dejan salir a “disfrutar” con aquellos a los que he llamado familia durante 15 años y vecinos desde hacía 10 años y medio, ¿Por qué mi mente se quería mantener alejada de esa gente?

Oh, ya lo recuerdo, pensé recuerdo perfectamente la razón, no era otra sino que la hipocresía y el falso cariño eran comunes entre ellos, que sólo decían algo para luego desmentirlo a tus espaldas, donde el único cariño verdadero estaba en mi círculo, aquellos que vivían conmigo. Sabía que la única que comprendía como me sentía era mi abuela – creo que ella tampoco encajaba con todo el protocolo que significaba pertenecer a la familia Soriani – ella decía siempre lo que pensaba, vestía como quería y no dejaba que la controlaran. Sentía una inmensa admiración por aquella dama hoy vestida de negro, a sus 60 años de edad y aun así luciendo fantástica. Yo creo que debería empezar a... pensé mientras la puerta de mi cuarto se abría.

- ¡Alessandra! ¡Aquí estás! Llevo toda la noche buscándote – se acercaba a mí una mujer alta, tostada por el sol, con unos ojos marrón intenso y cabello que hacía juego con ellos, vestida con un hermoso vestido color champán y con expresión de desagrado – ¡Es hora de que te dignes a bajar! Todos esperan por verte, en especial ese chico, – divagó un momento – Lucas.

- Mamá, te juro que ya estaba terminando de retocarme – tomé un labial que tenía junto a mí y fingí cerrarlo mientras ella negaba con la cabeza.

Mi madre me tomó de la mano y me llevó al pasillo, deteniéndose frente a un espejo que mostraba el reflejo de una adolescente en un vestido un poco más

arriba de la rodilla, ceñido completamente a su delgado cuerpo con curvas que recién comenzaban a formarse, de un color azul cielo que destacaba el color claro de su piel, el cabello castaño claro – me habían dicho que era el color del caramelo líquido – le colgaba por debajo de los hombros y sus ojos color esmeralda brillaban a la tenue luz del pasillo. Mi reflejo me sonrió con pocas ganas y luego me guiñó el ojo.

- Estás bellísima, hija— dijo mi madre con orgullo en su voz.

- Gracias, mamá, ¡tú también estás preciosa! Pero no es momento para cursilerías, así que mejor bajemos y disfrutemos con tus invitados — dije girando los ojos levemente, luego abracé a mi madre y la seguí por el pasillo hasta llegar a la gran escalera que llevaba al recibidor de la casa.

Allí nos esperaban cuatro caballeros vestidos perfectamente para la ocasión, mi padre, Román Soriani, un hombre de 37 años de edad, blanco caucásico, de ojos verde esmeralda iguales a los míos, cabello rubio con algunos toques canosos peinado hacia atrás. Estaba vestido de blanco: pantalones blancos, una camisa blanca, cubierto por una blanca chaqueta que apenas dejaba ver una corbata negra, sostenía una sonrisa grande y sincera, él ayudó a mi madre mientras terminaba de bajar las escaleras, con tanta humildad y galantería jamás pensarías que el señor era el dueño de la cadena de joyerías más importante y exitosa del país, o que él mismo diseñaba la mayoría de las joyas. Yo, mientras mi padre ayudaba a mi madre, estaba petrificada mirando a los demás.

Los otros tres caballeros me siguieron con la mirada, dos con una inmensa sonrisa de satisfacción y el otro con una sonrisa atontada, uno de los chicos de sonrisa satisfactoria se acercó rápidamente a mi subiendo las escaleras de dos en dos, mi querido hermano Eduardo de 16 años, lucía encantador vestido con un smoking negro al puro estilo de James Bond, llevaba su cabello rubio peinado hacia atrás – al igual que mi padre –, y sus ojos dulces queriendo pretender algo más. Tomó mi brazo y lo entrelazó con el suyo al mismo tiempo que me susurraba en el oído:

- ¿Quién diría que mi hermanita haría otro intento para saltarse la fiesta de fin de año? ¡Ya había considerado llamar a casa de Elisa o la policía! – dijo él con un brillo burlón en sus ojos color chocolate.

- Hey, eso solo fue una vez y fue porque mi mamá me quería obligar a usar ese horrible vestido escocés... Además ¡Tenía nueve años y solo pude llegar a la

estación de autobús antes de que la abuela llegara! — Le dije a mi hermano mientras él esbozaba una sonrisa — Que raro que no has traído a ninguna de tus amiguitas para año nuevo — Eduardo coleccionaba serpientes, era su pasatiempo y su pasión.

- Si claro, ¿Y hacer que mamá grite por toda la casa? Preferí saltarme esa escena... Pero sólo por hoy — dijo mientras se volteaba para guiñarme un ojo.

Seguimos descendiendo por la escalera de una manera lenta y tranquila, como mi madre alguna vez me enseñó que descendían las señoritas, lo cual me dio tiempo para detallar a los dos chicos que esperaban abajo.

El primer chico lucía relativamente pequeño al lado del otro, un metro setenta quizás, cabello negro y por encima del hombro, ojos grises y dientes perlados, estaba vestido de negro, con una corbata gris que hacía juego con sus ojos, él era Lucas, mi Lucas, mi novio desde hacía 10 meses, mi novio que no dejaba de verme con la boca abierta, mi novio que también era mi vecino, aquel chico que me había recibido amablemente cuando me mudé. Sonreí al pensar que estaba con esa tarada mirada siguiendo cada uno de mis movimientos.

El otro chico media casi un metro noventa, con un color de cabello igual al mío, él no lo llevaba hacia atrás como mi padre y Eduardo, pues adoraba su cabello despeinado, sus ojos eran marrones como el chocolate, y estaba vestido con un pantalón de vestir negro y una chaqueta blanca que dejaba vislumbrar una corbata negra sobre una camisa blanca, si, sin duda era mi hermano mayor, Eliot de 18 años.

- Oh mi dios, ¡Estás aquí! ¡No puedo creer que estés aquí!

Dije yo saltando eufóricamente los últimos pasos de la escalera y aterrizando encima de mi hermano — pirueta difícil si vas en tacones, créanme — cuando nos mudamos a Northdeadvile, estuvo con nosotros dos años, luego le pidió a mis padres que lo transfirieran a una escuela de mayor tamaño. Ellos se lo concedieron y lo enviaron a una hermosa escuela primaria y secundaria en California, donde ha vivido con una tía materna desde entonces y por eso — y porque ama el surf, claro — goza de un bronceado espectacular. Sin embargo, ese año terminaba la secundaria; lo cual le permitiría volver a casa.

- ¡Ay, hermanita, te he extrañado tanto! — Dijo él alzándome en sus brazos y abrazándome fuerte.

- ¡Y yo a ti, hermano! ¡Han pasado tantas cosas desde tus cortas y esporádicas visitas! ¡Tengo tanto que contarte! – Le dije mientras me soltaba de su agarre. Sólo hablábamos así mientras nuestra madre estaba cerca, lo encontrábamos divertido.

- Te aseguro que tendremos tiempo de conversar y jugar – lo dijo como si yo todavía tuviese cinco años, aunque ya estaba acostumbrada ¡Todos en me trataban como a una bebé! – Pero por ahora deberíamos unirnos a la fiesta que tiene lugar en el jardín; ¡Es increíble que la familia anfitriona siga aquí!, bueno todos menos la abuela.

Eliot siguió a mis padres que ya iban caminando hacia el jardín, Eduardo me guiñó un ojo y los siguió, mientras los veía marcharse me di cuenta de que había olvidado completamente la presencia de Lucas, que para mi sorpresa ya estaba frente a mí, con una rosa roja en sus manos – detalle que antes no había notado – Se acercó a mí, puso la rosa entre mis dedos y me besó suavemente, como solía hacer siempre para un saludo.

- Hola, princesa, ¡Estás realmente radiante esta noche! – Dijo él poniendo fin a nuestro corto beso mientras yo me recostaba en su pecho, inmediatamente él acarició mi cabello suavemente; sonreí para no preguntar si creía que estaba radiante solo esta noche.

- Gracias, Lucas, ¡Tú también estás divino! ¿Tu madre tuvo algo que ver con este traje, cierto? ¡Lucas genial en el! – dije más por regresar el cumplido y por tener algo que decirle, a pesar que pensara que el comentario era estúpido.

- No, este año mi madre no tuvo nada que ver con mi elección, al parecer, ya tengo edad para decidir que ponerme – La madre de Lucas era una importante diseñadora de ropa – Aunque de haber sabido que tu estarías de azul, ¡hubiese combinado la corbata, bebé! – Ash, como odiaba que me llamara así.

- Ja, ja – le dije con la risa más irónica que encontré y me despegué de su pecho para mirarlo a esos hermosos ojos grises que tanto me gustaban – eso no es necesario Lucas, no somos Brad y Angelina, está bien que luzcamos distinto, ven; vamos a la fiesta.

Coloqué la rosa sobre una mesa del recibidor y dejé que Lucas me tomara por el brazo, justo como había hecho Eduardo en las escaleras, y lo conduje hasta el jardín de la casa. Era la primera vez que veía el jardín en todo el día – omitiendo el

pedazo que había visto por la ventana de mi cuarto.

El césped estaba cubierto por madera, un inmenso toldo se extendía a lo largo y ancho del jardín dejando descubierta la pista de baile a la luz de la luna, debajo del enorme toldo estaban las mesas y el servicio de meseros, gente parloteando y bebiendo, al costado izquierdo estaba la mesa de postres — mi mesa favorita — este año, eran tres mesas juntas, exponiendo fuentes de chocolate, dulces reposteros, tortas, chocolates y un sin fin de especialidades que harían que cualquier modelo se desmayara de tan solo pensar en la cantidad de calorías que había sobre esa mesa. Al costado derecho estaba el bar, con algunos adultos sentados allí, y en el medio, se podía observar la banda de músicos orientados hacia la pista de baile, que, salvo por dos parejas, estaba tristemente vacía.

- Wow, esto es increíble – dije abriendo los ojos de par en par, tal cual como lo hacen los niños cuando entran por primera vez a una dulcería – ¡Esto está genial!

- ¿Amor, vives aquí y no lo habías visto? – Me dijo Lucas con un tono incrédulo mientras soltaba mi brazo y se situaba frente a mí.

- La verdad, no – dije avergonzada y agachando la cabeza entre mis hombros. Él rodó sus ojos haciendo que mi buen humor se disolviera.

- Bueno, amor, voy a ir a la mesa donde está mi mamá... ¿Prometes bailar conmigo luego?

- Claro, Lucas, como tú quieras – la última frase que dije fue solo para mí, Lucas ya se había marchado.

Estuve vagando por todas las mesas – menos por la de Lucas, evitaría ese baile a toda costa, él no era un buen bailarín y pensaba que sí lo era – saludando a mis vecinos y familiares, pasando por la mesa de postres, parloteando aquí y allá, regresando a la mesa de postres.

Sinceramente no prestaba mucha atención a las conversaciones, yo solo asentía con la cabeza y sonreía; ¡Estaba buscando a las únicas dos personas con las que quería hablar y no estaba ninguna de las dos! ¿Dónde se podía haber metido mi abuela? Hace 15 minutos estaba a la vista de todos, y ¿Dónde rayos estaba Eduardo? Eran casi las 23h30, en 25 minutos empezaríamos con la tradición de comer 12 uvas, una por cada campanazo que sonara después de las 12 para inaugurar el año nuevo, según la tradición cada uva te concedía un deseo; pero

bueno, si tuviera un deseo, ¡Ese sería encontrar a mi abuela o a Eduardo antes de la medianoche!

Decidí entrar a la casa – ya había recorrido todo el jardín en su búsqueda –, crucé la terraza y tomé el corredor que se dirigía a la biblioteca – donde estaba la escalera que llevaba al sótano, el cuarto de mi abuela – mi abuela no dejaba que nadie pasara a su cuarto, sólo yo cuando me lo autorizaba y a Eduardo una que otra vez. Ella era muy delicada con sus cosas.

Cuando entré a la gigante biblioteca y puse mis manos sobre el picaporte que me revelaría la escalera de madera en forma de caracol que daba al sótano, todas luces se apagaron de golpe. Todo quedó negro. En ese instante escuché el grito de niños y señoras provenientes del jardín, hice afán de moverme hacia la puerta por la que había entrado, pero se escucharon unos pasos fuertes provenientes de la escalera que hoy no había podido ver; inmediatamente di un salto hacia atrás, pudiéndome colocar detrás de uno de los muebles de la biblioteca.

Pasaron alrededor de 5 segundos en los que pude calmar mi respiración antes que la puerta – en la cual yo había estado segundos antes – se abriera de golpe y figuras surgieran de ella. Con toda la oscuridad que había pude distinguir que primero salieron dos hombres que debían medir como dos metros – mínimo – completamente vestidos de negro y después salió otro cuerpo de negro, pero este tenía un blanco cabello largo de mujer, me costó un momento reconocer que era mi abuela la que iba caminando hacia la puerta sin siquiera mirar al suelo; después que ella salió la siguieron unas cuatro figuras negras y después una quinta se giró en mi dirección mientras cruzaba el umbral de la puerta, pude distinguir como unos ojos verde pálido se posaban en mí, tornándose rojos como el carmesí.

En un parpadeo, todo quedó oscuro de nuevo.

Y después... Nada.

Caí inconsciente.

Capítulo 2, De sueño a Pesadilla.

Estábamos reunidos en grupos de cinco en clase de Literatura – aunque el salón estaba dividido en filas de tres en tres -, discutiendo los posibles finales que pudieron tener Romeo y Julieta si el fraile le hubiese dado a tiempo la carta al moso de Romeo y este se la hubiera entregado a su amo antes de que partiera para Verona... O algo así, tenía dolor de cabeza.

Yo estaba con mi grupo habitual; Charlotte, una chica de metro y medio, de tez blanca, con el cabello naranja y unos ojos casi tan oscuros como la noche, se había parado de su asiento y estaba discutiendo ferozmente con el profesor, el Señor Fontun, su discusión era de lo más cómica ya que él era increíblemente alto y se tenía que agachar para poder mirar a Charlotte, ella le decía como sería el “perfecto final feliz de Romeo y Julieta” mientras él negaba con la cabeza y decía que Shakespeare ya estaba muerto y que ella no podía cambiar esa historia.

Cuando la pequeña Charlie – mis amigas y yo le decíamos así desde que la conocíamos – se empezó a poner roja como un tomate, Claudia, una chica de metro sesenta y algo, con la piel como miel, cabello negro rizado y ojos marrones, se le acercó y la puso de nuevo en su asiento, el Señor Fontun hizo una mueca de agradecimiento a Claudia y esta se la devolvió, regresó a su asiento al lado de nuestra molesta amiga.

Natasha, de piel morena oscura, ojos marrones claros y cabello completamente liso de un color castaño oscuro; estaba sentada a en el medio de Charlie y Claudia; por su parte Elisa, que media exactamente lo mismo que yo, tenía el cabello dorado con dos mechones negros ocultos en la parte de atrás, ojos azul hielo y la piel que una vez había sido blanca papel, ahora estaba bronceada; ella se sentaba a mi derecha, quedando junto a la pared, las tres habíamos observado el espectáculo que había hecho Charlie y como Claudia la había calmado, cuando el profesor se volteó para copiar la asignación en el pizarrón, comenzamos a hablar.

- ¡No lo soporto! ¿Quién se cree que es para limitar mi imaginación? ¡Él dijo que podíamos jugar con el final a nuestro gusto! – Comenzó Charlotte en un tono

bajo, pero molesto.

- Calma, Charlie, ¡Ignóralo y ya! – Le dije yo ¡Gran error!

- ¿Que lo ignore? ¿Alex, me estás diciendo que lo ignore? – Dijo esta vez casi gritando.

- ¡Shh! ¿Quieren que nos impongan un castigo o que nos manden tarea extra por estar criticando al profesor? – Nos reprendió Claudia cuchichiando.

- Bueno... – Había comenzado a decir Elisa, pero alguien tocó la puerta del salón y nos interrumpió, cuando se abrió las chicas voltearon a ver quién era, pero yo volví a mi asignación, después de todo, siempre terminaba de última.

- Buenos días, Señor Fontun – dijo una voz masculina, fuerte, pero a la vez sutil, mis instintos normalmente me hubieran hecho alzar la cabeza para ver de quien se trataba, pero realmente quería terminar con la asignación.

- Buenos días, que desea el ¿Sr...? – Respondió amablemente nuestro profesor. Cuando el chico dijo su nombre, la mitad de mi salón suspiró, yo no llegué a oírlo, lo dijo extremadamente bajo y yo me sentaba en la parte opuesta a la puerta.

- Sólo estoy buscando mi aula de clases, me dijeron que usted estaría por esta clase, lamento llegar tarde.

- No se preocupe, ¿Es usted un nuevo alumno? ¿O lo han transferido?

- Me transfirieron de una pequeña secundaria del centro del país, ¿Esta es la clase de...?

- Clase de Literatura, pero en unos instantes sonara el timbre y quedara terminada, ¿Por qué ha sido transferido? – El Señor Fontun estaba interrogando al chico que seguía en la puerta cuando empezó a sonar el timbre – Bueno, fue un placer, supongo que me contará la historia del por qué en la próxima clase, nos vemos – el profesor se fue y yo podía escuchar los pasos del extraño cada vez más cerca, cuando los oí detenerse enseguida encontré a una voz diciendo:

- ¿Puedo sentarme?

La voz que antes había sonado lejana, pero clara, ahora zumbaba en mis

oídos, sin alzar la vista – todavía terminaba de copiar la asignación que había dejado el Señor Fontun, respondí – Si, como gustes – escuché como el chico se arreglaba en el asiento cercano a mí, pero me percaté que Elisa no se había movido y estábamos en el descanso que había entre clase y clase.

- Elisa, ¿Por qué sigues en el salón? Sonó el timbre y estamos en descanso o ¿Yo estoy alucinando? ¡Tú siempre terminas de copiar cuando lo hace el profesor! – dije alzando la cabeza para encontrarme con una Elisa completamente sorprendida, tenía las pupilas tan dilatadas que casi no se podía ver el azul de sus ojos y tenía la boca entre abierta – ¡Lisa! ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa mirada?

Elisa no se movió, solo alzó una mano delgada y señaló hacia mi izquierda, cuando gire la cabeza, vi que todas, y hablaba de TODAS, las chicas del salón estaban en sus asientos mirando fijamente a los nuestros casi con la misma mirada que tenía ella, cuando vi más cerca; lo comprendí.

Él llevaba una camisa negra holgada, pero se le ceñía en los brazos, pantalones oscuros y un collar tejido que al final tenía algo blanco y alargado. Tenía el cabello castaño claro, un poco más claro que el mío, y con la luz se le veían unos destellos dorados, el cabello lo tenía ligeramente despelucado, la parte de adelante le llegaba a los parpados y la de atrás pasaba un poco de los hombros, era un poco rizado, un rizo aquí y otro allá; sus labios rosados eran un poco gruesos pero sin exagerar, sus ojos estaban cerrados y tenía puestos unos audífonos blancos, en sus manos manejaba algo pequeño y también se podía vislumbrar el mismo cable blanco que llegaba a sus orejas.

Ok, ¡Que hermoso! Y por andar de “aplicada” ¡Ni su nombre escuché! Me reprimí. Ahora comprendía por qué ninguna de mis compañeras se había movido ni un centímetro, ¡Todas lo miraban como si estuviera bañado en chocolate! Y que pieza de chocolate...

- ¿Me das un permiso? – Le dije yo todavía en mi asiento, pero él no se movió, me paré y con mi dedo índice le toqué el brazo unas tres veces antes de que volteara.

- Disculpa, no te he escuchado, ¿Qué decías? – Sus ojos antes cerrados ahora dejaban conocer unos hermosos ojos verdes con rayos dorados, uno de sus rizos resbaló y cayó sobre su ojo derecho y con toda la gracia del mundo él dejó el objeto que llevaba sobre la otra mano y pasó la que tenía disponible desde sus ojos – quitando el rizo – hasta la parte trasera de su cabello, escuché varios suspiros

alrededor y por un momento se me olvidó hasta mi nombre ¿Qué era lo que le estaba diciendo?

- Dije, que si me podías dar un permiso – Mi voz sonó más tosca de lo que planeé y él parecía sorprendido, pero se paró y empujó su silla hacia adelante. Genial era su primer día y ya había encontrado a la “amargada” del salón.

Planeaba salir del salón, pero después me dirigí hacia la ventana que estaba diagonal a mi mesa de trabajo, solo me paré allí, a contemplar la cancha multiusos de la secundaria y a pensar cuan idiota había sido por tratar al nuevo chico así, estaba mirando sin mirar cuando una mano se deslizó por mi hombro, por un momento juré que era Lucas, pero recordé que no había asistido a clases porque estaba enfermo, así que tomé la mano y le di vueltas hasta que me volteé; entonces vi que tenía de una forma casi imposible al chico nuevo, estaba segura de que mis compañeras contuvieron un grito, pero se podían escuchar varias insinuaciones violentas hacia mí.

- ¡Lo siento, lo siento! ¡Soy yo! No era mi intención asustarte – dijo él, sonando adolorido.

- ¿De amargada a asesina? ¡Genial! – Dije por lo bajo, pero al parecer él lo escuchó, se estaba riendo.

- ¿Amargada? – Siguieron risas que no logré entender – No creo que seas amargada, pero lo de asesina estará en duda si no sueltas mi brazo – sin darme cuenta aun estaba apretando su brazo de una forma casi brutal.

- ¡Lo siento! No sé porque estoy... A la defensiva – dije soltándolo, gire los ojos y volví a mi posición inicial en la ventana.

- Está bien, tranquila... Tú ya sabes mi nombre, pero yo no he escuchado el tuyo, ¿Cómo te llamas? – Estaba por decirle: *no sé tu nombre, ni me percaté en escucharlo*, pero algo dentro de mí me decía que lastimaría su ego.

- Alessandra Soriani - dije en un tono relajado y sin despegar la vista de la ventana, estaba segura que si volvía a ver esos ojos pondría la cara de idiota que tenían las demás.

- Mucho gusto, Alex - dijo él mientras me ofrecía una mano, la tomé y por la misma la solté, *él era tan suavecito*, con este pensamiento estallé en risas, ¿Suavecito? ¿En qué estaba pensando? ¿En un peluche? – ¿Dije algo gracioso? – *¡Rayos, él seguía*

ahí! ¿Cómo me olvidé de eso? ¡Alex! Contrólate, pensé para mí.

- No, nada – dije aun entre risas y viéndolo por el rabito del ojo mientras sus ojos verdes brillaban de forma cómplice con los míos.

- Si tú lo dices – dijo rodando los ojos - ¿Por qué todas me miran como si fuera algo comestible? – Dijo, primero mirando hacia atrás y luego nuevamente a mí.

Me carcajeé de nuevo.

- Bueno, ellas... – En ese instante sonó la campana y llegó la Señora Stevens, nuestra profesora de Biología, ella era la profesora más estricta – y amargada – que teníamos.

- Buenas tardes, alumnos – dijo ella con su voz solemne, estaba completamente vestida de verde, y empezó a encender los ventiladores, sin notar que el aire acondicionado ya estaba encendido.

- ¿Te explico luego, si? – Le dije yo al chico mientras le picaba el ojo y él sonreía – Buenos días Señora Stevens – le dije a la profesora mientras volvía a mi asiento y los que habían tomado el descanso – puros chicos – ya estaban regresando.

Comenzó la clase, ya mis compañeras habían salido del trance del primer impacto y todas estaban cotilleando, yo me hubiese unido a mi propio grupo de amigas que se encontraban en lo mismo, pero en serio me gustaba la biología. Los chicos del salón también estaban murmurando, pero miraban a “Él” con gestos de desagrado. Por el contrario “Él” estaba concentrado en la clase, ignorando todos los comentarios sobre su persona, o si no, fingía ignorarlos. Hubo un momento en que los cotilleos pasaron a ser habladurías y al siguiente instante pasaron a ser gritos.

- ¿Qué pasa aquí? – dijo la Señora Stevens roja por la rabia y gritando ella también – ¿Ya no respetan mi clase? ¡Vuelvo a escuchar ese tono y todos se quedarán horas extra!

Esta era la última clase, si eso pasaba mis tripas se comerían las unas a las otras, ¡No deseaba quedarme hasta las cinco de la tarde en la secundaria! Los murmullos cesaron un poco, la Señora Stevens se calmó y volvió a su deber. Qué extraño era que la profesora no había notado la presencia de “Él”, si no le lo

hubiese obligado a decir su nombre y yo lo sabría.

Seguro era mi día de mala suerte.

Sonó la campana, las clases de biología usualmente no pasaban tan rápido, suponía que eso era lo que pasa cuando divagas la mitad de la clase. Recogí mis cosas y me despedí de mis amigas antes de salir del aula, cuando casi había llegado al auto donde me esperaban Luis – el chofer de la familia – y Eduardo, una mano tocó tres veces mi hombro y luego se retiró.

- Lo siento, creo que quedé un poco asustado por como reaccionaste la primera vez – Volteé con una sonrisa tonta al reconocer su voz. Era “Él”.

- Está bien, yo causé ese pequeño trauma – le dije mientras reía.

- ¿Te acompaño a casa? – Dijo el mientras se ponía unos lentes de sol y se sonrojaba.

- Eso estaría estupendo – lanzó una de esas sonrisas de galanes de Hollywood – pero vinieron por mí – su sonrisa se esfumó por completo.

- Bueno, está bien, esta no será la última vez que nos veamos, no puedes escapar de mí – estaba extrañada por la última frase.

- Clar... Claro que no, mañana tenemos clases ¿Recuerdas? – la voz me tembló más de lo que esperaba cuando dije eso.

- No me refería a eso...

Iba a empezar a preguntar que quería decir con eso, pero alguien empezó a moverme por el brazo de un lugar a otro y a darme golpes suaves en la cara, de repente todo empezó a dar vueltas, lo que antes había sido el patio de la secundaria ahora era la gran biblioteca de mi casa, lo que había sido “Él” ahora era mi padre, mis hermanos y mi madre gritando.

<Alessandra, Alessandra> escuchaba a lo lejos, entonces abrí los ojos y lo comprendí todo.

Había sido un sueño. Todo eso, había sido un sueño.

Y había despertado en una pesadilla.

Si, probablemente era mi día de mala suerte.

Capítulo 3, Ojos de Serpiente.

Cuando desperté las luces de la biblioteca cegaron mis ojos, las distintas voces me marearon – unas gritaban, otras susurraban - no podía distinguir bien los colores, intenté ponerme de pie, pero solo conseguí caerme. En otro intento de ponerme de pie sólo pude caer sentada sobre mi trasero y percatarme de que una mano fuerte me tomaba el brazo derecho.

- Alessandra, ¿Hija, estás bien?

- Pa.. ¿Papá? ¿Qué me ha pasado? – Dije con la voz ahogada.

- Te has desmayado.

- ¿Cuánto tiempo llevaba desmayada?

- Alrededor de una hora, los paramédicos te encontraron aquí hace unos 15 minutos, estábamos revisando el resto de la casa; la luz volvió hace poco – él sonaba alterado, pero aun así mantenía un tono de voz muy bajo y su apariencia estaba calmada.

- ¿Paramédicos? ¿Revisando la casa? ¿Papi que ha pasa...? – Entonces todo llego a mí como si mi memoria fuera una cámara fotográfica.

Flash: Estaba buscando a mi abuela y terminé parada frente a la puerta que llevaba a su cuarto.

Flash: Unos ruidosos pasos subían las escaleras a toda prisa, salté detrás de un mueble de la biblioteca.

Flash: La puerta se abrió de golpe y salieron dos gorilas vestidos de negro, luego los siguió mi abuela con la cabeza en alto y luego cuatro hombres más los siguieron.

Flash: Un quinto hombre salió del cuarto, miró hacia mi dirección y en la oscuridad sólo se podían distinguir unos ojos verdes pálido fijados en mí.

Flash: Los ojos se tornaron rojos y ya no había más flashes, ni ningún otro recuerdo de eso, sólo un sueño extraño.

- ¡Ellos se la llevaron! ¡Papá ellos se llevaron a mi abuela! – dije por fin poniéndome de pie sin tambalearme y con un grito.

- ¿Quiénes, Alessandra? – Me preguntó un hombre vestido de policía que se materializó frente a mí.

Yo giré sobre mi misma para encontrar a mi padre, ni siquiera yo sabía lo que estaba diciendo, quería decirle todo pero no sabía cómo estructurarlo, así que dije las primeras palabras que se me vinieron a la mente.

- Papá, ellos-sótano-seis-negro-hombres-ojos-verdes-rojos – la biblioteca quedó en completo silencio y todas las miradas se posaban en una confundida niña de 15 años que parecía estar teniendo una mala sinapsis neuronal.

- ¿Alex, qué dices? Explícate con calma – escuché decir a Eduardo, que había aparecido a mi lado.

- Eduardo, por favor lleva a tu hermana a su habitación, necesita descansar – dijo mi padre sujetándome ahora por el brazo con más fuerza. Me liberé en un ataque de furia.

- ¡No papá! ¡Yo estoy bien! Lo que dije es verdad.

Divagué mientras buscaba las palabras para comunicarme con ellos sin que pareciera que necesitara una fuerte dosis de calmantes. Logré hacerlo exitosamente y les conté a todos lo que había visto – ignorando el detalle de los ojos verdes que terminaron siendo rojos, eso podía dañar mi coherente-historia-no-de-locos. Uno de los policías se acercó a mí.

- ¿No te hicieron daño?

- No, supongo que no, estoy bien y no siento que haya algún tipo de fluido saliendo de mí – dije intentando bromear mientras me revisaba. Nadie se rió.

- ¿Tu abuela no dijo nada? ¿Ellos la llevaban agarrada?

- No, ella solo seguía a los primeros dos gorilas y caminaba como lo hace usualmente – fruncí el ceño.

- ¿Estás segura de que eran siete?

- Sí, estoy segura; a pesar de que estaba oscuro, con la poca luz que venía de afuera pude distinguir seis formas, sin incluir la de mi abuela, de la última sólo pude ver que era un poco más pequeña que las otras y que miró hacia mí.

Los policías intercambiaron una mirada rápida y luego pidieron hablar con mi padre, Eduardo me dijo que Eliot estaba en la cocina preparándole un té a mi madre – era víspera de año nuevo y los de servicio estarían de vacaciones hasta el 5 de enero – mi hermano estaba parado junto a mí y poco a poco nos fuimos acercando a la conversación que tenían los policías con mi padre, según Eduardo los paramédicos se habían ido hace unos momentos, pero yo no los había visto.

- ... Señor Soriani no podemos hacer nada en este caso, según lo que dice la chica su madre no mostró ningún signo de que estaba siendo secuestrada, no gritó, no manifestó resistencia hacia los que la tomaban y ninguno de ellos la llevaba atada – al ver la expresión de horror de mi padre, el policía agregó – como dije antes, todo esto en base a lo que nos dijo la testigo.

- ¿Pero, oficiales, no les parece extraño que se corte la luz y luego no se encuentre a mi madre por ningún lado? ¿Y que mi hija estuviera desmayada en la habitación donde sucedió todo? – mi papá estaba realmente molesto, su tez blanca se había tornado roja y su normalmente calmada voz ahora suprimía ira.

- Le recomendamos que se calme Señor Soriani y no, no podemos hacer nada sin ningún tipo de pruebas, las cerraduras no están forzadas y el testigo indica que no hubo ningún tipo de agresión hacia su madre o hacia el mismo.

- ¡Su testigo es una niña de 15 años! – Mi papá estaba gritando – ¿No creen que se pudo haber golpeado la cabeza? – dentro de mí quería ahorcar a mi padre, ¿Por qué dudaba de lo que yo decía? Aunque bueno, si mi madre desapareciera no sabría cómo me comportaría.

- Y por lo mismo sería una presa fácil. Además, según los paramédicos no presenta ningún tipo de contusión y ella indica estar perfectamente bien. Señor Soriani en estos casos es mejor la paciencia, si su madre está secuestrada de seguro los secuestradores se comunicaran con usted para pedirle un rescate, de no ser así ella debería aparecer en 48 horas.

Mi padre siguió hablando con los policías en la biblioteca, pero Eduardo y yo sabíamos que no llegarían a nada, así que él y yo salimos conversando.

- ¿Estás segura de eso que viste, Alex? – me miró fijamente, pero la duda no estaba reflejada en su rostro. Él nunca dudaba de mí.

- Si Ed, ¡No le mentaría a papá en algo como esto!... Aunque hay algo que no le conté, pero es que...

- ¿Qué? ¿Qué no le dijiste? ¿Por qué no se lo dijiste? – Eduardo me miraba extrañado y su tono de voz era algo alto comparado al mío que no excedía de dos octavas.

- ¡Déjame explicarte! ¿Me dejas?

- Ajá – Fue lo único que contestó. Los dos éramos tan exasperantes como tercios.

- Todo lo que le dije es verdad, pero al final corté la historia – Eduardo me miraba con el ceño fruncido – la persona que dije que me miraba tenía los ojos verdes, Ed, de un verde extremadamente pálido, y cuando se fijaron en mí se volvieron rojos.

- ¿Se... Volvieron rojos Alex? ¿Cómo que se volvieron rojos? ¡Quizás si te golpeaste en la cabeza después de todo! – intentó reírse, pero mi expresión debió ser lúgubre, ya que no lo logró.

- ¡No, Eduardo, en serio! ¿Por qué crees que no se los dije? ¡Me llevarían directo al manicomio! Además, así saben la verdadera historia; solo les corté un final que no tiene importancia para ellos – dije mientras miraba a otro lado.

- Mmm... Quizás tienes razón, pero estás diciéndome que unos ojos rojos – hizo énfasis en esta última palabra – ¿te estuvieron mirando? Unos ojos rojos... Ojos rojos... ¿Ojos rojos como estos?

En un segundo Eduardo me tomó de la mano, salió corriendo y empezó a subir las escaleras, yo corrí para no caerme, su agarre era demasiado fuerte. Suerte que correr en tacones era una habilidad que manejaba a la perfección. Cuando él estaba entrando a su habitación, me soltó; al entrar me di cuenta que estaba el mismo desastre de siempre, la puerta del baño estaba abierta y había ropa por toda superficie plana, la cama no estaba tendida, la mayoría de las gavetas estaban abiertas y tenían cosas guindando de ellas, el amplificador de la guitarra estaba conectado y hacia ruidos extraños, también creí ver el mango de la guitarra saliendo de debajo de la cama ¿Cómo alguien podía dormir tranquilo allí?

- ¡Eduardo! ¿Qué rayos le pasó a tu cuarto? ¿Un volcán hizo erupción aquí o qué? ¿Por qué saliste corriendo como un loco? ¿Qué hacemos en tu habitación? ¿Por qué estás tecleando la clave para entrar al serpentario?

El cuarto de mi hermano ocultaba un secreto, al lado izquierdo de la cama estaba una puerta pintada del mismo color amarillo tostado de las paredes, esa puerta era casi imperceptible, mi hermano – junto con mi padre – se habían encargado de ello. A mi madre nunca le gustaron las serpientes y Eduardo desde la primera vez que vio a una pequeña Anaconda en el jardín de la casa de mi abuela – nuestra familia vivió con ella y el abuelo unos 5 años, mis primeros 5 años de vida – se enamoró de ellas.

Era un día caluroso de verano, mis padres estaban adentro con los abuelos cocinando el almuerzo, Eliot estaba en la piscina con unos amigos y Eduardo y yo jugábamos tranquilamente a ser “jardineros”, como nosotros éramos los más pequeños, los adultos observaban fácilmente desde la ventana de la cocina.

- Edu, ¿Puedo mover la tierra de las rosas?

- No me digas Edu ¡No me gusta, Alex! Si, si puedes mover esa tierra – Eduardo era muy obstinado para sólo tener seis años.

- Lo siento Edu... Ardo – dije arrepentida y me fui hacia los rosales que estaban al otro lado del jardín, yo era muy pequeña, parecía una pulguita y mis padres me habían dado unos diminutos artefactos de jardinería para que mis manos los pudieran sujetar fácilmente, ya que incluso cuando Eduardo y yo no jugábamos allí, yo ayudaba a mi abuela con sus hierbas; cuando empecé a mover la tierra me pareció ver una gran lombriz, así que la agarré por la cola y la empecé a halar, no era una lombriz pequeña.

- ¡Ed, Ed! ¡Mira la lombriz gigante que encontré! – Le grité yo muy emocionada a mi hermano que se encontraba en la otra parte del jardín, él vino corriendo hacia a mí.

- Déjame verla – dijo él con voz ansiosa.

- No la he podido sacar, solo tengo sujeta su cola, ¡Tiene mucha fuerza, Ed!

- Alex, no creo que eso sea una lombriz – dijo un tanto asustado – es muy gruesa y su color es marrón oscuro con negro... Creo... ¡Creo que es una serpiente!

Grité lo más fuerte que pude a la vez que soltaba la cola de lo que fuera que estuviera agarrando, a su vez Eduardo la agarró y en vez de tirar de ella, empezó a acercarse a ella. Grité aun más fuerte provocando que todos los adultos salieran de la casa y corrieran hacia donde estábamos nosotros, cuando Eduardo salió de lo más profundo del jardín tenía en su cuello tenía a la serpiente, mi madre y mi abuela me revisaban y me decían que todo estaba bien, al mismo tiempo que mi abuelo y mi padre regañaban a Eduardo.

- Pero papá ella no está haciendo nada – le dijo Eduardo a mi padre con la serpiente aun en el cuello.

- ¡Es peligrosa Eduardo, muy peligrosa! – Refunfuñaba mi padre.

- Ven hijo, llamemos a Juan, el vendrá por ella – dijo el abuelo, haciendo referencia a su vecino amante a los animales.

Cuando el abuelo tomó a mi padre del hombro, se volteó y le guiñó un ojo a Eduardo, este se vio muy esperanzado, los cuatro – mi abuela, mi mamá, Eduardo y yo – regresamos a la casa. Yo subí a mi cuarto y me puse a jugar con mis muñecas, como a los 15 minutos entró Eduardo con el animal en su brazo.

- Alex, necesito un favor – dijo el mirando a mi muñeca anatómica de tamaño natural, me la habían dado en mi cumpleaños, pero yo nunca había jugado con ella, sólo sabía que se podía desarmar y ver los órganos del cuerpo.

- ¿Qué clase de favor, Ed? – dije yo con la voz más inocente que puede tener una niña de 5 años.

- Necesito que me prestes a esa muñeca – dijo apuntando a la muñeca anatómica – para... ¿Puedo guardar a Fonteius en tu muñeca?

- ¿A fonte que? ¿Qué es eso?

- Fonteius, hermanita, mi nueva serpiente Fonteius... ¿Puedo? – mi hermano se había emocionado con las clases de latín de nuevo.

- ¡No! ¿Como vas a dejar a tu cosa en mi muñeca?

- ¡Nunca juegas con ella! – Decía Eduardo mientras sacaba los órganos de mi muñeca y guardaba a Fonteius en ella.

- No, pero... – en ese instante irrumpieron mi abuelo y mi padre con Juan en mi habitación.

- ¿Dónde está la serpiente Eduardo? – Dijo mi padre.

- La puse de nuevo en el jardín, papá, y me vine a preguntarle a Alessandra como estaba.

Mi padre miró a Eduardo de forma autoritaria, pero al ver que este ni se movió pensó que era verdad y se marchó junto con el señor y mi abuelo. Desde esa vez, Eduardo y yo habíamos sido cómplices del otro.

- Alex, ¿Vas a entrar? ¿O seguirás viendo a la nada con esa mirada perdida?
– Preguntó mi hermano, sacándome de mis recuerdos.

- ¡Lo siento, Edu! – Dije bromeando a la vez que entraba al serpentario.

- ¿Edu? Tenías años sin llamarme así – frunció el ceño, pero sonrió – sabes que no me gusta – ya lo decía con una voz mucho más calmada. Me reí.

- Lo sé, solo quería recordar viejos tiempos... ¿Ahora, qué hacemos aquí?

- Vine a mostrarte a uno de mis mejores especímenes.

En el serpentario de Eduardo las paredes laterales tenían contenedores de serpientes, en una de las paredes habían 30 contenedores de buen tamaño y en la otra habían 25, en la pared de fondo estaba una mesa donde Eduardo las revisaba, habían como 5 contenedores en esa mesa. Eduardo las alimentaba cada dos o tres semanas según su especie y tamaño, todas las serpientes que tenía eran una raza distinta y todas tenían nombres distintos, usualmente las alimentaba en su cuarto, en el recipiente de Fonteius – la única serpiente de la que mi mamá sabía – ya que era el más grande que tenía.

- ¡Aquí esta! – Dijo mi hermano sacando de su contenedor a una serpiente blanca con manchas amarillas que media aproximadamente un metro, yo por mi parte ya me había familiarizado con ellas y no les tenía miedo ¿Con un hermano así, quien podría?

- ¡Esa está genial! ¿Cuándo la compraste?

- Fue la última que me envió el abuelo antes de morir – el abuelo compartía

esa pasión con mi hermano, pero él había muerto hacía dos años – Es una Pitón Boa Albina, es muy rara y cara, se llama Floffy, pero eso no es lo que quería que vieras... ¿Le miraste los ojos?

Cuando acerqué mi cabeza a la de la serpiente pude observar los dos pequeños ojos rojos cristalinos.

- ¿Esos ojos se parecen a los que tenía él que te miró en la biblioteca? – Dijo Eduardo.

- No, no eran así, era un rojo más... Intenso, más escarlata.

- Hermana, tenemos un misterio que resolver.

- Claro, el hombre serpiente ¿No? ¿Tienes complejo de *Sherlock Holmes*? – Él rió – Esperemos a ver si la abuela regresa, si no, ¡sí tendremos que hacer algo!

- Vale, vale – En esos momentos sonó mi celular, tenía alrededor de 15 mensajes sin leer, abrí el primero y entendí de que se trataba, guardé de nuevo mi celular y le dije a mi hermano:

- Feliz año nuevo, precioso – le di un abrazo.

- ¡Mierda! – Miró su reloj – ¡Feliz año nuevo, extraña!

Capítulo 4, Cansada.

Después de salir del serpentario de Eduardo bajamos a ver como seguía todo, los policías se habían ido según lo que se veía desde la escalera, ya nadie estaba en la biblioteca y en el recibidor nos esperaba Eliot.

- ¿Dónde estaban? – preguntó.

- Estábamos en el cuarto de Ed – respondí como si fuera un reflejo – ¿Dónde están mamá y papá?

- Despidiendo a los pocos vecinos que siguen en el jardín, aunque la mayoría se fue con el apagón, y contándole a la familia lo que pasó con la abuela. ¿Es cierto que tú viste todo, Alex? – Preguntó mi hermano notando mi inquietud.

- Voy al jardín con mis padres, nos vemos luego, Alex – dijo Eduardo al mismo tiempo que me daba un rápido abrazo y se encaminaba hacia el jardín, él sabía que yo necesitaba hablar con Eliot.

- Si, Eliot, yo lo vi todo y te juro que quise hacer algo – me lancé a los brazos de mi gran hermano, que enseguida me acogió como a una niña pequeña – ¡Pero no pude, Eliot! ¡No pude! ¡Dejé que se llevaran a la abuela! – Lo último sonó ahogado, mi voz se había quebrado.

Era muy distinto estar con Eduardo a estar con Eliot, con Eduardo yo podía ser infantil, estúpida e inmadura y él siempre me seguiría la corriente, pero no me podía – jamás – derrumbar ante él, porque Eduardo siempre me veía como a la pequeña que él debía que proteger – eso siempre le enseñaron –, y yo odiaba ver a mi hermano mal o en problemas por mi culpa – lo cual pasaba cada vez que yo tenía un dilema existencial, que era muy a menudo –, antes de mudarnos un chiquillo había roto mi corazón y Eduardo prácticamente le partió la cara. Yo tenía cinco años ¿Cuan roto podía haber quedado mi corazón? Ed era muy voluble, protector, terco y sentimental. Y así lo amaba.

En cambio Eliot era fuerte, tanto mental como físicamente, estable y siempre pensaba en soluciones lógicas para todo, se podría estar cayendo el mundo pero

Eliot estaría completamente calmado y planeando algo para que todo saliera bien, y un 99% del tiempo sus planes estratégicos daban buenos resultados – a diferencia de los míos, que casi siempre nos traían más problemas. Me sentía igual de cómoda con mis dos hermanos. Ellos simplemente me complementan. Éramos una buena combinación

- Alex cálmate, tú no podías hacer nada – lo decía con un tono de voz que siempre lograba tranquilizarme – tú no sabías que ellos iban a estar allí y fuese peor que hubieses hecho algo y ellos te llevaran a ti también.

- Pero Eliot tú sabes lo que la abuela significa para mí, sabes que ella y yo somos muy unidas, no puedo creer que la haya dejado sola en un momento así – dije aún con la cara en el pecho de mi hermano.

- Si, Alex, yo sé que ustedes son muy unidas, pero es mejor que estés a salvo a que estés quién sabe dónde con quien sabe quién – dijo mi hermano tranquilo mientras me acariciaba el cabello – No pensemos en eso Alex, es mejor que salgamos al jardín para que te despidas de todos y subas a tu habitación, te vendría bien un descanso.

Me despegué de mi hermano y este me quitó las lágrimas que rodaban por mi mejilla con sus enormes pulgares, sonrió, se inclinó y me dio un beso en la frente. Según él, el maquillaje no se había corrido ¡Vivan los cosméticos que pueden contra la lágrimas! Caminamos hacia el jardín – prácticamente él me llevaba arrastrada debajo de su brazo – y cuando ya habíamos recorrido todas las mesas, me di cuenta que nos faltaba la de Lucas ¿Qué le iba a decir? ¿Le podía decir la verdad? ¿Qué le había dicho mi papá a los vecinos?

- ¿Quieres ir allá? – Preguntó Eliot mientras interrumpía mi lío mental. Arrugué la cara y él rió.

- La verdad es que no...

- ¡Alex! – Escuché a lo lejos, un escalofrío recorrió mi espalda, cuando me volteé vi que Lucas estaba corriendo hacia mi dirección, le tomó dos latidos de corazón llegar a donde yo estaba – ¿Dónde has estado? ¡No te veía desde antes del apagón y te estaba buscando! Pero no me dejaron entrar a la casa, ¿Pasó algo malo?

- No, Lucas ¡No pasó nada! Poco antes del apagón subí a mi cuarto a buscar mi brillo labial y cuando vi todo oscuro preferí quedarme en mi cuarto hasta que las luces volvieron – expliqué de manera aburrida – Eduardo me encontró allí

después de que las luces se encendieran y se quedó hablando un rato conmigo, luego bajamos.

- ¿Y por qué no nos dejaban pasar?

- En la casa hay cosas que del trabajo de mi papá que nadie debe... – me callé y pensé en algo – ¿Lucas me estás interrogando? – Le dije con tono ofendido y molesta – ¿Qué te pasa? – Él usualmente invadía mi espacio y yo odiaba con todo mi ser que me colmara de preguntas, pero hoy tenía una perfecta excusa para confrontarlo; además, era mejor que ser atrapada en una mentira luego.

- Lucas mi mamá está buscando a mi hermana, justo nos dirigíamos hacia ella cuando nos interrumpiste – dijo mi hermano haciendo énfasis en la última palabra e impidiendo la posible discusión – ¿Dejarías que nos marcháramos, por favor? – Lucas miró confundido a Eliot y luego a mí. Mi hermano, siempre salvándome.

- Si, bebé, como quieras – dijo mirando hacia mi dirección – lo que quiero que entiendas es que estaba preocupado, ¿Qué harías tu si yo desapareciera dos horas?

- *Haría una fiesta* – quise decir, Lucas era lindo y me trataba de una forma muy especial, pero diez meses de eso me habían puesto al borde la locura, en lugar de responder lo que había pensado; le di un beso casto y me fui hacia la casa con mi hermano.

- Gracias – Le sonreí.

- Cuando quieras, Alex – dijo mientras me estrechaba a su cuerpo con el brazo que tenía en mis hombros.

Al entrar a la casa Eliot se fue rumbo a la cocina; yo me dirigía directo hacia mi cuarto a ver si podría dormir con todo lo que había pasado hoy, pero se escuchaban ruidos que atraían a mi curiosidad. Cuando me asomé en la puerta de la cocina vi a mis padres y hermanos reunidos.

- ¿Una reunión de la familia Soriani sin mí? ¿Ya están planeando enviarme al manicomio cierto? ¡Que desconsiderados! – Dije yo atrayendo la atención de todos hacia la puerta, con tono ofendido y dramático.

- ¡Alex! ¿No te habías ido a dormir? – Exclamó Eliot.

- Iba a eso, pero ¿Qué pasa?

- No pasa nada, hija – dijo mi madre – solo estábamos conversando de la fiesta.

- Si, Alessandra, ve a descansar, no ha sido una noche fácil y menos para ti – dijo mi papá con un intento de sonrisa. ¡Ja! Como si no lo conociera.

En condiciones normales me habría quedado discutiendo con mis padres, pero hoy no tenía ánimos para pelear, así que me despedí de ellos con un beso y un abrazo, lo mismo con Eliot, pero cuando estaba abrazando a Eduardo le dije – *Más te vale que me cuentes de que se trata todo esto* – Luego le di un beso en la mejilla y justo antes de salir exclamé.

- Feliz año nuevo, familia – todos me sonrieron y repitieron al unísono.

- Feliz año nuevo, Alessandra – mis hermanos solo hubiesen dicho *Alex* pero mis padres siempre me llamaban por mi nombre completo.

Subí a mi cuarto casi arrastrándome por las escaleras, cuando al fin llegué vi el cuarto de mis padres a la derecha, el de Eliot a la izquierda y detrás de este el de Eduardo, en la parte de arriba de la casa solo estaban los cuartos – incluyendo el de visitas que estaba entre el cuarto de mis padres y el de Eliot – cada cuarto tenía algo que nos definía a cada uno, el de mis padres era inmenso y tenía fotos familiares por doquier, tenían una cama *King* donde cabíamos los cinco y que usualmente los domingos la usábamos para ver películas en familia, eso demostraba el amor y la dedicación que tenían mis padres con su familia a pesar de sus obligaciones laborales. También tenían un pequeño estudio donde mi padre hacía sus diseños.

El cuarto de Eliot era igual de grande que el de mis padres, y aunque no vivía con nosotros lo tenía bien amueblado, su parte favorita era que este tenía un pasadizo a la biblioteca que quedaba al lado y para él era genial porque siempre le gustaba leer hasta tarde y estaba cerca de su dormitorio, eso exponía el amor de mi hermano mayor hacia los libros y su compromiso con el estudio.

El de Eduardo siempre era un desorden y tenía el serpentario que ocupaba la mayor parte de la habitación, eso exponía como era Eduardo en sí, su desastre gritaba su nombre por todos lados. El mío, bueno... Solo era *el mío*.

Me incliné con toda mi fuerza en el picaporte y develé mi habitación, la cual

se sentía extremadamente vacía y distinta. Al entrar a ella lo primero que se veía era una cama tipo *Queen*, con postes de madera en cada esquina y dosel blanco, estaba tendida con un cubrecama azul rey con encaje azul cielo; delante de la cama estaba un baúl del largo de la cama, era de madera oscura y lo utilizaba para guardar cosas de suma importancia para mí – mis diarios infantiles, algunas muñecas que siempre me habían gustado, regalos raros que mi abuela me había hecho – yo lo veía como una máquina del tiempo y estaba segura de que cuando fuera mayor me burlaría inmensamente de él. Al lado izquierdo de la cama estaba mi mesita de noche – hacia juego con el baúl – en la cual reposaba el libro de *Romeo y Julieta* que estaba leyendo para la clase de literatura, también había una lámpara pequeña, una foto con mi abuela y Eduardo cuando tenía 4 años y un teléfono fijo.

Me tiré en la cama sin siquiera pensarlo, hoy había sido un día extenuante para mí, no solo por esta noche sino por todo lo que llevaba implicado esta época del año.

Estaba bocabajo mirando el cubrecama cuando giré sobre mí y vi el resto de mi oscura habitación, el closet estaba entre abierto, a su lado estaba mi escritorio con mi ordenador, libros de la secundaria, una lámpara pequeña y fotos con mi familia. Al lado de mi escritorio estaba la puerta del balcón y las cortinas volaban con el viento.

- Rayos – dije en voz alta – debería cerrar esa ventana, si tan solo no quedara tan lejos...

Diagonal a la cama y a mi escritorio estaban cuatro puff de distintos colores ordenados como un cuadrado, en la misma pared de la puerta, al final, estaba mi baño, tan lejos, secuestrando mi divina ropa de cama; lo bueno de los vestidos de seda es que fluyen sobre tu cuerpo, son completamente cómodos. El único inconveniente sería lo molesta que estaría mi madre al día siguiente. Todo el cuarto estaba repleto de cuadros y fotos mías y de mi familia ¿Cómo no le había prestado atención a todo esto en tanto tiempo? Después de dar vueltas en mi cama y hacerme infinitas preguntas que por el momento no tendrían respuestas, me quedé profundamente dormida.

...

Me desperté de un brinco, había estado soñando, de eso no tenía duda, y a

juzgar por como se sentía mi garganta también había gritado, estaba sumergida entre sábanas cuando la puerta se abrió. Era Eduardo aun en pijamas.

- ¡Alex! ¿Qué pasó? ¿Por qué estabas gritando? – Eduardo estaba aun medio dormido y se metió en la cama conmigo, su voz era muy baja, sonaba como si se hubiera caído de la cama. Probablemente lo había hecho.

- Nada, Ed, solo tuve una pesadilla.

- ¿Qué clase de sueño te hace gritar a las cuatro de la mañana? – Ahora si sonaba despierto – Tienes suerte de que mis padres estén tan cansados que probablemente ni te hayan escuchado – demonios, ¿Qué tan fuerte había gritado?

- Un sueño horrible, Ed – dije pensando en lo que había visto, mi hermano y yo nos sentamos en la cama. Él echó el cubrecama hacia la parte inferior de la misma.

- Cuéntame, Alex – Sonaba de nuevo adormilado a la vez que reposaba la cabeza contra la cabecera.

- El sueño fue muy vivido, al principio estaba aquí en mi habitación pensando en mi abuela y en como la podíamos encontrar, pensé con tanta intensidad que luego aparecí en otro lugar, una sala decorada con muebles de cuero negro, cerámica blanca, las ventanas estaban tapadas por unas cortinas igual de negras que los muebles; los colores negro y blanco predominaban por todo el cuarto, al igual que el polvo y las telarañas. Escuché unos gritos que parecían ser de una mujer y me dirigí a ver de donde provenían. Conocía la casa mejor que la mía, es como si hubiese estado muchas veces allá. Entré en un garaje y bajé unas escaleras para encontrarme con la puerta de un sótano, tomé una capa negra con capucha que había afuera, me la puse y entré.

- ¿Era la abuela cierto? ¡Que raro la abuela en un sótano! – Dijo Eduardo con tono sarcástico.

- Si – rodé los ojos – Empujé la puerta e ingresé, pero no poco más allá de la entrada, sólo lo necesario para ver lo que ocurría, quería mantenerme escondida para escapar en caso de que las cosas no fueran bien, por alguna razón sabía que debía hacerlo así. Los gritos se habían detenido. Cuando asomé la cabeza para ver; vi a la abuela amordazada en una silla, tenía el vestido de la noche de año nuevo, a sus costados estaban dos hombres vestidos de negro, la clase de hombres a la que nadie se enfrentaría voluntariamente, al frente de ella estaban dos figuras, una más

pequeña que la otra – pero sólo por muy poco – ambos tenían unas capas negras con el bordado en rojo escarlata, escuché al hombre más bajo hablar...

- ¿Cómo sabías que era el más bajo? – Ese era mi hermano, siempre pendiente mis errores.

- ¡Porque la voz venía de abajo! Bueno ahora que lo dices – divagué un poco, recordando – creo que era el más bajo, pero no estoy segura. El hombre le dijo a mi abuela:

“¿Todo este tiempo nos has mentado no Melinda? Te has estado ocultando de nosotros”

“De cierta forma, es verdad – ella sonrió – pero yo nunca especificué cuando el juramento se llevaría a cabo o ¿Si?” – Respondió mi abuela, astuta como siempre.

“¡Sabes que tienes que cumplirlo! De esta no te puedes zafar” – El hombre le respondió con un tono de voz alto y molesto – “Bueno, ya que no quieres hablar... ¿Tendré que torturarte para que lo hagas?” – Dijo el hombre con tono pretencioso.

- ¡Ed! ¡No te duermas, idiota! Déjame contarte la historia completa – Mi hermano estaba casi dormido ya, pero le di un par de golpes en el brazo y se exaltó.

- Solo descansaba los ojos, Alex, son las cuatro de la mañana ¿Recuerdas? Bueno, sígueme diciendo... Torturaron a la abuela ¿Sí o no?

- ¡No! Porque es ese mismo instante yo salté de las sombras – Mi hermano volvió a sentarse, no sabía si para escucharme mejor o para evitar quedarse dormido de nuevo y que lo golpeará – y le dije al hombre “¡Usted no tiene ningún derecho de torturar a esa mujer... O a cualquier mujer!”

“¿Y tú quién eres? ¿Por qué estás en mi casa?” – Me respondió el hombre.

“Yo...”

“¡No! – gritó mi abuela con pánico evidente en su voz – Vete de aquí niña, esto no tiene nada que ver contigo”

“¿Quién eres?” – Repitió el hombre.

“¿Por qué me pides que me vaya? Te voy a ayudar” – Di un paso enfrente para intentar soltar a mi abuela, pero en ese instante el hombre apareció frente a mí y bajó la capucha de su capa.

- Yo no bajé mi capucha. Él obviamente era mucho más alto que yo, Ed, tenía el cabello negro azabache, su piel era tan blanca como un papel y cuando pasó por el único bombillo que había; vislumbró unos ojos verde pálido, los mismos que vi en la biblioteca.

“No, tu no ayudarás a nadie hasta que me digas quién demonios eres” – El hombre uso un tono de voz muy contundente y me tomó por las muñecas de tal forma que con su dedo medio me hizo un corte en la articulación derecha, con cada segundo que pasaba hundía más su dedo en mi delgada piel, creo que allí fue cuando grité en la vida real, pues así lo hice en el sueño.

- ¿Con su uña te penetró la piel? ¿Segura no estabas cortada ya? ¿O él no tenía nada en su dedo? – Me dijo Eduardo, sorprendido.

- No, estoy segura, mira aquí fue donde lo hizo – busqué en mi mano derecha donde el hombre me había tocado y cortado, y para mi sorpresa y la de Eduardo, la marca estaba allí y habían manchas rojas que simulaban unos dedos.

- ¡Alessandra! ¿Cómo rayos te pasó eso? ¿Te escapaste de la casa? – mi hermano casi gritó.

- ¡No, Ed, por dios! ¿Cómo crees? ¡Mírame! ¡Todavía tengo el vestido de la fiesta! – le hice señas a mi vestido, ahora manchado arrugado y con mi sangre. Genial, mi mamá iba a estar furiosa.

- ¿Pero cómo rayos te pasó eso? ¿Alex, qué me estás ocultando?

- ¿Ed no confías en mí? ¿Crees que no te lo diría si supiera qué demonios está pasando?

- Sé que confías en mí, Alex, pero estoy semidormido y no puedo pensar claramente, mejor hablamos en la mañana cuando esté más calmado – Mi hermano se paró de la cama y cerró la puerta al salir.

Cuando Eduardo se fue, toqué la marca que tenía en mi mano derecha y apenas hundí un poco mi uña; la herida se abrió y empezó a sangrar – tal como había hecho en el sueño – tapé la herida y me dirigí hacia el baño; vi un pequeño

camino formado por gotas de sangre que venía del baño a la cama – o de la cama al baño, dependiendo de cómo se viera – la sábana también estaba manchada donde estaba mi mano cuando dormía.

Aun sorprendida, fui al baño y limpié la herida, era poco profunda, pero dolía mucho, cuando regresé a mi cama intenté recordar el final del sueño y para mi sorpresa; fue fácil hacerlo.

- Yo soy... - Intenté decir nuevamente.

- No, tú no eres nadie y no sé qué haces aquí – respondió mi abuela desde el fondo de la habitación ¿Qué rayos decía? ¡Se veía como mi abuela, debía ser mi abuela!

- Cállate, Melinda – Dijo el hombre, que aun me maltrataba la muñeca, sus ojos estaban oscuros, negros como su cabello y con hilos de un color sombrío que no logré definir.

- ¿Acaso no te das cuenta padre? Ella la conoce, la quiere y le importa. Por eso no quiere que le hagas nada – la otra figura que había permanecido en la oscuridad habló; su voz era... Melodiosa, suave, atrayente, presumida, familiar de alguna forma. Fue casi insoportable. Casi.

- ¿La conoces Mel? Lo hubieses dicho antes y todo sería distinto, ya hubiese... – El hombre (aún sin nombre) quiso mirar bajo mi capucha y yo pude ver como sus ojos se tornaron rojos, yo grité; y me desperté.

Capítulo 5, Northdeadville.

A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, cuando dos familias numerosas se disputaban las tierras donde se encontraban, ocurrió un evento que definió los gobernadores del pueblo. Una de las familias de apellido Dead – si, tan tétrico como suena –, la cual vivía al norte del poblado, y la otra Hammond, que se estableció en el sur. Incluso antes de las peleas por la expansión, las familias no se llevaban bien, así que cuando la guerra explotó fue de manera súbita, pero no sorpresiva para los habitantes.

Según la historia, la familia Dead atacó a la familia Hammond una noche de verano, después de un horrendo día de batallas, utilizaron el elemento sorpresa, así que los Dead y su ejército lograron matar a más de la mitad de los Hammond, por último dejaron a los jefes de familia y, antes de matarlos sanguinariamente, los hicieron firmar un documento donde constaba que ellos serían los amos de ambos pedazos de tierra, a lo cual los Hammond no pudieron negarse - ¿Si te amenazan de muerte como te niegas? – de allí viene el nombre de esta pequeña ciudad: North por donde vivían los Dead y Ville, por, mmm, complementar el nombre – de acuerdo, solo le presté atención a la mitad de la clase de historia ¿Quién me puede culpar cuando el peluquín del Señor Harris se balancea cada vez que mueve la cabeza?

Fue James Dead el que estuvo a la cabeza de todo, y por ello en la plaza central de la ciudad hay una estatua de él – Monumento a la masacre, lo llamo yo. Hoy en día, lo único que se conserva de esa época son las tierras de la familia Hammond, donde ocurrieron la mayoría de las batallas, con un pequeño museo y áreas de exhibición para todo público; mientras que el resto de la ciudad siguió progresando.

Había alrededor de cinco plazas en todo el pueblo (siendo la “James Dead” la principal, y donde se ubicaba la alcaldía) un par de iglesias, cuatro supermercados, tres centros comerciales, dos hospitales, cuatro escuelas primarias y tres secundarias, una biblioteca, un club de campo, unas cuantas granjas que se ubican en los extremos del pueblo y en la parte norte del pueblo, hay un cementerio enorme; justo antes de llegar una urbanización gigante con casas

monumentales a donde es casi imposible llegar sin auto. La urbanización donde yo vivía.

Mi casa era hermosa, todo su exterior estaba cubierto por piedras, los marcos de las ventanas eran de yeso blanco, era completamente acogedora y había espacio para todo, teníamos una piscina de tamaño regular, pero como el clima era completamente variado – a veces tan soleado como para freír un huevo en el pavimento, mientras que otras tan nublado y lluvioso que no ves el sol en semanas – la usábamos muy poco. Las casas de por aquí no variaban mucho – y si observabas con atención, la gente tampoco – ¡Vivía en un típico suburbio donde todos sabían todo de todos! Y si lo vez desde ese punto... Es casi imposible que una persona se perdiera en este mísero pueblo sin que nadie se entere, por lo cual la desaparición de mi abuela era extraña.

La primera semana del nuevo año pasó lenta y tortuosamente, mis padres, hermanos y yo estábamos buscando a mi abuela, pusimos anuncios en el periódico local y en la radio, visitamos los hospitales y dejamos nuestros teléfonos para que nos avisaran en caso de que llegara. Nuestros familiares que habían venido para las navidades – solo los de la familia de mi mamá porque mi papá era hijo único y sus dos tías habían muerto hacía dos años junto con mi abuelo – se marcharon y no mostraron el más mínimo interés en el bienestar de mi abuela perdida. Realmente no me sorprendió, ellos eran así, solo preocupados por ellos mismos. No los soportaba tampoco.

Al pasar dos semanas Eliot tuvo que irse, nunca tuvimos una oportunidad para hablar bien, pero me dijo que había sido admitido en Harvard para la carrera de medicina – aparte de la fotografía era lo que más le gustaba – y que empezaría de inmediato con el papeleo para apenas graduarse entrar en la universidad. Eduardo y yo no volvimos a hablar de mi sueño, a la mañana siguiente él me dijo que había soñado con lo que yo le había contado algo pero no estaba seguro de qué, yo no le confesé que no había sido un sueño, en cambio le dije – *¿Que loco no?* –; de todas formas ¿Qué explicación le iba a dar? No tenía ni siquiera una para mí, bueno al menos no una lógica.

Él y yo habíamos faltado la primera semana de clases y mis padres nos dijeron que ellos seguirían con la búsqueda, que no era nuestra responsabilidad, que se lo dejáramos a los grandes, etc., al principio Ed y yo discutimos con ellos, pero terminaron aplicándonos el típico: “Nosotros somos sus padres y mientras sean menores de edad y vivan en nuestra casa harán lo que digamos”, así que mañana sería nuestro primer día de escuela. Una semana después de que los

demás comenzaran. Genial.

...

Era temprano, 7:30 posiblemente, cuando mi hermano y yo atravesamos el umbral del colegio, todo seguía igual; la misma estructura grande y rígida de tres pisos: en la primera planta estaba el gimnasio, las oficinas de los directivos, el aula de “economía para el hogar” y cinco salones más. En el segundo piso se encontraban la mayoría de los salones de mis clases y los laboratorios de química y biología – yo me la pasaba en ese piso – y en el tercer piso estaba la biblioteca de la secundaria. La secundaria Northville era un lugar inmenso comparado al pequeño pueblo – nótese que los directivos le quitaron el “dead” al nombre del colegio para que pareciera menos... Traumático.

Yo no me sentía realmente bien, esos últimos días había comido prácticamente nada y después de varios sueños que me herían, ya no solo era mi muñeca, tenía un agarre horrible en el tobillo – después del primer sueño tuve uno igual, pero me descubrieron apenas entré y mientras escapaba caí en la escalera y el hombre de cabello negro me haló por el tobillo; no sabía cómo, pero escapé – un pequeño moretón en la parte trasera del cuello – la tercera noche me lanzaron algo y me dio allí – por suerte lo podía tapar con mi cabello y por último, la cuarta noche me materialicé frente al hombre viejo – yo no sabía que él estaría tan cerca de mí – y apenas aparecí él me tomó por la cintura, y de la misma forma en la que me materialicé me desmaterialicé, pero tenía las manos del hombre marcadas en ambos lados de mi cintura.

Seguía sin creer como todo esto estuviera pasando ¿Cómo podía estar herida en la vida real si solo eran sueños? No podía escaparme de la casa, bueno no conscientemente y hasta donde yo supiera no era sonámbula ¿O sí?

Me había puesto un par de jeans demasiado viejos y una camisa rosa manga larga, todavía estaba el frío del invierno, así que podía usar mi tonto gorro de lana rosa para ocultar el mal día que estaba teniendo mi cabello. Mientras seguía divagando en lo maltratado que se sentía mi cuerpo – y mi mente – me golpeé con alguien.

- Disculpe, no fue mi... - La persona era una chica de cabello dorado que lucía como una cascada y fluía por toda su espalda, ella se volteó y unos ojos

marrones claros me miraron. Ella era Nicole, la chica más popular del colegio, ella había querido que me uniera a su grupo de seguidoras que le servían como adúladoras, consejeras y cargadoras de bolsas después de que salía del centro comercial, mejor conocidas como las porristas. Cuando no acepté, se sintió ofendida y ahora me despreciaba – Hola, Nicky, feliz año nuevo.

- ¿Alex, te decidiste a venir? Muchos ya habían especulado que te habían deportado, yo estaba por dar una fiesta en la nueva piscina de mi casa por tu partida – por eso nuestra relación se basaba en saludos, ella era la persona más insoportable y creída que conocía, como si su falda beige y camisa purpura de diseñador fueran algo realmente exclusivo – Que triste que tenga que cancelarla.

- Lamento defraudarte, Nicky, pero mi retraso se debió a que el avión privado de mi padre tuvo unos problemas en Italia y decidimos quedarnos una semana más e ir a París mientras lo reparaban – usualmente no era tan presumida, pero ella sacaba lo peor de mí. No había pasado año nuevo en Italia o Francia, pero la noche buena sí, así que técnicamente no contaba como mentira. Nicole me lanzó la mirada de odio que siempre me daba y se fue.

- ¿Hablando con la enemiga? ¿Qué te pasó en las navidades? ¡Te he estado llamando un montón de veces desde la semana pasada! ¿Dónde rayos estabas? – Llamó una voz furiosa detrás de mí. Elisa.

- ¡Lisa! ¡Feliz año nuevo! Te extrañé tanto, tengo demasiadas cosas que contarte – me lancé sobre mi amiga y la abracé.

Ella se quedó rígida bajo mi toque, su cabello rubio bailando suelto con el viento, me separé. Llevaba un jean que se ceñía a su cuerpo y una camisa demasiado grande para ella, pero se le veía bien. Tenía el porte de modelo de su madre.

- No creas que un abrazo lo arreglara todo, ¡Contesta! – tenía una expresión que usaban los sargentos, rígida e impenetrable.

- Lo siento, general – hice un saludo militar – Técnicamente si estaba hablando con Nicole...

- ¿Técnicamente?

- Si, me tropecé con ella. Mis navidades las pasé en casa de mis abuelos, en Francia, pero regresé para año nuevo, he estado en mi casa desde entonces. No te

he atendido porque en año nuevo mi celular colapsó y lo apagué, no lo he vuelto a prender ahora que lo pienso... ¿Ya me puedes abrazar? – Hice puchero, su expresión de general cayó y me dio una de esas sonrisas abiertas que me encantaban.

- ¡Alex, te extrañé mucho! – Me abrazó – ¿Te costaba mucho acordarte de mí? ¿O dar señales de humo?

- Si me acorde de ti, Lis – saqué unos chocolates que le había traído – estos son todos para ti – sus ojos se abrieron por la sorpresa y su cara se volvió roja por la vergüenza.

- Sabes que no lo decía en serio, Alex...

- Toma – puse los chocolates en su mano.

- ¡Gracias! – Me abrazó de nuevo, ella estaba obsesionada con los chocolates, diario comía uno, como mínimo, al abrazo se unió otra persona, nos sorprendimos y volteamos a ver a la tercera persona. La piel de Charlie estaba completamente roja, hacía juego con su cabello. Se veía terrible. Por suerte su ropa lo mejoraba todo: una camisa verde manzana y un pantalón oscuro. Nada rojo.

- ¿Comenzaron la fiesta sin mí? Feliz Año nuevo, chicas – Sonrió abiertamente.

- Feliz año nuevo, Charlie – dijimos al unísono Elisa y yo.

- ¿Pasaste el último mes en la playa, no? – Comenté, era lo más sutil que podía decir.

- Bueno... Sí.

Charlie y yo reímos, pero Elisa parecía bastante disgustada, Claudia y Natasha llegaron juntas y se unieron a nuestra conversación, Charlotte nos contó todos los detalles de su relación con Santiago, a quien se había encontrado en las vacaciones, él le propuso que fueran novios durante un atardecer en la playa. Claudia había visitado a su familia en Canadá y no quería saber más nada sobre montañas, frío o cosas que se le parecieran; sin embargo nos confesó que la había pasado bien. Natasha, después de pasar noche buena y año nuevo con su familia en su casa, se fue con su novio universitario a Barbados, sin que sus padres se enteraran. Ella tenía toda mi atención.

- ¿Pero antes de que llegaras a allá como te escapaste de tus padres para que dejaran ir sola – hice énfasis – con Adrián a esa isla?

- Les dije que pasaría un tiempo en un campamento espiritual, les mostré folletos y la página de Internet, pero cuando mi madre me fue a inscribir estaba cerrado, claro, así que me ofrecí a inscribirme yo misma, con el dinero que me dieron compré el boleto y le di dinero a Adrián para el hospedaje. En el campamento no se permitían artefactos electrónicos, así que no me preocupé por llevarle fotos o llamar a mis padres.

- ¡Tasha! Cómo pudiste...

Había comenzado a decir Claudia cuando el timbre sonó. Nos movilizamos rápido al salón, entramos a una de las pocas clases que veíamos las cinco. Antes de entrar vi a Lucas hablando con Santiago – el novio de Charlie – al final de la fila. Me había olvidado completamente de Lucas y estaba segura de que esta vez no podría huir como había hecho en año nuevo.

Nos sentamos como siempre lo habíamos hecho: Charlie, Claudia y Natasha en los primeros puestos y Elisa y yo justo detrás de ellas, a mi mano derecha estaba Elisa y a la izquierda quedaba siempre una mesa vacía. Nadie se sentaba allí, a veces me preguntaba por qué y luego recordaba que Natasha resultaba ser agresiva el 60% del tiempo y que yo, bueno era algo inquieta. Estábamos en clase de Literatura con el Señor Fontun, discutiendo sobre Romeo y Julieta, Charlie había peleado con el profesor y Claudia la había calmado, justo como en mi sueño de año nuevo; todo estaba pasando exactamente igual y cuando el final de la clase se acercaba me puse ansiosa, de verdad ansiosa. Esperé y esperé, pero él nunca apareció.

- Rayos – murmuré.

- ¿Pasó algo, Alex? – Me preguntó Elisa en un susurro, la clase aun no terminaba, pero se había puesto muy tediosa.

Yo tomé aire y le conté todo lo que había pasado desde año nuevo – excepto por mis sueños dolorosos – se espantó con el secuestro de mi abuela y estuvo ansiosa por ver al chico que yo había visto. Muchas cosas para Elisa en un día, ella era como una niña pequeña, si le contabas demasiadas cosas fuertes en tan poco tiempo, colapsaba.

- Espera – dijo ella a medida que iba alzando la voz – ¿Tu abuela está

secuestrada? ¿Un chico hermosísimo debería aparecer en – ella miró su reloj – 5 minutos? ¡Y aun así no consideraste llamarme en las navidades! ¿Qué clase de amiga eres?

- Soy la clase de amiga que no le gusta que griten en el salón sus vacaciones del terror – dije con los ojos cerrados y respirando profundamente.

Mi querida amiga había gritado todo eso que dijo, mis compañeros y profesor tenían una mirada bastante interesante. Natasha, Claudia y Charlotte me miraban con curiosidad e intriga, ellas sólo querían saber que estaba pasando, les hice una mueca para decirles que les contaba luego, al instante me giré para ver a Lucas.

Lucas, desde el fondo del salón, reflejaba en su mirada un tono de rencor, quizás porque no le conté lo de mi abuela, luego su mirada reflejó rabia e impotencia.

- Gracias, Liss – le dije por lo bajo a mi amiga.

No sería un día fácil.

Capítulo 6, ¿Algo más?

Elisa se disculpó durante todo el día, cada vez que podía lo hacía, a tal punto que llegué a estresarme y gritarle “Si, ya estás más que disculpada” – aunque seguía medianamente molesta – Lucas no me dirigió la palabra en ningún momento y tenía la impresión de que me estaba evitando. Mis compañeros de clase estaban cuchichiando entre ellos. Genial, no había pasado ni un día completo en el colegio y ya era parte del tema de conversación de todos en el salón. Cuando al fin sonó el timbre de salida, yo corrí hasta el carro – sin siquiera despedirme de mis amigas – donde me esperaba Luis, el chofer de la familia.

- Buenas tardes, Luis ¿Cómo andas? – Me monte en el carro.

- Bien, Señorita Soriani, ¿Qué tal su primer día de escuela?

- No... No quiero hablar de eso – estaba esperando a Eduardo, él tenía que llegar para poder irnos. En ese momento se abrió la puerta. Mi rubio hermano apareció.

- ¡Vámonos, Luis! – Le grité a nuestro chofer.

- ¿Alessandra, me puedes explicar por qué todo el colegio me hace preguntas sobre la abuela y sobre mi estado de ánimo? ¿Qué hiciste, Alessandra Soriani? – Mi hermano en realidad sonaba molesto, me hundí en mi asiento.

-Hola para ti también, hermanito – le dije mientras veía por la ventana – Ed no me hables así – Él solo usaba ese tono conmigo cuando estaba realmente molesto – Fue... Un error de cálculo, yo no quería que todos se enteraran, pero ¿Cómo sabes que es todo el colegio?

- ¡Porque tu nombre está en todos los pasillos! Uno de mis amigos del equipo de futbol me dijo que Elisa gritó unas cosas en tu salón... ¿Es cierto? – Seguía molesto, pero estaba un poco más calmado, al menos su cara ya no parecía que fuera a explotar. Era lindo sonrojado, pero sólo lo hacía cuando estaba iracundo. Odiaba que estuviese iracundo.

- Bueno, sí, le conté a Elisa lo de la abuela y sobre un sueño que tuve.

- ¿Y por qué ella lo gritó en el aula? – Dijo completamente sereno, era increíble lo bien que podía controlar sus emociones.

- Ya conoces a Elisa, es preferible darle las noticias en un lugar desierto.

- ¡Entonces por qué se las diste en el salón!

- Ya, Ed, no me regañes, ya pasó ¡No puedo hacer más nada! – dije todavía sin mirarlo. Él me haló hacia sí y me dio un beso en el cabello.

- Ya, extraña – dijo con voz suave, utilizando el sobrenombre que mi hermano y yo compartíamos desde que tenía memoria, aunque nunca supe por qué, yo le decía “precioso” y él me decía “extraña” – todo va a estar bien, pero la próxima vez me gustaría enterarme por ti y no por lo demás. Mejor dicho, me encantaría que no hubiese una próxima vez – dijo él mientras lo sentía fruncir el ceño, yo reí y le regresé el abrazo.

El resto del viaje Eduardo me contó sobre su día y cuando empezaría el entrenamiento de fútbol – la próxima semana. Apenas llegamos a la casa me dirigí a la cocina, ansiando comer algo de helado. Pero cuando pasé por la puerta de la sala...

- Alessandra, querida, ven un momento – mi madre me llamaba desde la sala con esa voz chillona y ridícula que usaba cuando teníamos visitas “importantes”. Y con “importantes” me refería a gente de la alta sociedad.

- ¿Si, madre querida? – Respondí imitando su estúpida voz, pero con un poco de arrogancia.

En la sala solo estaba mi mamá y una señora mayor, teñida de rubia y operada hasta los huesos, ella tenía una expresión de superioridad tatuada en la cara y una cosa peluda en cada brazo. Perros. Los odiaba. Mi madre, con su traje de falda y chaqueta que se le ceñía al cuerpo y le hacía lucir todas las curvas que tenía, se puso de pie y su cabello castaño se balanceó, tomó el perrito más pequeño. Parecían una pintura, ambas sentadas sobre los muebles blancos de mi madre.

- ¿Te gusta? – Dijo sosteniendo una sonrisa honesta. Yo la miré como diciéndole “Hola, soy tu hija y odio los perros desde que tengo uso de razón ¿Lo recuerdas?”

- ¿Quieres que responda? – Mi madre ignoró mi comentario y exclamó:

- Es una Yorkshire Terrier.

- Es un perro, mamá.

- Si hija, es un perro. Es tu perro – yo abrí los ojos de par en par, por poco pensé que estos se saldrían de sus orbitas ¡No *podía* hacerme esto!

- Bueno, Madeleine, me tengo que ir – dijo la señora con el otro perro – siempre es un placer hacer negocios contigo – se acercó a mí y me susurró al oído – Disfrútala, niña.

Quizás podría degollar a esa señora, cometió dos atentados contra mi persona. Primero: Me llamó niña, odiaba que me dijeran así ¿No había escuchado que mi mamá me había llamado Alessandra? Segundo: Me había traído un perro. Un perrito chiquito, peludo y que de seguro arruinaría la mitad de las cosas de mi habitación.

- ¿Cómo pudiste mamá? ¿En qué estabas pensando? – Dije apenas escuché la puerta de la casa cerrarse.

- ¿No te gusta? – Dijo ella regresando a su tono de voz normal, melodiosa, juntando su nariz con la del animal, sus ojos chocolate brillaban con felicidad – ¡Pero si está preciosa! Además, tus dos hermanos han tenido mascotas y con eso han aprendido algo de responsabilidad, es hora que tú también lo hagas.

- ¡Yo no soy igual a ellos! – Exploté – ¿Por qué tengo que tener a una mascota? Y como si eso no fuera suficiente ¡Las mascotas de mis hermanos son o eran geniales! Eliot tenía un cangrejo llamado “Tenazas”, Eduardo tiene a su serpiente “Fonteius” – era la única serpiente de la cual mi mamá sabía – ¿En serio piensas que un perro me hace feliz? ¿No piensas en una tarántula? ¿Un escorpión? ¿Un axolote? – Yo gritaba.

- Un axo... ¿Qué? ¡Esas no son la clase de mascotas para una señorita! ¿No te gustan los perros, gatos o conejos? ¿Tienes que buscar animales raros verdad?

- No son raros, mamá ¡Son interesantes! ¿No puedes ver la diferencia cierto?

Mi madre y yo pocas veces nos llevábamos bien, desde los cinco hasta los diez años ella me hizo asistir a clases de etiqueta, concursos de belleza, flamenco,

ballet, danzas culturales, modelaje, maquillaje, clases de piano y oboe – el piano me encantaba y de vez en cuando aun lo tocaba, pero siempre había detestado el oboe – yo no tenía voto para decidir, ella le decía a mi padre que yo amaba todo eso, pero la mayoría de las cosas las odiaba.

Mi abuela era otra que decidía mis actividades, ella me inscribió en karate, Taekwondo, niñas exploradoras, kenjutsu, gimnasia y latín. De nuevo, solo me gustaban pocas cosas. Por suerte aprendí lo que era el uso de razón y hablé con mi padre, quien habló seriamente con ellas y me dejó solo conservar las actividades que me gustaban de verdad.

- ¿Y tú no puedes crear una diferencia entre lo que es una señorita, que si me permites recordarte: tendrá su *cotillón* en unos años, y una marimacha verdad? – Ouch, eso me dolió.

- ¿No te has puesto a pensar que no quiero ser una señorita de sociedad?

- Pues aunque no quieras lo serás, tu padre y yo siempre hemos trabajado muy duro para que tú y tus hermanos tengan todo lo que quieran, pero la única condición es que valoren todo lo que les demos. La perra se queda y punto, agarra sus cosas y llévala a tu alcoba, ella dormirá contigo, en esa maleta – señaló una valija rosada mediana – están todas sus cosas, le daré la orden a la sirvienta de que tú recogerás y atenderás las necesidades de tu cachorra – estaba haciendo un indicio para salir cuando se volteó a mí – su nombre es Campanita y fue entrenada en la mejor escuela para perros – mi madre me miró – ella si sabe cómo comportarse - ella puso a *La cosa* en mis brazos y se marchó.

¿Cómo una conversación por un perro se había retorcido hasta llegar hasta a mí y mis responsabilidades, mi formación y mi futuro? ¿Y cómo rayos tenía que ver el hecho de que mis padres nos den lo que queremos y nos enseñen a valorarlo con mi futuro apareamiento en sociedad? Esa mujer definitivamente estaba loca. Por suerte me pude contener de decirle que ella no trabajaba por mi futuro, que era mi padre quien lo hacía, pero si lo hacía probablemente mi querida madre llenaría mi cuarto de cachorros. Miré a la que tenía en brazos y la puse en el suelo.

- No te pienso cargar y odio tu nombre, hoy espero no defeques ni orines porque sería capaz de lanzarte al triturador de basura de la cocina – la perra puso su cabeza de lado, como usualmente hacen los perros, como si “no entendiera”. Me molesto más.

- Deberías llamarte... Pesadilla – la perra ladró y gruñó, como si el nombre no le gustara – ¿Ah no? ¿Entonces te gustaría llamarte Infierno? ¿Cosa? – La perra hizo lo mismo que cuando la llame pesadilla.

- Y supongo que Campanita está bien, ¿Verdad? – Ahora, la perra movió su cola felizmente y se paró en dos patas, como si asintiera con la cabeza.

- Genial, tengo un perro ni siquiera me deja elegir su nombre – me olvidé de ir a la cocina, estaba molesta, muy molesta; así que subí a mi cuarto, pero escuchaba el ruido de un cascabel, cuando bajé la mirada al suelo vi que era *la cosa* siguiéndome. La dejé pasar y cerré la puerta.

- Perfecto – exclamé por lo bajo y me tiré en mi cama, se sentía realmente cómoda o tal vez era que mis músculos estaba muy tensos. Puse una almohada en mi cara y comencé a gritar en ella. La perra empezó a ladrar. Alcé la cabeza y lo que vi me causo gracia, ella era tan pequeña y peluda que más bien parecía un gato. Y aquel ladrido: era tan cómico verla prácticamente saltar cada vez que lo hacía.

Me reí. Me reí alto y fuerte hasta que la perra empezó a ladrar frenéticamente de nuevo. Me levanté para lanzarle un zapato – o lo que tuviera cerca – y la perra y yo nos miramos la una a la otra. Ella se calló, yo también lo hice. Y entonces, se escuchó una voz horripilante que hizo estruendo en todo el cuarto.

- No puedes escapar de mí, te voy a encontrar. No puedes correr, no te puedes esconder. No hay lugar en el mundo que sea seguro para ti.

Me helé, agarré a Campanita del suelo y la puse entre las sabanas conmigo; aunque no hacía frío las dos nos quedamos sin movernos durante mucho tiempo, tanto que me quedé dormida con ella entre mis brazos.

Capítulo 7, La habitación de mi abuela.

Alguien estaba tocando la puerta de mi habitación mientras yo me revolvía en mi cama intentando olvidar lo que parecía ser una pesadilla. Cuando rodé en las sábanas para levantarme, la cosa que tenía como perro saltó de la cama y empezó a ladrar frente a la puerta; casi inmediatamente la puerta comenzó a abrirse, por un segundo me helé y pensé que la voz había regresado en forma humana, hasta que la rubia cabeza de mi hermano se asomó y pude respirar de nuevo.

- Hola, Alex – terminó de entrar al cuarto con una bandeja – te he traído la cena, mamá me dijo que estabas muy malcriada – me sonrió con complicidad - ¿Ahora qué hizo?

- ¿Ves esa cosa ruidosa en el piso? – Él asintió divertido - ¡Me la regaló, Eduardo! ¡Me regaló un perro, un can, un animal doméstico! – Él intentaba no reír, pero mi querido Ed nunca supo cómo retener la risa, no pasaron ni diez segundos y ya estaba riendo a carcajadas - ¡No te rías! No es cómico – aunque lo decía con una media sonrisa.

- Lo siento, lo siento – dijo aun entre risas – pero es que no me parece posible ¿Mamá te dio un perro? – Dijo mientras se acercaba a acariciar a campanita – ¿Esta hermosa perrita? – La perra movió su cola frenéticamente.

- Eduardo, me regaló esa perra – dije mientras tomaba la mitad de mi emparedado de jamón, me conocía demasiado bien – ¿Cuándo he dicho yo que me gustan los perros? ¿Cuándo he insinuado querer una mascota? No puedo con ella – dije con la boca llena.

- No, Alex, todos sabemos que los odias... Pero es mamá así qué... Te quedarás con la perra quieras o no.

- Cierto – murmuré con la boca llena a la vez que él se levantaba y se sacudía – ¿Hey, precioso, a dónde vas? – Ed estaba vestido con una camisa de botones negra que llevaba por fuera de los jeans. Él sonrió.

- Iré al centro comercial ¿Quieres venir conmigo, extraña?

- Definitivamente si, necesito despejarme y salir del campo visual de esa cosa que ronda tus pies – dije mientras terminaba de comer – sal para que me pueda cambiar.

- ¿Cochina, no te piensas bañar? – dijo con tono burlón.

- No, Señor “yo-no-bañarme-antes-de-jugar” – él sonrió y cerró la puerta cuando salió. Me puse unos jeans y una camiseta verde manzana que hacía que mis ojos resaltaran, unas zapatillas tipo bailarina del mismo color y ya estaba lista para irme.

Evité a mi madre al salir y Luis nos llevó amablemente hasta el centro comercial. Mi hermano y yo vagamos por las tiendas y comimos helado, cuando estábamos a punto de irnos pasé por una tienda de electrónicos y se me ocurrió una gran idea, tomé a mi hermano de la mano y nos metimos en la tienda.

- Buenas tardes Señor ¿En qué puedo ayudarlo?

- Estoy buscando una nevera ejecutiva – fui yo la que hablé, el Señor me miró raro y luego me dijo que lo siguiera por un corredor, allí había neveras ejecutivas de todo tipo y de todos los colores. En el trayecto Ed habló.

- ¿Una nevera? ¿Qué planeas Alex?

Yo seleccioné una azul cielo, después de todo la quería para mi cuarto – Nada Ed, es sólo... Algo que quiero – dije después de pensar mi respuesta, yo ni siquiera sabía por qué estaba haciendo esto, era solo una corazonada, un presentimiento. Me dirigí de nuevo al Señor – Ésta está bien Señor ¿Podría alguien llevarla hasta mi auto? – De nuevo, el Señor me miró extrañado.

- Sí, claro, Señorita ¿La va a comprar ahora?

- Si.

El Señor me miraba de una forma incómoda, pero luego me acompañó a la caja registradora. Realicé la compra y le dije a Eduardo que llevara al chico con la nevera hasta Luis, yo los vería allá en diez minutos.

Iba de camino al baño cuando de repente escuché una voz que llamaba por

mi nombre a lo lejos. Yo estaba completamente de espaldas a la voz, pero la reconocería hasta hablando chino. Mientras mis sentidos me gritaban que saliera corriendo o terminara de entrar al baño, mi cabeza giró forzosamente la cabeza para confirmar lo que mis oídos me habían advertido.

- ¿Lucas? ¿Qué estás haciendo aquí? – Estúpida pregunta cuando te encuentras a alguien en un centro comercial. Y una pregunta hostil para tu novio.

- He venido a hacerle unas compras a mi madre, también me alegro de verte, Alex – no había emoción en su voz, estaba distante y distraído. Y sarcástico.

- Lo siento, amor, es que en serio estoy apurada. Eduardo me está esperando en el carro.

- Entiendo, pero tenemos que hablar, bebé ¿Cuándo te veré fuera del cole? – Como odiaba que me dijera bebé, forcé una sonrisa en mis labios antes de contestar.

- Yo... Mmm... No sé, Lucas, puedes ir a mi casa mañana por la noche y hablaremos ¿Si? – Alcé la vista para ver Lucas por primera vez, él tenía la vista fija en mí. Sus tristes ojos grises combinaban con la camisa del mismo color, sus jeans nuevos parecían desentonar su vestimenta triste. Su mirada reflejaba decepción – Escucha, Lucas... Yo lo siento, en verdad lo siento, no era mi intención que te enteraras de esa forma, de que todos se enteraran de esa forma...

- Alessandra – Lucas me interrumpió – ahorita estás algo apurada y me gustaría que conversáramos esto con calma y en privado, mañana iré a tu casa y podremos hablar ¿Si, cariño? – Expresión fría. Voz fría. Mañana sería una tortura.

- Está bien, amor – terminé diciendo mientras él me daba un beso suave y corto, luego se retiró. No fui al baño y me regresé al carro, no dije una sola palabra en todo el camino. De todas formas, Eduardo y Luis iban hablando de fútbol americano.

Le sonreí a la luna que me miraba desde lejos y recordé a Lucas casi automáticamente. Mi Lucas era un chico comprensivo, amable y muy cariñoso. Pero también era invasor, dramático, orgulloso y no sabía apreciar otra voz que no fuera la de él. Al llegar me dirigí a Luis.

- ¿Luis, serías tan amable de llevar la nevera a mi habitación? Tengo otra cosa que hacer.

- Claro, Señorita Alessandra, no será ningún problema.

- ¿Qué harás, Alex?

- Revisaré el cuarto de mi abuela, Ed, ¿Podrías cubrirme?

- Siempre, hermanita – me dio un abrazo y entró a la casa.

Me quedé observando la mansión desde afuera – y a mi hermano entrando por la puerta con movimientos agradecidos. *Mi hermano amado siempre me apoyaría*, pensé, no había mejor sentimiento que ese. Después de pensar en mi hermano cómplice y mi novio insoportable, me dirigí al cuarto de mi abuela.

...

Entrar al cuarto de mi abuela sin ella presente se sentía como si la estuviera traicionando, ella nunca dejaba que nadie entrara sin previo aviso y mucho menos si ella no estaba. Cuando entrabas a este cuarto sentías tenso el aire, pero hoy no, hoy se sentía distinto; como si toda la atmósfera a mi alrededor hubiese cambiado.

El cuarto de mi abuela – o mejor dicho, el sótano de mi abuela – era más pequeño y sencillo que cualquier otro en la casa; la cama individual estaba pegada a la pared, cubierta por un hermoso edredón blanco y en la cabecera una suave almohada de plumas. Frente a la cama estaba una biblioteca llena de polvo, los libros que tenía mi abuela – que nunca me dejaba tocar – eran tan viejos como el inicio de la civilización, un mal agarre y podrías desprender una página – o el libro completo. Al lado de la cama estaba una mesita de noche con una lámpara y... ¿Mi collar? Me acerqué y lo tomé.

Ah, sí, mi collar. Ese collar me lo había regalado ella cuando tenía dos años, desde entonces nunca me lo quitaba, sólo la noche de año nuevo de todos los años; cuando se lo daba a mi abuela para que ella me lo regresara el primer día del año. Una especie de tradición entre nosotras dos.

El collar era sencillo, una delgada cadena de plata con un dije colgando. El dije era una estrella de cinco puntas, en el medio se formaba un pequeño pentágono donde estaba una luna incrustada, por último había un círculo que rodeaba la estrella, un círculo del doble de grueso que las otras líneas del dije – parecían unas ramas entrecruzadas – que también era de plata.

Tome mi gargantilla recordando lo que había pasado tan sólo unas semanas atrás, sólo los policías habían entrado aquí después de que ella se marchara, cada día que pasaba la extrañaba con más fuerza, era como si se hubiesen llevado una parte de mí.

Mi abuela no era sólo eso, era mi amiga, una persona que me comprendía más que nadie, era quien siempre me hacía reír, quien sin importar la hora siempre estaba para mí, quien me defendía ante algunas injusticias de mis padres, quien me enmascaraba y ayudaba para salir de la casa, quien me encarrilaba cuando estaba empeñada en salirme del camino correcto, quien me escuchaba y aconsejaba sobre las cosas que no me atrevía a decirle a Eduardo o a mis amigas, ella me decía las verdades de una forma sutil, pero sin omitir detalles, era mi apoyo, una persona en la que confiaba ciegamente, a quien defendería con mi vida, una persona que ya no estaba.

Cuando las lágrimas empezaron a salir, me acosté lentamente en su cama, abrazando el collar y una foto de nosotras que había en su mesa de noche.

- *¿Alex? ¿Alex eres tú?* – Dijo una voz a lo lejos. Inmediatamente me senté en el borde de la cama mirando a todas las direcciones – *Alex soy yo, tu abuela, Melinda* – creo que venir a su habitación fue una terrible idea, ahora estaba teniendo alucinaciones, pensé mientras me sentaba – *Mi niña no tengas miedo, sabes que nunca haría algo que te hiriese.*

- *¿Si, abue?* – Me sentí tan idiota al hablarle a una habitación vacía.

- *Alex tienes que ponerte tu collar, el que yo te regalé, pónitelo y no te lo quites nunca.*

- *¿Ok? Si tú lo dices... ¿Dónde estás?* – Si iba a actuar como estúpida, por lo menos sería una estúpida útil.

- *No te preocupes, yo encontraré una forma de escapar.*

- *Melinda, dime o no me pondré el collar, necesito saber de ti* – dije con la voz quebrada.

- *Mi linda no hagas eso, necesitas protección y eso te protegerá, es por tu propia seguridad. Sé que tenemos que hablar, pero no tengo la fuerza necesaria para hacerlo en este momento, tú tranquila que yo me sé cuidar sola. Confía en mí.*

Así la presencia y la voz desaparecieron y el cuarto volvió a sentirse vacío, cuando estaba *hablando* con ella, su presencia había llenado la habitación y fue casi como si ella estuviese allí conmigo. Me sentía rara, asustada. Tenía el presentimiento de que esto solo era el comienzo, y que no descansaría en mucho tiempo. Tomé mi collar y corrí fuera del cuarto. Al salir de las escaleras que estaban en el cuarto, llorando, me choqué con una pared de músculos, de inmediato solté un grito agudo y peleé contra lo que me tenía apresada sin alzar la vista.

- Alessandra, está bien, soy yo – era mi padre, dejé de golpearlo y comencé a llorar más fuerte en su pecho, él cruzó sus brazos a mi alrededor y sus dedos acomodaban mi cabello – Ya, pequeña, todo va a estar bien.

Mentira.

Yo sabía muy bien que era una mentira, pero no iba a discutir, no con mi padre, no tenía la fuerza necesaria para hacerlo, en vez de eso dejé que me consintiera un rato. Me cargó y nos sentó en un sillón de terciopelo rojo, notó que llevaba el collar entre los dedos y me lo puso. Luego empezó a contarme historias de él y la abuela, de su adolescencia en Italia y lo mucho que amaba ese país, me contó cómo había conocido a mamá – era como la décima vez que me contaba esa historia y sin embargo su voz siempre cargaba el mismo amor – y muchas cosas más que se fueron desvaneciendo en mis oídos a medida que el tiempo pasaba, mi padre también desaparecía, hasta el punto que no escuché ni vi nada más. Esa noche, entre los susurros de mi padre y la fuerte corazonada de que mi abuela estaba bien, dormí como un bebé, completamente en paz.

Capítulo 8, La cita.

¿Sabes lo horrible que se siente entrar a un lugar y saber que todos te dirigen una mirada acusatoria? Bueno, yo sabía perfectamente que eso era lo que me esperaba en la secundaria, así que esa mañana me tomé todo el tiempo necesario para bañarme, cepillarme el cabello, maquillarme, divagar entre que ropa me iba a poner. Todas las cosas que usualmente hacía apurada, las hacía a paso tortuga, hasta que tocaron la puerta.

- Alex ¿Estás despierta? – Gritó mi hermano desde afuera.

- No – Respondí mientras me terminaba de poner un suéter blanco de cachemira que iba a juego con mi falda rosa.

- ¿Puedo pasar? – dijo Ed. Yo le respondí que sí y él entró – hola, extraña – dijo mientras sonreía – ¿Por qué no has bajado a desayunar? Hice panqueques – la última frase la dijo cantadita por lo cual no pude evitar sonreír.

- Buenos días, precioso – dije mientras me sentaba de nuevo en la cómoda a cepillarme el cabello por millonésima vez en el día – Hoy... Ehm, estoy particularmente sin hambre.

- ¿Tendrá algo que ver con lo que nos espera en el cole? – Dijo mientras se acostaba en mi cama.

- Claro, jugador estrella de fútbol, si tu regalas una sonrisa y dices “lo siento” te perdonarían incluso si lanzaras una bomba atómica – pude ver por el rabillo del ojo como le sonreía al dosel blanco de mi cama, pero no lo negó – aparte, tu siempre puedes alegar que tu hermana está más loca que una tuerca.

- Hermanita, dudo que las tuercas tengan un nivel alto de locura – me volteé y le saqué la lengua mientras él reía.

- Sabes a lo que me refiero, Ed...

- Siempre – sonrió maliciosamente.

- Bueno, además de lo del colegio, Lucas vendrá hoy a cenar y quiere hablar conmigo así que...

- Así que será un día duro – terminó por mí.

- Exacto – dije mientras tomaba de nuevo el cepillo y lo balanceaba sobre mi cabello.

- Con más razón necesitas desayunar bien, Alex... Hice tus favoritos... - volvió a cantar y no pude evitar carcajearme.

- Ok, ok... Bajaré en un segundo, mis panqueques...

- Con jarabe de chocolate y fresas picaditas – terminó él por mí mientras se paraba de la cama.

- Wow, hasta que aprendiste...

- Siempre lo he sabido, Alex – dijo girando los ojos – y por cierto, si no dejas de peinarte te quedarás calva – se giró y agregó – No me agradaría una hermana calva.

Sacudí la cabeza ante el pensamiento y dejé el cepillo en la cómoda. Sola en mi habitación volví a enseriarme, miré a la cosa que seguía dormida en su cestita y me fui al baño para ver mi reflejo. Mi cabello estaba perfectamente lacio – después de semejante sesión con el cepillo ¿No habría de estarlo? – mis ojos verdes estaban oscurecidos por la ansiedad y el tenue rubor mañanero que era tan común en mí aún no se había marchado.

Sabía perfectamente que no era la primera vez que habían susurros de mí en el colegio, cuando llegué con Eduardo el primer día de la primaria fue lo mismo, cuando rechacé a Nicole fue igual y cuando Lucas y yo empezamos a salir fue la misma algarabía, lo que esta vez era diferente era que estaban hablando de mi exótica abuela que muy pocos conocían en realidad y que todas esas personas habían aumentado su nivel de crueldad desde la primaria y ahora estaban pendientes de mi destrucción personal.

Cogí mi bolso y bajé las escaleras con una expresión en blanco, me dirigí a la cocina donde mi padre desayunaba con mi hermano, le di un beso en el cachete a mi padre y me senté junto a él, como de costumbre, tenía el periódico en sus manos.

- Buenos días, Alessandra.

- Buenos días, papi – dije mientras Ed ponía mi plato justo en frente de mí.

- ¿Cómo dormiste, cariño? – Me preguntó mientras bajaba el periódico.

- Bien, bien y ¿tú?

- Perfectamente... Eduardo ¿Cuándo comienzas los entrenamientos?

- La semana entrante, padre – dijo Ed mientras llevaba su plato al fregadero.

- ¿Quieres acompañarme a una reunión informativa de la bolsa de valores? – Preguntó mi padre mirando fijamente a Eduardo, él asintió y comenzaron a debatir acerca de las finanzas.

Eliot estaba increíblemente enamorado de la medicina y yo estaba a punto de iniciar mi entrenamiento para “mi introducción a la alta sociedad” – idea de mamá, estúpida idea de mamá – así que mi padre estaba súper emocionado con la idea de que Ed compartiera su amor por los números y las finanzas, cosa que, de hecho, hacía.

- Papá ¿A qué hora regresa mamá? – Dije mientras interrumpía su conversación.

- Pues tiene yoga hasta las diez – dijo mientras entrecerraba los ojos para acordarse – almorzará en casa y pasará toda la tarde en casa de – frunció el entrecejo intentando recordar – Una de sus amigas, supongo. Tranquila, no la verás hasta después de la cena – dijo mientras me guiñaba un ojo – ya te puedes quejar sobre el pequeño regalo que te hizo tu madre ayer, según ella, estabas tan molesta que las ventanas retumbaron cuando lanzaste la puerta de tu habitación – me dio una mirada acusatoria y me encogí en mi asiento.

- Papá, sabes que odio a los perros, todos lo saben...

- Sabes que tu madre no lo hizo con mala intención...

- ¡Y ella sabe de mi odio hacia los canes! – Alcé la voz y mi padre optó por regañarme con la mirada.

- Alessandra, ella lo hizo con la intención de que desarrolles el sentido de

responsabilidad al igual que tus...

- Que mis hermanos hicieron con sus mascotas ya, ya entendí – ya había terminado de comer así que puse mi plato sobre el fregadero y me despedí de mi padre mientras Ed hacía lo mismo.

Saludamos cordialmente a Luis y durante todo el trayecto el carro estuvimos en silencio, cuando faltaba una cuadra para llegar sentí una mano cálida deslizarse por mi rodilla, volteé la cara para encontrarme con mi rubio hermano sonriendo.

- Todo va a salir bien, Alex, ya verás que estás exagerando, como siempre.

Le sonreí intentando creerme lo que decía, después de todo, yo podría ser considerada como una reina del drama. En seguida Luis aparcó el carro frente al campus escolar y me abrió la puerta, cuando me despedí de Ed y Luis, pude divisar a las chicas sentadas en un banco debajo de un árbol.

- Buenos días, chicas – dije con fingida alegría.

- Hola, Alex – dijeron Charlie y Claudia al mismo tiempo.

- Buenos días, Alex – dijo Elisa mientras mordía su manzana y repasaba sus apuntes.

- Hola, Tasha ¿Cómo estás? – Le pregunté al verla mirar fijamente al pavimento.

- Tasha está molesta – me contestó Elisa – no le gustó la forma en cómo se enteró de lo de tu abuela y como disculpa exige que cuentes bien la historia para nosotras.

Las comisuras de mis labios se elevaron en una media sonrisa y me senté junto a mis amigas para contarles la historia de mi terrible día de año nuevo, exceptuando a los gorilas y al tipo de ojos verdes/rojos, en cambio dije que apenas se abrió la puerta, me desmayé.

- Wow, Alex, eres tan cobarde – dijo Natasha a la vez que agarraba su bolso y todas reímos.

En ese instante el timbre sonó y nos llevó a nuestros deberes escolares, mi

clase de trigonometría solo la veía con Elisa por lo que las demás se fueron por otro pasillo, a medida de que caminábamos hacia nuestros casilleros comenzamos a charlar, Elisa, conociéndome tan bien como lo hacía, fue directo al grano.

- Así que... ¿Por qué tienes cara de querer vomitar? – Dijo mientras sacaba su pesado libro de trigonometría.

- Hoy tendré “La charla” con Lucas – cerré mi casillero con más fuerza de la necesaria.

- Uh-oh, eso no es bueno en ningún sentido – empezamos a caminar hacia el aula - ¿Por qué estás tan segura que es “La charla”?

- Ayer me lo tropecé en el centro comercial y utilizó ese tono de “Alex, cariño, estás en serios problemas” de esa forma surgió la cena.

- ¿Otra vez? Llevan diez meses y pelean más que un gato y un ratón, Alex ¡Por el amor de Dios! ¿Cuántas “Charlas” – remarcó las comillas con sus dedos – han tenido ya? ¿Cinco? ¿Siete? ¿Acaso no todas terminan en lo mismo?

- No sé, hace rato perdí la cuenta – traté de mantener un tono serio, pero ambas nos reímos.

- Alex, tienes que reconocer algo que has ignorado estos diez meses – me dijo cuando entramos al salón.

- ¿Qué será eso? – Dije con el ceño fruncido.

- Nunca has visto a Lucas como un novio, lo quieres y lo adoras, pero sólo como a una mascota o un hermano.

No le dije que mi cariño hacia mis hermanos nunca sería igual al de mi mascota. Sobre todo porque odiaba a mi mascota. En eso entró el profesor y Elisa me dejó con una incógnita que sabría tendría que responder por mi sola ¿Cómo quería a Lucas? Y si lo quería como decía Lisa ¿Tan obvio era? ¿Cuántos lo sabían? Si usualmente no le paraba a esas clases, hoy me era imposible; sin embargo de vez en cuando me encontraba con las miradas de algunos compañeros que me veían anonadados, cuando me empezaban a estresar les hacía muecas o los saludaba y así cambiaban la vista de dirección.

El resto del día ocurrió más tranquilo de lo que esperaba, si era capaz de

ignorar a la gente cuchicheando en los pasillos y las miradas acusatorias en la cafetería, podía calificarlo como un día normal. Luis nos buscó a la misma hora de siempre y no interrumpió la charla que Ed y yo habíamos entablado, él me contaba las muchas historias que había oído sobre lo que había pasado en el salón y sobre lo que había pasado con mi abuela.

- ...Entonces Tom me pregunta – continuó Ed en el carro, después de saludar a Luis – “¿Estás seguro que no viste ningún OVNI?” y yo conteniendo la risa le respondí “vi algo en el cielo, pero no sé qué fue” – Los tres reímos a carcajadas.

- Estás disfrutando esto ¿no? – le pregunté entre risas.

- Te mentiría si dijera que no, hermanita, esa fue una de las más absurdas que escuché, sin embargo también me enteré de un par que son muy crueles, e involucran las palabras “Locura, abuela, huir”; creo que puedes imaginar el resto – terminó con exasperación.

-Sí, creo que puedo imaginar cómo va – dije mirando por la ventana

Al llegar a casa le dije a Gretel – nuestra gruñona ama de llaves – lo que haría de cena, después de todo Lucas era la persona más alérgica que conocía, pedí carne bien cocida y puré de papas. Luego subí a mi habitación, me bañé y arreglé, y justo cuando me terminaba de peinar, tocaron la puerta.

- ¿Ed? Pasa, pasa – la puerta se abrió y entró mi hermano en shorts y camisa deportiva - ¿A dónde vas? – pregunté extrañada, él silbó.

- Wow, ¡Que linda estás, extraña! – Él se acercó y me hizo girar, mi falda beige tomó vuelo y sonreí, cuando volví a verle la cara a mi hermano, tenía una expresión de desagrado – muy corta.

- No es cierto – dije mientras alisaba la falda hacia abajo – casi me llega a las rodillas.

- Casi no es completo – dijo completamente serio – Lucas ya llegó, te está esperando en la sala.

- ¿Con papá? – Ed asintió divertido, Lucas le tenía pánico a mi padre – baja y vayan a la mesa, yo los alcanzo en un minuto.

- Eh, eso no será posible hermanita, papá y yo vamos a jugar tenis al club,

Jack acaba de llamar y lo invitó a un doble y tú sabes lo competitivo que es papá – Jack era el socio de mi padre, uno de sus mejores amigos y tenía un hijo guapo, Robert, de 17 años.

- ¿Qué? Espera... Estás diciendo que Lucas y yo cenaremos ¿SOLOS? ¿¡Acaso estás loco!? ¿Y si hay sangre? ¿Si me mata? ¿Si trata de abusar de mí? ¡No puedes dejarme aquí sola con él, Eduardo! – Dije armando un berrinche.

- Alessandra, Lucas te adora, jamás te haría eso – dijo él confiado – y que ni piense en hacerlo tampoco porque no puedo responder bien si se meten con mi hermanita – se tronó los dedos de las manos y se acercó a la puerta – papá y yo nos vamos ya, no hagas esperar tanto a Lucas, mientras más rápido bajas, más rápido se irá.

- Gracias, Ed – me acerqué a él y le di un abrazo de oso, él me besó en la frente.

- Cuando quieras, hermanita, te amo.

Me terminé de arreglar rápidamente y al salir de mi cuarto me vi en el espejo del corredor, el top lila que me había puesto me hacía ver más voluptuosa de lo que en realidad era, pero iba perfectamente con la falda que tenía unos detalles en el mismo color, sandalias sin tacón del mismo color que la camisa y una chica con expresión traumática en el rostro.

Antes de entrar a la sala de estar, me asomé para ver donde se encontraba mi novio, estaba frente a la chimenea completamente de espaldas a mí, sentado en el impecable mueble blanco de mamá, llevaba una camisa azul cielo que apenas y hacía contraste con el sofá mientras su sedoso cabello negro jugueteaba sobre ella, suspiré sin hacer ruido, pensando en la belleza de mi novio. Me acerqué por detrás sin que se diera cuenta y le tapé los ojos con mis manos.

- Vaya, vaya, vengo a casa de mi novia y me consigo con una emboscada – intenté no reír – ¿Quieres que adivine? – Agité su cabeza haciendo un “sí”

- ¿Serás Gretel? – Moví su cabeza haciendo un “no” - ¿Quizás Eduardo? – Vi pasar a Luis por el marco de la puerta y le hice señas con la cabeza para que se pusiera en frente de Lucas – si no me dices, me molestaré – Luis se agachó a nivel de la cara de Lucas y yo quité mis manos de sus ojos.

Lucas saltó en el mueble.

- ¿LUIS? ¿Qué demo...? – Yo exploté en risas y él volteó a verme – ¡Alex!

- Lo siento, amor – seguía riendo – No pude evitarlo.

- No me parece nada divertido – dijo como un niño pequeño – no puedo creer que te prestaras para esto Luis, pensé que eras una persona seria.

- Lo siento, Señor Lucas, solo quería saber si la Señorita Alessandra necesitaría algo más.

- No, Luis, tranquilo, te puedes retirar – dije mientras me sentaba al lado de Lucas, sin reírme.

- Buenas noches – Luis se fue sonriendo.

Los dos nos quedamos viendo por un rato, su rostro reflejaba dolor en cada facción, él no decía nada y yo tampoco, pero ese silencio me estaba matando así que incluso antes de pensar, hablé:

- Lucas lo siento, de verdad que sí; yo te iba a decir todo, pero...

- Tranquila, Alex – me interrumpió – mejor vamos a cenar ¿sí? – Dijo mientras me hacía ademán con la mano para levantarnos.

Llegamos al comedor y él abrió una silla para mí, se sentó al frente de mí y me dio una sonrisa triste mientras Gretel nos servía la comida.

- Mi favorito – le dijo él a Gretel, como si ella estuviese pendiente de eso – buen provecho – me dijo a mí y empezó a comer, yo hice lo mismo y después de una comida silenciosa, me animé a hablar.

- Así que... ¿Querías hablar? – *Genial Alex, no pudiste ser más sutil* pensé mientras me cacheteaba mentalmente.

- Claro, mi amor, déjame terminar y conversamos en el jardín ¿sí? – No pude evitar arrugar la cara ¿Cuan largo quería que fuera esto?

- Ok – yo terminé primero y él insistió en que me fuera a las mesitas que estaban en el porche, con vista a la piscina y al jardín.

El aire frío de la noche se sintió perfectamente bien contra mi piel, inhalé y

exhalé tratando de calmarme “*Calma Alex, todo va a estar bien*” me repetía mentalmente. No me senté, me quedé parada apoyada en la pared viendo por encima de las mesitas en las cuales hablaríamos.

- ¿Alex? – La voz de Lucas me espantó y di un pequeño salto quedando completamente pegada a la pared.

- Oh, Alex, lo siento, no era mi intención asustarte – antes de que pudiese decir algo él ya estaba a dos pasos de mí, lo dijo con una voz que fingía inocencia.

- ¿Qué pasa, amor, ahora me tienes miedo?

Si, te tengo miedo y el miedo crece con cada paso que das, quise decir, pero en vez de eso no dije nada, él se situó frente a mí y puso sus brazos de una forma en la que quedé acorralada entre él y la pared, cada brazo a un costado mío. Me quedé paralizada, él cada vez acercaba más su cara a la mía.

- ¿Lu... Lucas... te... puedes... alejar... un... poco? – Le dije cuando encontré mi voz, a la vez que ponía mi cabeza hacia otro lado para evitar la de él.

- ¿Por qué, Alessandra? ¿Qué podría pasar? – Se acercó más a mi rostro – ¿Algo como... esto? – Dijo con un tono cínico mientras rozaba sus labios con los míos. Yo temblé.

- No... No tienes por qué actuar así, Lucas... No hagas esto – dije mientras giraba mi cabeza de nuevo.

- ¿No hacer qué? ¿Ver cómo desconfías incluso de mis labios? ¿De mis besos? – Se separó bruscamente - ¿Qué tan idiota crees que soy? Puedo ver que no confías en mí, jamás me cuentas tus cosas como son y esta relación se ha vuelto una rutina, lunes irnos juntos a clases, martes regresarnos juntos de clases, miércoles cena en tu casa, jueves desayuno en la mía, viernes salida en la noche, todo se ha vuelto tan común, tan monótono – dijo en un tono de voz calmado, pero estaba completamente alterado, intenté interrumpirlo.

- Per... - Él agitó su cabeza y me hizo una seña con el dedo para que me callara.

- ... Hemos hecho las cosas a tu manera durante 10 meses.

- Pensé que eran nuestras cosas, nuestra manera – le dije.

- Pues no, y ya me cansé – volvió a empujarme contra la pared – ahora serán como yo diga.

Me besó fuerte y me provocó tanto asco que pensé le vomitaría en la boca. Ese no era el Lucas que yo conocía y quería, o el que creía conocer, me estaba poniendo los nervios de punta, su fuerza era mayor a la mía y no podía zafarme de su agarre, así que le di una patada en la ingle y mientras se retorció en el suelo de dolor le dije:

- Ya sabes dónde está la salida, espero no vuelvas por aquí – me paré en el marco de la puerta antes de entrar y me volteeé para verlo, rojo por la rabia y el dolor – por cierto, terminamos.

Me fui a mi cuarto y me lancé sobre la cama, lloré por el dolor de la ruptura, que aunque no era mucho, todavía había, pero lloré incluso más por su abuso, por su desconfianza y por su falta de control, lloré hasta quedarme dormida y esta vez ni los chillidos estrangulados de Campanita me pudieron detener.

Pasó un buen tiempo antes de que la puerta se abriera, levanté mi cara somnolienta e hinchada de la almohada y miré a mi papá acercándose a mi cama; rodó sobre mí para quedar boca arriba mientras él se arrodillaba a un lado de donde yo estaba.

- Hola, papi – dije con la voz apagada y ronca, seguía molesta, pero el sueño lo había apaciguado - ¿Qué tal el juego?

- Hola, hija – rodó sobre mí de nuevo y un mechón de cabello calló sobre mi cara, mi padre lo recogió y lo puso detrás de mí oreja sonriendo – Ed y yo ganamos, Jack y Robert han pagado la cena, fue divertido... ¿Cómo te fue con Lucas?

- Terminamos – dije sin muchos ánimos.

- Yo... Lo siento, hija ¿Estás bien? No puedo pensar en que si algo te pasa me volveré loco, Alessandra tu para mí... - Salté de la cama y lo abracé.

- No te preocupes, padre, estoy bien, con Lucas quedamos como amigos – le mentí al oído – sé que sigues nervioso por todo lo que paso con mi abuela, así que tranquilo; yo no seré una preocupación más para ti – me cargó de la incómoda posición en la que estábamos y me sujetó entre sus brazos.

- Nunca has sido ni serás una molestia para mí, hija, nunca – me puso en la cama y me cubrió con la cobija – ahora, a dormir – me dio un beso en la frente y salió de mi habitación. *Veo de donde saqué el dramatismo* pensé.

Apenas salió del cuarto me senté en la cama con las piernas cruzadas y miré hacia la puerta abierta del balcón, las cortinas volando, el viento soplando tentativamente; sin pensarlo me puse las pantuflas y caminé hacia él, me paré en el marco de la puerta y suspiré mientras sentía la tenue luz de la luna llena en mi cara, una brisa fría refrescó mi tez y lanzó mi largo cabello hacia atrás. Se sentía tan bien, un momento de paz entre toda la algarabía que se había vuelto mi vida desde el comienzo de este nuevo año, un momento en que el mundo se congeló y sólo quedábamos la luna y yo, un momento que por mí se podría volver eterno.

Paz.

Esa era la palabra, un término tan escaso en mi vocabulario que el solo pronunciarlo provocaba escalofríos en mi columna vertebral, era tan poco común que yo lo utilizara, ya que cuando lo hacía ocurría algo – para bien o para mal – y desestabilizaba el equilibrio. Después de todo, si quieres paz, siempre tienes que estar preparado para la guerra.

La brisa dejó de soplar y abrí los ojos, el jardín desierto se podía ver entre las sombras de la noche, las plantas inmóviles por la falta de viento, todas las luces apagadas, la casa envuelta en oscuridad... La noche y la oscuridad siempre me parecieron seguras, mientras todos los niños estaban asustados de qué espantos podrían salir de sus armarios, yo deseaba con todo mí ser poder ver uno; eso se debía a que todas las noches, mientras vivía en casa de mi abuela, antes de dormir ella me contaba una historia de terror. Si, para poder dormir una historia de terror. Cada noche era una distinta, sobre fantasmas, espíritus, maldiciones, brujas, hechiceras, vampiros, hombres lobos y toda clase de criaturas. Yo nunca comenté nada a mis amigos – sabía que les tenían miedo – y simplemente me acostumbré al hecho de que mi abuela fuera distinta a las demás. Ella era especial.

Era, ese pensamiento retumbó en mi cabeza. Algo no estaba bien, y yo lo sabía... Lo único que no sabía era que hacer; si tan sólo supiera algo, una mínima pista en este mar de intrigas. Me apoyé sobre las rejas del balcón y sopló una brisa helada, cerré los ojos e ignoré el frío que me invadió, unos ladridos agudos y la melodiosa risa de Eduardo interrumpieron mis pensamientos, sin moverme de la posición en la que estaba; abrí los ojos para encontrarme a mi hermano jugando con campanita en el jardín, la cual de seguro había huido cuando mi papá entró a

mi cuarto.

Campanita había corrido y Eduardo en un vago intento de atraparla se cayó al suelo, luego la cosa peluda con patas se acercó a lamerle la cara, lo cual provocó que mi hermano con exceso de cosquillas riera como loco. Esos dos parecían una comedia, corrían por todo el jardín uno persiguiendo al otro, se revolcaban en la grama, se escondían entre las rosas... Eduardo dio tres vueltas en el suelo y quedó justo frente al balcón, entre las risas y el alboroto subió la vista y me saludó con la mano, con una sonrisa apagada le devolví el saludo y él me indicó que subiría a hablar conmigo, asentí mientras él se levantaba del suelo, me senté en una de las sillas del balcón con la cabeza sobre las rodillas – que también estaban sobre la silla – y esperé a que mi hermano llegara.

- ¿Alex? – Lo escuché mientras abría la puerta.

- En el balcón – mi voz se perdió con una ráfaga de viento.

- Hola, extraña – dijo mientras me volteaba para verlo, todo lleno de grama y más despelucado que nunca.

- Hola, hermano – le dije mientras sonreía cálidamente. Su semblante se suavizó y sentó en frente de mí.

- ¿Cómo te fue con Lucas?

- ¿Con que al grano, no? – Los dos reímos.

- Compréndeme, estoy cansado, sudado y lleno de pasto, quiero saber lo que pasó con la pareja perfecta para irme a bañar.

- No hay parejas perfectas, Ed, terminamos, él no me dijo nada, no hizo nada, sólo se quedó parado como estatua mientras yo me marchaba – le dije antes que preguntara, si le decía a Ed lo del beso abusivo, se molestaría tanto que mandaría a la mitad del equipo de fútbol a matar a mi ex, y ellos le tenían muchas ganas al “actorcito”.

- Tienes razón, hermanita – dijo y espero un tiempo antes de hablar de nuevo – pero no creo que no te haya dicho nada – dijo entrecerrando los ojos – no me estarás ocultando algo ¿Cierto? – Fingí una cara de ofendida y puse mi mano sobre mi corazón empujando hacia atrás.

- ¿Yo? ¿Esta linda niña que no parte ni un plato? ¡Cómo se te ocurre, Eduardo!

- Tienes razón, Alex, no partes un plato – sonreí satisfactoriamente – tu rompes la vajilla completa – abrí la boca aun con una sonrisa y empecé a darle puñetazos suaves en el brazo.

- ¡Descarado!

- Sí, sí, pero así me quieres – dejé de golpearlo – si estás bien, me voy a dormir – me dio un beso en la frente y se marchó.

Me volteé de nuevo hacía la noche que me miraba con ansias, la luna impaciente por contarme sus secretos, me dejé envolver por la brisa helada que soplaba con un olor familiar, cuando el viento se calmó y el aroma se intensificó abrí los ojos de nuevo para darme cuenta que no estaba en mi casa, y sin embargo; reconocí con facilidad donde me encontraba, en esa noche fría y tenebrosa logré llegar a casa en la que había estado pocas veces, la casa donde estaba mi abuela.

A pesar de no ser mi casa, y que tenía un miedo inmenso por estar allí, me sentí segura. En ese lugar había paz.

Algo no podía estar bien.

Capítulo 9, La mansión desconocida.

Estaba parada frente a una biblioteca repleta de libros desgastados, al darme la vuelta pude reconocer la sala; había estado aquí hacía dos semanas ya, fue la primera vez que vi a mi abuela después de que desapareciera. Antes, en la habitación predominaba el blanco y el negro; hoy, habían personas recorriendo el espacio con objetos en las manos, todos vestidos igual, apenas alcancé leer “*Mudanzas a toda hora*” en el traje azul marino de uno de los chicos.

La sala no tenía puertas, pero tenía una salida por el lado izquierdo y una por el derecho, todas las luces estaban encendidas. Mientras yo seguía prácticamente pegada a la pared, todos a mí alrededor se movían, en la salida derecha estaba una Señora en lo que parecía ser el recibidor de la casa, ella tenía una tabla con hojas y rallaba mientras los de la mudanza pasaban por la puerta.

La Señora tenía el cabello castaño claro y rizado, su tez era blanca medio pálida, llevaba unos jeans y una camisa morada que se ceñía perfectamente a su escultural cuerpo, ella volteó en mi dirección e instintivamente me agaché para evitar que me viera, movió su cabeza de lado a lado para ver mejor, pero luego se reenfocó en la mudanza.

- Bu – dijo una tierna voz femenina a mi oído, mientras yo saltaba y retenía un grito. Volteé mientras sentía como la sangre huía de mi rostro – ¿Estamos jugando al escondite? – Me preguntó una hermosa pequeña de ojos verdes cristalinos, familiares, y cabello marrón oscuro, rizado, con flequillo, una dulce voz y colmillos adornaban su boca. *Espera, ¿Colmillos?*

- S... Sí, estamos jugando al escondite – dije en un intento de salir de la situación, la niña respondió a mi afirmación con una enorme sonrisa. Sí ¡Definitivamente eran colmillos!

- ¡Que divertido! Mis hermanos nunca quieren jugar conmigo – hizo puchero – ¿Pero tú si verdad? – La nena sonrió y yo asentí confundida mientras ella fruncía el ceño – Espera un momento, ¿Quién eres y porque estás en mi casa? – Sentí como de nuevo palidecía.

- Yo soy... Tu amiga del escondite ¿Si? Y vine para jugar contigo porque tus hermanos no quieren hacerlo – toda la preocupación de la niña desapareció con una sonrisa. Una colmilluda sonrisa.

- Yo soy Maisie – me dijo mientras me ponía de pie y ella subía la cara para verme, sus rizos cayeron por su espalda. La niña tenía un hermoso vestido vinotinto con destalles en blanco y unos zapatos negros de charol.

- Me puedes decir Alex – le dije sonriendo mientras sus ojos verdes brillaban – Ahora, ¿Dónde nos podemos esconder para que nadie nos encuentre? – Le dije en tono de complicidad mientras miraba a los lados y ella hacía lo mismo.

- Sígueme – me dijo en un susurro casi imperceptible y me tomó de la mano, tuve que agacharme para correr a su lado.

Salimos por la parte izquierda de la sala y recorrimos un pasillo, cruzamos a la izquierda y entramos a una inmensa habitación.

- Esta va a ser mi sala de juegos, Alex – dijo la niña orgullosa de su espacio, a mi parecer, la habitación era muy grande para ser solo una sala de juegos, pero debía ser porque aun estaba vacía, sólo habían dos muebles púrpuras, ella y yo nos sentamos allí.

- ¡Qué grande es! – Dije sin ocultar mi sorpresa.

- Y tienes que esperar a que le pongan los juegos, los muebles y todo, será genial – me comentó la niña mientras aplaudía.

- ¿Cuántos años tienes, Maisie?

- Tengo cuatro años – me dijo mientras alzaba su carita. *Orgullo que solo se puede tener a los cuatro años* pensé.

- Súper... ¿Maisie, no crees que estamos muy lejos de Halloween?

- ¿Por qué lo dices, Alex? – Dijo la pequeña mientras inclinaba su cabeza hacia un lado y sus rizos se deslizaban por su hombro. Me recordó a Campanita.

- Porque no deberías usar los colmillos de vampiro sin el disfraz, y mucho menos en la época equivocada del año – la niña se rió - ¿Por qué te ríes? – Dije con el ceño fruncido.

- ¿Tú crees que yo estoy disfrazada de vampiro? – Dijo con una seriedad no muy propia de una niña de 4 años.

- Si los colmillos no son de vampiro... ¿Eres una mujer lobo? – ella sonrió sin mostrar los dientes, solo la punta de los colmillos sobresalían sobre su labio inferior, parecía practicado. *Espeluznante.*

- No, pero ¿No crees que quizás sea un vampiro?

- ¿Y me lo dirías sólo porque pregunté por tus colmillos? No lo creo.

- Deberías creerlo – me mostró los dientes de nuevo, sus colmillos relucían con la luz de la habitación, un escalofrío me recorrió desde los pies hasta la cabeza – Porque soy un vampiro, Alex. – Fue mi turno para reír, no muy alto, pero reí, ella se puso seria de nuevo – Hablo en serio.

- Claro, claro, Maisie y yo soy tu tía Draculina – reí de nuevo, hasta el punto que caí en el suelo y sujeté mi estómago. En un micro segundo ella estaba agachada sobre mí.

- No juegues con el tío Drácula – dijo entre dientes con una voz que me heló la sangre, por no mencionar el hecho que había caminado dos metros en un segundo – Y si te digo que soy un vampiro – se levantó y se encogió de hombros – es porque lo soy – algo dentro de mí gritaba que ella decía la verdad y mi lado racional esta vez no se preocupó en luchar en contra. Estaban de acuerdo, lo cual lo hacía peor.

- Ok, lo siento, Maisie. Eres un vampiro.

- No hay problema ¿No estábamos jugando al escondite? – Dijo ella encogiéndose y olvidando toda la seriedad que había usado antes.

- Creo que se me fueron las ganas – ella hizo una mueca con la boca y se acercó a la ventana.

- ¡Mira! ¡Mi papi llegó! – Antes que pudiera acercarme a la ventana, ella salió corriendo de la habitación por el pasillo hasta el recibidor, yo la seguí manteniendo distancia, me oculté en el marco de una puerta y me asomé lo justo para no ser vista.

- Mi amor, me puedes explicar... ¿Qué es esto? ¿No llevas ni 24 horas en la

ciudad y ya estás remodelando la casa? – Esa voz, esa voz sonaba tan familiar...

- Precisamente, cariño, no hay que perder tiempo – le contestó una voz femenina.

- Pero es que si haces esto, quiere decir que nos quedaremos por gran tiempo en la casa ¿No?

- Si, amor, esta será la nueva sede, apenas llegué a Northdeadville – por lo menos sabía que seguía en mi ciudad – me pareció hermoso, me parece saludable criar a Maisie en un lugar como este, sin mencionar que el país es divino... Y sabes que de vez en cuando hay que cambiar la corte.

Me acerqué un poco más al marco para ver como un hombre de cabello negro y tez pálida tomaba de la cintura a la mujer que había visto antes, ella cruzó sus manos en su cuello y le dio un suave y corto beso. Cuando se separaron logró reconocer al hombre, era aquel sujeto que había visto por primera vez en esa casa, él que tenía cautiva a mi abuela, sentí como la cólera y la ira crecían en mi cuerpo y un impulso que pretendía salir corriendo y arrancarle los ojos.

- ¿No te huele extraño? – Le dijo él a la mujer.

- Cole, hay muchos mortales sudados por toda la casa, claro que huele extraño. – le dijo mientras se separaba de su agarre. *¿Mortales?*, pensé... ¿Y ellos qué eran? ¿Maisie me dijo la verdad? *Idiota, claro que te dijo la verdad* gritó una vocecita.

- No me refería a eso... - Dijo pensativo mirando a los de la mudanza.

- ¡Papi! – Gritó Maisie llegando por la otra puerta del recibidor, los dos adultos voltearon a verla, a la vez que ella alzaba las manos para que él la cargara. Con razón los ojos de la niña se me habían hecho familiares; eran iguales a los de su padre.

- Mi pequeña – dijo él hombre con alegría en la voz a la vez que cargaba a la niña – ¿Extrañaste a papá?

- ¡Si, papi, mucho, mucho! No vuelvas a dejarnos a mami y a mi ¿Si? – Lo dijo con la ternura que solo una niña de cuatro años podría hacer.

Yo no pude evitar sonreír, parecían ser una familia feliz ¿Sería el mismo

hombre que estaba frente a mí capaz de secuestrar a mi abuela? Los hechos parecían decirme que todo estaba claro, la misma voz, la misma apariencia, incluso la misma casa. Tenía que ser él...

- Intentaré no hacerlo – le dijo mientras la bajaba.

- ¿Dónde está Ángel, papi? – Dijo la pequeña mirando hacia ambos lados.

- Él subió a su habitación, ¿Por qué no vas a saludarlo pequeña? Él te ha extrañado como loco estos días – la niña asintió y salió corriendo en mi dirección.

- Alex, ¿Quieres conocer a mi hermano? – Me dijo al oído mientras yo veía que su padre se echaba hacia atrás para ver con quién conversaba su hija.

- No, Maisie, ve tú... Yo tengo que regresar a mi casa.

- ¿Vendrás a visitarme, cierto? – Esa niña había demasiosos pucheros para mi propio bien.

- Lo intentaré, pero no te aseguro nada – *Quizás si supiera como rayos hago esto* fue lo único que pensé.

- Eso dice mi papi cuando yo le digo que no nos vuelva a dejar solas a mí y a mi mami, pero siempre lo hace – a la pequeña se le escapó una lagrima roja que yo recogí con la punta de mi dedo. Era sangre. Simplemente genial.

- Yo no soy como tu papá – le aseguré, ella sonrió y me abrazó, luego subió las escaleras agarrándose el vestido mientras yo volteaba a ver la conversación de los adultos.

-... ¿Cuánto más? Dime ¿Cuánto más, Cole? – Le decía la hermosa mujer al hombre.

- No mucho, si no quiere hablar... *Le sacaré la información* – le respondió él.

- ¿Que te hace pensar que si no ha hablado en estas semanas lo hará ahora? – La mujer estaba alterada – me parece inhumano que la hagas dormir en el sótano, que la mantengas a pan y agua, que ni siquiera ropa le hayas dado para que se cambie – no podía ser... ¿Estarían hablando de ella?

- No soy humano, cariño – dijo con una sonrisa ridícula en su boca. Estaría

encantada de borrar esa sonrisa de su cara.

- Sabes que no me refería a eso, Cole – ella estaba lo suficientemente seria como para saber que no toleraría ningún juego.

- Bueno, Camille ¿Qué pretendes? Sabes muy bien que no la puedo liberar.

- Nada de eso, Cole, no te digo que la liberes, pero por lo menos sácala de allí, necesita recibir sol, tomar aire puro... No es como nosotros, necesita esas cosas – le dijo mientras se volteaba, él suspiró y la tomó de la cintura por detrás.

- Lo siento, mi vida, no quería alterarte – ella se volteó y quedaron de frente – está bien, le daré una habitación, pero la ventana estará sellada, no habrán objetos puntiagudos ni velas, nada que le pueda servir – la mujer sonrió, evidentemente complacida, y le dio un beso a su hombre.

- Gracias, amor – él sonrió y la abrazó. Luego se separaron y él volteó a ver a los de la mudanza que quién sabe cuándo habían llegado. O qué habían escuchado. La mujer tomó el papel que ellos le ofrecían y les dio un cheque. Cuando se retiraron, Cole se dirigió de nuevo a su mujer.

- Sigue oliendo extraño amor.

- Estás paranoico, cariño, ahora acompáñame que quiero ver a nuestro hijo – soltaron su agarre y ella lo tomó de la mano, moviéndolo de su lugar.

Cuando empezaron a acercarse a mí, sentí como me desvanecía frente a las escaleras. De un momento a otro, estaba en mi habitación.

Capítulo 10, Conociendo un poco más.

La mañana siguiente me levanté con un terrible dolor de cabeza y pensaba que todo había sido un sueño, hasta que cuando me fui a cepillar los dientes vi la estela de una gota roja a lo largo de mi dedo, entonces supe que era real. Y que tenía un problema. Un serio problema, a decir verdad.

Bajé a desayunar y mi mamá discutió conmigo porque no le prestaba atención a la cosa que tenía por perro, me provocó responderle *¿Cómo rayos pretendes que me enfoque en un perro cuando estoy huyendo de mi habitación por las noches a visitar vampiros? Si, mamá, ¡Vampiros!* Pero en vez de decir eso e ir a parar en un manicomio, me callé y asentí dolorosamente con la cabeza. El día pasó rápido en el colegio, ningún acontecimiento, le conté a las chicas lo que había pasado con Lucas – por poco creí que era una alucinación también – y todas notamos como evitaba cruzarse por mi camino, Natasha se ofreció a golpearlo y yo me reí. Al entrar a la clase de literatura, el último bloque de clase, decidí hablar con Lovie, así que me senté a su lado mientras Elisa me decía:

- Alex, nuestros puestos están más adelante – dijo, como si yo no supiera, a la vez que me hacía señas con la mano. Lovie ya estaba sentada, ignorando nuestra charla.

- Si, Lisa, pero me sentaré aquí hoy – me acomodé en la silla.

- ¿Motivo?

- Para cambiar el panorama – Elisa no estaba muy contenta.

- Como quieras – dijo mientras se iba refunfuñando a su puesto y el profesor entraba.

- ¿Qué fue todo eso?

Lovie era una contradicción andante, era una morena pecosa de estatura media y cabello oscuro largo hasta la cintura, ojos negros como la noche y con un nombre encantador que no tenía nada que ver con su personalidad. Ella era gótica

de pies a cabeza, conocía todo tipo de temas interesantes y en cierto punto, era genial; sólo que por ser diferente, la mayoría de las personas la rechazaba; así que ella se la pasaba vagando sola por toda la institución, yo la había tratado un par de veces, una vez almorcé con ella y muchas otras la invité a unirse a mi mesa – cosa que nunca hizo – sin embargo cuando la veía en los pasillos la saludaba e ignoraba las miradas de desprecio que le dirigían mis amigas.

- Yo hablando con Elisa – dije con naturalidad.

- De seguro te ganarás un problema con ella, debe ser importante por qué estás aquí – dijo sin despegar la vista del libro que leía, *“El código del Diablo”* alcancé a leer. Lindo.

- En eso tienes razón – admití – necesito preguntarte un par de cosas.

- Soy toda oídos – alcanzó a decir mientras el Señor Fontun nos designaba una actividad en parejas, realizar un análisis de un capítulo de *“Romeo y Julieta”*.

- Hipotéticamente hablando – dije tratando de encontrar palabras – si una persona se acuesta a dormir y aparece en otro lugar sin ser un sueño, pues tiene pruebas que en realidad estuvo en ese lugar ¿Cómo se llamaría eso?

- Sonambulismo – yo entrecerré los ojos, ella sonrió.

- ¿Y si el cuerpo nunca se movió? – Dije pensando en que solo aparecía y desaparecía.

- Oh – pensó un momento – proyección astral, quizás – contestó como si fuera la pregunta más fácil del mundo.

- ¿Y eso es...? – Alzó la vista para mirarme, sorprendida – No me mires así, sólo pregunto.

- La proyección astral es la separación de alma y cuerpo, cuando te proyectas astralmente tu espíritu viaja a algún lugar mientras que tu cuerpo queda vacío – hizo una pausa – Sin embargo, es peligroso, ya que mientras viajas, consciente o no, tu cuerpo está abierto para otro espíritu. La proyección astral puede ser de dos maneras, te puedes proyectar en forma sólida, como una persona normal o en forma intangible, como un fantasma – volvió a enfocar su vista en el libro mientras yo pensaba en como decía espíritu y no alma – he escuchado de casos donde puedes manejar las dos cosas, el cuerpo y la ilusión, pero se necesita mayor

cantidad de poder para hacerlo.

- ¿Hay alguna forma de evitarlo o inducirlo? – Pregunté mientras unía cabos.

- Lo puedes evitar con talismanes o una gran fuerza de voluntad, ahora inducirlo – pensó un rato mientras yo hacía el ensayo – bueno supongo que sí, pero no sabría decirte como.

- Hipotéticamente hablando – dije como reflejo y ella sonrió.

- Lo único que es hipotético es la persona, pues todo lo que te he dicho es cierto. O tan cierto como sé – dijo aun con la sonrisa bailando entre sus labios y la piel se me erizó. Luego de un rato volví a hablar.

- ¿Y los vampiros?... ¿Existen? ¿Crees en ellos? – Dije pensando en Maisie y nuestro encuentro de ayer, al parecer di justo en el clavo, pues vi un rayo de luz atravesar esos ojos negros impenetrables.

- ¡Por supuesto que creo en ellos! – Bajó el tono de voz – y claro que existen, pero no he tenido el placer de conocer alguno todavía, aunque lo deseo con todo mi corazón.

- ¿No te dan miedo? – Pregunté pensando en mi reacción la noche anterior con Maisie.

- ¿Por qué habrían de hacerlo? Desde mi punto de vista son unos seres maravillosos, son tan...

Empezó a hablar y hablar sobre vampiros hasta que la clase terminó ¡Incluso me acompañó al carro mientras seguía hablando! Sin embargo, la mitad del tiempo ignoré lo que decía, aunque hablaba maravillosamente sobre ellos, había dicho que no conocía a ningún vampiro así que ¿Qué iba a saber que no fuera un mito? También me quedé pensando en la proyección astral y en como inducirlo, una idea seductora.

Al llegar a casa me fui a mi cuarto para buscar más información en internet, pero a pesar de todo no salía mucho más de lo que me había dicho Lovie en clase, estaba muy bien resumido. Bajé a cenar y estuve ausente durante la cena, respondía cosas sencillas y que no generaran preguntas, me fui a dormir temprano, pero nada pasó, intente ir a mi jardín *proyectándome* y no logré más que un fuerte dolor de cabeza.

Noche tras noche durante una semana fue lo mismo, sólo que prestaba más atención al mundo exterior y dedicaba solo las noches a este loco proyecto, el jueves de la semana siguiente fue que logré algo. Me había acostado temprano y luego sentí como me desprendía de mi cuerpo, no lo vi, pero lo sentí. Sentí como cada parte de mí se desprendía de mi yo terrenal, y como lo iba dejando atrás mientras me deshacía en miles de partículas para luego aparecer en una habitación completamente rosa, las paredes de un rosa pálido, la cama vestida con un edredón de distintos tonos del mismo color, las muy, muy gruesas cortinas de color fucsia chillón estaban corridas dejando ver los ventanales, estanterías con miles de muñecas *Barbie* estaban en dos de las paredes del cuarto, la luz estaba encendida y hacía que todo pareciera más resplandeciente.

- ¿Qué demo...? – Empecé a decir cuando sentí unos brazos amarrándose a mi cadera.

- ¡Alex, regresaste! – Dijo la voz de una niña hermosa que había conocido hacía algo más de una semana.

- Por supuesto, Mais – dije como si lo hubiese planeado - ¿Acaso dudaste de mí?

- No, tu prometiste que volverías, pero nunca dijiste cuando – dijo mientras me soltaba – ¡Me alegra que estés aquí! Justo ayer terminaron de desempacar todo y ordenarlo. ¡Hoy podemos jugar!

- Antes de eso, Mais – me volteé para verla – quiero hablar contigo – ella me miró consternada.

Su cabello rizado estaba amarrado en dos colitas, una a cada lado, llevaba un vestido azul cielo que contrastaba con la habitación rosada, sus zapatitos eran negros y debajo de ellos subían unas medias hasta la mitad de su pierna.

- ¿Sobre qué?

- Sobre, mmm... Lo que eres – terminé diciendo.

- ¿Un vampiro? – Dijo con naturaleza ¿Cómo rayos ella y Lovie lograban decirlo así? A mí, simplemente, no me salía.

- Exacto – ella se sentó en una pequeña mesa blanca cerca de una ventana y me hizo señas para que me acercara.

La mesita estaba adornada con pequeños detalles dorados, en un estudio más detallado comprendí que eran flores doradas esparcidas por toda la mesita, había una torre de buen tamaño con una cantidad inmensa de pasteles y postres de plástico, un hermoso juego de té de porcelana completaba el panorama.

- ¿Desea tomar el té, Señorita Alex? – Dijo con una fingida voz de adulto.

- Por supuesto, Señorita Maisie – dije mientras me sentaba y ella fingía llenar nuestras pequeñas tazas de porcelana.

- Ahora – dijo todavía con aquella voz fingida - ¿Qué desea saber?

- Bueno... Tú, eeh – ella me miraba con curiosidad – cuando te conocí la semana pasada, me dijiste con tanta facilidad sobre... Lo que eras, que a decir verdad, si no fuera por tus colmillos no te hubiese creído, pero aun así me dijiste a mí, una humana tan común, tan normal...

- Usted no es normal, Señorita Alex – dijo manteniendo su papel de adulto – usted es diferente... Huele diferente – arrugó la nariz – así como dulce y raro, es extraño, pero aun soy muy joven y no le sabría decir a que pertenece su aroma... Papá dice que con el tiempo sabré que esencia le pertenece a cada cosa, fácil para él decirlo, con doscientos años oliendo cosas – mi boca casi cayó al suelo – por eso te lo dije, aparte somos amigas ¿No? Las amigas guardan secretos las unas a las otras, tú guardas mi “secreto” – hizo las comillas con sus tiernos deditos, remarcando de nuevo que para ella no era la gran cosa – y yo no le diré a nadie sobre como apareces en mi habitación. Pero tienes que enseñarme ese truco ¡Yo aun no puedo liberarme de Sam y Bill!

- ¿Sam y Bill?

- Sip, Sam y Bill, los guardaespaldas que mi padre me asignó, siempre salen conmigo y me acompañan a todas partes, de vez en cuando aceptan y vienen a jugar o simplemente a tomar el té, aunque Bill lo odie.

- Que extraño – dije mientras me agarraba la barbilla.

- Si, ¿Verdad? Quiero decir... ¿A quién no le gusta el té? – Ambas reímos.

- No me refería a eso, Mais... ¿Puedo decirte Mais, cierto?

- Claro, Alex – me regaló una colmilluda sonrisa. Me paré y me acerqué a

ella a tal punto que ella estaba sentadita y yo le doblaba la altura.

- ¿Qué haces, Alex?

- Solo quiero verlos... ¿Puedo tocarlos? – Maisie sonrió con la boca cerrada, divertida.

- Claro – me mostró todos sus dientes en una hermosa sonrisa.

Despacio, acerqué mi mano hasta su pequeña boca; con el dedo índice toqué la punta de su colmillo derecho. Filoso. Puntiagudo. Sus colmillos eran perfectamente blancos, eran pequeños – aún – pero más grandes que sus otros dientes, por ello se diferenciaban – eso y que sobresalían un poco de sus labios, solo la punta, lo necesario. Retiré mi mano.

- Wow.

- ¿Qué pasó, Alex?

- Son tan... Reales – ella me miró feo.

- Te he dicho que soy vampiro, por lo cual, debo tener colmillos ¿No crees? – Yo seguía sin creerlo totalmente.

- Si pero... ¿Tu padres saben de ello? – Antes que respondiera seguí – Claro que lo saben ¡Dijiste que tu padre tenía doscientos años! Ay Dios. Oh mi Dios. – Ella me miraba estupefacta – Tu familia, todos son vampiros ¿Cierto?

- Eeh, si, Alex. Mis padres, mis hermanos y yo, y el resto de la familia Van Der Keergaard.

- Tu apellido, supongo – dije mientras volvía a sentarme.

- Sip, soy la Princesa Maisie Katherine Rose Van Der Keergaard Hogde, pero me puedes decir Mais – me guiñó el ojo, yo intenté ocultar mi sorpresa por la cantidad de nombres y el título real. No todos los días conoces a alguien de la realeza. Y muchos menos a un vampiro real. De la realeza vampírica. Lo que sea.

- ¿Cuántos hermanos tienes? – Preferí cambiar el tema además ¿Cómo pueden tener hijos los vampiros? ¿No están muertos y toda la cosa? Aunque suponía que no era una buena pregunta para una niña de cuatro años.

- Tres, una hermana y dos hermanos.

- Y... ¿Eres feliz... Así?

- Tiene sus inconvenientes, supongo. Mi mami me educa poco a poco, pero sólo hasta el año que viene porque empezaré a tener tutores o podré ir a la escuela. Mi papi siempre viaja por cosas de la corte, pero me trae cosas geniales de cada lugar que visita. Mi hermana, Midnight, anda vagando por el mundo desde hace mucho, la veo cada tres meses más o menos y eso porque mami la obliga a venir a saludar. Y mis hermanos, Ángel y Sebastián, de vez en cuando están aquí y otras veces ni sé dónde están, ellos siempre juegan conmigo y me llevan a pasear a lugares hermosos. Amo mucho a mi familia.

- A tu familia de vampiros – completé.

- Si, Alex, a mi familia de vampiros – dijo la pequeña exasperada y cruzando los brazos en su pecho - ¿Cuándo dejarás de hacer aclaraciones? ¿Qué pasa si yo te pregunto por tu familia de humanos? – Me sentí culpable.

- Lo siento, Mais, es que esto es completamente nuevo para mí – ella me sonrió con los colmillos solamente - ¿Siempre tienes que andar tan colmilluda? – Las dos reímos a carcajadas.

- No puedo retraer los colmillos aún, Alex – explicó ella.

- ¿Por qué?

- Mami dice que cuando cumpla nueve o diez podré hacerlo a mi antojo, pero que mientras tanto se quedaran así, dijo que tiene que ver con la madurez del vampiro.

- Oooh... ¿Y no te asustan?

- ¿Mis colmillos? – ella rió de nuevo – No, Alex, los tengo desde que tengo memoria ¿A ti si te asustan?

- No, no... No. – Vacilé un poco, pero el último “no” sonó convincente - ¿Y cómo haces cuando tienes que tratar con... Mmm... Mortales, humanos? ¿Cómo haces para salir?

- No puedo hacerlo, no puedo salir – pareciera como si una nube negra

hubiese opacado el rostro de Mais – por eso no tengo casi amigos de mi edad, sólo los que son como yo, además de mi familia y el personal que trabaja para ella.

- Bueno, yo soy tu amiga. Y estoy bastante segura que soy mortal-humana – traté de animarla – Y a mí sí me gusta el té – ambas reímos, aunque un rincón de mi mente se ocupaba de pensar *¿Qué pasaría si algún día te ve como bocadillo?*

Conversamos un rato más – dejé las preguntas sobre el vampirismo – hablamos sobre nuestros colores favoritos, qué música escuchaba, los juegos que sabía, le conté sobre cómo eran mis hermanos y mi familia, estaba completamente entusiasmada con el mundo mortal. Ella me preguntó acerca de mi infancia, mi mudanza, mis amigos, mis comidas favoritas y un sinfín de cosas triviales; hablamos por horas y horas, hasta que sentí el alba chocar contra las gruesas cortinas del cuarto, a la vez que Maisie se quedaba dormida en mis brazos – nos habíamos acurrucado juntas en la cama. Pronto cerré los ojos y lo próximo que recordaba fue el molesto ruido de mi despertador y los ladridos chillones de Campanita. Estaba en mi casa de nuevo.

...

- Alex... ¿Alex? – Escuchaba a lo lejos mientras intentaba abrir los ojos, ¡Mis parpados estaban tan pesados esta mañana! - ¡Alex! – Gritó Elisa en mi oído.

- Doce es la raíz cuadrada de ciento cuarenta y cuatro – respondí levantándome de golpe.

- Interesante saberlo, Señorita Soriani – dijo James, el profesor de química – pero no entiendo que tiene que ver eso con la formulación de compuestos orgánicos – se volteó para seguir copiando en el pizarrón mientras todos reían.

Miré mi cuaderno. Nada. Blanco. Genial, me había vuelto a quedar dormida en clase.

- Te quedaste dormida... De nuevo – dijo Elisa repitiendo mis pensamientos.

- Lo siento, no he dormido bien estos días – dije apenada a la vez que veía como me había vestido esta mañana.

Desde que había empezado a dormirme en clase mi vestimenta había

cambiado, ahora usaba todo holgado para más comodidad. Hoy, por ejemplo, llevaba una camisa roja tres tallas más grandes que yo, decía en letras amarillas: soy un rayito de sol. Claaaaaaaro. Ni siquiera llevaba pantalones, los monos y las zapatillas de deporte se habían vuelto mis mejores amigos.

- No han sido días, Alex, han sido dos meses desde la semana pasada – aclaró mi amiga sin quitar sus ojos del pizarrón y su cuaderno.

Yo la miré: jeans ajustados, una camisa azul cielo que hacía que sus ojos lucieran más claros, el cabello recogido en una media cola. Sentí envidia de que ella pudiese pararse todas las mañanas y hacer que se viera linda mientras yo únicamente luchaba por arrastrarme de la cama y no llegar en pijamas a la secundaria.

- No es mi intención, Lisa, es algo que pasa, sólo pasa – hice una pausa - ¿Me prestarás tus apuntes?

- Siempre lo hago, Alex – dijo mi amiga mirándome con una sonrisa apagada. Su tono de voz lo hizo sonar como una obligación, no me gustó que lo hiciera sonar así.

- ¿Qué te pasa, Lisa?

- La pregunta no sería ¿Qué te pasa a ti? – dijo con dolor en su voz.

- ¿A qué te refieres? – Dije mientras enfocaba mi vista en mis apuntes inexistentes, evitando mentirle a la cara a Elisa por trigésima vez en este mes, en eso sonó el timbre de salida, cuando me iba a parar ella me tomó por el brazo y me hizo sentar.

- Sabes perfectamente a qué me refiero – esperó a que contestara, pero como no lo hice, siguió – hace meses que no hablas bien conmigo o con las otras chicas, me ocultas cosas y nunca devuelves mis llamadas, te invito a salir y estás “ocupada” – hizo la marca de las comillas con los dedos – y resulta que cuando llamo a tu casa me dicen que estás dormida, casi siempre te sientas al final de las clases o con la rarita de Lovie, los profesores te encuentran dormida y te la pasas de mal humor... Quiero saber qué te pasa, Alessandra, sabes que puedes decirme lo que quieras, pensé que confiabas en mí...

- Claro, Lisa, mira la verdad es que desde hace un par de meses, casi todas las noches he estado visitando a mi pequeña amiga vampiro, Maisie, la cual conocí un día que

accidentalmente me transporté astralmente a su casa; por eso no he dormido bien. Desde entonces, la visito periódicamente, lo cual hace que esté increíblemente cansada y no disfrute de mis horas de sueño, las cuales repongo en clase. Lovie no es rarita, sólo que sabe mucho de esto y me ayuda sin saberlo y sin hacer tantas preguntas – pensé decirle, más no lo hice.

- No me pasa nada, Lisa – dije con un intento de sonrisa – he estado muy cansada con las asignaciones del colegio y con la búsqueda de mi abuela – hice una pausa pensando en lo mal que me iba en este año – y no por favor no le digas rarita a Lovie, ella es una chica genial.

- ¿Haciendo tareas? ¿O copiándote las mías? ¿En serio crees que puedes mentirme tan fácilmente? Pues te equivocas, Alex, yo te conozco, te conozco mejor que eso y sé que algo está pasando contigo ¿¡Por qué no terminas de decirme!?! – Dijo gritando.

- ¡Porque ya no confío en ti! – Dije sin pensar, fue sólo cuando vi las lágrimas deslizarse por la blanca tez de Elisa que capté lo mucho que la había herido con ese comentario.

Ella no dijo ni una palabra, sólo me soltó el brazo y se fue corriendo, mientras el murmullo de sus lamentos se alejaba junto a ella, una lágrima solitaria bajó por mi mejilla mientras el sol radiante que se colaba por la ventana le daba calor a mis frías mentiras *¿Cómo pude mentirle a Elisa? Mi mejor amiga, la persona – aparte de Eduardo – con la que comparto absolutamente todo. Ella no me creería loca ¿O sí?, por eso le mentí... ¿Verdad? Por miedo a su rechazo, por miedo a que se alejara de mí, por eso le mentí* – inmediatamente descubrí que sólo intentaba convencerme a mí misma.

- Eso fue un poco rudo ¿No crees? – James seguía en su escritorio y lo había escuchado todo.

James Jensen, mi hermoso profesor de química. Tenía 25 años y lucía espectacularmente bien, se notaba que pasaba el tiempo necesario en el gimnasio pues sus músculos eran grandes pero no exagerados; además, varias veces me había comentado que practicaba surf, por lo cual siempre cargaba un bronceado divino. Su lacio cabello rojizo lo mantenía bajo – no más de 5 milímetros supongo – sus ojos cambiaban de color con el clima, si estaba nublado; se tornaban de un marrón suave, pero si el día estaba soleado como hoy, mantenían su color caramelo. Por como vestía – como un estudiante más – y su cara de niño, los

nuevos estudiantes solían confundirlo con uno de nosotros.

Ignoremos el hecho de que devoro a mi profesor con los ojos ¿Está bien?
Bien.

- Lo sé, JJ – dije limpiándome la lágrima y arrastré mi silla hasta su escritorio, sentándome cerca de él – pero era necesario.

- ¿Eso crees?

- Eres profesor de química no de psicología, no lograrás confundirme – sonreí.

- ¿A mi si me dirás que pasa? – Nuestras miradas se encontraron y prácticamente le rogué con los ojos que no me obligara a decirle – ¡Eh! A mí no me mires así, estoy preocupado por ti, tus notas han bajado tanto que eres la única estudiante sobre la cual se conversa en el salón de profesores – me dijo en un tono amigable, pero sin quitarle todo el peso del regaño, sólo él podía hacer eso – y ahora veo como le mientes a Elisa, tu mejor amiga, que no se dio cuenta que era una mentira sólo porque estaba demasiado molesta – negó con la cabeza – las cosas tienen que ir muy mal para que hagas eso, Alex. Tienes que pensar sobre lo que estás haciendo hoy y en las consecuencias que tendrán mañana.

- Tienes razón, JJ – me levanté y me acerqué a la puerta.

- Mándame el trabajo sobre los compuestos orgánicos a mi correo, el que se te olvido traer hoy ¿Ok? – Me dijo sin despegar su vista de los papeles de su escritorio.

- Está bien, profe – dije con una mirada cómplice.

Ya no había casi nadie en el campus cuando salí, los jugadores de fútbol y las porristas estaban del otro lado de la escuela, en el gimnasio y la cancha, por lo cual no me encontraría con Eduardo, al pensar en mi hermano recordé lo que le había dicho esa mañana cuando me preguntó si vería su práctica y me iría con él o si llamaba a Luis para que me buscara, le dije *“Tranquilo Ed, ayer quedé con Lisa para quedarme hoy en su casa, tu sabes, para revivir nuestros viernes de chicas”* Gracias, karma.

Respiré hondo y empecé a caminar fuera del campus escolar, era obvio que James tenía razón, yo misma había convertido mi vida en un desastre, había

peleado con mis amigas, aislado a mi familia, le había mentido a todo el mundo y no permitía que nadie se acercara a ayudarme – aunque no sabía si podían. Me senté en una parada de autobús esperando que pasara uno para poder regresar a casa sin caminar toda esa travesía.

Piensa por un momento – me dije – ¿Qué ha cambiado en estos días? saqué un papel y un lápiz de mi mochila.

- 1) Todo comenzó en año nuevo. Año nuevo apesta.
- 2) Algo se llevó a mi abuela. Ese algo es Cole, probablemente.
- 3) Conocí a Maisie. Una vampiro. Cole es el papá de Mais, por lo cual es un vampiro.
- 4) Si, existen los vampiros.
- 5) Puedo proyectarme astralmente. Genial (?)
- 6) Aún no sé cómo proyectarme voluntariamente. Aún.
- 7) Ignoré y peleé con mis amigas.
- 8) Lovie es más genial – y más extraña – de lo que parece.
- 9) Mi padre anda como loco buscando a mi abuela y no habla con nadie. Mi madre ha tomado el puesto de presidente de la compañía.
- 10) Ed comenzó sus entrenamientos de fútbol, es el único que sigue cuerdo en la familia.
- 11) Estamos en Mayo. El tiempo vuela... Y apesta.
- 12) Dormir en clases es muy cómodo cuando estás cansada.
- 13) No sé cómo Campanita sigue viva. Juro no haberle dado de comer ni una sola vez.

- Creo que eso es todo – dije en voz alta, me levanté del banco y empecé a caminar. Nunca había sido buena esperando.

Vampiros ¿Cómo coño llegué a involucrarme con vampiros? Quiero decir ¡Vampiros! ¿De cuándo a acá ellos existen? Falta que llegue un hombre lobo a pedir mi mano – pensé – Y como si esto fuera poco ¡Me puedo transportar astralmente! ¿Desde cuándo mi vida se volvió tan... Paranormal? Y mi abuela desaparece... Aunque técnicamente no esté desaparecida, porque yo sé que está en casa de Mais, pero por más que he buscado ¡Sigo sin encontrarla! Debe haber más magia involucrada.

No pienses en magia, no pienses en magia gritó mi vocecita interna. *Familia, piensa en ello* dijo. Padres con papeles intercambiados, hermano en un lugar completamente distinto y ajeno a todo lo que pasa, y mi otro hermano tratando que todo sea como alguna vez lo fue, hablando con mis profesores para que no llamen a mis padres y que me den más plazo con las asignaciones. Gracias a dios que Eduardo era como era, sino ¿Qué sería de mí? Caos ¿Cierto? *Deja de divagar, jamás logras concentrarte.*

- ¡Cállate de una buena vez! – Grité con frustración.

- Odio cuando no consiguen callarse – dijo una suave voz masculina detrás de mí y cuando me giré para verlo no lo podía creer.

Estaba vestido con una camisa negra de diseñador y unos jeans oscuros, parado bajo un farol de luz apenas encendido, su blanca piel resaltaba ante la tenue luz amarilla y sus ojos verdes parecían dos gotas de jade perdidas en la noche, sus facciones fuertes y pronunciadas mostraban que no tenía más de 18 años. Quizás menos. Llevaba el cabello rubio dorado ondulado con un corte bajo, pero aún así manejable. Hermoso. Precioso. El chico con él que había soñado.

- ¿Se callaron las dos? – Las comisuras de sus labios se elevaron, yo me helé: era la misma voz del sueño que había tenido a principio de año – así no me sirve – se acercó hasta mí y en su voz noté un leve acento británico.

- Soy Marco – dijo extendiendo su mano – y espero que tu conciencia se mantenga callada.

- Soy Alessandra – dije recuperando mi voz, la cual sonó ahogada – y ella siempre termina callándose.

Él tomó mi mano y le besó, un sólo roce de labios y consiguió que todo mi cuerpo temblara. Me soltó y me acompañó mientras caminábamos frente a la biblioteca local, cerca de la casa de Elisa.

- ¿Sabes? Recorrer las calles mientras oscurece puede resultar muy peligroso, no tienes idea de la clase de peligros que se esconden en ella.

- Me agrada caminar bajo la luna – le mentí vilmente – y no tenía como llegar a casa.

- Muy mal, una señorita tan linda no debería hacer eso – sonrió.

- ¿Eres nuevo por aquí? – Le pregunté.

- ¿Tanto se nota?

- Tu acento – sonreí – además, en una ciudad tan pequeña todos conocen a todos.

- Cierto... Llegué hace un par de noches de Londres, pero con lo poco que he visto... Puedo decir que me quedaré por mucho tiempo aquí – volteó a verme sonriendo – mi carro está cerca, quizás me permitas llevarte a casa.

Me le quedé mirando por un buen rato, buscando signos de chiste en sus facciones faciales, pero esa cara de ángel se mantuvo inmutable y con esa sonrisa perlada no pude decir que no. Además, era el chico de mis sueños, *literalmente* hablando. Por primera vez en la noche fui capaz de mandar a mi conciencia a ese pequeño lugar de mi mente donde no la podía oír.

- Quizás deje que lo hagas – dije sonriendo mientras él nos encaminaba hacia su carro.

Capítulo 11, Visitas Inesperadas.

- ¿Por casualidad no tienes otra cosa que hacer o algo así? – Pregunté con tono neutro mientras me subía al impecable Mercedes negro.

- Siempre puedo sacar tiempo para rescatar a una linda señorita de las garras de la oscuridad – volteó, me guiñó el ojo y sonrió. Arrancó el carro y oculté mi sonrisa de él, dejé que el hermoso sonido del motor ronroneándole a la oscuridad invadiera mis oídos.

- ¿No has pensado que quizá la señorita no quiere ser rescatada? – Dije retándolo.

- Todos queremos ser rescatados y si no lo queremos, lo necesitamos – aprovechó una luz roja para voltear a verme, su semblante era grave – ¿Hacia donde nos dirigimos, Alessandra?

- Alex – sonreí porque decía mi nombre con la entonación correcta – vamos a la urbanización NDV, calle 7, casa 18 – él frunció el ceño.

- Soy nuevo ¿Recuerdas?

- Sigue derecho hasta los límites de la ciudad y allí te diré que hacer.

El camino hacía mi casa siempre ha sido largo, pero jamás lo había disfrutado tanto, conversamos y reímos como si hubiésemos sido amigos de toda la vida, paramos a comer hamburguesas en un viejo establecimiento cerca de la urbanización donde vivía, dijo que tenía cara de necesitar comida chatarra.

Nunca había conocido a un chico tan ocurrente o que se comportara así conmigo – *quizás es porque no conoce al fortachón de mi hermano y sus amigos jugadores de fútbol* pensé – tenía confianza en sí mismo y una sonrisa hermosísima que me robó varios suspiros, agregándole ese acento británico que me volvía gelatina, era simplemente irresistible. Tenía 18 años, y había vivido siempre en Inglaterra, aunque de vez en cuando viajaba a visitar a sus tíos en otros países, siempre lo educaron en casa y no pensaba ir a la universidad, sus padres – ahora muertos – le

dejaron una herencia increíblemente generosa que lo mantendría durante toda su vida. Inteligente, cómico y caballeroso. Ese fue lo que rondó mis pensamientos cuando me dejó en la puerta de mi casa.

Subí a mi habitación pasando por la sala de juegos, donde mi hermano y padre estaban viendo un partido de Hockey en la televisión, casi ni se percataron que llegué. Estaba sentada en la cama de mi cuarto, peinando a la cos... Campanita – vean que intento quererla, ustedes son testigos – pensando en la forma tan maravillosa en la que había terminado la tarde, repasando todo lo que Marco me había contado. Había venido para cerrar un trato de la compañía de su padre. Durante todo el tiempo que pasamos juntos no paré nunca de reír y por un instante olvidé el desastre que tenía por vida. Fue maravilloso.

¡Conocí a alguien! Marco Hoffman, hijo único y vive solo en su casa en Londres, aquí en Northdeadville se está quedando en casa de los tíos que se encargaron de criarlo, siempre obtuvo educación en casa y ama que haya sido de esa forma, adora la exclusividad. Su color favorito es el verde – como sus hermosos ojos... O los míos – y prefiere mil veces la montaña a cualquier otro lugar. Es taaan lindo, y tan caballeroso ¿Ya mencioné eso, cierto? Bueno, el hecho es que me dejó cautivada, con cada mínimo roce de su piel recibía un toque de electricidad, y su sonrisa... Aaaaah ¡Aquella sonrisa ladrona de miradas! Es de esos chicos que no temen sonreír ¿Sabes? Que sin ningún motivo te sonríe y ves como se le forman esos hoyuelos en las mejillas ¡Que lindo!

Escribí en un mensaje de texto para Elisa, luego lo borré pensando en la pelea de esa tarde, Campanita gruñó porque accidentalmente tiré muy fuerte de su pelaje. La acaricié un poco y me perdí en mis pensamientos de nuevo.

Cuando llegué a casa duré un buen rato en la puerta de la casa ya que Marco me acompañó hasta allí, me dio un beso en la mejilla y dijo que no podía esperar a volver a encontrarse conmigo, que pensándolo bien, no sé cómo va a hacer ¡Porque no me pidió mi número o e-mail! Oh, oh... ¿Y ahora...? Estaba aterrorizada pensando en eso cuando la puerta de mi balcón sonó, pensé que no era nada y seguí acariciando a Campanita, pero luego volvió a sonar.

Me levanté lentamente y caminé hacia las puertas cerradas del balcón, corrí una de las cortinas sin abrir las puertas para ver que el balcón estaba completamente solo. Extraño. Justo en ese instante una piedrita golpeó la puerta de vidrio frente a mí y yo di un salto hacia atrás, corrí la cortina y tomé una sombrilla que había cerca de allí, entonces abrí la puerta y salí al balcón; otra piedrita venía en el aire y en sólo una fracción de segundo la mandé a volar con mi sombrilla.

- Tienes un buen brazo ¿Sabes? – dijo una suave voz desde el jardín, yo me asomé para verlo sonriendo.

Allí estaba él, parado en el césped de mi casa, vestido con su camisa negra y sus pantalones oscuros, posando como un ángel negro en mi jardín, una mano engarzada en su bolsillo y la otra contenida en un puño – las piedras, supuse – sonriendo con la comisura de sus labios, formando dos hoyuelos mínimos. Lo miré sonriente – pensando que aun no me había cambiado y como rayos se había metido en mi jardín – él empezó a hablar:

- ¡Silencio! – mí sonrisa se fue – ¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente, y Alessandra, la luna! – Citaba al Romeo de Shakespeare, a pesar de que quería reír me faltó poco para lanzarme directamente a sus brazos – ¡Surge, esplendente luna, y mata al envidioso sol, brillante e irritante, que en un intento de igualar tu hermosura, la hermosura de su doncella, mañana brillará más fuerte que nunca ¡No le sirvas, que es envidioso! Su tocado de vestal es enfermizo – divagó y yo reí – y amarillento...

- Oh, dulce intruso – dije fingiendo una voz dramática mientras me sentaba en el borde del balcón – deje de citar al pobre aunque romántico Romeo, que de oír tus versos de seguro Shakespeare lo mataría de nuevo, y dígame porque está aquí, humilde caballero.

- Lo siento, no pude contenerme a nuestro próximo encuentro – él sonrió de nuevo saliéndose de su papel de caballero del siglo XVI – al cual nunca te invité – frunció el ceño – ya que ni tu teléfono te pedí ¿Ha de disculparme, hermosa damisela?

- Lo prometeré si dejas de hablar así – nos reímos – y si bajas la voz porque no quiero que nos descubran.

- Por usted... – Lo regañé con la mirada – digo, como gustes Alex – en eso Campanita salió ladrando y él saltó sobre sus zapatos. Yo reí y la alcé en mis brazos.

- ¿Es esto lo que te da miedo? – La perra aún ladraba, con su ridículo tono agudo. Él la vio y rió.

- No tienes idea de lo que uno de esos puede hacer.

Volvimos a reír y seguimos hablando por mucho, mucho rato, hasta que

mis ojos se empezaron a cerrar y vi que era medianoche, me espanté. Interrumpí la charla sobre la horrible comida británica de la que me estaba contando Marco.

- ¿No tienes Jet-lag o algo así? – Pregunté mientras bostezaba. Él se miró sorprendido.

- Oh, Alex, cierto que tú has tenido un horrible día de escuela y yo aquí robándote tus posibles horas de sueño – *si supieras* pensé en Maisie – ¡Que mala impresión debes tener de mí!

- No fue un día horrible – lo interrumpí sonriendo – pero si estoy algo cansada...

- No se diga más – se paró del césped – me voy, nos vemos pronto Alex – empezó a caminar hacia el frente de la casa.

- Marco ¿No se te olvida algo? – Dije divertida y él se volteó confundido, luego entendió.

- Cierto, tu número mi bella damisela.

Se lo di y con eso se fue, lo vi caminar hasta el fondo del jardín, cuando desapareció, sintiéndome más feliz de lo normal, me tiré en la cama y dejé que el sueño me llevara con mi encantadora amiga nocturna.

- Oh, Maisie, tenías que verlo – dije mientras la apartaba de su pequeño tocador y le daba vueltas por los aires – es tan encantador que no lo podrías creer.

- Hola, Alex – dijo ella sonriendo y me dio un beso en el cachete, los colmillos me hicieron cosquillas - ¿Podrías bajarme? Tengo que estar lista en cinco minutos – me dijo con voz adulta mientras la bajaba. Ella regresó a su lugar en el pequeño tocador rosa.

- Lo siento, Mais, ¿A dónde vas?

- Saldré con mi familia, tenemos que buscar al tío Cassius al aeropuerto y luego cenaremos con él.

Maisie tenía puesto un hermoso vestido de tul negro, le llegaba a las rodillas y estaba decorado con unos pequeños lazos rosados. La pequeña se cepillaba cuidadosamente los rizos, me senté junto a ella en la cómoda.

- Déjame ayudarte – tomé dos de los lacitos fucsia que había ahí y empecé a separar su cabello en partes iguales. Ella suspiró, yo pregunté: - ¿Cuál es la ocasión tan especial para usar tan hermoso vestido?

- Hoy conoceré a este tío – dijo ella con un tono de nerviosismo en su voz.

- ¿No lo conoces?

- No – continuó – no está mucho en casa y no se lleva bien con mi mamá, pero es hermano de mi papá – ella frunció el ceño – medio hermano. Sebastián – recordé que así se llamaba uno de sus hermanos – me dijo que es bastante bromista y se comporta como lo que luce, como un adolescente; aunque en realidad tenga ciento ochenta años.

- Creo que nunca me acostumbraré a esto – solté sus dos moñitos, ella volteó a verme con una sonrisa completamente colmilluda.

- ¿A qué? – Preguntó inocentemente.

- A que la mitad de tu familia tenga más de un siglo – ella rió.

- No seas tonta, Alex, mas de tres cuartos de la familia es así.

Ambas reímos – aunque mi risa fue bastante fingida – y luego hablamos de nuestros días – mi día, ya que ella prácticamente se acababa de levantar – le estaba terminando de contar de Marco cuando se escuchó una voz desde el piso de abajo.

- Maise – dijo una melodiosa voz masculina, bastante familiar – baja ya, papá está desesperado.

- Ya voy – gritó Mais – Ese es Sebastián, lo siento, Alex, me tengo que ir – se levantó.

- No te preocupes Mais, suerte con ese tío...

- Cassious – volteó a verme desde la puerta – ¿Lindo, no?

Yo reí mientras ella salía por la puerta. Maisie me había explicado que los vampiros de sangre pura podían soportar un buen nivel de comida humana en sus organismos, mientras que los convertidos soportaban muy poca o ninguna, sin embargo; todos disfrutaban de un buen banquete.

Ver salir a Mais fue colirio para mis ojos, esa figura tan pequeña y hermosa dando pequeños brincos y tomando su vestido en sus manitos; todo con una gracia no propia de un humano. Desde la primera noche que compartí con ella me percaté de eso, todos sus movimientos eran agraciados y sencillos, y aunque aplicara inmensa cantidad de fuerza pareciera que para ella era completamente fácil. Era fantástico poder observarla, había días en los que yo sólo me acostaba en su cama y veía como hablada y caminaba por todo el cuarto, a veces, aplicaba demasiada fuerza o tanta velocidad que me sorprendía – cualidades de vampiro, suponía – y ella ni siquiera lo notaba.

En esos meses que había compartido con ella advertí que su familia compartía mucho, muchas fueron las noches en las que me quedé sola en su chillona habitación rosada mientras ella gozaba de cenas familiares o jugaba con su hermano o mamá; claro, ella siempre trataba de sacar tiempo para mí, para jugar y charlar sobre cualquier cosa, era una niña muy inteligente y madura para solo tener cuatro años y siempre disfrutaba de su compañía; sin embargo, hoy no era así.

Hoy solo me acosté en su cama y me dispuse a descansar, era extraño dormir de forma *astral* pero era dormir igual, cuando se acercaba el amanecer sentí como mi cuerpo se desvanecía y me llevaba de nuevo a la comodidad de mis sabanas de muchos hilos de algodón, todo fue perfecto... Hasta que un estúpido rayo de sol me dio en toda la cara.

- ¿Qué demo...?

Dije mientras me tapaba la cara con una almohada y recordé que la noche anterior cuando Marco había estado en el jardín, no había cerrado la puerta del balcón – o las cortinas. Se escuchaba una bulla terrible desde afuera. Rodé sobre mi misma hasta la mesita de noche y tomé el reloj – 15h16 –, lo dejé de nuevo en su sitio y con una fuerza de voluntad impecable me levanté de la cama, dándole gracias a Dios de que era sábado.

Fui al baño, me lavé los dientes y la cara, me vestí con unos shorts, una camiseta blanca de tirantes delgados, unas sandalias y alboroté mi cabello, hacía tanto calor como un día de verano y la idea de una limonada llegó a mi mente inmediatamente, bajé a la cocina. Allí estaba Gretel, lavando unos platos en el fregadero.

- Buenos días – dije mientras abría la nevera y la escaneaba.

- Buenas tardes, Señorita Alexandra – me corrigió desde su impecable uniforme blanco y negro – pensé que pasaría la noche en casa de la Señorita Elisa, ya le hago la cama, Señorita

Dije *'no te preocupes'* pero ella ya iba camino a mi cuarto, tomé una magdalena de la despensa y la calenté en el microondas, a la vez que la puerta de la cocina se abría y entraba mi hermano completamente mojado y en traje de baño. Enarqué una ceja.

- Hola, extraña – dijo sonriendo mientras se sacudía el cabello con la mano - ¿Qué haces acá?

- Regresé anoche – él frunció el ceño – luego te cuento ¿Qué haces mojado? ¿Por qué hay tanto ruido? – Cambié el tema.

- Ya que no ibas a estar, mamá se fue a un retiro todo el fin de semana y papá se fue al club con Jack – se encogió de hombros y sonrió – invité a algunos chicos del equipo a pasar un buen rato, jugamos fútbol y luego nos zambullimos en la piscina, como ya empezamos a tener hambre, mandé a Dylan y Bob – los gemelos amigos de Ed del equipo de fútbol, ambos morenos, de cabello oscuro y ojos claros como el ámbar – a comprar cosas para hacer una barbacoa.

- Ed esta es la clase de reuniones de las que todos se enteran y todos vienen y...

- Lo sé, Alex – me interrumpió – pero hablé con los muchachos y acordamos que nadie se enteraría – me miró con complicidad y un tanto de picardía – claro que la mascota siempre está invitada.

Mi hermano tomó un paquete de cervezas de la nevera y salió al jardín de nuevo. Cuando entró al equipo de fútbol, me tocó ir a sus prácticas con él, y muchas veces quedarme hasta después de ellas para que Luis no fuera tantas veces al colegio – que considerado mi padre ¿No? – Así que conocía bastante bien a los cuarenta y cinco muchachotes que jugaban con mi hermano, incluso a los que ya no estaban en el equipo o los nuevos o los que eran increíblemente odiosos, y ellos me trataban como a una hermana – pequeña, para variar – en todos los sentidos, desde ayudarme con los libros en los pasillos hasta interrogar y vigilar a mi novio.

Cuando tenía novio.

También me decían *'mascota'* porque yo los divertía – sin intensión alguna,

claro – y apoyaba al equipo. Subí a mi cuarto y me cambié la ropa por un traje de baño sencillo, verde manzana con detalles amarillos, me calcé el short de nuevo y bajé a la piscina, nada más de cruzar el jardín escuché:

- Eh – gritó Robert, el hijo de Jack - ¿Qué pasó con eso de no invitar chicas?

Podría haberle dicho algo como: *Cierra la boca Robert, tú ni siquiera estás en el equipo* o *¿Prefieres seguir con tu fiesta de salchichas?* Pero mi hermano salió en mi defensa... O eso creía.

- Es Alex – respondió Ed mientras se acercaba a mí – ella no cuenta – todos rieron y yo lo golpeé en el brazo – Ouch, ¡Me refiero a no de ese modo!

- Bueno, al menos veré algo hermoso – dijo un chico musculoso, moreno, de cabello oscuro y ojos a juego desde la piscina, Dick – y no sólo a está cuerda de carajos jugando y nadando – Chuck, alto, blanco, delgado, de cabello claro, y ojos oscuros, le echó agua en la cara - ¿Qué? Es más gratificante verla a ella que a cualquiera de ustedes – me picó el ojo y me sonrojé.

- Cuidadito – dijo Joe, un poco bajo, de piel clara, ojos castaños y cabello negro – no te vayas a meter con la mascota.

Todos rieron. Incluso yo lo hice. Pronto recordé que estar con el equipo de fútbol era como estar en una gran familia – una gran familia de hombres. Cuando llegamos a la ciudad, mi hermano rápidamente congenió con Robbie, un chico de último año, querido por todas y todos, rubio, ojos cariñosos, de buena familia, muy amable y capitán del equipo de fútbol americano para ese entonces.

Robbie acogió a Eduardo bajo su ala, le enseñó todo lo que él sabía acerca del juego y se hicieron muy amigos, aún lo eran. Ed pasó varios años como jugador – ok, nunca me aprendí esa posición ¿vale? – secundario y hace dos años hizo la prueba para ser capitán. Y ahora era el mariscal de campo y capitán del equipo. Siempre fue uno de los más jóvenes, pero Ed se sabía dar a respetar y tendía a tratar a su equipo con igualdad y simpatía. *Siempre y cuando el equipo no vaya perdiendo* recordé y lancé una risilla baja mientras me sentaba cerca de la piscina.

Un equipo de fútbol americano está conformado por cuarenta y cinco jugadores, aunque solo once jueguen en el campo. Yo daba gracias a Dios que Ed sólo se congeniara extremadamente bien con quince o veinte – no es que a los otros no los trataba, si no que siempre había alguien a quien no le caías bien y esos eran los que casi siempre vagaban por la casa.

Debía decir que tener a tanta cantidad de hombres fornidos, semi desnudos, rociados por pequeñas gotas de agua o tendidos bajo el sol en un mismo lugar haría entrar en calor a cualquier chica – y con entrar en calor me refiero a que su ropa se queme o se sonrojen con sólo llegar – pero ellos no me veían de ese modo – o si lo hacían no me lo comentaban – en fin, con ellos me sentía cómoda y protegida.

Pasé el resto de la tarde tendida bajo el sol, hablando con los chicos o gritándole un par de jugadas a los que practicaban en la parte posterior del jardín. Cuando el sol empezó a descender nos agrupamos todos para comer la barbacoa, entre algunos chicos habían juntado las mesas de picnic que estaban en el jardín y, de alguna manera, había espacio para todos.

Yo me senté al lado derecho de Eduardo y disfrutamos de una agradable comida, entre juegos, chistes, historias y halagos para Ed – bueno, la mayoría bromas acerca de que él cocinara tan bien y no tuviera novia – anocheció completamente. Muchos de los chicos salieron disparados como flechas cuando notaron la luna y las estrellas. *Por supuesto – pensé – es sábado por la noche, son jugadores de fútbol que están buenísimos, muchas citas deben esperar.* Me quedé otro rato con mi hermano, Chuck y los gemelos, que se quedarían a dormir.

Justo cuando iba a mi habitación para bañarme, entró Gretel luciendo un poco aturdida.

- Señorita Alessandra – dijo la mujer rechoncha desde el umbral de la puerta – alguien ha venido a verla.

Antes de que mi hermano pudiese terminar de levantarse de su silla, una sombra surgió por detrás de Gretel, vistiendo un par de pantalones caqui con una camisa cuello en V blanca y zapatos oscuros, Marco parecía un modelo de la GAP, su expresión gritaba por ser fotografiada para una valla publicitaria, esa sonrisa de galán del antiguo Hollywood, sus ojos pasivos mirando a todos los chicos que me rodeaban, y luego esa chispa que cruzó por su mirada cuando por fin me encontró. Bob, el más macizo de los gemelos me susurró al oído:

- Cierra la boca, Alex, podrías desbordar la piscina – en ese instante regresé a la realidad y me levanté de la silla, sólo para sentir una helada brisa recorrerme de pies a cabeza, temblé.

- Buenas noches, Alex – dijo Marco dirigiéndome una encantadora sonrisa

mientras me veía de pies a cabeza, considerando que sólo vestía un traje de baño era bastante invasivo.

- Buenas noches – respondió Eduardo con un tono ácido en su voz, su tono ‘yo-ser-hermano-grande-aléjate’ – soy Eduardo – dijo tendiendo una mano que Marco no rechazó – el hermano mayor de Alessandra.

Esto era *ridículo* Eduardo solo me llamaba ‘Alessandra’ cuando estaba molesto conmigo, si yo hacía una estupidez o cuando quería aparentar que él tenía el control sobre mí. Que patético ¡Patético!

- Un placer – respondió Marco ignorando el tono de Ed – yo soy un... Amigo de Alex, justo venía a ver si ella quería salir conmigo...

- ¿Qué te hace pensar que puedes venir a la casa sólo con esa intención? – había dicho Bob. Sabía que tenía que hacer algo, pero la diversión en los ojos de Marco me tenía abrumada, no fue hasta que escuché a una voz rígida dirigiéndose a Gretel que me percaté que era yo.

- Puedes retirarte, Gretel – había dicho – hola Marco, ellos son Bob, Dylan y Chuck, amigos de Eduardo – dije automáticamente escuchando un clic en mi cabeza, salí de donde estaba y me situé entre mi hermano y Marco – iré a cambiarme – miré a mi hermano – No lo tortures mucho.

Y con eso salí del jardín, subí volando a mi habitación y jamás pensé que podía tomar un baño tan rápido. Me puse lo primero que había visto – unos pantalones hasta la rodilla y un top morado que iba a juego con las toreritas que calcé – pasé un cepillo por mi cabello, me maquillé ligeramente y en menos de media hora – que para una mí, era tiempo record – estaba de vuelta con los chicos. Eduardo, Dylan y Chuck tenían en ceño fruncido, pero Marco y Bob reían. Me aclaré la garganta y todos se pararon. Marco silbó por lo bajo.

- Estoy lista.

- Vamos – dijo él con entusiasmo, Ed nos alcanzó cuando íbamos llegando a la puerta.

- Alex, espera – él ya estaba junto a mí.

- Te veo en el carro – le dije a Marco como si fuera normal o como si lo conociera mucho, él asintió y salió - ¿Qué pasa, Ed? – dije cuando ya estábamos

solos.

- ¿Quién es él? – había consternación en su voz.

- Marco – dije enarcando una ceja.

- ¿Desde cuándo lo conoces? ¿Va a la secundaria? ¿Por qué se ha presentado así en la casa? ¿En serio te irás con él? – Tenía el ceño fruncido mientras miraba a Marco por la ventana.

- No es momento para jugar a las veinte preguntas – sonreí – es un amigo, luego lo conocerás.

- No me agrada – dijo con los brazos cruzados sobre el pecho y me miró a la cara.

- Eres mi hermano mayor, por supuesto que no te agrada – le di un rápido beso en la mejilla – avísale a papá que salí, que regresaré pronto.

Antes que Ed respondiera algo, yo ya estaba en el carro con Marco. Él me sonrió con complicidad y arrancó el carro, bajé el vidrio para sentir el viento en mi cara y para que mi cabello se secase un poco.

- Te ves preciosa – dijo él sin apartar la vista del camino.

- Gracias – sonreí y luego fruncí el ceño – no es bueno que aparezcas así por mi casa.

Me volteé para mirarlo, se había detenido en una luz y me observaba con una sonrisa pícaro dibujada en sus labios. Por un instante, el tiempo se congeló. Regresé a mi sueño de principio de año y a la noche de ayer, congelando las imágenes de los chicos que había visto y lo terriblemente similares que eran, parpadeé más veces de las necesarias y quedé en shock. Mismos ojos... Misma complexión y estructura ósea... El cabello más corto, pero aún así se divisaban las ondas... Tan parecido...

- Eres tú – dije en un susurró que pareció más bien un gemido, dejando que palabras le dieran vida a mis pensamientos. Él frunció el ceño.

- ¿Estás bien, Alex?

- Yo... Tú – me aclaré la garganta – Si Marco, sólo creo conocerte de otro lugar – sonreí y él también lo hizo, volteó su cara y arrancó el carro. Juraría que escuché decirle *sólo en tus sueños*, pero no parecía lógico, me convencí de que era pura paranoia.

- Me aparecí así en tu casa – dijo de repente, mientras salíamos de la residencia – porque quería secuestrarte, llevarte al cine un rato – confesó sonriendo – lo que no me esperaba era encontrarte rodeada por cuatro chicos fornidos semi-desnudos.

- Esto... - me sonrojé recordando que todos seguían sin camisa para cuando él llegó – Mi hermano es el capitán del equipo de fútbol de la secundaria, hoy me levanté y todos estaban allí, además – agregué sintiendo como la sangre dejaba de aglomerarse en mis mejillas – no debiste aparecer así, Ed es muy... Sobre protector y no te conoce y no le he dicho de ti y Elisa tampoco sabe y si la llama ella no sabrá y...

- Calma, Alex – puso su mano sobre la mía, tomando el volante con una sola mano – de haber sabido que iba a ser así hubiese llamado...

- No importa – dije ignorando el cosquilleo que me causaba su mano y volteando a la ventana abierta.

- ¿Quién es Elisa?

- Mi mejor amiga – mi voz pasó a un tono triste – nos peleamos ayer...

- Cuanto lo siento.

Dijo sin implicar sentimiento en su voz, en ese momento sonó su celular, los dos dimos un brinco. Él vio la pantalla y se tensó, se puso un poco más pálido de lo normal y luego contestó la llamada.

- Te dije que iba a salir, que no me molestaras – articuló en mi dirección “Mi tía” y yo me relajé en el asiento a pesar que no parecía ser su tía.

- ¿No puedes controlarlo? – Dijo medio frustrado - ¿Te escupió? – sus cejas se alzaron – ¿Cómo que te quemó? ¡Por que le has dado de comer eso! ¿Sigue en su habitación? – Suspiró pesadamente – voy para allá.

- ¿Algún problema? – Me volteé para mirarlo.

- Mi – pensó un momento – prima se ha salido de control, tiene sus veintitantos pero aun así actúa como un bebé.

Dio la vuelta en U... A penas habíamos llegado a los límites de la ciudad, de vuelta a casa supongo... *Genial, moriré este sábado en mi casa y tendré que escuchar el horrible sermón de Eduardo ¡Que Dios me salve!* Pensé y me reí por lo bajo.

- ¿Por qué no vamos y te ayudo con ella? Sé que no es pequeña pero... - dije disimulando mi risa al ver su expresión molesta.

- ¡No! – Dijo Marco exaltado, me puse recta en mi asiento – Quiero decir, no, Alex, eso no será necesario, no quiero que lidies con ella, es realmente insoportable – me sonrió como para suavizar el grito, pero estaba tan tenso que fue una mueca horrible.

- Ok, Marco – le sonreí de vuelta – siempre habrá otros días... En los que llames y no me cojas por sorpresa.

Yo reí pero él no hizo lo mismo, me preguntó porque había peleado con Elisa y le conté, se sintió bien desahogarse con alguien que no supiera de quien le hablaba, no conocía su personalidad y así era imparcial; aunque parecía bastante ausente mientras me escuchaba. Él me contó sobre la aburrida reunión de negocios que tuvo esa tarde y que su verdadera razón para ir a buscarme fue porque *Necesitaba algo fresco y hermoso para despejar mi mente.* Me sonrojé como un tomate, pero antes de que pudiese hacer algo, él frenó de golpe. Habíamos llegado.

- Diría que – comenzó mientras me abría la puerta del carro – ha sido una velada estupenda y me acercaría a ti para besarte, – él sonrió – pero no creo que un paseíto en carro se merezca un beso tuyo y...

Antes de que Marco dijera algo más le salté encima. No sabía qué me ocurría ¡Jamás había hecho algo así! Pero la forma en la que habló, como se mojó los labios cuando dijo la palabra “beso”, como estaba tenuemente alumbrado por la luz del pórtico de la casa... Lucía como un ángel bajado del cielo y juré por Dios que no podía evitar lo que hice, y cuando toqué sus labios, oh, esos dulces labios de terciopelo que se sentían tan fríos, pero aún así suaves, dulces y ligeros contra los míos, eran como el algodón de azúcar – pensé.

En un instante él ya tenía ambas manos rodeándome la parte baja de la cintura, incluyéndonos en un abrazo íntimo, el beso se volvió un poco más intenso. Si, lenguas. Pasó un largo rato – bueno, quizás no taaaan largo porque yo

necesitaba respirar – antes que lo empujara un poco para separarnos.

- Wow – fue lo primero que dijo y sonreí tímidamente – Eso ha sido... Wow – tenía las cejas levantadas y me percaté que, de alguna forma, él estaba despeinado.

- Buenas noches, Marco – le di un beso en la mejilla y entré en la casa.

Apenas cerré la puerta caí con la espalda recostada a la puerta hasta que mi trasero tocó el piso. Suspiré. *Oh. Mi. Dios. ¡QUE BESO!* Me levanté – con una sonrisa bastante ridícula, debo admitir – y me encaminé a las escaleras, entonces oí voces que provenían de la sala, miré mi reloj: 23h30... *Estas no son horas para visitas sociales* pensé y como una espía me escurrí hasta el robusto marco de madera que encuadraba la puerta de la sala.

-... por recibirme, Eduardo – escuché una voz femenina decir, una voz bastante chillona y familiar. Elisa.

- Llamaste mi atención por venir a esta hora – le dijo mi hermano con la voz impregnada de sinceridad – imagínate como me has dejado al saber que no estás aquí por Alex – retuve un grito desde donde estaba ¿Qué hacía Lisa acá si no era por mí? *Ego, cállate.*

- ¿No has notado lo rara que está? – Le dijo mi amiga a Ed, vi como su sombra en el suelo asentía – Ha peleado conmigo Ed. Ayer. En la escuela, me dijo tanto – ella hizo una pausa – y por tu cara puedo ver que no te ha contado nada ¿Dónde está?

- Salió con un chico – le dijo mi hermano con voz dudosa – Marco ¿Lo conoces?

- No, jamás he escuchado de él.

Tenía el impulso de salir de mi escondite y gritarles *¡Ustedes, par de traidores! ¡Se juntan para hablar de mí! ¿Desde cuándo lo hacéis?* Pero creía que eso sólo empeoraría las cosas. Además, quería saber de qué iba todo eso.

-... Bastante preocupada – oí que le decía Lisa a mi hermano – investigué ayer cuando llegué a casa – oía perfectamente como Elisa buscaba algo en su bolso y luego escuché el sonido de las hojas blandiéndose, como si las estuviesen alisando.

- Esto – dijo mi hermano – Alex no... ¿Distimia? – Preguntó él - ¿De dónde carrizo sacaste eso?

- Hace un par de años en clase de salud – le respondió mi amiga – la psicóloga del colegio nos dio una charla sobre algunos trastornos que suelen afectar a los adolescentes. Jamás pensé – a Elisa se le quebró la voz, casi pude verla retener las lágrimas en esos ojos azules que siempre lucían alegres – jamás pensé que Alessandra me diría cosas como las que mencionó ayer, Eduardo, y solo he podido pensar en esto – oí como crujió el mueble donde ella estaba sentada cuando se levantó e inmediatamente me paré – piénsalo bien, Ed, todos los síntomas cuadran.

Oí como los pasos se acercaban a mi improvisado escondite. *Oh, oh esto no puede ser bueno ¿Mentirle a mi amiga diciéndole que no confío en ella? Está bien, puedo hacerlo. Ella me perdonará – cuando me disculpe - ¿Pero que me atrapen figoneando? Eso dejará una marca permanente en la memoria de Eduardo y yo no quiero estar ahí de esa forma,* pensé mientras abría rápidamente la puerta del garaje y me metía ahí.

Agradecí mil veces que no hubiese nada en el suelo de la cochera con lo que pudiese tropezar, solo estaba el BMW azul oscuro de mi padre y al fondo podía ver la bicicleta vieja de Eduardo, que aunque ya nunca la usara no quería deshacerse de ella. Cuando oí que la puerta principal se cerró abrí la del garaje.

Eduardo estaba parado, vestía un mono holgado verde oscuro y una sudadera blanca con el logo de la secundaria, tenía el ceño fruncido y sostenía unas hojas, las intercambié dos veces y negó con la cabeza, como si no lo creyera, luego dijo “*Ya hablaré con ella*” antes de subir las escaleras a su habitación.

Salí del garaje y subí como un cohete a mi habitación, ignorando la puerta entre abierta del cuarto de mis padres y el alboroto que salía del cuarto de mi hermano que tenía la puerta cerrada, abrí mi portátil e introduje la palabra ‘*distimia*’ en *Google*. Salieron unos ochenta mil resultados, y sin leer alguno, mandé a imprimir el reporte de *Wikipedia*, esa era la enciclopedia virtual favorita de Elisa. En cinco minutos estaba tirada en mi cama comiéndome un yogurt – gracias a que Gretel llenó la nevera ejecutiva de mi habitación con todo tipo de dulces y bebidas – leyendo sobre la distimia, el estudio era una sola hoja, no tenía ni idea de por qué Ed tenía más de una en las manos, decía lo siguiente:

La **distimia**, también llamada trastorno distímico, es un trastorno afectivo crónico de carácter depresivo leve, caracterizado por la baja autoestima y aparición

de un estado de ánimo melancólico, triste y apesadumbrado, pero que no cumple con todos los patrones diagnósticos de la depresión, se cree que su origen es de tipo genético-hereditario y que en su desarrollo influirían factores psicosociales como el desarraigo, la falta de estímulos y premios en la infancia, entre otras causas.

Sintomatología y diagnóstico

El principal síntoma es el estado de ánimo distímico persistente casi todos los días a lo largo de al menos dos años. Otros síntomas pueden ser:

Trastornos de la alimentación: inapetencia o ingesta compulsiva.

Trastornos del sueño: insomnio o hipersomnía.

Sensación de déficit de energía vital, cansancio injustificado, fatiga continua.

Trastornos de la memoria y la capacidad de concentración.

Baja autoestima, sentimiento de incapacidad.

Sentimiento de desesperanza, pesimismo.

Incapacidad para la toma de decisiones.

Aislamiento o fobia social, falta de locuacidad, pérdida de interés por actividades placenteras o por la actividad sexual.

El diagnóstico viene dado por la existencia del síntoma principal y alguno de los secundarios de forma persistente y estable, si bien los pacientes pueden experimentar variaciones a lo largo del tiempo en la intensidad de la sintomatología.

¿Y decían que yo era dramática? ¡Ha! Comparado con esto cualquiera de mis dramas anteriores quedarían resumidos a nada... Bueno, quizás no, pero se minimizarían un poco. Después de revisar la información unas cinco veces me di cuenta que mi primer pensamiento estaba en lo correcto. Todo era una exageración. Si, está bien, los síntomas encajan perfectamente, pero yo no llevaba dos años en eso, hasta donde sabía ninguno de mis antepasados sufrió de cosas como esá y... Y mi autoestima no era baja... Y...

El sueño me atrapó, en un momento estaba leyendo en mi cuarto y ahora me sentía transportada suavemente a otro lugar. Cuando sentí que me despegaba de mí ser terrenal, lo capté. *Voy a visitar a Mais ¡Ella si se alegrará por mi nueva*

conquista! Me dejé llevar sin pensar mucho, usualmente llegaba de inmediato, pero esta vez – quizás porque estaba medio consciente – tardé un poco más. Al sentirme entera de nuevo dije:

- ¡A que no adivinas quién tiene una nueva y sensual conquista! – Espeté mientras miraba a mí alrededor.

No había paredes rosas, no había juguetes dispersos por todo el suelo, no estaba la inmensa cama con postes y dosel fucsia que era tan cómodo. No estaba en la habitación de Maisie, en vez de eso, estaba en un cuarto pulcramente blanco. No, no era un cuarto; era un pasillo inmenso, volteé para ambos lados, pero al final del pasillo sólo había luz. Vi una pequeña puerta al lado de donde estaba, la abrí y una blanca luz del tipo ‘te-vas-a-quedar-ciega’ salió disparada.

- Adivino – dijo la voz de una mujer desde el lado interno de la habitación, la luz iba disminuyendo – que tú tienes un nuevo novio.

La luz terminó de difuminarse y reconocí inmediatamente a la figura de mujer mayor que estaba sentada en un banco gris de hierro forjado en lo que parecía un jardín eterno, estaba vestida de blanco con un vestido holgado y su cabello gris bailaba libre con el viento. Mi abuela. Por la expresión que tenía su rostro, supe que yo estaba en problemas.

- Esto no puede ser bueno – dije mientras me sentaba junto a ella en el frío banco.

- Nos espera una larga charla, mi niña – dijo mirándome fijamente.

Cuando miré de nuevo a mí alrededor, me fijé que había ‘sombras’ blancas recorriendo el lugar. Algo me decía que no estaba en mi casa ni en la casa de mi pequeña amiga.

Capítulo 12, Tenía que pasar esto para que hablaras conmigo.

- ¿Así es como recibes a tu abuela? ¿Con un “oh, esto no puede ser bueno”? ¿Después de cinco meses y medio? ¡Tienes que estar bromeando! – ella no sonaba molesta, sino más bien irónica. Casi normal.

Yo la miré fijamente, seguramente frunciendo el ceño, ella no lucía igual que cuando la había visto en el sótano de la casa de Maisie, ni como la había visto nunca en los quince años que había compartido con ella, ahora se veía completamente diferente, parecía... Libre. Y medio transparente. La expresión de su cara estaba relajada, sonreía de una forma perezosa sin caer en una mueca, no había odio o resentimiento en su voz, solo diversión. Una diversión que no había conocido antes. Sus ojos marrones brillaban como nunca.

- ¿Estás segura que no te atravesaré cuando te abrace? – Pregunté con la misma diversión, ella sonrió.

- Mi niña – levantó una mano fantasmal y rozó mi mejilla, era fría al tacto – siempre tan inteligente. No, no me atravesarás, después de todo ambas somos almas...

- Espera – la interrumpí – ¿Qué acabas de decir?

- Oh, sí – dijo como si no se acordara – te he convocado para decirte y pedirte un par de cosas que en vida no me atreví, pero que es necesario que conozcas ahora.

- Abue, estoy completamente perdida – le dije mientras volvía a mirar a nuestro alrededor - ¿Dónde demonios estamos?

- Todo menos demonios, mi niña – ella aclaró – estamos en el limbo.

- Un momento, en el limbo – pensé un poco y luego la miré con el ceño fruncido – ¿Limbo, como estado de la mente en el que las personas se pierden? ¿O limbo, como el lugar mitológico a dónde va la gente después que muere?

- Lo segundo, Alex – suponía que ella vio la cara de horror que de seguro llevaba – tranquila cariño, tu regresarás sana y salva a tu cuerpo, la misma muerte se encargará de ello...

- ¿La muerte? Tienes que estar bromeando – me paré del banco – Esto es un sueño, un muy retorcido sueño – empecé a buscar la puerta por donde había entrado. Ya no estaba, sólo había inmensas extensiones de tierra y el banco con mi abuela.

- Siéntate, Alessandra, sabes que no es un sueño – dijo con autoridad a la vez que me volteaba para verla – por favor, no tenemos mucho tiempo – suspiré y volví a su lado. Su voz sonaba exactamente como una orden.

- Será mejor que me digas que rayos está pasando, abue – dije medio molesta, pero igual me senté con ella.

- Lo haré, mi niña, pero tienes que comprender que lo que te voy a decir no es fácil de asimilar o comprender, o corto para contar así que mantén silencio mientras hablo.

- ¿Preguntas al final del recorrido? – Intenté recuperar el humor, pero solo logré que la frase saliera de forma amarga.

- Exactamente – suspiró de forma pesada – Como sabrás, después de que mi madre murió, regresé a vivir con mis hermanas, yo apenas tenía 25 años, mientras que Jessica tenía 23 y Cloe 21.

» Siempre fui unida a ellas, pero después de lo que pasó, más que mis hermanas eran mis mejores amigas y compartía todo con ellas. Una noche mientras hacíamos la cena, un estruendo llegó desde la sala, éramos tres jovencitas solas en una gran casa, te podrás imaginar el susto que nos invadió; cogimos un par de bates y sombrillas y nos aventuramos hacia el comedor, yo fui la primera en pasar y la última en dejar caer la sombrilla. La imagen que nos esperaba en la sala estaba lejos de ser planeada por nuestra mente. Mis hermanas y yo nos quedamos congeladas en el marco de la puerta.

» Sentada en la mesa como si fuera a cenar con nosotras, estaba Ana, nuestra madre. Nuestra madre que había muerto tres años atrás, sonriendo como lo hizo cuando yo ganaba una feria de ciencias, como cuando Jessi hacía piruetas con las porristas o como cuando Cloe terminaba un recital de música – me di cuenta de que mi abuela ya no *hablaba conmigo* ella estaba terriblemente perdida en sus

recuerdos.

“¿Qué estás haciendo aquí?” había dicho Cloe con los ojos como platos, yo apenas podía reaccionar “Esto no puede ser posible” Cloe corrió hacia ella y se detuvo cuando nuestra madre alzo el brazo y dijo ‘*tenemos que hablar*’.

» Jessica y yo alcanzamos a Cloe en la mesa y nos sentamos rodeando a mamá, mis hermanas del lado izquierdo y yo del derecho. Ella estiró sus largos dedos y rozó mi muñeca izquierda. Oh, Alex, si hubieras sentido sus fríos y espectrales dedos tratando de hacer contacto con los míos, pero a la vez no los sentía, podía verlos tocar mis uñas pero realmente no se sentía su tacto. Traté de ignorar su toque fantasmal y me enfoqué en lo que decía...

“Desde el principio de los tiempo la magia ha rodeado al universo, manifestándose en la naturaleza y a su vez, en el hombre y en otras criaturas con las que compartimos el mundo. La mayoría de los mitos y leyendas que escucharon de pequeñas, son ciertos... Ustedes incluso forman parte de uno de ellos”

Mi abuela sonrió y los ojos se le pusieron cristalinos.

» Recuerdo haber visto la emoción en la cara de Jessica, el terror en los ojos de Cloe y mi propia cara en la vidriera del comedor. Vacía. Intentaba descifrar lo que mi madre me acababa de decir *¿La magia mueve el mundo? ¿Protagonizamos un cuento? ¿Qué demonios?* Ella no me dejó mortificarme, inmediatamente continuó:

“Ustedes son brujas” – mi abuela regresó la mirada a mí. *No más recuerdos para Melinda*, pensé.

» Nos explicó que la magia era algo que se mantenía por herencia, que los chicos solían ser ‘recesivos’ y por eso era muy extraño encontrarse con ‘brujos’ – mi abuela suspiró – luego nos comentó que no había venido por una visita social, *que no la habían dejado salir para eso*. El Consejo Internacional de Brujos – CIB – nos estaba dando una tarea, éramos jóvenes, frescas y estábamos a dos casas de donde teníamos que ir; había una especie de fuente de magia que necesitaba ser reclamada. “Fuente directa de magia neutral” o algo por el estilo, nosotras teníamos que llegar a eso antes de que las hechiceras lo hicieran.

- ¿Ustedes no eran hechiceras? – Ella hizo una cara de asco. Por un segundo pensé que vomitaría *¿Cómo será el vomito fantasmal? ¿Mancharía la ropa?* Me pregunté en silencio.

- Dios ¡No! Verás, hay diferencias entre ser ‘hechicera’ y ser ‘bruja’. Las brujas obtenemos nuestro poder por la sangre, *en* la sangre, la naturaleza nos otorga la magia necesaria para protegernos, directo de la madre tierra; mientras que las hechiceras los adquieren mediante pactos, convenios o trueques de seres que poseen magia.

» Por supuesto, no todos son malos, al igual que no todos los brujos son buenos, una vez que la magia está en tus manos tú decides que hacer con ella – sacudió la cabeza e hizo una pausa – Bueno, continúo con lo que decía... En pocas palabras, el CIB quería que reclamáramos eso sin entrenamiento previo o sin siquiera saber qué clase de poderes poseía cada una, y todo eso la noche siguiente; ya que el solsticio de invierno se celebraría para esa fecha – suspiró nuevamente – antes de desaparecer por completo nos gritó “*Busquen ayuda con los que dan vida...*”.

» Y se quedó en el aire lo demás. Te imaginarás lo confundidas que estábamos mis hermanas y yo – *no más que yo en estos momentos* pensé – Esa misma noche comenzamos a buscar en los libros que había en la casa, por más loco que sonara nosotras conocíamos lo suficientemente bien a nuestra madre para saber cuándo bromeaba y cuando no, además ¡Habíamos visto su jodido fantasma sentado en la mesa donde nosotras compartíamos la comida todas las noches! – Mi abuela había subido la voz a tal punto que una pequeña luz blanca se acercó a ella, ella le asintió y la misma se marchó – en los libros de la casa no había información acerca de nada paranormal, faltaban dos horas el amanecer y yo seriamente pensaba que íbamos a fracasar y nos quemarían a la hoguera.

- ¿Pueden hacer eso? – Pregunté con los ojos casi saliéndose de sus orbitas.

- No – mi abuela sonrió – pero nosotras no lo sabíamos.

» El punto es que Jessica nos dijo que sabía cómo contactar a los muertos, a ella siempre le había gustado el esoterismo y los temas paranormales, había esperado que ella buscara velas, dibujara un pentagrama, la poseyeran o qué sé yo. Pero no. Ella llamó por teléfono y habló por el durante un largo rato, luego colgó con una sonrisa.

“Hermanitas” Jessi nos dijo “Hace un par de noches conocí a Cassious – ¿Sería el tío de Mais? ¿Cuántos Cassious pueden haber en el mundo? – en un club de la ciudad, él estuvo mirándome durante un rato y luego se acercó a mí asegurando que yo era completamente diferente a todas las chicas que había conocido, en todos los sentidos. Después de un rato y muchas copas, me confesó

ser un vampiro, yo no le creí por supuesto, por lo menos no hasta que me mostró unos delicados y filosos colmillos blancos que aparecieron como por arte de magia en su boca. Claro que ahora que mamá nos ha dicho esto no puedo dudar mucho... Cuando ella mencionó a 'los que dan vida' yo pensé en vampiros, ya sé, dirán que los vampiros son *no dan vida* que más bien la quitan y son los *no muertos* y todo aquello, pero ellos transforman gente ¿No? ¿De algún modo no les *dan* otra vida? así que llamé a Cassious, él me confirmó lo que les he dicho y muy amablemente me ha conseguido una reunión."

- Al principio – continuó mi abuela – pensé que Jessica estaba loca por confiar en un chico que había conocido en un bar y que, por si fuera poco, el niño le hubiese confesado así como así que era un vampiro. Algo debía querer. Algo debía saber.

» Al final, Cloe me convenció de que fuéramos a ver al vampiro, no perdíamos nada, quizá un poco de sangre, pero nada que lamentar mucho. O al menos eso creíamos. Jessica manejó durante una hora, llegamos a una hermosa casa gigantesca en las afueras de la ciudad, lo que tenía de hermosa y grande lo tenía de terrorífico. Parecía que la habían abandonado hacía un siglo y hubiesen regresado una semana atrás solo para ponerle nuevas bombillas a las lámparas. Quizás fue así, nunca lo supe...

Lo que había dicho de: "*No más recuerdos para Melinda*" olvídenlo, estaba tan perdida en ellos que pude haber bailado la conga y no se hubiese percatado.

» Afuera de la casa estaba un hermoso chico de ojos verdes como el jade y cabello dorado, vestido de pies a cabeza en Armani negro, sin la chaqueta, solo la camisa y los pantalones...

Apuesto a que era el tío de mi colmilluda amiga ¿Qué pasaba con su familia y los ojos verdes? *Alex, es una familia, comparten rasgos ¿sabes? Mejor cállate.* Murmuró una vocecita desde el fondo de mi mente. Decidí hacerle caso.

»... Demasiado buen mozo para mi gusto, pero justo de la forma en que le gustaban a mi hermana. Ella había salido del auto antes de que Cloe y yo si quiera pensáramos en hacerlo, cuando lo conseguimos, Jessi estaba en los brazos del chico, en un asqueroso acto de repartición de saliva. Después de las presentaciones en la entrada de la casa, nos dirigimos al interior. Era increíblemente lujosa e increíblemente aterradora, había vampiros en cada esquina, todos vestidos de negro y sonriendo con colmillos que resaltaban a la luz tenue.

“¿Dónde estamos exactamente, Cassius?” Él me dijo la dirección de nuevo, le eché a Jessica una mirada incrédula y ella le susurró algo en el oído al chico.

“Oh, bien... Estamos en la Corte de los vampiros”

“¿Disculpa?” Dijo Cloe mientras miraba un retrato en la pared, un hombre de pelo blanco y ojos azules como el cielo en verano, una sonrisa digna de un ángel y unos hoyuelos que completaban su perfección.

“La corte de los vampiros” – continuó Cassius – “Es el lugar donde nos reunimos con nuestro rey, maestro o líder para discutir ciertas... Situaciones. La corte se reúne para tomar las decisiones de la nación aunque de vez en cuando ellos participan. El rey casi nunca acepta visitas tan tarde o inesperadas, pero – él sonrió maliciosamente – cómo es mi hermano...”

»Dijo eso justo en el momento que abrió dos puertas inmensas de madera y se inmiscuía dentro, dejándonos solas en el pasillo, con un guardia de cada lado. Guardias gigantes en masa muscular y colmillos.

“¿En que nos has metido, Jess?” Dije frustrada y me adentré en la sala. Por alguna extraña razón, esperaba que Bela Lugosi estuviese sentado en el centro de la habitación, pero por supuesto que no estaba. La sala estaba en un silencio críptico, justo al frente de la puerta se encontraba un estrado y a su lado un jurado, como en juicio común y corriente, Cassius se había sentado a la derecha del hombre del estrado. Ahora, él sí era bello. Cabello negro peinado hacia atrás, ojos azules oscuros como la medianoche que brillaban a la luz de las velas, cuerpo esculpido debajo de aquella ropa de diseñador... Simplemente hermoso.

“¿Estas son tus... Amigas?” Dijo él desde el estrado, la mirada fija en mí. Cassius asintió.

“Si, de ellas fue de quien te hablé hermano” ¡Eran hermanos! ¿Cómo no me di cuenta? Tenían la misma nariz y hacían muecas similares al hablar... - Y *Cassius lo había mencionado*, pensé yo, pero no interrumpí.

“¿Cual es” empezó a dirigirse a nosotras “el favor que solicitan las jóvenes brujas a la Corte de Vampiros de Norteamérica?”

“Nosotras... Uh...” Empezó a decir Jessica, tan maravillada como yo, pero no dijo nada más, él chico guapo enarcó una ceja, yo di un paso al frente llamando la atención de todos, y les dije como habían sucedido las cosas esa noche, él tenía un

brillo sin igual en aquellos ojos azules... De los cuales no podía separar la vista, era como si una fuerza magnética me atrajera a ellos, y algo más que en ese momento no pude definir; años después, supe que era magia, su poder.

“Interesante” dijo después de unos minutos de silencio “Muy interesante, las ayudaremos”

“¿Cómo harán eso?” Preguntó la menor de mis hermanas.

“Pondremos a su disposición una... Persona, él puede establecer contacto con todos los muertos que quiera y si es muy necesario, revivirlo, pero este no será el caso... Pues hablamos de una fuente de magia gigantesca, él la extraerá y la depositará en ustedes, quizás en todas, quizás en una, quizás no se presente en su generación, con esto nunca se sabe” Él estaba increíblemente fascinado, se había levantado y danzaba por toda la habitación, poniéndome nerviosa y excitada a la vez... “La magia siempre es tan impredecible.”

“¿Qué nos va a costar?” mi voz surgió completamente confiada, a diferencia de cómo me sentía por dentro. Él sonrió.

“¿Habías tratado antes con vampiros?”

“No” sonreí también.

“¿Cómo sabes que tienes que desconfiar de nosotros?”

“Llámalo instinto” el mundo había dejado de existir, solo era una discusión entre él y yo “Así que ¿Cuál será el precio?”

“Quiero que quien tome la magia sirva como alimentador al mundo de los vampiros”

- ¿Qué? – Grité yo y varias pelotitas de luz blanca se sobresaltaron – Oh, Dios mío...Por eso te secuestraron, huiste de ellos y nunca serviste a la nación vampírica, oh Dios.

- Astuta, pero no – dijo mi abuela – yo no heredé la magia, después de decirle que lo pensaríamos y nos comunicaríamos la noche siguiente con él a través de Cassious, peleamos un rato en casa, pero nos dimos cuenta que no sabíamos nada del mundo paranormal, y que quizás era nuestra única solución. Aceptamos y la noche siguiente un señor nos entregó la fuente de magia, nunca vimos a las

hechiceras aparecer y nadie sintió una subida de poder, parecía todo tan normal como lo hubiese estado dos noches antes. Cuando el señor hizo la transferencia, una pelota de luz blanca se coló en mi vientre. La magia sería de mi sucesor.

- Oh, dios mío – la interrumpí de nuevo – mi padre es a quien buscan los vampiros, mi padre lleva una vida secreta como brujo ¡Por las barbas de Cristo!

- Cálmate hija, tu padre es un simple mortal – dijo girando los ojos, como si fuera la cosa más obvia del mundo – eres tú.

- ¿Qué yo soy qué?

- Tu eres la heredera de toda la magia que había acumulada en la fuente, agrégale la magia que te concede tu linaje y tenemos a la chica que los vampiros quieren, tu sangre ha de ser el coctel más codiciado por el mundo mágico.

- ¿Qué demonios tratas de decir? – *No, no, no*, ¡Esto no estaba pasando!

- Lo siento, cariño, de haber sabido que la magia de la fuente no llegaría a mi directamente jamás hubiese hecho el trato, pero debes comprender...

- ¿Comprender qué? ¿Qué me has mentido durante toda mi vida? ¿Qué tengo poderes y que la gente quiere mi sangre? ¿Qué me secuestrarán y se alimentarán de mí? ¿Qué ahora yo me tengo que enfrentar a todo esto... sola? ¿Qué me vendiste aun cuando ni siquiera había nacido? ¿Qué coño quieres que comprenda?

- Si... Bueno no. Cariño te oculté por tu propio bien, durante todos los años que ejercí la brujería junto a mis hermanas no hubo tiempo para vida social, para verdaderos momentos en familia, para salir a disfrutar sin tener miedo de ser cazadas; las constantes peleas fueron lo que hicieron infértiles a mis hermanas, y luego a mí, compartir tan poco con mi hijo me destrozó el corazón

» Cuando vi tu nacimiento, vi todo ese poder que esperé que un día naciera de mí, al tú nacer bajé mis prácticas de magia al mínimo, me mudé con tu abuelo a un pueblo olvidado por el mundo, pero cubierto con magia natural, dejé a mis hermanas y me mantuve a tú lado, no siempre en persona pero de alguna forma siempre estuve presente – mi abuela se acercó más a mí y tomó mi collar de plata en sus manos – esta cadena no es normal mi niña, es una reliquia que ha pasado de generación en generación, bloqueando la magia de poderosas brujas que aún no estaban listas para sus poderes: por eso cada noche de año nuevo te lo quitaba,

para renovar el conjuro y hacerlo más fuerte, pues tú crecías y tu magia, por si sola, se desarrollaba en tu interior – mi abuela suspiró – jamás planeé dejarte sola y sin conocimiento sobre el tema, como hizo mi madre conmigo, cada noche que pasé junto a ti te contaba historias ¿Lo recuerdas? Seguro que si...

» Cada una de ellas es real, mi niña, cada cuento o relato que te conté fue a lo que mis hermanas y yo nos enfrentamos, poco a poco irás recordando todo lo que te dije, la cadena también tiene un pequeño hechizo de memoria por si pasaba algo mágico lo olvidarías automáticamente, si agregas tus clases de latín, verás que ahí está tu conocimiento teórico. En cuanto a lo físico, te metí en clases de karate, taekwondo, kenjutsu y las niñas exploradoras, y gimnasia, por supuesto, para estirar tus músculos y darle claridad a tus movimientos, no veo de qué otra forma pude educarte mejor, lo más alejada de la magia pero a la vez preparándote para ella – su voz se iba desvaneciendo junto a su cara traslucida – tranquila mi vida, sé que estás lista para ello sólo... no... confíes... en vampiros.

Y desapareció por completo, me dejó completamente cabreada en un banco rodeada por lucecitas blancas flotantes; sin saber qué hacer, comencé a llorar hasta que el mundo se tornó negro. Al parecer mi vida se vería rodeada siempre por oscuridad.

Capítulo 13, ¿Qué está pasando?

- ¿Y ahora como se supone que salga de aquí?

Dije cuando logré calmarme, había pasado rato desde que había empezado a llorar y ninguna de las luces blancas se me acercaba. Lancé una pequeña maldición y me levanté del banco, al instante, todo se oscureció; ya no quedaba nada del claro o las luces, solo el mismo pasillo en el que había aparecido cuando caí dormida, pero un ruido lo hacía diferente.

Del lado izquierdo del pasillo se escuchaba el típico sonido que hacen los tacones cuando caminas sobre cerámica, en cuestión de segundos, logré divisar a una mujer pequeña, de curvas pronunciadas y cabello rubio liso, su tez anunciaba un bronceado de pocos días y sus ojos grises anunciaban tanta felicidad como su sonrisa. Vestía un traje del mismo color de sus ojos. Se acercaba a mí mientras hablaba por teléfono, cuando prácticamente estaba frente a mí, colgó.

- ¿Tú eres, Alex, cierto? – aun sonreía, lucía tan linda como inocente.

- Ehm, si... ¿Nos conocemos?

- ¡Claro que sí! Yo fui por ti hace rato y es tiempo de que regreses, puede causar algunos estragos permanecer mucho tiempo por acá.

- Espera – abrí los ojos como platos - ¿Tú eres la muerte?

- Ángel de la muerte, sí.

- Tú no luces... Ehm... Como lo esperaba – dije mientras me rascaba la parte de atrás del cuello ¿Quién diría que la muerte sería tan linda? Ella se encolerizó de inmediato.

- ¿Qué? ¿Solo porque soy la muerte tengo que vestir de negro, llevar una Oz y decir en tono tenebroso '*vengo por tu alma*'? ¡Es increíble lo estereotípica que puede llegar a ser la gente! Tú eres una bruja poderosa y ¿Acaso llevas verrugas y piel verde? ¿O andas en escoba?

- Recién me entero que soy una – dije, ella me miró con odio.

- Y sabelotodo ¿Llevas lentes horribles y ortodoncia? ¡No! Entonces ¿Por qué yo tengo que ser un esqueleto andante? ¿Qué pasa con la revolución femenina, la evolución y todo eso? Y ¿Por qué demonios un 70% de los seres vivos ven el transcurso después de la muerte como un pasillo oscuro con luz al final? ¿Acaso a nadie le gustan los parques de diversiones o los centros comerciales?

Ella hacía gestos con los brazos y la cara mientras hablaba, yo seguía en shock. *Quizás esto era un sueño después de todo* pensé, pero algo en mi interior me decía que era tan real como la muerte de mi abuela, como que a partir de mañana no sabría qué hacer con mi vida. De un momento a otro, el ángel de la muerte empezó a caminar, haciéndome señas para que la siguiera, perdida en mis pensamientos e ignorando como se quejaba de la gente que usualmente pasaba por aquí, la seguí sin chistar.

- Disculpe, Señorita muerte – la interrumpí cuando hablaba sobre los suicidas - ¿A dónde vamos?

- Te regresaré a casa.

- ¿Y cómo harás eso? – En ese instante nos topamos con una hermosa puerta de madera blanca, esculpida con detalles en dorado y plateado.

- Bueno al menos esto es distinto – yo fruncí el ceño y ella sonrió, completamente calmada de un momento a otro – Verás, Alex, cuando una persona muere se dirige inmediatamente al limbo y según las expectativas de cada quien, será el escenario donde aparecerá a esperar que lo lleven a su destino, tu limbo es un pasillo, como el de muchos más, mientras que el de tu abuela era el edén, rodeado de belleza y ángeles de luz, los limbos tienen un significado que los ángeles de la muerte encontramos divertido para descifrar. La mayoría de los que se ven en un túnel oscuro es por el miedo y el misterio que representa la muerte para ellos, y así como van cambiando de escenario, van cambiando las perspectivas; son como representaciones que usa tu cerebro para manifestar lo que está pasando. Recuerdo uno de los más originales que he visto, el gran Einstein caminaba el borde del universo a medida que este crecía – miró hacia la nada y luego frunció el ceño – aunque fue difícil encontrar la puerta.

- ¿Y esta puerta que es?

- Para ti, es el regreso al mundo físico, al pasar por ella, regresarás a tu

cuerpo como si nada hubiese ocurrido; para los que están destinados a morir es... La etapa final.

- ¿Tengo que hacerlo? – Ella volteó a verme horrorizada.

- ¿Por qué no querrías ver lo que te depara la vida?

- No sé qué encontraré, todo era distinto cuando me fui a dormir – ella sonrió.

- Los ángeles de la muerte tenemos ciertos dones, mi querida Alex, y uno de ellos es ver destellos del impredecible futuro. Créeme, estarás bien, quizás no pronto, quizás luego, pero eventualmente lo estarás. No te niego que habrá mucho peligro en tu vida, mentiras, decepciones y engaños que te lastimarán, pero a la vez te harán más fuerte y de una forma u otra encontrarás la felicidad.

- ¿En serio? – No pensé en creerle realmente, aunque no me motivaba mucho diciendo que me esperaban fracasos, mentiras y falsedades ¿Quién quiere vivir para eso?

- Si, pequeña, pero nunca olvides que la felicidad es un momento, no un estado permanente – tocó la manija de la puerta - ¡Ah! Antes de que se me olvide – sacó un sobre del bolsillo de su traje y me lo dio, decía *Alessandra* en tinta negra – esto lo dejó tu abuela para ti.

- Ustedes... ¿Cómo se conocieron?

- Así como tienes un ángel guardián asignado, también tienes uno de la muerte, yo era el de tu abuela. Además, cuando estás ligado a la magia conoces todo tipo de entes, fui por tu abuela varias veces, pero así de poco certero es el futuro que hasta treinta años después fue que me la logré traer, sin embargo, en los cortos momentos que estaba junto a mí, conversábamos y llegó un momento en el que la consideré mi amiga, varias veces me hizo un par de favores que en vida no le compensé... Hasta hoy.

- ¿Eres mi ángel de la muerte? – Ella sonrió, su sonrisa decía *'astuta'* pero en lugar de responderme abrió la puerta. Un brillo cegador salió de ella.

- Cuídate mucho, Alex, e intenta mantenerte alejada del peligro, me caes demasiado bien como para buscarte pronto.

- Lo intentaré – dije con la voz pesada, su contorno se desvanecía al lado de la puerta.

- Sé que lo harás, pero eso no bastará.

- ¿Qué quieres decir...?

- Adiós, Alex.

- Espera – la puerta me succionaba con una fuerza inmensa - ¿Cómo te llamas?

Diana fue lo último que logré escuchar antes de despertar envuelta en sábanas blancas, en una cama del doble tamaño que la mía. Por un momento estuve completamente desubicada, luego recordé que era domingo y siempre me levantaba en la cama de mis padres, lo extraño fue no encontrar a ninguno de ellos a mi lado. Abriendo los ojos e inspeccionando el cuarto, me di cuenta de que mi papá estaba saliendo del baño, hablaba en italiano por el celular mientras terminaba de ajustarse la chaqueta del traje gris que llevaba, tenía el cabello rubio aun mojado por la ducha.

- Buenos días – murmuré mientras encontraba mi voz, mi padre volteó y un intento de sonrisa curvó sus labios, luego siguió hablando por teléfono. A los pocos segundos, colgó.

- Buenos días, corazón – me besó en la frente.

- ¿Hoy no es domingo? ¿Qué haces en traje papá? – Su rostro cambió y se sentó conmigo en la cama.

- Temprano recibí una llamada de la morgue – oh, no – supuestamente han encontrado a tu abuela, justo hablaba con Max...

Maximiliano De Rossi, el mejor amigo de mi padre desde que vivía en Italia, fueron juntos a la universidad y era mi padrino y el de Eliot, se llaman al menos una vez por semana y él siempre estaba viajando para visitarnos – si tienes un jet privado ¿Por qué no usarlo?

-... Cuando sonó la otra línea, él escuchó todo. Viene para acá.

- Papá... ¿Crees que sea verdad? – Yo sabía que era cierto, pero que él lo

dijera fuera distinto. Sus ojos se aguaron.

- Esperemos que no, cariño.

Aunque yo sabía que si el tío Max estaba en camino, él también consideraba que era verdad. Me dio un rápido abrazo y se marchó, lo pude escuchar hablar con Eduardo en el pasillo y a los pocos minutos este entró en la cama conmigo.

- Hola, extraña.

- No estoy de ánimos para eso – dije con la cara sepultada en la almohada, él empezó a hacerme cosquillas – Para, detente ¡Eduardo! ¡Déjame!

- No si no me dices qué te pasa – dijo sin soltarme.

- Papá te explicó – dije mientras reía como loca. Tenía demasiadas cosquillas para mi gusto – Mi abuela puede estar muerta.

- Puede, hermanita, es la palabra clave – dejó de hacerme cosquillas y se tumbó a mi lado.

- No quiero que sea cierto – dije aún contra la almohada.

- Todo pasa por algo, Alex.

Nos quedamos en silencio durante mucho tiempo, Ed se paró a desayunar y yo me quedé mucho rato en la cama. Escuché llegar a mi mamá y hablé con ella cuando vino a cambiarse al cuarto. Había amado el retiro y prometió que la próxima vez me llevaría *'no, gracias'* pensé, pero sólo sonreí y le dije q iría, no quería discutir tan temprano, no después de anoche y no cuando ella no sabía dónde estaba mi padre.

Cuando logré levantarme, fui a mi cuarto a bañarme y cambiarme, mientras lo hacía escuché la puerta principal cerrarse. Mi padre estaba aquí. Y por el alarido que lanzó mi madre y la maldición que lanzó Eduardo, podría decir que mis sospechas fueron confirmadas. Me quedé frente al espejo mirando mi reflejo, recién había terminado de maquillarme, iba vestida con un top negro sin magas y unos jeans, aun no me había calzado las sandalias negras que había seleccionado, sin embargo, lucía más vacía que nunca, en blanco. Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla y con cuidado la limpié.

¿Cómo alguien podía estar un día y al siguiente no? *Así es la vida* susurró mi conciencia, contuve las lágrimas que luchaban por salir y me dispuse a bajar con mi familia, aceptar el duelo juntos; pero un sobre blanco con letras negras llamó mi atención, estaba sobre mi almohada y resaltaba encima mi edredón azul cielo. La carta que el ángel de la muerte me dio. *Diana*, repetí para mí. La carta que mi abuela escribió. Caminé hasta ella y la balanceé entre mis dedos ¿Tenía curiosidad? Si ¿Quería leerla? No, al menos no ahora. Sacudí la cabeza y la guardé en la mesita de noche, ya habría tiempo para ella. Me acerqué a la puerta de mi cuarto, miré por última vez donde había metido el sobre y negué con la cabeza. Ya habría tiempo, me repetí, mi familia iba primero en la complicada ecuación en la que se había tornado mi vida. Justo al tomar el tomo de la puerta, escuché:

- *Pronto te conseguiré y nada podrás hacer para huir de tu destino.*

- ¡Eso lo veremos, cabrón! – Grité con rabia mientras cerraba la puerta con un sonido estruendoso.

Total, esto ya era un desastre y si esa estúpida voz no quería irse, al menos tentarla a enfrentarme podía que intentar.

Capítulo 14, Tiempo para la verdad.

La muerte, es inminente. No hay manera de prevenir la muerte tuya o de tus familiares, al menos no por siempre. Es algo que te atrapa estés preparado o no. Mi padre no estaba preparado para la muerte de su madre – creo que ninguno de nosotros lo estaba – lo único que hacía era llorar como un crío en los brazos de mi madre. Existe un estado de la mente donde te aíslas de la realidad, un tiempo dónde estás ausente del mundo, donde haces las cosas por inercia y costumbre, y aunque eres completamente consciente de lo que está pasando y de que no puedes hacer nada para cambiarlo, refugiarte en ese estado mental es lo mejor para ti... Porque la realidad duele demasiado. Yo estaba ahí, consciente e inconsciente a la vez, viendo a mis padres llorar desde el marco de la puerta.

Después de lo que ocurrió en mi cuarto, bajé las escaleras en busca de mi familia, los encontré en el sofá de la sala. Mis padres estaban sentados en el sillón blanco, tomados de la mano, Eduardo mirando distraídamente por la ventana mientras una lágrima inocente, que no se molestó en quitar, bajaba por su mejilla. Cuando mi padre se percató de que estaba ahí me dio una mirada que lo confirmó todo, yo asentí. Entre los sollozos y gritos ahogados resaltaba el tono ruidoso del teléfono, el cual no había dejado de sonar, pero al parecer nadie parecía preocupado por contestar. Cuando contesté me arrepentí, el pueblo era tan pequeño que llamaban a la casa para confirmar la noticia, si el cuerpo de Melinda Brandt estaba en la morgue o no. Supuse que era cierto el dicho: *pueblo pequeño, infierno grande*.

- Debemos llamar a Eliot – fue lo primero que dije mientras tomaba el teléfono de nuevo.

Ed asintió aun mirando hacia afuera, mi padre rompió a llorar de nuevo en los brazos de mi madre. Llamé a mi hermano mayor y le comuniqué lo ocurrido, antes de colgar escuché como detenía un taxi y ordenaba que lo llevaran al aeropuerto. Cuando terminé con la llamada encontré que mi padre me miraba fijamente desde el sofá, con los ojos rojos y cansados. Mi madre y Ed habían ido por un té.

- No deberías encargarte de esto, Alessandra – Su voz estaba ahogada por el reciente llanto.

- ¿Quién si no yo? – intenté sonreír.

- Yo.

- Yo puedo con ello papá, está bien.

Avanzó hasta mí y me abrazó como si su vida dependiera de ello, lloraba en mi hombro y me susurraba cosas inentendibles al oído, le devolví el abrazo, y dejé que se marchara en busca de mi madre y un poco de té para calmarse. Me quedé sola y vacía en la sala pensando en qué rayos estaba pasando, que era lo que ocurría *de verdad*.

Ed regresó y me ayudó a transformar la sala en un recibidor; quitamos los muebles blancos y cómodos y los sustituimos con sillas plásticas, organizamos a los empleados para que se encargaran de la comida y de la seguridad. Cuando mi hermano subió a ducharse y arreglarse, me fui a la cocina a ver que hacia Gretel, pero en el momento que llegué, la puerta principal se abrió de par en par, me volteé justo a tiempo para ver como una figura corpulenta impedía el paso de luz,

Me corrí un poco hacia adentro y lo vi, media aproximadamente dos metros diez, un cuerpo musculoso, mantenido a pesar de la edad, quedaba apresado en su costoso traje de la temporada pasada. Una camisa de vestir blanca se lograba vislumbrar en el cuello del traje junto a una corbata negra que hacia juego con los zapatos. Su cabello grisáceo estaba fijado a su cabeza y quedaba amarrado en una cola baja cayendo liso por su espalda. Sus ojos oscuros contrastaban contra su pálida tez, eran los más oscuros que había visto alguna vez y por más feliz que él estuviera, ese brillo no llegaría a sus ojos. Conocía esa figura, este estilo, a ese chico.

- *Alessandra* – él pronunció mi nombre de forma correcta, con el adecuado acento italiano con el que debería ser entonado siempre.

- Tío Max – corrí hacia él y me lancé a sus brazos.

Aunque técnicamente no era mi tío, pues no era hermano de ninguno de mis padres, era lo más cercano al tío que jamás tuve, siempre estuvo pendiente de nosotros y nos visitaba incluso más seguido que la abuela. Además, era el abogado y el contador de las empresas de mi padre.

- Estás tan grande, *figlioccia* – me elevó en sus brazos y sonreí. *Figlioccia* era “ahijada” en italiano.

- ¿Cómo has llegado tan rápido? – Mi tío vivía en un viñedo en el sur de Italia, un agradable viñedo en el medio de la nada.

- El jet – dijo como si eso lo explicara todo, por más rápido que fuera su avión no podía tardarse menos de cuatro horas de allá a aquí, al ver mi expresión continuó – estaba atendiendo un par de clientes en las Bahamas, eso está un infierno más cerca que el viejo continente.

Sonreí – Me alegro que estés aquí, mi padre está.... Desequilibrado.

- Apuesto a que si, *figlioccia* ¿Dónde está?

- En su cuarto, con mamá ¿Trajiste equipaje?

- Luis lo está bajando del carro – Max conocía a todos los empleados, incluso uno de los cuartos de visita era exclusivamente de él – Alex, tengo que hablar con tu padre sobre el testamento de tu abuela.

- ¿Tan rápido? – No pude evitar la sorpresa.

- Ahí están especificados los términos para su funeral.

- ¿Eras el abogado de mi abuela? – Él sonrió.

- Incluso soy tu abogado, mi pequeña.

Me acarició el cabello y empezó a subir las escaleras, llevaba un maletín que antes no había notado, pero tampoco sabía que fuera a necesitar un abogado, eso demostraba lo poco sensible que era a los detalles. Agité la cabeza y regresé a la cocina, Gretel estaba haciendo emparedados y tomé uno mientras la veía moverse como un robot, atendiendo todo a la vez y sin derramar nada en el suelo. Dios, estaba celosa. Yo ni siquiera podía entrar a la cocina sin que algo se cayera. Me quedé observándola durante no sabía cuánto tiempo, sólo salí de mi entretenimiento cuando alguien me tocó el brazo. Salté en la silla.

- Extraña, pareces aturdida – Ed sonrió, llevaba unos pantalones negros de vestir, una camisa manga larga blanca que estaba cubierta por un suéter de cachemira negro, por lo cual solo se veían los puños y el cuello blanco. Su cabello

estaba aún mojado por la ducha y estaba súper alborotado.

- Lo estoy, precioso, lo estoy – me volteé para verlo - ¿Ya viste al tío Max?

- Si, de hecho... Él me mandó a buscarte, está con mis padres en la biblioteca – miró hacia otro lado – es algo sobre el testamento. Vamos.

- ¿No esperaremos a Eliot? – El rostro de mi hermano se oscureció.

- La morgue quiere saber qué hacer con el cuerpo – se dio la vuelta para salir, le tomé del brazo.

- ¿Papá...?

- Ha dejado de llorar – me dijo de espaldas y caminó hasta la biblioteca. Lo seguí.

La biblioteca estaba más alumbrada que de costumbre, cuando volteé a la ventana me encontré que a mi madre abriéndola, mi papá y mi tío estaban sentados en la mesa, mi tío en la punta y mi padre a su lado. Ed tomó asiento al lado de mi padre mientras que mi madre lo hizo enfrente de ellos, me senté junto a ella.

- No sabía que mi madre tuviera testamento – dijo mi padre. Max lo miró.

- Lo tiene desde hace dos años, lo renovaba cada seis meses.

- ¿Por qué tanta continuidad? – Preguntó Eduardo, mi tío se encogió.

- Ni idea, pero no cambiaba mucho.

Max deslizó unos papeles fuera de un sobre amarillo, y comenzó a leerlos en voz alta, su voz siempre ha sido profunda, por lo cual hacía eco en las paredes de la biblioteca. La mayoría de lo que decía eran palabras legales que no entendía, hasta que mi padre habló de nuevo.

- ¿Puedes saltarte toda la parte legal y llegar al punto? No necesitamos esto, Max, nosotros no.

Mi tío asintió y metió casi todos los papeles al sobre de nuevo, se quedó con una hoja en las manos nada más. Luego leyó las palabras textuales de mi abuela.

- Si Max está leyendo esto es porque he pasado a una mejor existencia... O al menos eso dicen. Me alegra haberme reunido con él, así puedo decir adiós de una manera que no sea tan dramática – me reí por lo bajo y Ed me fusiló con la mirada – primero que nada, debo decirles que me gustaría ser cremada. Quemem mis restos y espárzanlos en la casa de mi esposo, en Italia. Segundo, no quiero que me recuerden por como morí, sino por como viví. Román, hijo querido, confío en que sabrás manejar las propiedades mías y de tu padre incluso mejor que yo; haz lo que quieras con las casas que tenemos, pero no vendas la propiedad de Italia, me encantaría que mis nietos siguieran pasando sus veranos allá.

» Estimada Madeleine, sé que nunca nos llevamos bien, pero también sé lo mucho que te gustaban las joyas que Valentino me regaló, están en el cofre de la peinadora de mi habitación, son tuyas.

» Eliot, tu abuelo y yo teníamos tanta fe ti, y dejamos un fideicomiso a tu nombre, es todo el fondo que está en mi cuenta de ahorros, úsalos para tu carrera o para diversión, confiamos en tu juicio. A mi pequeño Eduardo le dejó las armas de mi esposo, Max te las dará cuando se las pidas, sé que siempre te gustaron y yo no supe qué hacer cuando él murió, así que las guardé para ti, hay dos sobres adjuntos a esta carta, uno es para ti Ed, el otro para tu hermana. Alex, mi niña, lamento mucho haberte dejado sola, sobre todo sabiendo nuestra que relación era increíble, toma la carta que dejé para ti y léela detenidamente, todo lo que hay en mi cuarto es tuyo, cuidado con las apariencias, siempre resultan engañar, pequeña y... Y mi último deseo es que vayas a un campamento este verano, es en una localidad muy cercana a los bosques y a cuatro horas de la ciudad, te hará bien ir. Tienes que ir.

» Con esto, mi amada familia, no tengo más que agradecerles por todo lo que me han apoyado y querido a lo largo de los años. Son las mejores personas que una vieja como yo pudo desear, con todo el amor del mundo,

Melinda Brandt.

A ese punto no sabía cómo me encontraba, quiero decir, aparte de con los ojos como platos y la quijada en la mesa, mi padre estaba serio y con una mano distraída en la barbilla, mi madre y mi hermano con la misma postura que cuando se sentaron.

- ¿Eso es todo? – dijo Ed. Todos voltearon a verlo, él se encogió de hombros – nunca me habían leído un testamento antes, lo siento.

- Llamaré a la funeraria – dijo mi madre y salió de la biblioteca casi trotando.

- ¿Acaso fui la única que escuchó que me enviarían a un campamento? – Esa fui yo, mi voz ahogada.

- Eduardo, Alessandra, aquí están sus cartas – Max sacó dos sobres, uno blanco y uno negro y los tendió para nosotros, cuando Ed tomó el suyo, vi que el mío era idéntico al que me había dado Diana la noche anterior.

- ¿De dónde has sacado eso? – Max se tensó, pero solo un poco, las líneas de su cara y su postura, muy poco notable si no lo conocías.

- Tu abuela me las mandó junto con el testamento.

- ¿El testamento que me enviará a un campamento a quién sabe dónde?

- Alessandra, deja el tema del campamento, es la última voluntad de tu abuela y la cumplirás – ese había sido mi padre, haciendo el papel de hijo prodigio como siempre. Claro, él no tendría que pasar no-sé-cuanto-tiempo en quien-sabe-donde.

Siempre odié los campamentos, odiaba los bichos, pero mi profundo desamor con ellos se debía a que nunca había ido a uno de verdad. Estaba un poco sorprendida con el testamento de mi abuela, no sabía que ella tuviese propiedades a parte de la casa del abuelo, o que las joyas que usaba sólo en ocasiones especiales le gustaban a mi madre. Lo de las “propiedades” tenía coherencia, ella se mudaba un montón con el abuelo y, después de todo, ella solo sabía hablar inglés y español. Era por eso que mi madre siempre me regañaba en francés, para que ella no entendiera.

La verdad, no recordaba mucho del funeral de mi abuela, empezó a llegar gente de todos lados y hubo un punto donde me perdí en mi propia casa. No sentí nada, no lloré. Fue casi como si no hubiese estado allí, las personas se acercaban a mí y me daban sus condolencias, yo asentía con la cabeza, con el rostro sin alguna emoción. Hubo mucha gente que nunca llegué a conocer, pero me ofrecían su ayuda y apoyo.

No fue hasta que vi a Elisa llegar que reaccioné; llegó con su madre, ambas vestidas con un vestido negro y colas altas. Era increíble lo mucho que se parecían, su madre era unos diez centímetros más alta que ella, pero con los tacones de ocho pulgadas no se notaba la diferencia. Era rubia, pero con los ojos café a diferencia de los azules de su hija, parecían unas supermodelos de luto.

- Alex – susurró al verme – lo siento tanto.

Y eso fue todo lo que necesité, me lancé a sus brazos y lloré. Quiero decir, lloré de verdad, no el llanto feo que usan en las películas para que no se corra el maquillaje; era esa clase de llanto que no quieres que nadie vea y que te destroza la cara, que es demasiado ruidoso y te hace doler la garganta. Mis padres dejaron que Lisa me llevara a mi cuarto, Eliot ya había llegado y me llevó cargada como a un bebé. No sabía cuánto tiempo pasamos así, pero fue mucho. El suficiente como para que la gente se fuera, el suficiente para que Elisa dijera que se quedaba a dormir. El suficiente para que Marco llegara y se fuera porque yo no quería ver a nadie. Eduardo y Elisa se quedaron conmigo hasta pasada la medianoche que fue cuando dejé de llorar.

- ¿Estás mejor? – Ed estaba de pie, apoyado en mi escritorio, ya llevaba su ropa de dormir.

- Es... Eso-creo – mi voz sonaba tan entrecortada que tuve que intentar dos veces.

- Gracias a Dios ¿Qué fue todo eso? – Lisa lo amenazó con la mirada.

- Yo... Yo no... Había caído en cuenta – mi voz recuperaba su tono normal, bien – fue todo tan... Extraño.

- Los funerales siempre son extraños.

- ¿Qué quieres decir con que todo fue extraño? – Esa fue Elisa, percibiendo la tensión en mi voz. Demonios.

- Anoche... Tuve un sueño que no pareció ser un sueño – los miré a los dos buscando comprensión, pero tenían esa expresión de no-sé-de-qué-me-hablas en sus caras.

Tomé una respiración profunda y les conté todo. Sí, todo, todito y hasta un poco más. Les conté de los sueños extraños, las visitas a Masie, sobre Masie, sobre “la verdad” que me había dicho mi abuela la noche anterior, sobre Cole, sobre la voz que me acosaba, sobre la proyección astral, sobre las mentiras que había dicho para dormir un poco más; incluso les comenté de cuando los vi hablando sobre mí en la sala de la casa. Para cuando terminé ya el alba se asomaba por mi balcón, no había dejado de mirar las caras atónitas de mi hermano y mi mejor amiga, quienes no hablaron durante todo el relato.

- Digan algo, por favor – estaba retorciendo las sábanas debajo de mí hasta volverlas un nudo.

- Esta definitivamente no es la noche de pijamas que esperaba – dijo Elisa mientras se levantaba – quiero decir, me alegra que no tengas distimia ni nada de eso, pero no esperaba que me dijeras que eres una bruja.

- ¿Qué hay en la carta? – Dijo Ed mientras contemplaba el sobre blanco sobre mi escritorio – Quiero decir, en la mía no dirá nada como esto... ¿Verdad? – la incertidumbre y el miedo se colaba en su voz.

- No lo sé, Ed, y realmente no quiero saber que dice allí; ya estoy lo suficientemente asustada como para seguir recibiendo este tipo de sorpresas.

- ¿Qué puede ser peor que ver a tu ángel de la muerte, una niña vampiro, el fantasma de tu abuela, aparecer y desaparecer de una casa infestada con vampiros y una voz que te persiga? Mientras más rápido la leas, más pronto saldrás de eso – dijo Lisa acercándose a mí y tomándome de la mano – estamos contigo, Alex, no dejaremos que nada te pase.

- Y siempre estaremos, hermanita – Ed se había acercado a nosotras con el sobre en sus manos.

- Léela tú – suspiré – y que sea rápido.

Ed sonrió y abrió el sobre, Lisa y yo nos pegamos al respaldo de la cama aun tomadas de la mano.

- Querida, Alex – comenzó mi hermano a la vez que se sentaba cerca de nosotras en la cama – Diana escribió esto para mí apenas vino a buscarme. Yo sabía que no duraría mucho después que Cassious llegara, él siempre fue tan impaciente – Ed se detuvo - ¿Quién es Diana? ¿Quién es Cassious?

- Diana es mi ángel de la muerte – contesté en un susurro – Cassious es el amigo de la hermana de la abuela, Jessica, y supongo que el tío de Masie también.

- Sigue – Elisa dijo.

- Quería dar con tu paradero y yo simplemente me negué, cuando intenté escapar se molestó tanto que acabó conmigo, pero al menos nunca supo que tú eres la heredera y por lo último que le di a entender, cree que es uno de los hombres de

la familia – Ed tragó ruidosamente – eso lo distraerá un rato. Sé que has de tener muchas dudas de nuestra pequeña reunión, pero te prometo que en el campamento alguien te las aclarará, yo me encargué de registrarte ya. Son dos semanas que pasarás como recreadora de un grupo de niñas y a la vez dos semanas en las que te instruirás en la brujería con alguien muy querido por mí. Por cierto, mientras menos te quites el collar, menos magia experimentarás, pero también será poco lo que recuerdes, te recomiendo no te lo quites hasta que estés en el campamento, Cassious estará cerca hasta que dé contigo. Cuídate mucho mi niña, besos, tu abuela.

- Ahora ¿Cómo llegó esto a manos de tu tío Max? – Preguntó mi amiga.

- Es una buena pregunta – dijo Ed y volteó a mirarme, yo me encogí de hombros.

- Le preguntaría si no fueran las seis de la mañana – contesté.

- Hay algo que no cuadra aquí – dijo Elisa mientras veía la carta.

- ¿Serán las muchas horas sin dormir? – Dijo Eduardo mientras bostezaba.

- El crimen nunca descansa – fue la respuesta de Lisa.

- Esto no es un crimen – bostecé – y estoy de acuerdo con Ed, ya es mucho del drama emocional por hoy, deberíamos dormir.

- Alex – mi amiga se acercó a mí de nuevo – te acaban de decir que eres una bruja, una poderosa bruja que estuvo unida a un pacto de sangre aun antes de nacer, tu abuela fue asesinada por vampiros y tu tío te entregó una carta escrita por un ángel de la muerte. ¿¡Realmente crees que puedo dormir después de que me contaras esto!? Quiero decir, ¡Eres mi mejor amiga y todo esto te está pasando a ti, pero ni siquiera yo quiero dormir!

- Buenas noches, chicas – Ed me besó en la frente y se despidió de Elisa con la mano, prácticamente se arrastró fuera cuarto.

- El drama paranormal no se irá a ningún lado, Lis, estará donde lo dejé por la mañana.

- Prométeme que haremos algo sobre esto más tarde.

- Lo prometo, Lis – apagué la luz y me metí en la cama.

- Y prométeme que no me ocultarás nada más, nunca más.

- Lo prometo, Lis, en serio lo hago.

Con eso y uno que otro rayo de sol, nos quedamos dormidas como las mejores amigas que siempre seríamos.

Capítulo 15, Una semana Eterna.

Nunca pensé que lo que se ocultaba debajo de mi cama me iba a dar miedo, que al inclinarme sobre el lavamanos y luego al ver mi rostro en el espejo esperaba ver otra cosa reflejada, algo que me asustara. Cuando era niña nadie me leía cuentos para irme a dormir, mi madre no creía en ellos – por más que su vida pareciera un cuento de hadas – y mi padre pensaba que con un beso en la frente y un “buenas noches” un niño dormiría tranquilo, pero mi abuela hacía algo parecido.

Cada noche, mientras vivimos con ella o ella con nosotros, subía a mi cuarto y me contaba una historia distinta, sobre criaturas fantásticas y terroríficas. Mientras que a mis amigas les decían que no había nada debajo de la cama, a mí me explicaban que era lo que se ocultaba ahí, mientras les decían que los seres paranormales no existían, a mí me los describían y me decían como actuaban. Así me crió mi abuela, creyendo en un mundo que realmente no pensaba era real hasta hacía un par de semanas.

Después de su funeral, falté una semana a la secundaria, tuve una crisis y me dieron permiso; lo que me pasó – según lo que creía – era algo así como cuando te lastimas y no lloras o gritas hasta que ves la sangre, allí es cuando todo empeora. Cuando empezaron a sacar las cosas de mi abuela del sótano – las que dije que podían sacar, como la ropa – me abalancé hacia ellos y grité, fuerte, claro y medio salvaje. Y así fue como pasé mi semana, entre lágrimas, sollozos y recuerdos, sin comer mucho y hablando solo con mis hermanos y Elisa – por más que mis padres hayan insistido en un terapeuta.

Mi padre no había estado mejor que yo hasta que el tío Max lo convenció de poner en marcha el testamento o trabajar, justo por eso andaba revisando las propiedades y esparciendo las cenizas de mi abuela en la casa de Italia, lo cual me dejaba con Eliot y Eduardo en casa. Uno pensaría que si tu familia acaba de pasar por una situación así no se separaría, sin embargo, yo entendía porque mi padre tomó esa decisión: Necesitaba tener la mente ocupada. Es lo que hacía Eduardo con el fútbol y la nueva rutina de ejercicios, es lo que hacía que Eliot congelara su carrera y se devorara todos los libros de la biblioteca y lo que mi mamá hacía

viajando con papá. Si yo hubiese sabido cómo hacerlo, lo hubiese hecho, sanar poco a poco, distraerme para dejar de sentir ese vacío que parecía querer comerse mi corazón.

Lastimosamente, no sabía cómo.

Como si eso fuera poco, esa semana me había quitado el collar que me mantenía “segura”, todas las noches me lo quitaba para dormir y recordaba pedazos de mi vida que habría asegurado no estaban allí antes. Al principio pensé que eran sueños, pero no. No eran sueños, sino recuerdos que la magia me hizo olvidar.

Me vi cuando tenía unos cuatros años, jugando en un sube y baja en el jardín de la casa de mi abuela, sólo que yo estaba a ambos lados del juego. Me vi cuando tenía unos ocho años en una juguetería, intentando agarrar una muñeca de la parte más alta del estante y luego, con un impulso de mi mente, parecía como si manos invisibles entregaran la muñeca a las mías. Me vi sentaba en el suelo de una habitación que no conocía, con no más de tres años, jugando con unos tacos mientras escuchaba a mi abuela hablar con un señor que no reconocí.

- La he visto, Michael, rompe fácilmente el hechizo, necesitamos reforzar el collar y agregar un conjuro para que olvide toda la magia.

- Intentaré hacer algo, Melinda, pero recuerda que su magia crece con el paso de los años y si apenas tiene tres y hace lo que me dices, cuando cumpla diez tendrás que pedir ayuda a más brujos.

Me vi a los trece en el cuarto de mi abuela, en el sótano de mi casa, vi el baúl de madera al final de la cama y pregunté:

- ¿Qué es eso? – Pasando mis manos por encima del roble fuerte, sintiendo electricidad en la punta de mis dedos.

- Eso, mi pequeña, es un secreto – dijo mientras me separaba de el y me sentaba en la cama.

Me vi haciendo uso – inconsciente – de mis... Habilidades, un poco de la que conocía: la proyección astral, y un poco de lo que suponía era telequinesis. Elisa me había discutido el término “habilidades” insistiendo en que eran “poderes”, yo terminé diciéndole que no era ningún superhéroe para tener poderes, que solo eran habilidades o talentos, tal cual como tocar el piano, bailar o

hablar diferentes idiomas. Aunque ni yo me había creído esa última parte.

Cuando bajé al sótano y vi todo empacado, sin la cama o el clóset, sin esa esencia particular que sentías cuando entrabas, me entristecí más de lo que quise, estaba a punto de abrir el baúl “de los secretos” cuando mi teléfono sonó. Salté y contesté.

- ¿Diga?

- *Hey, Alex* – era Elisa - *¿Cómo te encuentras?*

- Bien, ya el lunes iré a clases.

- *¡Oh, genial! Hoy terminamos con el análisis parcial de Romeo y Julieta, tú podrás hacer el final.*

- *¿Con la ayuda de mi súper mejor amiga, verdad?* – No pude evitar que el entusiasmo se colara en mi voz.

- *¡Por supuesto! Por cierto, encontré unos libros – bajó la voz – de la materia oscura, iré a tu casa más tarde y los ojearemos.*

- Ok Lis, te veo luego.

- Chao, Alex.

Materia oscura era el nombre que Lisa le había dado a la magia, ella se encontraba mucho más emocionada que yo, yo estaba asustada hasta el tuétano. Volví a tocar el baúl y sentí un poco electricidad, di un paso atrás y lo intenté de nuevo, pasó lo mismo y yo estaba asustada. Decidí que lo abriría con Ed y Lisa como refuerzos. No por cobardía, si no por si era necesario.

Fui a la cocina por una merienda, el clima estaba lo suficientemente fresco como para andar en jeans, camiseta y zapatos deportivos sin sudar, justo como yo andaba. Al entrar, vi a Gretel guardando unas cosas en la alacena con su usual uniforme.

- Buenas tardes, Señorita Alessandra.

- Buenas tardes, Gretel – sonreí - *¿Habrás una rica merienda para mí por aquí?*

- Acabo de guardar unas galletas que trajo el joven Eliot, están en el estante de arriba.

La cocina de mi casa era amplia y al estilo italiano, con cerámica blanca y los mesones en granito negro, esos eran los colores que más predominaban.

- La ha llamado otra vez este chico, Señorita Alessandra.

- ¿Lucas? – aunque en el momento en que lo dije me arrepentí, no había visto a Lucas desde el funeral de mi abuela, donde me dio el pésame.

- No, el joven Lucas no – se acercó al teléfono de la cocina y reviso la libreta pequeña que había para tomar notas – Un chico llamado Marco.

Ah, Marco. No sabía cómo Gretel no se había aprendido su nombre, pues me había llamado todos los días desde la última vez que nos habíamos visto. Había venido a la casa mientras yo estaba neurótica y no había permitido que me viera, así que dejó de venir y empezó a llamar. Aunque no sabía exactamente de donde había sacado el número de teléfono de mi casa. Apenas podía recordar sus hermosos ojos verdes, su cabello rubio dorado deslizándose por su cara. Sacudí la cabeza y me comí la galleta antes que empezara a babear.

Elisa no tardó en llegar, traía tantos libros que no supimos por dónde empezar, le comenté mi idea sobre el baúl y quiso bajar de inmediato, pero la convencí para esperar a Ed, que aún estaba en la práctica de fútbol. No tenía idea de donde había sacado tantos libros sobre el tema o si debíamos creer en ellos. Estábamos intentando ver por donde comenzar cuando vimos como las luces de un carro atravesaban el jardín. Me paré antes de que pudiera notarlo.

- ¿Tus padres? – Preguntó Elisa.

- No, llegan mañana por la noche.

- ¿Tus hermanos?

- Eduardo llegó hace unos minutos de la práctica y se está bañando, Eliot no ha salido de la biblioteca en un buen rato.

- Parece que tienes todo controlado por aquí.

No dije nada, solo la miré fijamente. Desde que había leído la carta de mi

abuela estaba un poco paranoica con mi familia, especialmente con los chicos. Cuando golpearon la puerta Elisa saltó, yo volteé a tiempo para ver a Gretel abrirla.

- Señorita Alessandra, el joven Marco está esperándola en sala.

- ¿Quién? – Preguntó mi amiga.

- Gracias, Gretel, ya bajo – dije al momento que ella salía y yo iba a la peinadora.

- ¿Quién es Marco? – Se acercó a mí mientras me retocaba el maquillaje.

- El viernes que discutimos, Luis no me esperó porque se suponía que iba a dormir en tu casa, así que decidí venirme caminando.

- ¿De la escuela a tu casa? Alex, vives del otro lado de la ciudad, sin carro es casi imposible llegar aquí.

- Déjame terminar, Lisa. Iba por la biblioteca municipal cuando este chico salió de no sé dónde – hablaba y me arreglaba el cabello – y empezó a conversar conmigo, luego, muy amablemente se ofreció a traerme.

- Y aceptaste – eso no era una pregunta, pero aun así contesté.

- Si – me miré en el espejo de la peinadora y quedé satisfecha.

- Pero supongo, que no es por eso por lo cual estás nerviosa ¿O sí? – Mi amiga conocía demasiado bien mis gestos como para que no lo notara.

- No – salimos del cuarto – el sábado en la noche vino a buscarme para salir, íbamos entrando a la ciudad cuando recibió una llamada y se tuvo que ir – suspiré – cuando me acompañó al umbral de mi casa, lo besé.

Para ese momento podía ver el carro negro de Marco por la ventana y crucé para ir a la sala, mi amiga se había quedado congelada en alguna parte del camino.

Cuando entré a la sala me encontré a Marco sonriendo con esos hoyuelos que me fascinaban. Una vez había escuchado que los hoyuelos cercanos a la boca eran por besos de un ángel antes de que el bebé naciera, lo comprendí cuando vi la cara de Marco y como estos la complementaban.

Llevaba unos jeans desgastados, una franela amarilla de cuello redondo y zapatos deportivos; algo en mi interior me decía que ese no era su estilo. Para ser sinceros, ver a Marco no me causó el mismo efecto que la primera vez, o la segunda, quizás era que estaba tan nerviosa que ignoraba su espléndida belleza, la cercanía de su cuerpo, eso de seguro se debía al beso... ¿Verdad? Quiero decir, ¿Qué clase de chica se arroja a los brazos de un chico la segunda vez que lo ve? ¡Yo ni siquiera besaba en la primera cita! Demonios, yo no besaba hasta tener una relación.

Pero lo había hecho, la prueba viviente la tenía justo en frente. La “víctima” de mi ataque comenzó a caminar hacia mí.

- Hola – dijo con esa voz tan suave y casi táctil, sonrió al ver que medio temblé.

- Hola, Marco – dije con un suspiro tembloroso.

- Wow – dijo Elisa desde la puerta, no fue hasta ese momento en que la vi que noté que llevaba un suéter negro inmenso, unos pantalones rotos en las rodillas y su cabello recogido en un extraño moño alto, dejando ver las dos mechas negras de la parte posterior de su cabeza sobre su rubio cabello, sus ojos azules enmarcados con lápiz negro. Me acerqué a ella.

- Marco, esta es Elisa, mi mejor amiga – caminó hacia nosotras con la mano extendida.

- ¿Con la que peleaste? – Los dos me miraron buscando una explicación, él esperando la respuesta y ella preguntándome si le había contado eso. Que incómodo.

- Si, ella – sonreí para suavizar la situación, ellos estrecharon manos.

- Mucho gusto – dijo mi amiga.

- Un placer – respondió Marco educadamente, después de un momento de silencio perturbador, se me ocurrió una idea.

- ¿Por qué no vamos a la cocina por algo de beber?

Elisa comenzó a caminar, sabía el camino. Yo me adelanté a Marco y seguí a mi amiga por el pasillo, me volteeé para chequear a Marco y él estaba mirando las

fotografías y los cuadros en las paredes, parecía querer memorizar cada rincón, cada detalle.

- Hey, tú – sonreí cuando me miró – me tienes que seguir.

Salió de su ensoñación y me dio una de esas sonrisas que solo los actores de cine tienen – Siempre.

Lisa y yo bebimos un refresco, Marco no pidió más que agua, conseguí relajarme un poco hasta que Elisa dijo:

- Oh cierto, tengo que recoger unas cosas en tu habitación, Alex, mi mamá debe estar por llamar.

- Dile que te quedarás – mi mirada era suplicante, decía *“no me dejes sola con él”*.

- La llamaré entonces – me picó un ojo y salió, Marco estaba sentado en frente de mí en la isleta de la cocina. Yo no sabía qué hacer o que decir, ¿Qué se supone que le dices a alguien que conoces desde hace poco, pero con el cual ya te besaste?

- Lamento mucho lo de tu abuela – extendió una mano por la isleta y le dio un suave apretón a la mía, veía dolor en su mirada – Intenté verte esa semana, pero no me permitieron pasar más allá de la puerta.

- No me encontraba bien – bajé la mirada – fue realmente duro, ella y yo éramos muy unidas.

Sentí como me apretaba la mano y tuve que mirarlo de nuevo, de sus labios colgaba una sonrisa suave, una sonrisa triste, y en sus ojos había entendimiento, recordé sus padres muertos y casi pregunté a quien más había perdido. Casi.

- Alex, lamento mucho lo que pasó hace una semana.

- ¿Hablas del beso? – Me sentía confundida.

- Si – apartó la mirada – lamento mucho haberme dejado llevar de esa manera.

- Marco, yo te besé – más que sorprendida me sentía insultada.

- Nunca se ven los errores de una dama, sino las fallas de un caballero – dijo pareciendo citar una vieja frase, seguía mirando lejos y no podía leer su expresión.

- ¿Estás diciendo que el beso fue un error? – eso fue un susurro, no sabía cómo entendió lo que dije, pero respondió:

- ¡Oh, no! Dios sabe que no había querido tanto algo desde hace mucho – volteó a verme, de repente muy serio – pero, Alex, apenas nos conocemos, nos hemos visto un par de veces y me caes demasiado bien para estropearlo todo tan pronto. Eres una chica extraordinaria y eso es sólo lo poco que he visto, no puedo esperar a ver más. Quiero que todo salga bien entre nosotros, bien sea una amistad y si se puede algo más. Quiero comportarme bien, a la antigua, como me enseñaron mis padres – sonrió con la comisura de los labios, haciendo que los hoyuelos se intensificaran, yo me sentí derretir en la silla – y eso no implica besos sin noviazgo.

Me quedé mirando su cara divina y no supe que decir, medio pensando en que eso era lo que yo había opinado hacia un momento, medio queriendo besarlo de nuevo por poner en palabras tan hermosas y sinceras lo que quería de mí, por hacerme sentir como una dama cuando me sentía como una cualquiera, miré sus ojos y supe que esperaba una respuesta.

- Gracias – fue todo lo que salió de mis labios, no sabía muy bien porque agradecía, pero parecía lo correcto.

Él sonrió. Yo sonreí. Me tomó la otra mano y no me quedó remedio sino perderme en esos ojos de esmeralda, en esa piel de porcelana y en esos rizos de oro que completaban el marco perfecto de su cara. Nuestras miradas estaban conectadas y no supe cuánto tiempo pasó, sólo sabía que el mundo había dejado de parecer real a mí alrededor, era como si cayera por esos ojos salvajes...

- ¿Alex? – Parpadeé un par de veces, regresando a la realidad y me encontré a Ed en el marco de la puerta de la cocina, llevaba un mono azul oscuro que usaba como pijamas y nada más.

- ¡Oh, vamos! ¡Cúbrete! Tenemos visitas – miró a Marco con desdén y regresó a mí.

- Necesito que me ayudes con una crema, en una parte de la espalda a la cual no llego. Además – añadió – estamos en días escolares, no recibimos visitas en estos días, a mis padres no les gusta.

- Mis padres no están.

- Pero yo si – me hizo una mueca al decirlo.

- Está bien, Alex – me volteé para ver a Marco levantarse, aun sin soltarme la mano –comprendo lo que dice y sé que se hace tarde.

- Exacto – dijo mi hermano, recordándonos su presencia.

- En ese caso, te acompaño a la puerta – tiré un poco de él hacia la salida.

- Él sabe dónde queda – de repente fui muy consciente que mi hermano era como una pared de músculos. Una pared de músculos obstruyendo la puerta.

- Dije – empujé un poco a mi hermano para que nos dejara pasar – que lo acompañaré a la salida.

Terminé la frase cuando estábamos los dos afuera y Ed quedó de espaldas, caminé hacia la puerta sin mirar atrás, sabía que mi hermano no me seguiría, no se ganaría un problema tan fácil. Además, llevaba a Marco de la mano y en ningún momento me había soltado, bien por nosotros. Al abrir la puerta me disculpé con él.

- Lamento que quedes entre estas peleas de hermanos.

- Tranquila – sonrió – sé lo que es.

- Pensé que eras hijo único – fruncí el ceño.

- Tengo muchos primos – respondió demasiado rápido.

- Oh – fue lo único que dije, nos quedamos unos minutos allí, tomados de la mano con la promesa de un adiós colgando en los labios.

- Será mejor que me vaya – dijo en un susurro, se inclinó un poco y me dio un beso en la mejilla, un suave beso como el aleteo de las mariposas.

- Adiós, Marco – le dije con los ojos cerrados y lo sentí trotar los escalones.

- Chao, Alex – dijo desde abajo, abrí los ojos y luego sonrió – paso por ti el sábado a las siete, te llevaré a ver la película que no vimos la semana pasada.

Le sonreí desde la puerta y le vi marchar, el sábado lo volvería a ver. Demonios, apenas era jueves. Sacudí la cabeza y me encaminé a las escaleras, de seguro Elisa estaba desesperada en mi cuarto esperando detalles. Justo cuando empecé a subir, Ed me interceptó.

- No me agrada ese chico, extraña.

- No te agrada ningún chico que se me acerque, Eduardo.

- Eso no es verdad – frunció el ceño – me agradaba Lucas.

- Siempre te metías con Lucas, decías que era afeminado – rodé los ojos.

- Es que lo era, hermanita.

- Lo que sea, Ed – subí dos escalones más y agregué – Marco es un caballero, parece un buen chico de verdad.

- No todo lo que brilla es oro, extraña.

- Y no todo es blanco o negro, precioso.

Subí las escaleras sin esperar una respuesta. Ya había tenido esta conversación con él y con Eliot, ya que los dos eran unos hermanos demasiado protectores para mi gusto cuando un chico se acercaba a mí. Al entrar a mi cuarto vi a mi amiga tirada en mi cama, leyendo un libro negro con letras doradas que deletreaban “BRUJERÍA”, eso me hizo pensar en Diana y los estereotipos, en como siempre las personas se van predisuestas y en la carta que mi hermano no me había mostrado. Aún.

- ¿Se ha ido el bombón?

- Oh si, Eduardo lo espantó.

- No – dijo mi amiga, aunque no sonaba nada sorprendida.

- La misma historia de siempre.

- Bueno, al menos Marco – movió las cejas para mí – puede darle pelea a tu hermanito.

- No creo que Marco sea del tipo peleón – me senté con ella en la cama.

- Siempre te pueden sorprender, Alex – cerró el libro y saltó fuera de la cama
– Ahora que has terminado, vamos.

- ¿A dónde?

- A mirar el baúl, tontita – me tomó de la mano y me arrastró fuera de mi cuarto – si Ed está lo suficientemente bien como para correr a uno de tus chicos, está bien para acompañarnos al sótano.

- Pero, Lisa... - intenté quejarme.

- Sin peros, Alessandra, vamos a ver que hay ahí quieras o no.

En ese momento me di cuenta que sin Elisa presionando jamás exploraría ese lado de la magia con el que había nacido. De repente, sentía que había un gran monstruo debajo de la cama listo para atacar en cualquier momento y yo sería quien se asomara, a quien atacara. Mi abuela me había enseñado como combatir esos seres y en un momento pensé que sería capaz de hacerlo, sólo que cuando pensé eso no sabía que eran reales.

Y si el espectro es real, eso significa que realmente te puede comer.

Capítulo 16, Sabiduría escondida.

- Ed, Ed, Ed – estaba tocando a fuera del cuarto de mi hermano mientras gritaba su nombre, usualmente habría entrado, pero Elisa estaba junto a mí y temía lo que mi hermano estuviese haciendo.

- ¡Si no golpearas la puerta tan fuerte me habrías escuchado decir que ya iba! – lo dijo mientras abría la puerta de par en par, mostrando todo el desastre que era su cuarto.

- Lo siento – pero sonreía mientras lo dije. Él soltó un suspiro, cansado.

- ¿Qué quieres, extraña? – miró por encima de mí – Oh, hola Els.

- Ho... Hola, Ed.

Tuve que voltear para ver a mi amiga pues su voz había sonado demasiado ahogada; me encontré con que Elisa estaba casi pegada a la otra pared del pasillo, retorciendo su suéter dos tallas más grandes en sus manos, con la tez sonrojada. Me giré de nuevo para ver a mi hermano, seguía sin camisa, con los brazos cruzados sobre sus abdominales, pero enmarcando sus pectorales, como si eso fuera poco, le estaba dando *su* sonrisa.

Esa sonrisa pícara y angelical – yo no sabía cómo demonios podía combinar eso – que funcionaba con todas las chicas a las que se le la daba, esa sonrisa que hacía que las porristas hicieran lo que fuera por recibirla, esa sonrisa que decía soy-lindo-sexy-y-sé-que-me-estás-mirando. Había visto la sonrisa, pero jamás había sido dirigida a una de mis amigas. Jamás.

- Vamos – lo empujé dentro, tomándolo por sorpresa – ¿Acaso no te dije que te cubrieras? – le pegué con fuerza en uno de sus brazos, él no se inmutó.

- Aun no me aplicas la crema – sonrió, sencillo, satisfecho consigo mismo, el hermano que siempre había sido hermoso conmigo, no el seductor que no quería reconocer que era.

- ¿Dónde está? – le gruñí – ¡Lisa entra!

Mi amiga seguía en el pasillo, como una estatua rubia a la espera del consuelo del aire; al gritarle salió de su ensoñación y entró al chiquero de Ed. Le dije que si consideraba seguro sentarse, lo hiciera; empezó a quitar la basura de una silla cercana al escritorio. Mi hermano seguía buscando en su mesita, arrojando cosas al piso y oliendo otras. Que desagradable. De repente giró sobre sus talones con un pequeño tubo metálico entre los dedos.

- La tengo – caminó hacia la cama y se acostó con el pecho pegado al colchón, estiró la mano y me tendió la crema. Me senté a su lado en la cama, era lo único limpio en toda la habitación.

- ¿Dónde? – Me respondió con la cabeza entre las almohadas.

- En el centro de la espalda, sobre todo entre los omóplatos. Trata que quede esparcida por toda esa área hasta que la piel la absorba, si usas un poco de fuerza mientras la aplicas sería maravilloso.

La crema era transparente y fría al tacto, hice lo que me dijo tal cual como lo dijo. Volteé para ver a Elisa, pero ella estaba inmersa en un libro que había sacado de no-sabía-donde porque mi hermano no leía. O al menos eso pensaba.

- Listo, precioso – le di un toquecito en la espalda, él levantó su cabeza y su cabello le caía en los ojos, pronto lo cortarían.

- Gracias, extraña – se paró y sacó una camiseta gris de debajo de la cama – Ahora – dijo mientras de la ponía – ¿Qué es lo que quieres?

- ¿Por qué insinúas que quiero algo? – Él sonrió.

- Hermanita, hermanita – se acercó a mí – hace diez minutos o menos estábamos discutiendo a tal punto que me dejaste hablando solo, nunca vienes a mi cuarto a menos que te diga y jamás – señaló a Elisa – traes visitas.

- Bajaremos a ver el baúl que me dejó Melinda, necesito apoyo moral – señalé a mi amiga – y apoyo muscular – lo señalé a él. Sonrió.

- Ahora nos entendemos, pequeña – me despelucó y se acercó a la puerta – vamos.

No se preocupó en un buscar unos zapatos, toqué el brazo de Elisa y ella saltó. Dejó el libro en el escritorio y salió sin decir nada, miré la portada y me sorprendí al ver que era *La Odisea* ¡Eso no podía ser de Ed! Corrí para alcanzarlos cuando estaban empezando a bajar las escaleras, discutían del libro.

- ¿Ya llegaste a la parte en la que Euriclea reconoce a Odiseo?

- ¡No!

- Lo siento – los dos rieron. Me sentí raramente excluida.

- ¿Dónde está Eliot? – Pregunté al llegar a la biblioteca, que tenía las luces apagadas y se veía más tétrica de lo normal.

- Subió a su cuarto mientras estabas ocupada con el chico que te gusta, él pobre necesita un descanso de los libros.

- Marco no me gusta.

- Ok, con el chico que “no-te-gusta” – hizo las comillas con los dedos.

Lo miré medio rabiosa, pero asentí, me dirigí a la puerta que nos separaba de las escaleras y la abrí. El pasillo escalonado estaba terriblemente oscuro, aunque sin nadie abajo para encender la luz eso era comprensible.

Mis acompañantes iban mudos a mi espalda, intentando no rodar por las escaleras, al llegar abajo encendí la luz y me volteé para verlos, estaban con los ojos casi desorbitados. En ese instante recordé que mi amiga jamás había estado en esta parte de la casa y mi hermano tampoco desde hacía unos meses que mi abuela le dijo para que le ayudara con unas cajas. El cuarto de paredes blancas ya no tenía esa chispa ni esa sensación al entrar; tampoco tenía la cama ni el ropero, sólo quedaba el estante con libros que eran más viejos que la escritura y el baúl que había dejado para mí.

- Que... Umh... ¿Limpio? – Dijo Elisa mientras veía las paredes con el ceño fruncido. La miré.

- Si, supongo que lo es – caminé más allá del umbral, hacia el baúl.

- ¿Ese es el baúl? – preguntó Ed, señalando el cofre de madera ante el cual estaba parada.

- Si – pasé una mano sobre su superficie lisa y sentí de nuevo el choque eléctrico, un tirón de energía que me hizo retirar la mano. Fruncí el ceño – no entiendo porque siempre me pasa esto.

- ¿Qué? – Preguntó mi amiga mientras daba dos pasos en mi dirección, luego se detuvo.

- Cada vez que medio rozo el baúl me da una descarga o algo parecido.

- Quizás sea por tu sensibilidad a la magia – dijo mi hermano, haciendo que nosotras lo miráramos sorprendidas - ¿Qué? De vez en cuando hago mi tarea.

- ¿Qué yo qué? No entiendo – ignoré el comentario de la tarea, él muy descarado tenía mejores notas que las mías.

- No esperaba que lo hicieras, extraña – sonrió – hace poco leí en algún lado que hay personas que poseen cierto nivel psíquico que les permite sentir cosas que ocurren en el campo metafísico. No siempre saben cómo usarlos o jamás se dan cuenta de que los tienen, pero son capaces de sentir más que los simples mortales – sonrió con esa última frase.

- Esta vez, hermanito, sí que me sorprendes – admití.

Elisa se acercó al baúl, a mi lado, y pasó la mano tal cual había hecho yo. Frunció el ceño, luego apoyó las dos manos sobre la madera, volteó con una mueca en la cara y dijo:

- Nada – golpeó el baúl con la mano derecha en un puño.

- Y eso está... ¿Mal? – dije dudosa.

- ¡Por supuesto que sí! – Me miró – no tengo... Yo no soy... Yo... Lo que dijo Ed.

Apoyó su cabeza en mi hombro, sin doblarse, pues era de mi tamaño. Mi hermano y yo intercambiamos una mirada confundida. Yo creía entender lo que le pasaba a mi amiga, pero no lo diría en voz alta, ella estaba frustrada por no poder compartir nada del nuevo mundo que se abría para mí, ni siquiera algo tan pequeño como ser sensible a la magia.

Mi hermano se acercó a nosotras, viendo como consolar a mi amiga; él no

era el mejor haciendo eso, pero lo intentaba como nadie. Antes de llegar medio tropezó y se apoyó accidentalmente con el baúl, dio un brinco hacia atrás como si le hubiesen dado una descarga eléctrica. Aunque por su cara eso era exactamente lo que había pasado. Encontré miedo en sus ojos, aunque en un parpadeo ya no estaba. Elisa se levantó, tranquila de repente, no era un llanto real.

- ¿Por qué tú no pruebas?

- No gracias, Els – sonrió – hoy soy el musculitos ¿Recuerdas?

Mi amiga asintió.

- Entonces, lo abro yo.

Apoyó las dos manos en la madera y buscó la cerradura, era una aldaba sencilla; a la cual hacia mucho le habían quitado el candado, aunque nadie la abría, pero Elisa lo hizo. Tiró de la tapa del baúl hacia arriba y dejó al descubierto su contenido. Yo había esperado, mínimo, que saliera una luz disparada dejándonos ciegos, que un espectro volara y nos atacara; pero – de nuevo – nada pasó como lo pensé.

Sólo era una caja de madera llena hasta la mitad, los tres asomamos nuestras cabezas para ver mejor. Había unas tres pelucas, – una rubia larga y lisa, una azul que salía en puntas cortas y una negra que debería llegarme a los hombros, de rizos – ropa de distintas épocas, cachivaches que parecían no servir para nada y libros. Muchos libros.

- Eso es... ¿Todo? – Dijo Ed, al parecer no era la única decepcionada.

- A menos de que tenga un compartimiento secreto, si – respondí. Nos acercamos tanto intentando ver que chocamos nuestras cabezas.

- Ouch – se alejó mi amiga, aun sosteniendo la tapa – creo que no todo es lo que parece ser.

Se había empezado a alejar, junto con Eduardo, cuando vi una pequeña nota amarilla pegada a la parte interna de la tapa.

- Espera – todos se congelaron y yo me estiré para retirar la notita.

- ¿Qué es? – Preguntó Elisa.

- Un post-it – levanté una ceja, incrédula.

- ¿Qué dice? – dijo mi hermano ¿Cómo nunca me había dado cuenta de lo bien que se complementaban?

- "Espero sepas encontrarles su uso, su verdadero uso" - dije fingiendo la voz de mi abuela. No me salió bien.

- Eso es extraño - dijo mi amiga frunciendo el ceño, Ed le sonrió.

- Nada respecto a nuestra abuela era normal - el *era* me produjo un escalofrío.

- En ese caso - Elisa abrió el baúl de nuevo - no importará jugar con esto ¿Verdad? - tomó la peluca azul eléctrico de puntas.

- No creo que eso sea...

Empecé a decir, pero fue demasiado tarde, demasiado meditado; Lisa se terminó de poner la peluca y lo próximo que pasó fueron dos cosas: la peluca se tragó el rubio cabello de mi amiga y la ropa que tenía desapareció. Se transformó.

De repente, frente a mí se encontraba una chica envuelta en una camisa de red negra que dejaba ver un horrendo sostén rojo. Los jeans desgastados ya no estaban, solo quedaban unos mini pedazos de tela que pretendían ser shorts. Sus zapatillas de correr ahora eran botas de cuero negro de combate hasta los tobillos, de las cuales colgaban cadenas por los costados, al igual que en las muñecas y del cuello del ser que se paraba frente a mí. Mi amiga, la dulce chica que vivía para sus estudios, la chica que sabía todas las respuestas; había sido reemplazada por una rebelde de los años 70. Mierda.

-... Prudente - terminé de decir.

- ¿Qué demonios pasó? - Preguntó mi hermano, el intento de Elisa estaba parado, viéndonos mientras hacía un ruido insoportable al mascar chicle.

- Yo... No tengo la más mínima idea – me paré al lado de mi hermano, separándome de ella.

- ¿Debemos quitarle la peluca?

- Me da miedo acercarme - me voltee para ver a mi hermano, la sorpresa sobresalía de sus ojos, pero era la verdad. Esa faceta de Elisa me asustaba tanto como un monstruo con colmillos. Excluyendo a Mais, claro.

- ¿Lo hago yo? - Yo le sonreí diciendo *disculpa*. Creía que no había entendido porque me miraba con odio. O quizás entendía muy bien.

Él comenzó a caminar hacia ella, pero antes de dar más de tres pasos mi amiga se abalanzó hacia él. Caminó como ninguna señorita decente lo haría – o al menos como mi mamá me dijo que no lo hiciera - contorneando las caderas y mirándolo de forma lasciva. Colocó ambas manos en su cintura y con un ronroneo le susurró:

- Hola, guapo ¿Quieres dar una vuelta conmigo? – Pegó su cuerpo al de mi hermano y cerró sus manos al final de su espalda, unos centímetros más y estarían sobre sus nalgas.

- Alex - la voz de mi hermano salió entrecortada, intentando no empujar a mi amiga trató de mirarme.

- Dime - de repente me sentía congelada, no podía mover un músculo.

- ¿Qué estás esperando para ayudarme? - Su voz ahora estaba calmada, la voz que tienes cuando intentas no gritar porque todo se irá a la mierda. Salté sobre mis talones y me acerqué a ellos, Elisa apoyó su cabeza sobre el pecho de mi hermano.

- Hermana – la voz de Elisa me congeló, de alguna forma no sonaba como ella - ¿Vienes a divertirte con nosotros?

- ¿Divertirme?

- Con este bombón – se mordió el labio y fue un gesto grotesco, demasiado vulgar para verlo en la cara angelical de mi mejor amiga. Ed miraba por encima de ella, al parecer encontró algo interesante en la pared blanca.

- Eh, claro.

Me acerqué a Ed y lo abracé por la espalda, con mis brazos sobre sus hombros casi podía tocar las puntas azules de la peluca, pero mi hermano era una pared de músculos difícil de escalar. Me puse sobre las puntas de mis pies, como

había hecho tantas veces en mis odiados recitales de ballet, y rocé el suave cabello azul que no parecía peluca; se sintió tal como el baúl: con una energía que no debía estar allí. Me impulsé un poco más y en lo que fue casi un salto tomé un puñado de cabello y tiré de él con fuerza, casi esperando que estuviese adherido a su cabeza. La peluca salió fácilmente, enviándome con mi propio impulso al suelo. Elisa también cayó, con sus jeans desgastados y suéter demasiado grande. Me sentí aliviada.

- ¡Ay! – gritó ella, mi hermano me ayudó a levantarme.

- No puedo creer que hayas hecho eso – dije.

- ¿Hacer qué? – Dijo medio molesta, luego pareció recordar – Oh – sus ojos se agrandaron – Lo siento, Ed.

Antes de que alguien pudiese decir algo más, mi amiga salió corriendo del pequeño cuarto, tan avergonzada que dudaba que se quedara en la casa esa noche. Ed volteó a verme.

- Creo que no debemos usar las cosas de ese baúl hasta que sepamos para que sirven o como controlarlas – dijo.

- Pero si no probamos, no sabremos –contrarresté.

- Discúlpame si quiero evitar situaciones como estas, hermanita, pero me parece que podríamos dejar esto por un tiempo, quizás revisarlo cuando sepamos tus habilidades. Yo digo que mientras eso pasa, subas el baúl a tu cuarto para que ningún curioso se vea afectado ni afecte a otros.

- Le diré a Luis que lo suba – lancé la peluca al baúl y señalé el estante – eso también se irá a mi cuarto, al parecer mi abuela nos dejó más de una caja de sorpresas.

- Me parece bien – Ed comenzó a ir a las escaleras – Por cierto, tener a tu amiga así – hizo señas con las manos, buscando una palabra – tan lasciva, fue raro. Yo juego, pero no esa clase de juegos.

- Dímelo a mí – le di un empujoncito y subí antes que él.

Al llegar a la biblioteca no vi a mi amiga por ninguna parte, Ed se despidió y se fue a su habitación. Yo fui a la cocina y busqué un paquete de galletas de

chocolate – las favoritas de Elisa – y me fui a mi cuarto. Nada como las golosinas para animar a una chica que se siente ridícula y fácil. Todas las luces estaban apagadas, puse las galletas en la mesita de noche y me senté junto a mi amiga en la cama.

- No puedo creer que *eso* haya pasado – dijo con la voz baja.

- Tranquila, Ed lo superará, en dos días ¡Ni siquiera lo recordará!

- No me refería a eso Alex – me miró a los ojos, derrochando emoción – fue genial Alex, sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo al momento en que me puse la peluca. Lo siguiente que supe era que mi cuerpo se movía con o sin mi permiso, y de un momento a otro ¡Estaba en los brazos del chico más hermoso de toda la escuela! Nada pudo haber sido tan genial como eso.

- No puedo creer que te gustara eso, Liss.

Las dos reímos y nos acostamos a dormir. Ni siquiera me acordé de las galletas pues mi amiga no había huido por la vergüenza; sino por la emoción que sintió al pasar por esa situación.

Loooooca.

También decidí ignorar el hecho de que mi mejor amiga se refería a mi hermano como *el chico más hermoso de toda la escuela*. Le comenté lo que había hablado con Ed de subir las cosas y me dijo que estaba de acuerdo. A pesar que no había clases mañana en la secundaria, no nos acostamos tan tarde como yo esperaba, ella cayó como muerta de inmediato, yo me quedé dando vueltas en la cama, pensando si debería preocuparme por Elisa y una ligera adicción a la magia. Me dormí cuando vi los primeros rayos del alba. Sólo que me sentí cerrar los ojos para abrirlos de nuevo.

- ¡Alex! – Escuché una dulce voz que me llamaba desde el techo. Alcé la mirada y me encontré con una pequeña niña vestida de fucsia, zapatitos fucsia, vestido sencillo fucsia y lazos fucsias en el cabello.

- ¿Mais? – Pregunté, miré a mi alrededor y seguía en mi cuarto - ¿Cómo...? ¿Cuándo...? ¿Qué estás haciendo aquí?

- Yo – bajó del techo, estaba... ¿Flotando? – He venido a visitarte.

- ¿Has venido volando? Pero – fruncí el ceño – me has dicho que no te dejan salir, al menos no sola.

- No he salido, – mi pequeña amiga me dio una sonrisa colmilluda, sabiendo algo que yo no – estoy descansando tranquilamente en la oscuridad de mi ataúd.

- Pensé que dormías en una cama – esto se estaba volviendo confuso.

- Usualmente lo hago – se sentó a mi lado – pero cuando tengo mucho miedo, duermo en el ataúd, me hace sentir tan protegida como si estuviera con mis padres o hermanos.

- ¿Por qué tienes miedo, Mais?

- La semana pasada mi papi y mi tío pelearon, fue algo terrible, Alex, casi destruyen la casa, todos corrían y Sebastián me dijo que me metiera en el ataúd y no saliera ¿Recuerdas a Sam y a Bill? Ellos cuidan de mí mientras duermo.

- ¿No necesitan dormir ellos también?

- Cambian al turno diurno, además, si un vampiro tiene sangre real y ha superado la etapa de maduración, puede permanecer despierto durante el día y algunos pueden incluso estar afuera, con el sol.

- ¿Hay sangre de mentira? – Me reí, pero Mais no lo hizo.

- La sangre real quiere decir que proceda de una familia de vampiros puros, que jamás se hayan relacionado con humanos que contaminen la sangre.

- ¿Eso se puede?

- Mi mami me dijo que sí, pero no me quiere decir cómo.

- Oh, y... ¿No se queman cuando salen al sol?

- ¡No, tonta! Pero no puede pasar mucho tiempo y necesita el doble de sangre pues está despierto en horas que no debe y medio achicharrándose.

- Oh – intenté procesar la información - ¿Cómo terminó la pelea de tu padre?

- Mi mami es más vieja y por ello más poderosa que los dos, así que se

interpuso entre ellos y los regañó.

- Si hay tantos guardias... ¿Por qué no intervinieron?

- Se supone que era un duelo justo, uno a uno, mi mamá se entrometió sólo cuando estaban a punto de matarse los dos, aunque eso me lo contó mi hermano, yo llevaba rato en el ataúd.

- No sabía que usabas ataúd Mais ¡Ni siquiera sabía que tenías!

- Todos los vampiros tenemos – sonrió – algunos para emergencias y otros porque los prefieren.

- ¿Prefieren dormir en ataúd a una cama? ¡Debes estar bromeando!

- Son más cómodos de lo que parecen y protegen mucho mejor de los molestos rayos de sol, deberías probar alguna vez.

De repente, apareció un pequeño féretro rosa fuerte con toques dorados que sospechaba eran oro, a un lado de mi cama, cerca de nosotras; era un poco más grande que ella, tenía unas cuantas calcomanías de la *Barbie* sobre la hermosa madera pulida, estaba entre abierto y se podía ver una mantita rosa en el interior.

- ¿Có...?

- Este es el mío, Alex.

- ¿Cómo...?

- ¿Apareció aquí? – Ella se rió como si estuviésemos jugando al escondite y la hubiese encontrado – Soy una *caminante de sueños*, Alex, así he llegado hasta ti. Los vampiros tienen distintas habilidades que pueden heredar, mejorar, evolucionar y un montón más de “ar” y esta es una de ellas ¡Y yo la tengo!

- Wow, Mais ¡Felicidades! – le dije de corazón, aunque me asustara como la mierda que esa niña tuviese 4 años y ya fuera así de poderosa.

- ¿Quién es ella? – señaló a Elisa.

- Mi mejor amiga, Elisa.

- ¿Y se queda a dormir?

- Las mejores amigas hacen eso, pequeña.

- ¿Tú... Alguna vez te quedarás a dormir conmigo, Alex? – Sonreí.

- Claro que si, Mais, sólo si no me obligas a dormir en un ataúd.

Nos reímos y ella se acomodó entre Elisa y yo bajo las sábanas, me dijo que tenía tiempo sin ir a tomar el té y que no tenía con quien jugar. Me disculpé con ella y le conté lo que me dijo mi abuela, a ver si ella sabía más de brujas que yo.

- No sé, Alex, mi papá tiene hechiceras en la casa, de vez en cuando se hacen favores entre ellos o cosas así. He escuchado que las brujas se creen muy buenas para trabajar con vampiros – ella me miró.

- ¡A mí no me mires! Tengo como dos semanas siendo bruja.

- ¿Recuerdas que te dije que no olías a humana? – Se vio orgullosa – ¡Tenía razón!

- Si, Mais, lo recuerdo, aunque ahorita eso me asusta.

- ¿Ser bruja? – Asentí - ¿Por qué?

- Imagina que tus padres no te hubiesen dicho que eres una vampiro, que no te hubiesen explicado para que son tus colmillos ni nada de tu cultura y que de un día para otro, te enteres de ello.

- Hay algunas cosas que mis padres aun no me explican – pareció decepcionada – nadie aun me dice de donde vienen los bebés – me miró esperanzadas, yo cambié el tema.

- Pero conoces lo básico de tu naturaleza, yo no sé nada.

- Mi mami dice que hay que aprovechar todo lo que se tenga a la mano – levanté las cejas.

- ¿Ella te dice eso a ti? – Ella sonrió.

- Se lo dice a mis hermanos, pero yo la he escuchado.

- Ah – callamos un rato, luego pregunté - ¿Por qué peleaban tu papá y tu tío?

- No sé – ella se encogió de hombros y fue algo que debía ser usado para una propaganda de televisión, tan carismática y elegante – mi tío se portó mal y papi lo quería castigar, creo que mi tío perdió algo que papá quería. Debió de ser uno de sus juguetes de grande.

- ¿No sabes que perdió?

- Algo con poderes creo – ella me miró con sus hermosos ojitos verdes claro – ¿Por qué, Alex?

- Si tu papá casi destroza tu casa y te dio tanto miedo, quería saber que pasaba –sonreí ocultando la mentira.

- Lo bueno fue que ¡Mi hermana llegó!

- ¿Ah? – Me sentí confundida por el cambió de tema.

- Midnight, mi hermana mayor, la que la pasa viajando ¡Y me dijo que le encanta jugar conmigo y que me visitará más seguido! – Ignoré que recién me había dicho que no tenía con quien jugar.

- Eso es maravilloso, pequeña – las dos sonreímos, ella examinó mi cuarto.

- Tienes una linda habitación, Alex.

- Gracias Mais, por cierto... ¿Cómo llegamos aquí exactamente?

- Al invadir los sueños de alguien, los *caminantes de sueños* pueden cambiar el lugar o la ropa o todo, pero yo quise ver y conocer tu cuarto, Alex, por eso está tal cual como cuando te fuiste a dormir, incluso es de noche ¿Ves? – Señaló el balcón, la luna brillaba sobre la copa de los árboles como un sol nocturno – También por eso podía volar, en la vida real no puedo – miró bajo – y eso que uno de los gemelos puede.

- ¿Qué edad tiene él?

- Diecinueve.

- ¡Ahora es que te queda tiempo para llegar allí! Y si entendí lo de los

poderes, algún día podrás volar como un ave si quieres – ella sonrió, triste.

- Pensé que si podía meterme en sueños – su voz fue un susurro – también volaría.

- Todo a su vez, Mais, todo a su vez – logré que sonriera.

- Gracias, Alex.

- De nada, Mais – en ese instante todo se empezó a tambalear - ¿Qué pasa?

- Creo que te están despertando.

- ¿Y eso quiere decir qué...? – La veía sonreír de forma borrosa.

- No puedo caminar en tus sueños si estás despierta.

Escuché su risa melodiosa mientras todo desaparecía, lo último que vi fue su hermosa carita perfilada riendo como un coro de ángeles. Ángeles colmilludos. Lo siguiente fue la cara de mi mejor amiga sobre mí, o ella estaba un poco pálida o la luz solar la hacía parecer más blanca.

- ¡Alex! – Su voz sonaba preocupada - ¿Estás bien? ¡Estás fría como un muerto!

- S... Si – dije aturdida y mi voz salió ronca – soñé con Mais.

- Luego me cuentas, Eliot anda buscándote desde hace rato – me ayudó a sentarme y comprobé que estaba un poco pálida, llevaba una camisa amarilla y unos jeans cortados hasta la pantorrilla que eran míos.

- ¿Por qué me busca mi hermano? – Me paré y empecé a cambiarme, había recuperado mi voz y mi calor corporal, luego le preguntaría a Mais que sabía de eso.

- No tengo la menor idea, estaba almorzando con él y Eduardo – lo dijo como siempre lo hacía, con pena y con cuidado, esperando una mala reacción; aunque para mí eso ya era completamente normal: Elisa se podía levantar temprano, yo no – cuando Ed le empezó a contar de Marco y que él no sabía de dónde había salido y un montón de cosas más que hicieron a Eliot dudar, quería hablar contigo y se molestó muchísimo cuando le dije que aun dormías, me ha

enviado por ti.

- Debiste venir antes que se molestara – le dije mientras me peinaba, me había vestido con unos jeans claros y una camiseta marrón combinados con zapatos del mismo color, me apliqué el maquillaje sencillo – polvo, brillo y rímel – y me volteé hacia mi amiga.

- Hey, pude haberlo dejado subir hecho una fiera y no venir a buscarte – alzó los brazos como diciendo “¿No lo ves?”. Yo asentí.

- Claro, Lis, gracias por venir ¿Dónde me espera mi querido hermano? – pregunté con ironía.

- En el comedor.

Bajamos juntas las escaleras, pero al llegar abajo ella se fue a la biblioteca y yo al comedor. En nuestra casa, el comedor consistía en una hermosa mesa de pino en la cual se podían sentar hasta doce personas; era una mesa sencilla en comparación a las sillas decoradas con flores y enredaderas de la misma madera, esos detalles le daban un toque divertido y más informal al conjunto, y gracias a los cojines que tenían en el asiento y en el respaldar, eran increíblemente cómodos.

Casi nunca comíamos allí, sólo cuando se trataba de cenas o almuerzos especiales, como acción de gracias o navidad, quizás con alguna visita “importante”. Junto a la pared color crema, había una estantería de cristal y madera que dejaba ver las copas y los vasos del mismo material, abajo habían unos cajones de madera donde se guardaban los manteles, los cubiertos de plata y la vajilla de porcelana. Mamá quería que el comedor fuera algo completamente diferente e independiente de la cocina.

Como hoy sólo comían mis hermanos y mi amiga – probablemente idea de Eliot, que amaba comer allí – únicamente había unos individuales, sus platos y cosas que mamá no notaría que usamos en su preciado comedor. Mi hermano mayor era el único en la mesa, por lo que pronto vendrían a recoger todo.

Eliot llevaba una camisa manga corta verde manzana que jugaba con el marrón de sus ojos, donde sus músculos quedaban aprisionados y unos jeans oscuros holgados ocultaban sus piernas. No llevaba zapatos, odiaba ir calzado en su propia casa. Tenía el cabello mojado, por lo cual se veía más oscuro que el mío, aunque yo supiera que tenían la misma tonalidad caramelo. Jamás entendí como mi hermano, la rata de biblioteca, podía tener tanto músculo ejercitándose tan

poco. Quizás era contextura o herencia genética ya que Eduardo y mi padre eran corpulentos también. Quizás hacía más ejercicio del que yo veía. Quizás.

- Buenos días, ote – le dije, así le decía cuando tenía dos años y no podía decirle “hermanote” o Eliot. Ese era mi intento para ambos.

- Buenas tardes, calabaza – no puedes disfrazarte un año de calabaza porque tus hermanos no lo olvidarán nunca ¡NUNCA! – le dije a Gretel que te traiga la comida, siéntate.

- Está bien – me senté – Lisa me dijo que tenías algo que hablar conmigo ¿Qué pasa?

- Eduardo estuvo hablando conmigo – cruzó sus manos paralelo a la mesa, apoyándose en los codos – y me comentó sobre una situación que lo tiene preocupado.

- ¿Y cuál será esa situación, querido hermano? – Lo imité, jugábamos a negociar. Él tomó un bocado de su comida.

- Me dijo sobre un nuevo chico – hizo señas con la mano, como si intentara recordar; aunque yo sabía que sólo actuaba – Marco, creo que me dijo, con el cual estás saliendo.

- Yo no estoy saliendo con Marco – *Aunque lo haya besado* gritó mi conciencia – es un amigo al cual Ed ha visto un par de veces – *Y tú también*. Al parecer mi conciencia estaba inquieta hoy.

- ¿Estás saliendo con Marco?

- No.

- ¿De dónde es? – *genial, comenzó la ronda de preguntas* pensé.

- De Inglaterra.

- ¿Hace cuánto lo conoces?

- Un tiempo – estaba respondiendo en automático, las preguntas iban muy rápido.

- ¿Cuántos años tiene?

- 18.

- ¿Cuándo llegó aquí?

- Hace un tiempo.

- ¿Y cuándo lo besaste?

- El día que Ed se quedó con los gemelos – me tapé la boca, pero ya era demasiado tarde, Eliot sonrió sin mostrar los dientes, satisfecho consigo mismo por hacerme caer una vez más en su juego.

- Volveré a preguntar – dijo con burla - ¿Estás saliendo con Marco?

- Eso parece – lo miré con toda la rabia que sentía, la cual se manifestaba en el rubor que probablemente estaba en mis mejillas.

- ¿Cómo que “eso parece”? – La burla desapareció, encontré a mi hermano sobre protector de nuevo.

Le conté de lo que había hablado con Marco y como queríamos hacer las cosas bien, él no dijo nada hasta que terminé con la corta anécdota que le había omitido a Ed.

- ¿Ves? – Dije con voz inocente – es un buen chico.

- Al parecer nuestro hermano se equivocó – sonrió completamente y se levantó para acercarse a mí, puso su mano sobre mi cabello y lo revolvió – aun así quiero conocer a Marco antes de que vayan al cine el sábado.

- ¿No puede ser después de la cita?

- No – se rió hasta que estuvo cerca del marco de la puerta – espera la comida y no dejes nada.

Luego se marchó y continuó riéndose. No sabía que era peor, si el hermano que me pedía conocer al chico o el que lo conocía y lo odiaba. Aunque al parecer iba a comprobarlo. Estaba comiendo sola mientras pensaba en cómo evitar que mis hermanos siguieran molestándome con Marco cuando escuché una voz demasiado

familiar venir de la sala.

- ¿Hay alguien en casa? – Gritó, yo salí del comedor al mismo tiempo que Gretel entraba corriendo para recoger las cosas.

- ¿Papá? – Grité en respuesta mientras me acercaba a donde estaban.

- ¿Cariño? – Lo vi asomarse por el marco de la puerta y le salté encima.

- ¡Pensé que llegaban mañana!

- Adelantamos el viaje – dijo el tío Max mientras se acercaba sonriendo.

- *Figlioccia* – me sacó de los brazos de mi padre y me abrazó tan fuerte que pensé dejaría de respirar.

- ¿Papá? – Escuché la voz de Eduardo viniendo del pasillo. Mi tío me soltó.

- ¿Dónde está mamá? – le pregunté a mi padre.

- Diciéndole a Luis que maletas tiene que tratar con cuidado – mi padre rodó los ojos, adoraba cuando se portaba como un niño. Mis hermanos hablaban con Max.

- ¿Por qué mis hijos no han venido a saludarme?

No fue hasta que vi a mi mamá que me percaté de que todos estaban combinados. Mi mamá tenía una falda blanca entallada hasta las pantorrillas, una camisa manga larga negra y unos hermosos zapatos negros – los cuales me aseguraría de que llegaran a mi guardarropa. Mientras que mi padre vestía un traje negro con camisa blanca, mi tío era lo contrario ¿Lo habrían pensado así? De seguro mamá los había combinado a todos.

- Hola, madre – me acerqué, le di un abrazo sutil y dos besos en las mejillas, tal como a ella le gustaba. Toda una dama - ¿Qué tal el viaje?

Y con una pregunta simple podías tener a mi madre hablando por horas y horas, en alguna parte del discurso, Elisa se nos había unido y Gretel había traído bebidas para todos – escocés para mi padre y mi tío, vino blanco para mi madre y refrescos para todos los demás – yo logré escabullirme cuando empezó a caer la noche, Max salió conmigo.

- Tu mamá sí que puede hablar ¿No, pequeña?

- Y apenas comienza con el vino, regresa en un rato y será más interesante – nos asomamos para ver como todos la miraban.

- Lo más hermoso es la mirada de tu padre – miré a mi papá y luego a mi tío.

- ¿A qué te refieres?

- Esa mirada que le da a tu padre, aun si ella no lo ve, aún después de casi 25 años de estar juntos. La mira de la misma forma, con una admiración que no sé cómo puede ver eso en tu madre – me miró – sin ofensas.

- Sé a lo que te refieres, ella es pesada, pero con él es completamente diferente – me recosté de la pared y los observé reír a todos, aunque a mis padres en especial, seguían pareciendo los adolescentes felices que se mostraban en las fotos de antes.

- ¿Leíste la carta que te dejó tu abuela? – lo miré.

- ¿Cómo conseguiste la carta? – él se separó de mí.

- Ella me la dio.

- No me mientas, tío.

- ¿Por qué te mentaría, ahijada?

- Esa carta estaba en mi habitación – lo seguí, lejos de los demás – mi abuela... Hizo que llegara a mí.

- ¿Y cómo llegó a ti, Alex? – Me preguntó, con cara de saber la respuesta.

- Hay algo que no me dices, tío Max.

- Lo mismo digo, pequeña.

- ¿No me dirás?

- ¿Tú lo harás?

Nos quedamos mirando por un tiempo, casi me sentí caer por esos ojos tan

oscuros, tan negros que parecían tener un hechizo de atracción hacia ellos – aunque, con lo que he aprendido las últimas dos semanas, eso no era imposible – yo no iba a bajar la mirada, era demasiado terca para ello, pero la suya me estaba comiendo viva, casi sentía la misma vibra que rodeaba el baúl o la peluca.

- Eres fuerte – sonrió y se apartó; yo solté un suspiro que no sabía que aguantaba.

- ¿En qué? – Pregunté medio inocente.

- Serás buena, pequeña – me acarició el cabello – pero por ahora es mejor que no sepas mucho.

- Si no sé nada ¿Cómo se supone que me enfrente a lo que sea que me tengo que enfrentar?

- Por ahora, no te enfrentarás a nada ni a nadie.

- Me están buscando.

- Estoy trabajando en eso.

- ¿Vas a cazar vampiros? – Me miró como si hubiese dicho la peor de las malas palabras.

- No, y tú tampoco harás eso.

- Pero ellos...

- Calla, trabajo en tu protección, no en tus atacantes.

- Oh, ¿Necesitas mi collar? – Sonreí y lo señalé con un dedo.

- No por ahora – mi tío estaba tan serio que realmente me asustó.

- ¿Cuándo?

- ¡Max! – Se escuchó el grito de mi padre – tus sobrinos quieren saber de tu nuevo auto ¿Dónde estás?

- Ya voy, Román – dijo sin quitarme los ojos de encima – intenta no meterte

en problemas hasta el campamento ¿sí?

- ¿Voy a un campamento de brujería? – Ahora sí que estaba asustada.

- No exactamente, pero aprenderás más que si fueras a uno.

Se fue a la sala con mis padres, hermanos y amiga; me dejó con una duda dibujada en la frente, un susto en el corazón y un presentimiento de que algo sobre ese campamento cambiaría mi vida. Para siempre.

Capítulo 17, Perfecto.

Estaba sentada frente a mi cómoda maquillándome, me había bañado, vestido y peinado, el maquillaje era el toque final. Tenía puesta una falda de jeans que me llegaba justo encima de mis rodillas, una camisa con cuello en V en distintos tonos de azul y sandalias bajas azul claro. Peiné el cabello de forma que quedará liso, ya me llegaba a la mitad de la espalda, se balanceaba suavemente cada vez que me movía y me hacía cosquillas, con una cinta azul cielo que pasé por detrás de mis orejas hice un pequeño lazo. Apliqué sombras azules sobre mis párpados y un brillo labial rosado que sabía a caramelo, cuando me estaba aplicando el rímel mi mamá entró al cuarto – sin tocar, debo agregar – y se acostó en mi cama.

- Uuuuuh – dijo subiendo y bajando las cejas - ¿Quién es el chico?

- ¿Por qué habría de haber un chico, madre querida? – Dije con una sonrisa.

- Estás usando el rímel que hace que tus pestañas casi toquen tu frente, el que usabas cuando cumplías meses con Lucas – mi madre era la persona más detallista que conocía y si se trataba de cosas femeninas y su hija pequeña, mucho más – tu padre me contó lo que pasó con él, debo admitir que duraron más de lo que pensaba.

- Espera – me volteé a verla, ya había terminado con mi maquillaje – ¿Tú también veías la amistad-no-amor entre él y yo?

- Cariño, era más que obvio – sonrió con delicadeza – ahora cuéntame sobre este nuevo chico ¿No crees que es muy temprano para otro?

- Lo dices como si cada semana trajera uno nuevo, mamá – suspiré – yo también lo pensé ¿Sabes? Pero es que Marco es tan caballero, tan inteligente, tan hermoso y me dijo que no le importaba esperar, que quería hacer las cosas bien y le gusta escucharme o al menos eso parece y...

- Mírate en el espejo justo ahora – me volteé, en vez de ver mi reflejo encontré a una chica risueña de 15 años que sonreía tontamente tanto con la

mirada como con el corazón – jamás te vi sonreír así al hablar de Lucas.

Ella salió del cuarto tarareando una canción que yo no sabía, aparentemente feliz de dejarme pensando en las sonrisas que le daba a Lucas – *o las que no le daba*. Sacudí la cabeza, no era importante; Lucas no lo valía de todas formas.

Escuché la corneta de un carro y corrí al balcón de mi cuarto, podía ver la parte trasera del Mercedes negro de Marco estacionado al frente de mi casa. Escuché la puerta de la casa abrirse y a mi mamá saludar, luego fue como si una estampida hubiese bajado las escaleras.

Mis hermanos.

Me revisé de nuevo en el espejo y cepillé mi cabello sólo para relajarme un poco. No funcionó. Me coloqué un poco de perfume y con un suspiro salí de mi habitación. Bajé las escaleras y fui hacia la sala, sabía que no lo dejarían en el recibidor y esperaba que fuera una visita corta.

Mi mamá estaba sentada con Marco en el sillón blanco que tanto le gustaba, Eliot en la silla de enfrente y Eduardo en la ventana, malhumorado. Sonreí cuando Marco me consiguió, él también lo hizo y se levantó, tanto mi hermano como mi mamá lo imitaron.

- Estás hermosa, Alex – dijo mientras se acercaba a mí.

- Gracias, tú también.

Llevaba unos jeans negros que se veían demasiado nuevos para ser cómodos, una camisa blanca con un diseño en plateado en el costado izquierdo y una chaqueta de cuero negra combinada con zapatos del mismo material.

- Mejor nos vamos – dije mientras lo alcanzaba para tomarlo de la mano.

- Alessandra – mi mamá dijo – aun no nos has presentado a tu amigo.

Demonios.

- Madre, él es Marco – dije mientras lo llevaba hacia ella – Marco ella es Madeleine, mi madre. Él es Eliot – dije señalando a mi hermano, quien saludó de vuelta – y ya conoces a Eduardo, mis hermanos.

- Es un placer conocerlos a todos – dijo sonriendo – estoy muy feliz de que me dejen salir con Alex.

- Ella no preguntó – dijo mi mamá.

- Pero está bien que salgan – Eliot agregó, yo empecé a halarlo por su chaqueta.

- Apuesto a que mi papá no pensaría lo mismo – dijo Eduardo desde la ventana, hablando por primera vez. Vestía unos jeans y una camisa gris con zapatos del mismo color, el rubio cabello por detrás de las orejas hacia que su cara estuviese despejada, dejando que sus ojos se vieran más claros de lo normal, en vez de su usual marrón-chocolate casi parecían color avellana.

- Tú estás muy arregladito – le dije mientras le fruncía el ceño. Él me sonrió con una malicia poco propia de él.

- Es sábado por la noche, soy un popular jugador de fútbol americano. Tú has las cuentas.

- ¡Mamá!

- Hija, no le puedo decir a tu hermano que no salga sólo porque tú lo harás.

- Alex, sube por una chaqueta – me dijo Eliot.

- Pero...

- Sube – su mirada me convenció.

Le di una mirada de “lo siento” a Marco y subí por la chaqueta que mi hermano había recomendado, tomé una que hacia juego con la falda y bajé de nuevo. Eduardo ya no estaba en la sala.

- Mejor se van – dijo Eliot, que estaba en lo que él consideraba pijamas: un mono de hacer ejercicios y una franela de la universidad – no querrán perderse la película.

Me picó un ojo y Marco me tomó de la mano, le di un beso en la mejilla a mamá y salimos, en ese momento vi a mi hermano montándose en el auto con Luis.

- ¿Qué le dijo Eliot? – Le pregunté a Marco.

- Que no era bueno hacer esperar a una dama – sonrió.

No le creí, no sonaba como algo que mis hermanos – cualquiera de ellos – diría, pero tampoco pensaba que uno intercedería por mi cita o que el otro fuera totalmente hostil. Justo cuando crees conocer a una persona, te sorprende. Nos montamos en el carro y Marco condujo con cuidado, cruzamos un par de palabras y chistes – que le atribuí a los nervios – y en menos tiempo de lo que esperaba, estábamos en el centro comercial en el que hace unas semanas había a Lucas. Se estacionó y corrió para abrirme la puerta.

- *Esto es lindo* – pensé y le sonreí.

- ¿Hay alguna película en especial que quieras ver, Alex? – Me dijo mientras caminábamos.

- Sólo quiero ver una a la cual no entre mi hermano – habíamos llegado al cine y Marco me dio una mirada. Oh, que mirada. Sus ojos verdes parecían dos gemas en la poca luz que había, parecía que estuviesen vivos y se movieran junto con la tristeza que acompañaba el sentimiento que transmitían.

- Alex, lo que menos quiero que recuerdes de hoy es a tu hermano intentando frustrar nuestra cita, que elijas una película porque él no va a estar allí, que no disfrutes de nuestro tiempo juntos sólo por estar pendiente de que tu hermano saldrá de alguna parte – cerró los ojos un momento, como si le costara lo que iba a decir – yo de verdad quiero que disfrutes esto – me tomó de las manos y sonrió de lado – así yo tendré la oportunidad de salir de nuevo contigo.

- Está bien – dije más atontada que de acuerdo.

Idiota, tienes a un chico hermoso que por alguna extraña razón quiere salir contigo a pesar de lo tarado de tu hermano y tú sólo piensas en evitar al chico que se divierte haciéndote la vida amorosa imposible. Excelente, Alex. Simplemente perfecto. Juraría que la voz que sonó en mi cabeza casi fue real. Pero al fin y al cabo tenía razón, la noche se trataba de Marco, no de Ed. Habíamos empezado a caminar, pero Marco no me había soltado la mano y la sensación de la suya sobre la mía me brindaba cierto sentimiento de seguridad, un sentimiento que me decía que pasara lo que pasara él estaría ahí para protegerme y mientras ellas estuviesen juntas, el mundo podría dejar de girar y no me daría cuenta.

- ¿Alex? – Escuché a lo lejos, salí de mi ensoñación y volteeé para encontrar a un Marco confundido mirándome a los ojos - ¿Me escuchaste?

- ¿Uhm? – Él sonrió.

- Que si quieres ver una comedia romántica – no dejó de sonreír mientras lo dijo.

- Oh, claro.

Sonreí. Sonrió. Sonreímos...

- ¡Que hermosos! – Escuché una sarcástica voz masculina que conocía demasiado bien.

Giré para ver a mi hermano con una chica tomada de la mano. La había visto en la escuela un par de veces, era una de esas porristas que estaba en el grado de Eduardo y compartían pocas clases.

Su nombre era Melanie, Molly, Mary *o algo así*. Cuando andaba sin su uniforme de porrista, casi podías creer que era una chica de lo más normal; eso hasta que la escuchabas hablar. Estaba vestida con pantalones y una camisa negra con un escote pronunciado. Demasiado pronunciado. Se había puesto tacones de aguja para no ser tan baja ante mi hermano, quizás esperaba que la besara. Quizás nadie le había dicho que no es necesario arreglarse tanto para ir al cine.

- Hey Alex – dijo ella con su tono agudo. Con razón Ed la había traído al cine, de esa forma estaría callada.

- Hola – saludé sin expresar el odio repentino que sentía hacia mi hermano - ¿Cómo estás?

- Bien – lo dijo con tanta emoción que me hizo temblar, ella seguro quería salir con mi hermano desde hacía mucho.

- Me alegro, Mel.

- Es Milly – dijo mi hermano corrigiéndome.

- Es Molly – se quejó ella, mi hermano y yo nos miramos avergonzados.

- Es hora de irnos – intercedió Marco – la película va a comenzar.
- No – Ed agarró el brazo de Marco, frenando nuestra huida – tan rápido.
- Suéltalo, Eduardo.
- Tengo un par de cosas para decirle, Alex.
- Su-él-ta-lo.

Separé la palabra en sílabas a medida de que crecía mi enojo, de repente las cosas alrededor de nosotros empezaron a elevarse, como si estuviesen levitando. Cuando me di cuenta de que era yo, con mi enojo, me relajé y halé a Marco más cerca de mí. Ed lo soltó sin pelear. Nos retiramos antes de que Ed o Molly dijeran algo, yo entré a apartar los asientos mientras Marco compraba las cotufas y los dulces.

En realidad era completamente lindo, estar en una cita normal, sin el estrés del colegio o de los compromisos que usualmente tenía Lucas con la actuación, sin pensar en abuelas con secretos locos o vampiros sedientos de mi sangre.

Simplemente normal – excluyendo el misterioso evento que había ocurrido unos minutos antes. *De hecho – cambié mi línea de pensamiento – nunca lo había pensado, pero durante mi relación con Lucas jamás habíamos tenido una cita sencilla, siempre eran cenas o salidas de compras, nunca tiempo para que los dos disfrutáramos de la compañía del otro. Que interesante. Y más interesante que me diera cuenta después.*

Marco llegó junto con una luz del pasillo, su cabello corto ya se estaba empezando a rizar, tal como en mi sueño, y sus ojos resplandecían como esmeraldas salvajes jugando con la poca claridad.

- Tus ojos – dijimos a la vez, luego reímos – tú primero – concluyó él.
- Tus ojos parecen vivos.
- Yo estoy vivo – sonrió – los tuyos florecen sobre la oscuridad como dos pequeñas hojas resurgiendo en la primavera después de un largo invierno.

Si hubiese sido otro chico, me hubiese reído; pero Marco lo dijo con tanta convicción y sin una pizca de gracia que di gracias al cielo por estar en la oscuridad del cine, porque sentía mis mejillas quemar con el fuego de diez antorchas.

- ¿Me he perdido de algo? – Dijo Marco con una sonrisa.

- Aun no comienza – contesté.

Él había comprado chocolates, caramelos dulces y ácidos, palomitas y refrescos como para seis personas, pero como jamás lo había visto comer no sabía si era por él o por mí. Esperaba que fuera por él. Nos acomodamos y logramos dispersar las golosinas entre los dos, todavía pasaban comerciales cuando escuché a Marco decir.

- ¿Quieres un beso? – Estuve a punto de ahogarme con la soda.

- Marco, pensé que iríamos lento y que... - dije intentando rescatar sus palabras, pero me inclinaba hacia él cuando lo vi tornarse rojo como un tomate ante la luz de la pantalla.

- Me refería a estos chocolates que compré.

Me mostró un bolsa de chocolate *hershey's*, esos que parecían gotas y se llamaban "besos". Nunca supe quien estaba más sonrojado, si él por la proposición no tan inocente o yo por meter la pata hasta el fondo. La situación se volvió tan tensa que no hablamos más hasta que empezó y terminó la película – de la cual no recordaba absolutamente nada – lo único que había notado era que nuestras manos estaban entrelazadas desde que Marco regresó de comprar los dulces y que eventualmente él volteaba a mirarme, se quedaba haciéndolo por un rato y luego regresaba a la pantalla.

- ¿Te gustó la película?

- ¿Ahm? – Respondí distraída mientras miraba unos bolsos en las vitrinas del centro comercial - ¡Ah! Claro, fue genial.

- Lo que no entendí fue porque muere la protagonista al final – dijo él, atrayéndome a su cuerpo con la mano que tenía en la mía.

- Ella debe morir porque así es la historia – dije mientras lo miraba a los ojos y él cerraba sus brazos en mi cintura.

- Y ahora no entiendo porque la chica hermosa que invité a salir me miente sobre el final de la película, donde los protagonistas se encuentran y se dan un beso antes de caminar hacia el amanecer – me encaró, por un momento pensé que

me regañaría, pero luego sonrió de esa forma que hacía que mis rodillas se volvieran gelatina – tranquila, yo tampoco la vi, estaba distraído observado a una chica linda que fingía ver la película mientras que sabe Dios qué estaba pensando.

- Pensaba – dije más en las nubes que en el suelo – en que si me hubieses llevado a otro lado quizás hubiésemos podido compartir más.

Cuando lo dije quise callar, primero vi la sorpresa en su rostro, luego una tenue sonrisa fue creciendo en sus labios hasta que no pudo contenerse y me apretó la mano.

- Sé exactamente a dónde te quiero llevar.

Antes de que pudiera reaccionar estábamos corriendo por el centro comercial como dos pillos huyendo de la policía, dimos un par de vueltas y subimos las escaleras tres veces, cuando Marco encontró lo que estaba buscando – una puerta al final de una escalera escondida – paramos, yo estaba sin aliento y él fresco como una lechuga.

- Apuesto a que no has visto esto – estaba más feliz que un niño en la mañana de navidad.

- Marco, ¿Realmente crees que tú, nuevo en la ciudad, podrás mostrarme a mí, vieja en la ciudad, algo realmente nuevo? – Dije con el aliento entrecortado, él sonrió.

- Eso lo averiguaremos ¿Te puedes tapar los ojos, por favor?

Lo último que vi fue su tez sonriente, complacida. Luego puso sus manos a los lados de mi cintura y me guió por los peldaños que quedaban; sentí como abría la puerta y dejaba pasar un viento helado que hizo que los pelos de la nuca se me levantaran, él se acercó más a mí.

- ¿Crees en la magia Alex? – Me tensé.

¿¡QUEEEEEEEEEEEEEEE!/? De todas las cosas que pudo haber dicho, preguntado, balbuceado ¿Tenía que escoger el tema más traumático y nuevo en mi vida? Intenté abrir los ojos, pero había puesto sus manos allí.

- Primero responde.

- Si – dije no tan dudosa como esperaba – creo en la magia.

- Muy bien, pues lo que vas a presenciar ahora es un milagro entre la magia y la cotidianidad – quitó sus manos de mis ojos y las apoyó de nuevo en mi cintura, lo mismo hizo con su barbilla sobre mi hombro pues estaba a mi espalda – tienes la cotidianidad, todas las luces y las casas, la luna y las estrellas, los faroles y la oscuridad, todo combinado para formar algo hermoso que pocos admiran.

Estábamos en la terraza del centro comercial – un lugar al que no sabía se podía subir – y como quedaba en una zona tan céntrica se podía ver toda la ciudad, veía mi escuela y la biblioteca, la plaza y la parte vieja de la ciudad con mansiones descuidadas; todo estaba oscuro salvo por lo que las casas que dejaban uno o dos focos prendidos, el resto era el trabajo de la luna y las estrellas que lo iluminaban todo como pequeños soles nocturnos, un pequeño soplo de viento y las copas de los árboles de la plaza se movían, creando sombras que jugaban entre ellas en el suelo, en un vaivén de nunca acabar, los grillos y sapos cantaban, sirviendo como música de fondo para una noche tan fría.

Había llovido mientras que estábamos en el cine, por lo que algunas gotas se columpiaban de los bordes de las cornisas y los balcones, esperando ese momento inoportuno en el que tendrían que sucumbir ante su destino y morir, sólo para renacer en el próximo ciclo. Era tan hermosa la vista desde allí que me sorprendí de que no hubiese nadie más viendo.

- Y está la magia – Marco llamó mi atención de nuevo, me giró para encararlo – que es lo que siento cuando me miras con esas pequeñas joyas que tienes en tus ojos, que es lo que siento cuando me rozas simplemente con tus manos, que es lo que impregna cualquier lugar en el que estoy contigo. Magia y cotidianidad, Alex, son los que me hacen creer que esta noche es especial y perfecta tan solo por el hecho de compartir mi descubrimiento contigo, que estés aquí dándole una oportunidad a un chico nuevo que de un día para otro se adentró en tu vida. Simplemente porque juntos, podemos hacer los momentos perfectos y los recuerdos inolvidables.

Justo cuando pensaba que Marco no podía ser mejor, él mismo se superaba y rompía un record que no sabía que había impuesto. A medida de que hablaba, su acento inglés se hacía más pronunciado con la pasión con la que decía las palabras y yo poco a poco iba cayendo en sus brazos sin poder evitarlo. Para cuando terminó, estaba pegada a su cuerpo, con la cabeza hacia arriba para verlo a los ojos, mi barbilla en su pecho, subiendo y bajando con cada palabra que decía; para que

cada una de ellas atravesara mi alma y quedara en mi corazón, para tener el recuerdo de un Marco hermoso recitándome sus pensamientos a la luz de la luna, con la ciudad durmiente de testigo, que la magia solo existía si estaba conmigo.

Regresé a la casa en una nube de algodón, repitiendo una a una las palabras de mi caballero en mi cabeza, sobre todo con las que se despidió *"Sé que nuestra cita no fue perfecta, que tuvo tantos errores como dulces, pero lo verdaderamente importante es el tiempo que compartí contigo mientras veíamos la hermosa ciudad, mientras veías la ciudad. Porque yo te miraba a ti"*.

No sabía muy bien cuán rápido había llegado a la casa; solo fui consciente del tiempo que pasamos tomados de las manos, caminando hasta que cerraron el centro comercial, luego del beso de mariposa – con el que apenas me tocaron sus labios – que sembró en mis dos mejillas andes de marcharse, con la promesa de llamarme pronto y salir de nuevo.

Si al principio de la cita había parecido una zombie que por cada detalle prácticamente quedaba en coma para procesarlo, no les quiero contar cómo fue después de ese momento en la terraza, solo diré que Marco no mencionó el pequeño incidente antes de entrar a la película. Y eso sólo lo hizo más perfecto.

Todo fue paz y tranquilidad hasta que llegué a mi cuarto, estaba justo como lo dejé: la luz apagada y el balcón cerrado, lo único diferente era un agudo chillido que venía de una esquina; primero pensé en Campanita, pero ella había llegado a saludarme y jugaba entre mis pies, luego distinguí un sollozo que era más humano que cualquier cosa, y entonces reconocí la voz: Maisie.

- ¿Mais? – Dije más asustada de que esta noche hubiese sido un sueño a que tuviese a una pequeña vampiro en mi cuarto *¿No se les tenía que invitar a pasar para que pudiesen entrar?* Pensé.

- ¿A... Al... Alex?

Mi pequeña amiga salió de entre las sombras, su cara pálida como el papel estaba bañada en sangre y la misma seguía brotando de algún lugar, su vestido blanco casi brillaba en la oscuridad, pero estaba muy manchado de tierra y sangre; solo cuando la tuve entre mis brazos – ella saltó como un niño pequeño a ellos mientras continuaba llorando – me di cuenta de los detalles en hilo dorado que adornaban el borde del vestido y las mangas también estaban sucios. Sus rizos marrones estaban enredados y con pequeñas ramas, como si un árbol hubiese

intentado agarrarla, tenía la cara sepultada entre mi hombro y mi cuello, pero podía asegurar que llevaba rato llorando.

- ¿Mais, qué pasó? ¿Estás bien? ¿Estás herida? – Pero ella no respondió, siguió llorando por tanto rato que tuve que sentarme en la cama para poder con su peso, nos puse a las dos bajo las cobijas y esperé, eventualmente, ella habló:

- Fue horrible, Alex – dijo, pareciendo de su edad por primera vez desde que la había conocido, tan indefensa – llegaron de todos lados y nos atacaron y mis hermanos y... - se detuvo.

- ¿Dónde estabas, Mais?

- En un parque, cerca de una plaza – contestó entre sollozos, al menos ya se empezaba a calmar.

- ¿Con quién estabas?

- Mis hermanos me sacaron para jugar, casi nunca estamos los cuatro reunidos porque Ángel se la pasa fuera, Sebastián con mi padre y Midnight viajando – se escurrió la nariz con el borde de la mano – así que hoy querían pasar tiempo conmigo, engañaron a los guardias y nos escapamos de casa. Estábamos en el parque mientras mis hermanos me enseñaban a correr tan rápido que pareciera que desapareces, cuando mucha gente salió del bosque, todos iban con una capa negra que los cubría de la cabeza a los pies, entonces mis hermanos me rodearon y Midnight me dijo que corriera lo más rápido que pudiera, que fuera a casa y llamara a papá. Salí corriendo a hacer lo que mi hermana me dijo, pero había otro grupo de gente vestida de negro y corrí en dirección contraria. No conozco más nada que mi casa aquí, así que corrí pero las lágrimas me borraban la visión y terminé aquí.

A medida que me contaba la historia su voz había subido de tono hasta que decayó para empezar a llorar de nuevo. Estaba desolada y no sabía que decirle.

- Pero llegaste a mi casa, Mais, todo va a estar bien.

- Pero no le avisé a mi papá y mis hermanos están solos.

- Tus hermanos son grandes y se saben cuidar, Mais ¡Me dijiste que uno incluso vuela! De seguro le patearon el trasero a esos que los atacaron.

- ¿En serio? – La esperanza que había en su voz me hizo creer mis palabras.

- ¡Claro que sí! Y tú estás a salvo, que es lo que tu hermana quería.

- ¿Y cómo voy a regresar a mi casa? – Le preocupación regresó.

Las dos callamos. Yo no podía llevar a Mais, su padre me comería viva – literalmente – y no la iba a mandar sola ¡Tenía cuatro años! Pensé en ello mientras buscaba un pañito húmedo y le lavaba la cara, ella me explicó que sus lágrimas eran de sangre, no que estaba lastimada. Cuando terminé con su cara su único imperfecto era el leve rubor que quedaba del llanto y los ojos increíblemente rojos.

- Todo va a salir bien, Mais, te lo prometo – le dije, antes de que pudiese preguntar cómo, tocaron la puerta.

- ¿Estás despierta, Alex? – Era mi hermano, Eduardo.

- Si, Ed, pasa – Mais me hizo señas recordándome que estaba allí, pero yo necesitaba la ayuda de alguien y de todas formas él ya sabía sobre ella.

- Escucha, extraña, yo no quería ser tan malo hoy ni perjudicar tu cita, y por supuesto que no quería que te alteraras como lo hiciste en el cine... - dijo con la cabeza baja mientras entraba.

- Ed – dije llamando su atención, saqué a Mais de la cama y la senté en mi regazo – ella es Maisie – ella sonrió con todos los dientes, de forma que los colmillos resaltaban, brillando ante la luz que se filtraba por el balcón cerrado. Ed encendió la luz.

- ¿Ella es Maisie?

- Si

- ¿Maisie, tu amiga vampiro de cuatro años?

- ¿Quién es él, Alex? – Dijo ella con su voz risueña apagada por el reciente llanto.

- Él es Eduardo, mi hermano.

- Eduardo – repitió ella con la misma voz, luego volteó a verme - ¡Tienes el

hermano más hermoso en todo el planeta!

Salió corriendo hacia él, le abrazó una pierna y miró hacia arriba – Eres lindo – le dijo y lo abrazó de nuevo, Ed cruzó sus brazos sobre su pequeña espalda, pero su mirada decía *¿¡Qué demonios está pasando aquí!?*

- Mais necesita ayuda, Ed, necesita ir a su casa antes de que salga el sol.

- ¿O se quema?

- No – respondió mi pequeña amiga – estallaré en llamas, que es considerablemente más doloroso.

- Alex, ella no habla como una niña pequeña de cuatro años – dijo mi hermano, suspicaz.

- No, Ed – respondió ella de nuevo, completamente en confianza – lo que pasa es que las personas que me crían tienen siglos de edad, además pertenezco a la parte más alta de la sociedad vampírica ¡Por supuesto que tengo que hablar con propiedad!

- ¿Estás coqueteando con mi hermano, Mais? – Le dije con un tono burlón.

- No, Alex, sólo estoy señalando el buen partido que soy.

- Muy bien – interrumpió mi hermano – no hagan como si yo no estuviese aquí. Es un placer conocerte pequeña, pero tienes cuatro años, yo tengo dieciséis, ni siquiera alguno de los dos es legal.

- El amor no tiene edad, mi querido Ed – le respondió ella, él la miró horrorizado.

- Alex ¿En qué te puedo ayudar? Así estaríamos a mano de lo que pasó con Marco – dijo cambiando de tema, podía manejar negociaciones, pero no a una pequeña. Cobarde.

- Bueno, quizás tú podrías entregar a Mais – le dije sonriendo, a ver si eso lo hacía sonar más fácil de lo que en realidad sería.

- ¿Qué yo haga qué? ¿Cómo haré eso? – Dijo mi hermano, mitad distraído desenredando los rulos de Mais, mitad sorprendido de lo que le pedí.

- La puedes llevar a su casa, la dejas en la puerta y se la entregas a su mamá.

- ¿Por qué no haces tú eso, querida hermana?

- Porque-yo-no-puedo – dije entre dientes, a ver si mi hermano comprendía.

- Oh, ¿Te refieres a que ella...? – Asentí – Oh – exclamó, comprendiendo con cuales vampiros estábamos tratando.

- ¿A que yo qué? – Preguntó la pequeña vampiro.

- A que se verá mejor que Ed te entregue Mais – le respondí.

- ¿Deberíamos hacerlo ya? – Preguntó mi hermano – Son casi las seis de la mañana.

- ¿Mais?

- Pronto amanecerá – dijo ella con la mirada perdida hacia el balcón – casi puedo sentir la presencia del sol sobre las montañas, yo digo que no.

- ¿Y dónde vas a dormir? – Pregunté.

- Bueno – siguió ella – como tú tienes ese graaaaaaan balcón tan abierto a la luz no puedo dormir aquí, moriría al instante, quemaría toda tu habitación y despertaría a toda tu familia con mis insoportables gritos de dolor – la miré, era una niña terriblemente extraña – además, probablemente la nación vampírica te daría caza por participar en el secuestro y asesinato de su pequeña y favorita princesa – *si supieras*, pensé mientras rodaba los ojos – así que la única solución que veo es que duerma con Eduardo.

Mi hermano y yo explotamos en risas, ella frunció el ceño y nos miró molesta. Sin decir una palabra Ed la cargó y la llevó a su desastre, yo los seguí. Al ver la expresión en la cara de Mais – los ojos muy abiertos y los labios ligeramente separados – supe que valía la pena la noche en vela.

- O – dijo la pequeña – puedo dormir en un sótano o un ático.

Así lo hicimos. Con todo el cuidado y el silencio del mundo, rearmamos la cama de mi abuela en el sótano – que Mais con su súper fuerza nos ayudó a sacar de la cochera – la cual todavía no habían llevado a la tienda de caridad, busqué un

par de sábanas en mi cuarto y Ed un par de cuentos que guardaba de cuando era niño. Le preparamos la cama, jugamos un poco con ella y le leímos hasta que se quedó dormida, lo hizo tomada de la mano de mi hermano a medida que el alba se cernía sobre la casa.

- ¿Peter Pan? ¿En serio? – Le dije mientras le echaba llave a la puerta del sótano, no queríamos metiches allí.

- Siempre quise volar – contestó él – la pequeña es un amor, ya veo por qué congeniaron tan rápido.

- Al parecer le gustaste.

- ¿A quién no? – Me dijo sonriendo, sabía que lo decía en broma, a pesar de la evidencia.

- Gracias por ayudarme, Ed – dije de todo corazón.

- Cuando quieras extraña, te dije que siempre estaría aquí para ti.

- Menos cuando salga con un chico.

- ¿Ves? Ya nos entendemos.

Reímos como dos niños que acabaran de hacer una travesura y subimos a nuestros cuartos, iba a necesitar como doce horas de sueño para enfrentar lo que se venía mañana: Ir a la casa donde asesinaron a mi abuela para entregar a una de las hijas de alguien importante en la corte vampiro. Alguien que me quería como desayuno, almuerzo o cena, tal vez para los tres si sabía cómo distribuirme.

Capítulo 18, Regresa el murciélago a la bolsa.

- Alex, Alex ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaleeeeeeeeeeeex!

- ¿¡Qué!? – Salté de entre las sábanas, agitada y con el cabello en la cara.

- Buenos días, extraña – mi hermano estaba al lado de la cama con el pecho desnudo y una taza entre sus manos, una sonrisa que sugería diversión y con los ojos tan radiantes como el sol que se colaba por el balcón.

- Eduardo Soriani De Haes, si me has levantado solo para decirme...

- Relájate, hermanita – puso la tasa sobre mi mesita de noche y me arrimó con su cuerpo, se acostó conmigo en la cama – solo he venido para aclarar unos puntos.

- Ok ¿Jugamos a las veinte preguntas? – Mis hermanos amaban ese juego.

- Por supuesto – sonrió y se acomodó enfrente de mí, los rayos del mediodía que se colaban por la ventana le brindaban un halo dorado que lo hacía parecer angelical, casi me reí – ¿Anoche soñé con Maisie o ella de verdad puede caminar sobre los sueños?

- Ella puede hacer eso.

- ¿Has empezado a practicar tus poder–habilidades?

- No.

- ¿Por qué no?

- Me da miedo y el tío Max sabe algo que no me quiere decir.

- Correcto, ¿Cómo entregaremos a Mais?

- Em... No lo sé ¿Te dijo algo? – Él carraspeo.

- Mis preguntas – remarcó - ¿Dónde conseguiremos su sangre?

- ¿Qué?

- ¿Cómo entrarás a la propiedad a entregarla?

- ¿Ah?

- Ay, hermanita, entre lo mucho que estuve hablando con ella, no creo haber dormido mucho, me dijo muchas cosas interesantes. Primero que nada, cuando se levante va a estar hambrienta. Muy hambrienta. No necesita un alimentador, con una bolsa de sangre estará bien. Segundo, estará impregnada con nuestro olor y será fácil guiarlos hasta aquí, aunque esto lo deduje yo, por supuesto. Tercero, ¿Quién la va a entregar? Si la entregas tú, sería muy arriesgado, si lo hago yo, sería peor, pues creen que su comida mágica es un chico. Y por último ¿Cómo sabrán que somos buenos y sólo queremos entregar a la niña, si no saben que la tenemos?

- Comida mágica – bufé – que conveniente.

- Por eso – sonrió infamemente – he creado un plan. Tienes un hermano muy eficiente ¿Sabías eso? La mamá de los gemelos trabaja en el hospital ¿No? Bueno, pensé en llamarlos y preguntar en dónde anda su madre, puedo inventar cualquier excusa; sé que ellos me ayudarán. Luego, cuando nosotros distraigamos a la señora, tú entrarás y sacarás una bolsa de sangre con algún abracadabra, Elisa comprará ropa a Mais mientras ella la espera en su casa, para que se le pase nuestro olor, y por último tu amiga la entregaría ¿Acaso no soy un genio?

Medité por un momento lo que había dicho mi hermano ¿Cómo él había pensado en todo eso mientras yo soñaba que estaba en los brazos de Marco, en un atardecer en la playa? Definitivamente mi hermano estaba tan metido como mi amiga en mi vida secreta. Todos parecían estarlo, menos yo.

- La verdad, creo que no se te escapa nada ¿Cuándo llamaremos...?

- Ya está todo listo, extraña – sonrió, tan triunfal como cuando hacía un touchdown – mientras dormías llamé a los gemelos, y por eso sé que su mamá está en el hospital hoy, llamé a Elisa y no puede creer que vaya a conocer a la pequeña vampiro, le pedí el carro a papá, que está encantado con que al fin vaya a manejar y Maisie me dijo que podemos llamar a su hermana para acordar el lugar, pero cuando se oculte el sol.

- ¿Qué hora se supone que es? ¡Hay un sol de mediodía!

- Ese es el atardecer, querida hermana, tienes que aprender mejor los ciclos solares – se levantó de la cama de un salto y agarró la taza de nuevo – será mejor que te bañes, la operación “Regresa el murciélago a la bolsa” comienza en una hora.

- ¿Regresa el murciélago a la bolsa? ¿No es mejor “Evita que le vean los colmillos”?

Pero ya mi hermano se había ido. Con toda la pereza del mundo me levanté de la cama y me asomé al balcón, el sol se cernía sobre las montañas lejanas, pero no habían nubes para que se creara ese efecto maravilloso que combina los rosados con los naranjas sobre el cielo, sino el puro sol diciendo adiós a ese día. Muriendo para renacer de nuevo.

Sacudí mi cabeza, tenía que apurarme, realmente no sabía lo que podía hacer un vampiro hambriento; así que me bañé, me vestí con unos jeans oscuros y una camiseta blanca, me maquillé un poco y cuando me estaba calzando un par de converse negros tocaron a la puerta.

- ¡Ya voy, Eduardo! – Le grité.

- Señorita Soriani – era Gretel desde el pasillo – tiene una llamada.

- ¡Oh! Lo siento Gretel, pásame el teléfono por favor – ella entró al cuarto y me tendió el teléfono – gracias.

Se retiró y yo puse el auricular en mi oreja - ¿Diga?

- *Es increíble que una palabra tan mundana y común pronunciada por tus labios y tu voz se vuelva tan especial.*

- ¿Marco? – Sonreí.

- *Sé que llamar tan pronto puede parecer desesperado y debería darme vergüenza, pero, Alex, quería escuchar tu voz, necesitaba escuchar tu voz – me sonrojé.*

- No te preocupes por eso – le dije con la voz calla, un susurro sin vida.

- *¿Qué tal ha estado tu día, princesa?*

- Dormí la mayor parte, ahora saldré con Eduardo y mi mejor amiga.

- *¿Todo bien con Elisa?*

- Mejor que nunca, la verdad.

- *Me alegro mucho* – dijo con sinceridad - *¿Cuándo podré verte de nuevo, mi hermosa Julieta?*

- ¡Oh, mi querido Romeo! – Reí tontamente como jamás pensé que lo haría – no sé, esta semana tengo exámenes en el colegio y el viernes en la noche quedé en salir con mis amigas.

- *Oh* – silencio, parecía que debatiera si decir algo o no - *¿Puedo ir? Así quizás las pueda llevar a este lugar genial que encontré para bailar.*

- Los clubs de baile aquí son todos para mayores de edad, Marco – fruncí el ceño.

- *Mi prima se la pasa en este, el dueño es un buen amigo.*

- Ok, pero íbamos a ver el juego de mi hermano en el colegio – sonaba como si inventara excusas, pero ya me había comprometido con mis amigas y el equipo y como había estado ausente tantos meses me parecía mal fallarles.

- *¿Fútbol americano, baile y la chica más hermosa a mi lado? No suena como a una mala noche para mí.*

- ¡ALESSANDRA! ¿DÓNDE ESTÁS? – Escuché el grito de mi hermano desde la planta inferior, miré el reloj y vi que era tarde. Demonios.

- Perfecto entonces, nos vemos el viernes, Marco. Chao

- *Per...*

Demasiado tarde, pensé. Ya le había colgado. Tomé mi bolso y bajé para encontrarme con mi hermano, él iba todo de negro, pero su cabello rubio le arruinaba la imagen de ángel caído. O Quizás la completaba. Se quejó de que jamás estaba lista a tiempo, que no veía la seriedad del asunto y mil cosas más durante todo el trayecto. Cuando estábamos llegando al hospital y podíamos ver a los gemelos en la puerta, Ed detuvo el auto y me miró seriamente.

- ¿Segura que puedes hacer esto?

- Claro que sí, Ed, infiltrarme en una habitación con la tarjeta de autorización de alguien no es tan difícil.

- Puede que tengas que usar ese poder tuyo de mover las cosas con la mente.

- Aun no controlo nada, hermano – me dio una mirada desaprobatoria.

- Eso no está bien.

Se bajó del carro y caminó hacia sus amigos, yo lo seguí con la cabeza gacha. Dylan y Bob, eran un poco más altos, pero menos anchos que mi hermano, eran idénticos, mismo corte de cabello, estatura y peso. Sus ojos ámbar resplandecían en la noche, nos miraban con curiosidad, Dylan – y lo sabía por la D inmensa que tenía tatuada en el brazo izquierdo – estaba vestido con una camisa azul rey y un jean negro, mientras su hermano – que tenía una B tatuada en el brazo derecho – llevaba los colores intercambiados – la camisa negra y el pantalón azul – estaban ahí parados, esperando. Quién sabía que “excusa” les habría dicho mi hermano.

- Hey – saludó Bob.

- ¿Cómo están? – Preguntó Dylan.

- Todo bien, hermanos. Gracias por ayudarme con esto.

- ¿Estás bromeando? – Exclamó Bob – ¡Por Eliot haríamos lo que fuera! Aun usamos las jugadas que nos dio en algún momento.

- Hola, chicos – sonreí.

- ¿Trajiste a la mascota? – Preguntó Dylan, completamente incrédulo.

- Alguien tiene que sacar la sangre ¿No?

Los gemelos asintieron, tan sincronizados que daba miedo mirarlos. Ellos iban adelante con mi hermano, discutiendo las estrategias para el próximo juego, yo estaba perdida viendo las paredes blancas del hospital, el olor a desinfectante y a alcohol isopropilico por todos lados. Nunca me habían gustado los hospitales, eran tan deprimentes que podían matar a los pacientes más rápido que la enfermedad que padecían.

Después de un par de vueltas en las que evité vomitar, encontramos a la mamá de los chicos; aunque cuando la veías pensabas que era poco probable que fueran parientes: la señora era toda delicada y pequeña, con los ojos grandes y pestañas pobladas – sin embargo compartía el mismo color de iris con sus hijos – caderas pronunciadas y con muchas curvas, de seguro ellos se parecían más a su padre.

- Chicos ¿Qué hacen aquí? ¿Pasó algo malo? Hola, Eduardo, ¿Cómo estás? – Saludó ella, yo estaba escondida frente a la puerta del banco de sangre, ellos enfrente, tapándome.

- Hola, mami – Dylan la abrazó, su cuerpo cubría por completo el de ella – no ha pasado nada, solo queríamos verte y ver si podías ver algo que tiene Ed.

- Si, mah – continuó Bob – tenemos un juego importante el viernes y no podemos dejar que nuestro mariscal de campo esté a menos del 100%.

- Mis niñitos – era muy bizarro ver a una señora mayor, pequeña, decirle “niñitos” a las dos moles que tenía por hijos – eso está muy bien, pero yo no soy traumatóloga.

- ¡Ni siquiera te hemos dicho lo que tiene! – La señora suspiró ante el señalamiento de Bob, miró a Eduardo y pidió que le explicara que sentía y que le dolía, en ese instante, Dylan se volteó y me lanzó una tarjeta blanca con una foto de su mamá en la esquina izquierda. El carnet que de seguro había tomado cuando la abrazó.

Me moví tan sigilosa como pude, intentando copiar los movimientos tan agradados y a la vez tan naturales con los que Maisie había nacido, al acercarme escuché a la mamá de los gemelos decirle a mi hermano que fuera más específico sobre su dolor, los ignoré y deslicé la tarjeta por la ranura digital que marcó verde.

La puerta se abrió y yo evité gritar de alegría, entré y el frío se apoderó de mí. Era una sala inmensa con estantes alineados en las paredes y en el centro de la habitación; cada uno estaba marcado de acuerdo al tipo: “A+” “O-” “B+” y así, todos los tipos de sangre, las paredes tenían una horrible cerámica gris que hacia todo más tétrico, una luz parpadeante se posaba sobre mí, un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal y me sacó de mi ensoñación.

Sangre. Necesitaba sangre.

Me acerqué a un estante de “O+”, pero me arrepentí; me alejé y fui al de “B+”, tomé dos bolsitas y me acerqué a la puerta para irme, el frío dificultaba mis movimientos y justo cuando estaba girando la perilla, vi una figura en la puerta y luego como la misma se abría, corrí y me oculté en una esquina entre la pared y el estante de los “O-“ coloqué los paquetes de sangre dentro de mi camisa y por poco grité al sentir lo fríos que estaban, me mordí la lengua tan fuerte que no pasó mucho tiempo antes de sentir el sabor metálico sangre recorrer mi boca.

- ¿Quién anda allí? – Preguntó el doctor que había entrado, tenía el cabello canoso, era pequeño y su bata blanca estaba impecable. Escudriñaba el cuarto como si oliera mi presencia.

Se acercó un poco a mi escondite, luego encogió los hombros, sacó un puñado de A+ y se fue tan rápido como entró. Abrí la puerta y me encontré con el pasillo vacío, con una mano sostenía las bolsas de sangre dentro de mi camisa y en la otra tenía la tarjeta, ni siquiera cargaba un celular conmigo para llamar a mi hermano.

¡Maldita sea, Alex! ¿No puedes tener un móvil nunca? Casi podía escuchar la voz de Elisa en mi cabeza. Dos enfermeras que pasaban por un corredor adyacente se detuvieron a verme, yo di media vuelta sobre mis tobillos y caminé en dirección contraria, justo por donde había entrado con mi hermano hacia unos minutos.

Conseguí llegar al carro, mi hermano estaba recostado sobre el capo, hablando con Dylan, sonrió cuando me vio.

- Empezaba a dudar de ti, extraña.

- Nunca me dijiste como terminaba el plan, precioso – Dylan miró de mi hermano a mí y viceversa, como si no entendiera mucho de lo que dijéramos.

- Sí, bueno... Alex, si me das la tarjeta de mi mamá todos nos podremos ir, si no quieren que esa sangre se enfríe, será mejor que te apures.

Le di la tarjeta, más o menos perdida en la sonrisa de mi hermano – algo ocultaba, él muy astuto – él se despidió de su amigo y puso el carro en marcha. Cuando saqué los paquetes de sangre de mi regazo, me sentí mucho mejor. Eduardo me pasó una bolsa plástica negra.

- ¿Para qué es esto? – Pregunté.

- Eso era para que metieras la sangre cuando entraras al banco, se me olvidó dártela – estalló en risas, yo solo quería golpearlo hasta que me dolieran los puños, que no eran muchos golpes a decir verdad.

- ¿Sabes lo helados que están? ¡Te pasaste, Eduardo! No puedo creer... – me quejé por mucho rato, hice una pataleta en el carro y él siguió riendo, cuando estábamos cerca de la casa y ya llevaba bastante tiempo callada, volví a hablar – Por cierto, ¿Qué era eso de “Claro, por Eliot lo que sea” que decían los gemelos?

- Les dije que Eliot ahorita no estaba en la universidad, que se estaba quedando con nosotros y estaba trabajando en una investigación, una cura para una enfermedad en la sangre y necesitaba realizar unas pruebas. Ellos saben que nuestro hermano estudia medicina, no que será pediatra o que apenas está en el primer año – rió un poco más, reviviendo las lágrimas que yo pensé se habían acabado.

- Genial, ya empezamos a mentirle a nuestros amigos.

Él se me quedó mirando extrañado, como si yo no comprendiera que todo aquello lo había hecho por mí, o comprendiendo que me molestaba todo lo que hacía por mí. Me bajé del carro y me encaminé a la casa con la bolsa en la mano, cuando llegué al recibidor Ed me la quitó y se fue a la cocina.

- ¿Qué haces? Oscureció hace rato, tenemos que terminar esto ya.

- Necesita estar tibia.

- ¿Tibia? ¡No es un biberón! – Ed se acercó y me habló al oído.

- Es la primera vez que Mais se alimenta de esta forma, quiero que sea lo menos difícil para ella ¿Está bien?

Con eso regresó al microondas, puso las bolsas allí y esperamos en silencio ¿Qué tanto habría hablado mi pequeña amiga con mi hermano gruñón? Parecía que ahora la conocía mucho más que yo, y ella y yo habíamos hablado muchísimo.

Si, cada vez que ella me quería dar detalles sobre su vida vampírica yo cambiaba el tema, aun consideraba muy irreal todo esto que pasaba, estaba en negación ¿Pueden culparme por ello?

El pitido del microondas me hizo saltar, mi hermano no se inmutó; sólo

caminó hasta allá, sacó las bolsas y las regresó a su empaque negro.

- ¿Vamos?

Asentí, salimos de la cocina y fuimos hasta la biblioteca, la casa parecía desierta, las sombras la predominaban y había un augurio extraño en el aire. Al estar de frente a la puerta del sótano, saqué la llave y le pedí a Eduardo la bolsa, él se negó a dármela.

- Precioso, voy a bajar yo, en todo caso me puedo defender mejor que tú.

- Que cómica eres, ¿En qué universo una niñita de cuatro años puede dañar a un jugador de fútbol americano? – Se burló.

- En el universo donde los vampiros existen y la pequeña es una de ellos, tonto – le quité la bolsa – yo tengo un factor que tu no: Magia.

- La cual no sabes utilizar – replicó mientras rodaba los ojos.

- Ya veremos.

Aproveché que estaba distraído y entré en el sótano. Habíamos dejado la luz apagada y no lograba ver nada, pero aun así le pasé el seguro. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, mi mente gritaba que saliera de allí cuanto antes, casi podía ver a una mini-yo corriendo en círculos en mi cabeza. Luego, un ligero sonido me acalló los oídos, un zumbido en el viento como cuando alguien corre muy rápido; yo seguía en lo más alto de la escalera, así que me faltaba un buen tramo para poder encender la luz, pero no importaba, conocía ese cuarto.

- Mais – la voz me temblaba – Maisie soy yo. Tengo tu comida.

Esperé un momento, pero no hubo respuesta, en vez de eso una ráfaga de viento me embistió, cerré los ojos – no es que pudiese ver algo cuando los tenía abiertos – y sentí como me arrancaban la bolsa de las manos. Luego escuché sonidos de succión. Bajé las escaleras rápido, eran tan familiares bajo mis pies que no me costó nada llegar hasta el suelo y prender la luz. Jamás se me olvidaría la imagen que tenía antes mis ojos.

Comencé a mirar desde el suelo – ella no estaba en la cama, sino a su lado – Maisie estaba de pie, una de las bolsas que habíamos traído para ella estaba en el suelo, vacía, los bordes de su vestido seguían sucios y a medida que subía la

mirada veía como se tornaba más rojo con sangre fresca, cuando llegué a su cintura pude ver sus codos, tan pequeños y tan llenos de sangre. Su tórax estaba completamente carmesí y su cara.

Oh, su cara. Tenía los colmillos clavados en la bolsa de plástico, succionando lo poco que le quedaba del líquido rojo que le daba vida, sus ojos inyectados en sangre, las aletas de la nariz abiertas, sus rizos desordenados y enredados también salpicados. Todo estaba rojo. Mi amiga, la dulce niña con los colmillos filosos había desaparecido: frente a mí tenía a una criatura sedienta y desastrosa. Lo que era en realidad, un vampiro.

Un grito agudo se quedó atorado en mi garganta, la hice mirar hacia mí. Su semblante se relajó, dejó de vestir esa postura cavernícola y pareció regresar a sus cabales. Tiró la bolsa vacía al suelo y con el dorso de la mano se limpió la boca y la mandíbula, como si no fuera sangre lo que manchaba sus manos. Luego alisó su vestido, ignorando el reguero de sangre.

- Lo siento – dijo sonriendo, luciendo aun más tétrica, como si esas palabras pudiesen borrar las imágenes que no dejaban de repetirse en mi mente.

- No hay problema, Mais – pero sonó falso incluso para mí, ella pareció entristecer.

- Hubiese preferido que dejaras la luz apagada hasta que terminara de comer, Alex, sé que me veo horrible mientras lo hago – lágrimas poblaron sus ojos. Oh, no – mi mamá dice que luego la sed será menor... Que la controlaré y... Y no haré desastres – se interrumpía entre frase y frase, evitando llorar. Quizás era sentimental, pero me partió el corazón.

- Está bien, está bien – le dije mientras me acercaba a ella y la cargaba, no me importó que mi ropa se manchara – No pasa nada, Mais, cuando aprendí a comer ¡Hasta mi mamá terminaba llena de papilla! Solo necesitas práctica – sonreí – además, mi hermano me dijo que es la primera vez que te alimentas de este modo... No lo has hecho tan mal.

- ¿De verdad lo crees, Alex? – No.

- ¡Por supuesto, Mais! – Ella sonrió.

- ¿Sabes algo, Alex? – Dijo aun sonriendo – ya sé cómo detectar cuando una persona miente, pero gracias por intentar.

Saltó fuera de mis brazos y fue dando saltitos hasta la puerta. Quise golpearme con la pared repetidamente por idiota hasta que mi hermano bajó.

- ¿Todo bien, extraña?

- Solo aprendiendo cosas nuevas sobre mi amiguita, Ed – salí del trance -
¿Tienes el teléfono?

- Por supuesto – le dio el teléfono a Mais, aunque practicamos varias veces la historia para que Mais la supiera y le saliera natural, cubrimos todas las preguntas que se nos ocurrieron antes de llamar.

- Ponlo en altavoz, por favor – le dije mientras marcaba.

- ¿Midnight?

- *¿Maisie? ¿¡Maisie donde estás!?* *¿Estás bien? ¿Lograron agarrarte?* – Se escuchaba demasiada preocupación del otro lado del teléfono. Una dulce voz melodiosa preocupada.

- No, Mid, no me agarraron. Estoy bien. Me metí en un apartamento vacío antes de que amaneciera.

- *¿Dónde estás? ¿¡No podías llamar antes!?* *Papá ha puesto a todos sus hombres a buscarte desde anoche y a través del día, tenemos la ciudad y sus alrededores cubiertos, esperando alguna señal ¿De donde estás llamando?* – *Oh, Oh, pensé yo.*

- De un celular.

- *Ooooooh, Mais ¿Te has alimentado? ¿Lo mataste? ¿Ya te han enseñado a usar la coacción? Esconde el cuerpo, nos ocuparemos cuando lleguemos. No tengas miedo, Mais. –* Que sencillo lo hacía ver todo la hermana de Mais.

- Mid, robé un banco de sangre, con eso de que sé correr rápido que me enseñaban ayer todo más fácil.

- *¿Qué tu qué? ¡Maisie Katherine Rose Van Der Keergaard Hogde eres toda una bandida! Hey, Sebastián, ¿Oíste eso? ¡Maisie se las arregló sola muy bien!* – Midnight sonaba muy orgullosa de su pequeña hermana, me dio risa pensar que yo fui la que robé el banco.

- *¿Esa es Mais? ¿¡Qué demonios haces que no dices para ir a buscar!? Llamaré a Ángel para que deje de buscarla y recoja a los chicos. Rastrea la señal.*

- ¡No! – Mais casi entra en pánico, le hice señas para que se calmara – tienes que venir tu sola, Mid, la verdad es que una chica me prestó su teléfono, le dije que me había puesto mi disfraz de Halloween y me había perdido en el centro comercial, ella está comprándose un helado ahorita.

- *¿¡ESTÁS EN EL CENTRO COMERCIAL!?*

- ¡No! Cerca de la biblioteca de la ciudad.

- *Vamos a ir por ti, ya. Yo me encargaré de esa chica.*

- ¿Puedes llegar después de que me coma el helado? Por favooooooooooooooooo.

- *Sí, claro, déjame convencer a mi padre para que te deje comer un helado, sobre todo cuando no has pasado la noche en casa, pensábamos que unos brujos te tenían secuestrada o que te habían puesto al sol – sonaba exasperada, luego lo pensó mejor – veré que puedo hacer, pero no te muevas de allí. Nos vemos en media hora o menos.*

- Gracias, Mid, adiós.

- ¿Media hora? ¡Elisa todavía tiene que comprar el vestido! – Grité cuando Maisie colgó.

- Tranquilízate, extraña – mi hermano cargó a Mais, que se acurrucó rápidamente en sus brazos – ella salió del centro comercial hace un rato, vamos para su casa ahorita. Y yo que tú – me miró con asco – me cambio la camiseta, te esperaremos en el carro.

Subimos las escaleras y cerré con llave el sótano, ellos fueron hacia el garaje y yo a mi cuarto, me vi en el espejo del pasillo antes de llegar a mi habitación y por poco grito de nuevo. La camiseta estaba arruinada, lo que antes era tan blanco ahora estaba cubierto con manchas rojas y coágulos de sangre. Iba a entrar a cambiarme – estaba asqueada – cuando escuché la voz de mi tío al final del pasillo.

- El ataque de anoche salió muy bien – dijo mientras hablaba por teléfono – jamás se lo esperaban, pero los tenemos tan bien vigilados como ellos a nosotros – se calló mientras escuchaba – No, no, mi pierna ya está bien, un par de días y

caminaré normal, pero Sebastián me las va a pagar.

Se giró hacia donde estaba yo, pero lo hizo demasiado tarde, pues ya me había metido en mi cuarto ¿Era él el de los ataques a la familia de Mais? Uno de los hermanos de ella se llamaba Sebastián ¿A eso se refería cuando me dijo que lo tenía todo controlado? ¿Atacar vampiros no era poco prudente y contraproducente? ¿No llamaríamos la atención sobre algo que ellos buscaran, como por ejemplo, yo?

Escuché pasos fuertes que se acercaban a mi habitación, me quité la camisa y la lancé al baño, en un abrir y cerrar de ojos, me puse una franela manga larga amarilla que odiaba, pero fue perfecto para cuando mi tío abrió la puerta del cuarto y yo fingía aplicarme lápiz labial.

- Buenas noches, tío Max – le dije a su reflejo en mi espejo – mi madre siempre dice que se debe tocar antes de entrar, especialmente si es la habitación de una señorita.

- Buenas noches, *figlioccia* – sonrió – no he querido incomodarte, pero quería saber a dónde vas.

- No es que sea de tu incumbencia, tío – me volteé para encararlo – pero voy a dar una vuelta con Eduardo.

- Oh, claro que lo es, sobrina. Con tus padres y tu hermano mayor en el club, es mi deber saber a dónde van los niños. Además, mañana hay escuela.

- No te preocupes por eso, regresaremos pronto – caminé hacia él, pero su cuerpo me bloqueaba la salida. Tenía la misma coleta que usaba siempre y vestía uno de sus trajes que parecía no quitarse nunca, este era negro; se notaba un bulto en su rodilla derecha, lo miré a la cara - ¿Qué te pasó en la rodilla, tío?

- Ayer me caí – algo brilló en sus ojos, pero se había ido antes de que pudiera verlo mejor – mientras buscaba algo en el jardín, no es nada grave.

- En ese caso – pasé por debajo de su brazo y cerré la puerta detrás de mí – me voy, buenas noches.

Corrí por el pasillo y por las escaleras antes que pudiese decir algo, mi hermano se quejó – por segunda vez en la noche – de que no sabía llegar a tiempo a ningún lado.

En menos de quince minutos – todo un record, considerando lo lejos que vivíamos - estábamos estacionando frente al edificio donde vivía Elisa, que quedaba en la misma calle que la biblioteca. Era uno de esos edificios viejos que resistían con el paso del tiempo, subimos las escaleras hasta el cuarto piso y buscamos el apartamento 4C. Ella sonrió y nos dejó pasar.

Era un departamento pequeño, aunque genial para mi amiga y su mamá, tenía tres cuartos – el de mi amiga, el de su madre y un estudio – una salita pequeña que era divida de la cocina con una pared, estas dos últimas estaban pintadas de un amarillo alegre. Los muebles de la sala eran muy cómodos, eran negros y cuando te sentabas en ellos, te hundías. Había cuadros de la ciudad por doquier, la mamá de Elisa estaba trabajando hasta tarde hoy, por lo cual no teníamos que ocultar a Mais.

- Tú debes ser Maisie – dijo mi amiga mientras se acercaba a la pequeña que seguía en los brazos de Ed.

- Y tú eres Lisa, la amiga de Alex – saltó a los brazos de mi amiga y las dos sonrieron.

- ¡Tienes que ver el vestido hermoso que compré para ti!

Mis dos amigas se fueron al cuarto de Elisa, donde luego escuché la regadera; mi hermano y yo nos quedamos solos. Era la primera vez que Ed venía para acá, lo miraba todo con sorpresa; veía las fotografías de mi amiga y su madre en la pequeña biblioteca que estaba en la sala, fue hasta el balcón y se percató que daba directo a la biblioteca. Yo estaba empezando a preocuparme por la hora cuando Lisa y Mais salieron del cuarto.

El vestido era hermosísimo. Era de fina seda blanca y con flores de gamuza negra por doquier, una cinta de raso negra cruzaba toda la cintura y terminaba en la espalda con un lazo grande, la misma cinta estaba al final del vestido, enmarcando los tobillos de la pequeña vampiro – como el que ella llevaba la noche anterior – sus rizos marrones se veían más oscuros de lo normal porque aun estaban mojados, el cabello que usualmente se posaba sobre sus sienes estaba recogido hacia atrás con un lazo blanco, haciendo que su cabello pareciera una cascada de rizos sobre su espalda.

- Wow, que linda estás, Mais – ese fue mi hermano, los ojos de la pequeña criatura brillaron como las estrellas que iluminaban la noche, se movió hacia él

cuando Lisa la tomó por el brazo.

- Nada de eso, se supone que no debes oler a ellos – suspiró y la cargó – además, se hace tarde.

- Eduardo, Alex – nos miró con tristeza – gracias por todo, nos vemos en sus sueños.

Yo sonreí, no pude evitarlo, mi amiga se encaminó hacia la puerta antes de que yo cayera en cuenta.

- ¡Espera! – Le grité, me acerqué a ella y le di mi collar, el collar que me protegía de la magia, Eduardo seguía mirando por la ventana – pónitelo y me lo regresas cuando subas.

- ¡Mierda! Una chica acaba de aparecer, literalmente – hizo énfasis en la palabra – en la puerta de la biblioteca – dijo mi hermano mientras se alejaba de la ventana.

- ¡Midnight ya llegó! – Dijo Mais, emocionada.

- Entonces váyanse – les dije, le lancé un beso a Mais y puse mi collar en las manos de Elisa, luego cerré la puerta - ¿Crees que funcione?

- Eso espero, extraña, no sé cómo salvaríamos a Elisa si no lo hace.

Nos asomamos los dos por la ventana y vimos como Elisa, aun con Maisie en los brazos, caminaba firmemente hacia la biblioteca. La pequeña vampiro saltó de los brazos de mi amiga a los de su hermana, que estaba vestida toda de negro y lo único que se podía ver era un brillante cabello azul eléctrico, como la peluca de mi abuela que se había probado mi amiga. Conversaron un momento la chica y Elisa, la hermana de Mais parecía querer darle algo, pero ella lo rechazaba. Luego Midnight se encogió de hombros y se fue – a paso de humano – caminando con la pequeña en sus brazos. No pasaron ni cinco minutos cuando Elisa ya estaba tocando a la puerta, al ver por la ventana ya no había rastro de los vampiros.

- ¡Que chica tan increíble es Midnight! – Dijo apenas abrí la puerta – ¡Tiene los ojos lilas y el cabello azul, cadenas guindando en su cuello, pantalones rotos de cuero y la actitud de una estrella de rock!

- ¿No intentó nada contigo Elisa? – Ese fue mi hermano, siempre práctico.

- Creo que piensa que me hechizó para que olvidara a Mais, pero no pasó nada, aunque yo fingí que sí – mi amiga estaba orgullosa, yo sonreí.

- De seguro era por mi collar – ambos me miraron intrigados – mi abuela me dijo que mi magia se hacía más fuerte y la del collar no lo era tanto, es decir que a mí no me hace nada, pero protege a Elisa contra la magia de Midnight.

Ambos asintieron.

- Estoy aliviado de que todo haya salido bien – dijo Eduardo.

Elisa y yo cotorreamos un poco, acerca del estilo de Midnight y de haber conocido a Mais, de yo robando sangre y profanando la habitación de mi abuela – eso lo dijo mi amiga, no yo – al final les conté sobre el incidente con el tío Max, todos sospechábamos algo distinto, pero llegamos al mismo acuerdo: Tenía que tener una conversación con él sobre mis poderes, los vampiros y, para mí lo más importante, porque atacó a Maisie y sus hermanos.

Pero eso sería otro día, ese fin de semana había llegado a mi cuota de magia y la había excedido.

Capítulo 19, Juego de colores.

- ¡Mamá me voy al juego de Eduardo, regresaré tarde!

- Espera, Alessandra – estaba ya con la mano en la manilla de la puerta cuando escuché a mi madre, Natasha estaba esperando afuera con Lisa y Charlotte para irnos al juego, Claudia era porrista así que ya estaba allá.

- ¿Qué pasa, madre? – Me volteé para encarar a mi mamá, aun tenía puesto el traje de falda y chaqueta que usaba cuando tenía reuniones en el club, su cabello marrón estaba recogido en una coleta alta.

- Mañana iremos a comprar las cosas que necesitas para el campamento, tu tío me dio una lista, pero si puedes pensar en algo más, sería perfecto.

- ¿Qué campamento? – Mi mamá suspiró, exasperada. Eduardo se parecía muchísimo a ella cuando hacía eso.

- El campamento en el que tu abuela te inscribió – me sentía perdida, no tenía la más mínima idea de lo que me hablaba – ¿Recuerdas? ¿Al que te vas este domingo?

- ¡¿QUÉ!?! – Grité y mi mamá se cubrió los oídos.

- Si, hija, es este domingo – Tasha tocó corneta, mi mamá bajó los brazos.

- Pero mamá a penas hoy estoy saliendo de vacaciones ¡No podré disfrutar!

- No seas dramática, Alessandra. Además, serán solo dos semanas, te va a quedar mucho tiempo – Tasha presionó de nuevo – ahora vete antes que los vecinos se quejen y te pierdas el último partido de la temporada, saludos a las chicas.

No alegué que los vecinos estaban lo suficientemente lejos como para escuchar algo de lo que pasara en la casa. Salí aturdida ¿Cómo se me había olvidado el estúpido campamento? ¿Cómo el tiempo había pasado tan rápido?

La última semana había estado tan preocupada por pasar todos los exámenes – y cumplir con las tareas recuperativas que los profesores me daban para no ir a la escuela de verano – que no había hablado de nada con el tío Max, tampoco lo había visto mucho en la casa, luego fue que mi padre me dijo que se había marchado y regresaría en unas semanas.

Llevaba días soñando lo hermoso que sería pasar dos meses saliendo con Marco sin tener que preocuparme por la escuela, no lo había visto desde que habíamos ido al cine, pero cada noche me llamaba y hablábamos por horas, incluso habíamos arreglado un par de citas para la semana entrante, citas que ahora tendría que cancelar.

- ¿Estás bien? – preguntó Lisa cuando nos bajábamos del carro, el camino se había hecho demasiado corto.

- Si – sonreí – sólo un poco preocupada.

Mi amiga tenía una mirada inquisitiva, por suerte, en ese instante Claudia saltó hacia nosotras.

- ¡Llegaron a tiempo! – Nos abrazó – el juego está por comenzar ¡No se pueden perder el número de apertura!

Y por las mismas que llegó, se marchó, moviendo su trasero con la diminuta falda verde del uniforme de porristas. Al subir a las gradas, se me olvidó toda preocupación, todos estaban con banderas y camisetas de los duendes verdes – el equipo de la escuela –, yo llevaba una bufanda verde pasto, una camisa blanca y unos jeans.

El espíritu verde y blanco era prácticamente palpable y muy hermoso. Las porristas se estaban preparando cuando un mercedes negro que conocía muy bien casi entra por error al campo, los estudiantes corrieron y muchas porristas gritaron, yo me golpeé la frente con la mano justo en el momento en que Marco se apeó del carro murmurando disculpas con su lindo acento británico.

- ¿Ese no es...? – Dijo Elisa.

- Oh, sí que lo es – le comenté mientras me levantaba y comenzaba a bajar las gradas. Para el momento en que llegué, ya había quitado el carro del campo y Nicole estaba encima de él. Metafóricamente hablando, claro.

- ¿Y a qué escuela...?

- Hola, Marco – le dije mientras le tocaba la espalda, llevaba una camisa negra y unos jeans a juego, su cabello dorado ya estaba lo suficientemente largo como para formar rizos, tal como lo vi en mi sueño, cuando se volteó pude ver la camiseta blanca que se filtraba por el cuello de la camisa negra, sus ojos verdes se iluminaron y sonrió.

- Alex.

- ¿Lo conoces? – Fue el comentario de Nicole, tan incrédula como siempre.

- Claro que si, Nikkie, lo conozco muy bien – le tomé la mano a Marco – es mi novio.

Los ojos marrones de Nicole se agrandaron, apretó la boca y se veía como intentaba pensar una respuesta, casi podía oler el humo por sus neuronas quemándose. Le sonreí.

- ¿Nada bueno para decir, eh, Nick? – Me dirigió una sonrisa rígida y se dio media vuelta cuando escuchó el silbato que reunía a las porristas, una perfecta cola alta balanceaba su cabello rubio de manera chistosa, casi no podías notar que estaba molesta. Casi.

- Así que... ¿Tu novio? – Dijo Marco mientras me daba una vuelta para quedar frente a él, sonreía, yo sentí como la sangre corría a mis mejillas, incendiándolas.

- Yo... La verdad... es que... - Marco me empujó más cerca de su cuerpo, su boca descendió hasta posarse sobre de la mía.

- La verdad, Alex, es que eso me da la excusa perfecta para hacer lo que he querido hacer desde hace mucho tiempo.

Entonces sucedió, sus labios rozaron los míos – tanteando – fuegos artificiales salieron de todos lados cuando profundizó el beso, me apretó más a su cuerpo y en un baile interminable de lenguas danzantes me quedé sin aire, pero mi necesidad por besarlo era aun más grande. Cuando me empecé a ahogar él se separó, me sonrió y me abrazó – jamás dejé la comodidad de sus brazos.

- Nunca pensé que esta sería la forma en que estaríamos juntos, planeaba

preguntarte si querías ser mi novia pronto, pero nunca pensé que fuera así – sonrió con esa dentadura perfecta, sus ojos brillaron como dos joyas verdes a la luz de la luna, luego frunció el ceño - ¿Porque ahora somos novios, no?

Su mirada ceñuda buscó la mía, no pude hacer más que besarlo de nuevo; los fuegos artificiales cesaron: La ceremonia de apertura había terminado y me la había perdido. No me importó, ya me disculparía luego con Claudia. O le preguntaría a Elisa como había estado y felicitaría a Claudia.

Caminamos tomados de las manos hasta las gradas, de vez en cuando volteaba a verlo, parecía un sueño: Un dios griego vestido como un ángel caído iba de mi mano, sonriendo como si la vida se le fuera en ello, reflejando en sus ojos una dicha que reconocerían en todos lados. Llegamos a donde estaban mis amigas, Lisa me vio y lo supo – simplemente lo supo – aplaudió por lo bajo y me abrazó cuando me senté junto a ella, Marco a mi otro lado. Tasha y Charlie se habían sentado más abajo, ambas con sus novios.

Nunca había estado tan feliz en un partido, quizás mi felicidad era por mi nuevo y perfecto novio y su desconocido amor por el fútbol americano, quizás era que estaban jugando muy bien o quizás fue que mi hermano hizo los últimos tres puntos del partido con una jugada magistral y no salió lastimado, pero jamás había sido tan feliz como aquella noche.

Cuando terminó el juego, mientras esperábamos a Ed para ir a la discoteca, las chicas y yo buscamos nuestros bolsos en el carro de Tasha y nos cambiamos en los vestuarios, parecíamos otras personas.

Claudia había elegido un vestidito corto verde que hacía juego con el perfecto maquillaje que se había aplicado para el uniforme de porrista, unos tacones negros y un moño alto. Charlie, por su parte, se había inclinado por un clásico vestido negro de coctel con sandalias bajas y el cabello suelto, sus rizos rojos parecían flores de primavera sobre ese vestido. Natasha había tenido la misma idea que Charlie, pero su vestido era blanco marfil y sus zapatos altos.

Lisa y yo ya habíamos conversado sobre como vestiríamos esta noche, ambas íbamos en faldas cortas, la de ella con volantes y de un color púrpura oscuro, la mía lisa, azul oscuro con encaje negro en el borde; su camisa blanca de un solo hombro decía *PARTY GIRL* en lentejuelas borgoña, la mía era una camiseta completamente negra de lentejuelas. Todas nos dejamos el cabello suelto, acordamos que se podía combinar con movimientos sexys al bailar, Claudia se

tuvo que soltar el moño.

Mientras Natasha maquilaba a Elisa dijo:

- Joder, ustedes podrían pasar por hermanas si te pusieras una peluca rubia Alex – me miró y luego a Lisa, que estaba con los ojos cerrados mientras le hacía un efecto con la sombra – o si tú te pusieras una castaña Lis.

- Yo las confundiría de lejos – comentó Claudia mientras se aplicaba perfume – de cerca los ojos las delatan.

- Yo no podría confundirlas – agregó Charlie, todas la miramos – Alex camina como un pato, Lisa no.

- ¿Qué quiere decir eso? – Pregunté mientras me veía en el espejo, satisfecha con mi reflejo.

- ¡Que caminas levantando el culo! – Ellas rieron, yo miré sorprendida a Charlie - ¿Qué? Al menos eres un patito lindo.

Todas reímos esta vez, nos vimos repetidas veces en el espejo y salimos para encontrar a nuestros hombres – Eduardo aceptó llevar a Claudia y a Elisa ¡Como no lo iba a aceptar si llegaría con una chica en cada brazo! – estaban todos alrededor del carro de Marco, parecían discutir algo. Mi hermano fruncía el ceño y discutía con mi novio.

Natasha se aclaró la garganta cuando salimos y ningún chico lo notó. *De seguro hablan de deportes* pensé. Luego todos voltearon, cada uno con un brillo diferente en su mirada. Adrián miraba a Natasha con lujuria, como si la quisiera desvestir ahí mismo y no ir a bailar, sino a un lugar donde pudiese deshacerse de sus jeans claros y camisa negra de botones.

Eduardo, ahora bañado y vestido completamente de negro, pasó la mirada de Claudia a Elisa, divertido y con una sonrisa tan perversa en sus labios que me recorrió un escalofrío, *gracias a Dios no puedo leer mentes* me dije. Santiago, tan alto como un poste, se balanceaba incómodo en sus jeans claros, con las manos en los bolsillos, arrugando su sudadera verde – del mismo color que el vestido de Charlie – él no reflejaba más que admiración, como si estuviese mirando una divina obra de arte en el *Louvre*, no la sed de sexo que salía de los ojos de mi hermano y de Adrián.

Al último que observé fue a Marco – sabía que me perdería en él si lo miraba primero – todos comenzaron a trotar – prácticamente – hacía sus citas, él caminó, lento y seguro, con una sonrisa tímida en los labios, sin mostrar los dientes, seduciéndome con sus hoyuelos, en su mirada había tanta adoración, pasión y felicidad, que al único sentimiento que me recordó fue al amor. Una mirada verde tan agraciada, escoltaba todos mis movimientos, me hacía sentir segura y querida.

- Wow – dijo mientras me tomaba de la mano y me hacía dar una vuelta, mi cabello claro ondeó al viento, yo sonreía – Wow.

- Puedes decir más que “wow”, idiota – ese fue Ed, arruinando mis momentos hermosos, como siempre. Me sacó del agarre de Marco y me dio un abrazo – ¡Pero mira que preciosa estás! Hoy no podré decirte extraña.

- Esa era la idea – lo abracé con toda la fuerza que tenía – Felicitaciones ¡Ese último punto estuvo de película! ¿A cuántos esquivaste? ¿Cuatro?

- ¡Seis! – Me soltó, ambos sonreíamos – Deberíamos irnos, hay que comer antes de ir a bailar ¿No?

- Supongo...

- De eso discutíamos cuando salieron, ¿A dónde iremos? Tu Señor novio aquí presente – hizo un ademán hacia Marco cuando enfocó la palabra *novio* – quiere ir a por unas hamburguesas a un lugar que está a un par de cuadras de la disco – se encogió de hombros – ustedes eligen, señoritas.

Fue un voto unánime para ir a por las hamburguesas, todos la pasamos increíble y comimos muy bien, Marco aprendió lo que era un buen local americano. La comida y el fútbol solo sirvieron de aperitivo para lo que fue la noche.

Al llegar a *Shake it!*, la discoteca, las ansias me comían por dentro, las inmensas luces de neón verde se cernían sobre mí; una cola de adolescentes celebrando que era viernes por la noche nos miraban divertidos, intentando adivinar por qué simplemente no nos uníamos a la cola, un gorila en la puerta estaba decidiendo quien entraba y quien no, al tiempo que a él le pareciera.

Mis amigas no dejaban de recordar que no teníamos la edad adecuada para estar ahí y, peor aún, no dejaban que yo lo olvidara. Íbamos en tres carros, el

Honda gris de Natasha, el Mercedes negro de Marco y el viejo Fiat blanco de Santiago, al llegar Marco se apeó primero del carro, todos lo seguimos.

- Mejor me esperan aquí ¿Vale? – Vimos a Marco alejarse, mi hermano bufó.

- Ya sé cómo hará que nos dejen pasar: So-bor-no – separó en sílabas como si fuéramos niñas pequeñas, que en realidad, lo éramos.

Se veía como la fila miraba intrigada a Marco que se acercó al guardia de seguridad como si lo conociera de hacía mucho, el tipo estaba negando con la cabeza y luego dejó de moverse, empezó a asentir y Marco nos hizo señas con las manos para que nos acercáramos, la fila abucheó, pero el gorila volvió a su trabajo y los calló.

Marco y yo fuimos los últimos en pasar, vi como le deslizaba una paca de billetes en el bolsillo al guardia, luego este sonrió con una sonrisa torcida y macabra de dientes amarillentos – probablemente fumaba – debía medir unos dos metros como mínimo y pesar más de cien kilogramos. Toda una mole.

- Nos vemos pronto, Marco – dijo el gorila y cerró la puerta.

- ¿Eso era un soborno? – Pregunté usando las palabras de mi hermano.

- ¿Ah? – Sonrió – esa era la paga por las entradas de todos, Lucian es un gran amigo de mi prima y no es la primera vez que me ve por acá.

- Así que... ¿Traes a todas tus chicas a una noche en el club, las emborrachas y luego te aprovechas de ellas? – Le dije mientras me ponía frente a él, mis manos en su cadera, las suyas en mis hombros.

- Oh, no – sonrió y se acercó a mí – sólo lo hago con las que tienen un hermano fastidioso, él cual nos observa desde la mesa junto a las amigas de mi chica que se ríen tontamente.

Miré por encima de mi hombro, Eduardo parecía intentar matar a Marco con la mirada, di gracias a Dios porque la bruja fuera yo y no él, porque quizás lo hubiese conseguido. Escuché que Marco me susurraba *“Démosles algo de qué hablar”* pero me importó poco, lo agarré de la mano y lo volteé antes que me besara. Lo halé hacia la pista de baile y empecé a moverme al ritmo de la música, también lo hizo él, en unos minutos ya estábamos rodeados por mis amigos, bailando y riendo, todo hasta que Claudia hizo un comentario inoportuno que me llevó a la

realidad.

- Podría hacer esto todo el verano – dijo mientras se guindaba al cuello de mi hermano, probablemente con unas bebidas demás – ¡Bailar hasta que el cuerpo aguante!

- Podrán hacer eso todo el verano – dije mientras me acercaba a la mesa para sentarme, había bailado dos horas seguidas, el grupo me siguió – *Ustedes*.

- ¿A qué te refieres con eso, amor? – Dijo Marco, claramente no valorando su vida, mi hermano lo miró con odio.

- Iré a un campamento – le quité el Whisky a Eduardo y me lo tomé de un solo trago – por dos semanas.

- ¡Dos semanas! – Chillaron mis amigas.

- ¿Un campamento? – Exclamó Marco con el ceño fruncido.

Les expliqué brevemente lo del campamento – lo poco que sabía, realmente – y que ese domingo me iría, Ed y Lisa se habían ido a bailar – ellos ya sabían – Claudia seguía pasándome bebidas con altos niveles de alcohol y Charlie y Tasha me veían confundidas, ellas sabían lo mucho que yo odiaba los campamentos.

Cuando iba por mi tercera copa de una bebida dulce y fucsia, Marco me la quitó de la mano y me arrastró a la pista de baile; el mundo parecía más inestable que hacía un rato, los colores y el humo confundían mis sentidos, oía los insultos molestos de las personas con quien tropezaba, pero no me importaba mucho, le sonreía a la silueta de Marco que iba caminando delante de mí, su mano era lo único real. Me dio una vuelta y empezamos a bailar, yo ahora más libre y con menos inhibiciones me contoneaba junto a su cuerpo, él, entre risas y besos, me mantenía al borde, susurrando que mi hermano nos veía y que probablemente se le quería echar encima.

- ¿¡Y a quién le importa!? Le ganarías en un mano a mano – le dije mientras lo abrazaba, él hundió su cabeza en mi cabello, luego tomó una de mis manos y la puso en su hombro, la otra firmemente tomada por él. Empezó a mecernos como si bailáramos un vals.

- Los bailes lentos y viejos – me arrimó más a su cuerpo, su pelvis rozando con la mía – están sobreestimados, ahora no entienden que es la situación perfecta

para acercarse a una dama, ponerla cerca de tu cuerpo y murmurarle mil secretos a su oído – a medida que hablaba iba haciendo lo que decía – escurrir tu mano por su espalda y llegar a donde su ropa se divide – deslizó su mano helada por debajo de mi camisa, enviando choques eléctricos por todo lo que tocaba – intentar hacer lo que has querido desde aquel momento en que la viste...

Se estaba inclinando hacia mí para besarme, pero su mano también lo hacía, dirigida a mi trasero, y yo no me quejaba; sólo me derretía con la dulce melodía de su voz, cuando sus labios recién rozaban los míos un puñetazo salió de algún lado y le dio directamente en la barbilla, Marco se alejó sorprendido y tanteando por sangre, por suerte no había ninguna, cuando me volteé estaba Eduardo con la cara de un toro enfurecido.

- ¡Pero qué haces!? – Le grité y fui a ver como estaba mi novio, mi hermano me haló del brazo.

- ¿Qué hago yo? ¡Evito que se aprovechen de mi hermana borracha! – Aunque ya no me sentía de esa manera.

- ¡Que troglodita eres, casi me golpeas a mí! Y Marco no hacía nada que no me gustara – una expresión de asco cruzó la cara de mi hermano – debes mantener tus narices en tus propios problemas.

- Déjalo, Alex – Marco estaba a mi lado, tomándome por los brazos, fuera del alcance de Ed.

- No la toques, pervertido – dijo mi hermano mientras alzaba el otro puño.

- No vas a seguir golpeándolo – le dije mientras miraba como el club nos observaba, todos, desde sus mesas o desde la pista de baile tenían la mirada enfocada en nosotros - ¡Harás que nos saquen de aquí!

- No debí permitir que viniéramos en primer lugar ¡Más que una niña en cuerpo, eres una enana de mente!

Eso fue todo lo que faltó, aunque probablemente las muchas copas de la noche me hubiesen influenciado también, le lancé un golpe a la cara a mi hermano y luego lo miré con odio. Tanto odio.

Sentí como la fuerza, el poder y la electricidad se aglomeraron en mis ojos, mis ojos ardían con ellos y de repente lo enfoqué en mi rubio hermano. No sabía

qué vio visto en mi mirada, pero luego vi el miedo reflejado en la suya y supe que estaba haciendo magia. Y supe que lo lastimaría. Y supe que no me importaba, estaba cegada por la rabia.

Así que le lancé esa bomba de odio.

Con lo que no contaba era con que rebotara en él.

Si, después de que dejara la bomba ir, mi hermano se irguió y fue como si un escudo lo protegiera, fue imposible para mí detener el impacto de mi propio odio. Volé sobre dos mesas y al caer no me dolió, pero me dolería en la mañana, lo sabía, en un instante estaba mi grupo de amigos rodeándome, Marco me ayudó a levantarme.

- Alex, es mejor que nos vayamos – me dijo Elisa.

- Tranquila, yo la llevo – respondió mi novio por mi después de revisar que nada sangrara, mi hermano intentó acercarse – si le pones otro dedo encima – el tono de Marco destilaba impotencia – te parto la cara, cuñadito.

- Es mi hermana esa que llevas ahí – dijo Eduardo señalándome.

- Si, pero tú acabas de empujar a tu hermana por encima de una mesa – *¿Empujón? No se sintió como un empujón, no uno físico de todas maneras* – y no permitiré que le hagas más daño.

Marco me cargó y me sacó del club – probablemente dándole una vista completa a todos de mi ropa interior de abuelita – me depositó en el asiento del copiloto de su Mercedes y arrancó como si el diablo le pisara los talones, después de un rato de ver la ciudad yo seguía sin decir nada, él ya había bajado la velocidad.

- ¿Estás bien? – Preguntó con cautela.

- Eduardo no me empujaba así desde que teníamos ocho y mi abuela había hecho galletas con triple de chocolate – me reí, culpé a los efectos del alcohol. Marco rió conmigo.

- Me alegro que estés bien, preciosa – esperó un rato y luego habló de nuevo – ¿Sabes que realmente no iba a agarrarte el trasero, verdad?

- Claro – dije yo sarcásticamente, luego lo miré y vi que sus ojos eran serios.

- De verdad no iba a hacerlo, Alex, solo te iba a tomar de la cadera para tenerte más cerca – un semáforo se puso en rojo y él aprovechó para mirarme y tomarme de las manos – verás, cuando estoy cerca de ti no puedo evitar quererte cerca, es como si el calor de tu cuerpo me mantuviese vivo, como si estando a tu alrededor me sintiera invencible. Nunca quise que tú o tu hermano pensarán mal, te dije que iba a llevar las cosas con calma y eso pretendo hacer – besó los nudillos de mis dedos, uno a uno mientras los carros nos tocaban corneta y pasaban a nuestro lado insultándonos, el semáforo se había puesto en verde – junto a ti siento que tengo todo el tiempo del mundo.

Sonreí y me acerqué para besarlos, dejando atrás los sonidos de los carros, perdiéndome en sus labios, en el fuerte aroma de su piel y en sus ojos cerrados. Después de eso, tuvimos una charla insignificante y antes que lo supiera, mi acompañante se había pasado la entrada a mi urbanización.

- Schumacher, te acabas de pasar la entrada.

- No si no vamos a tu casa, hermosa – me sonrió con picardía y siguió conduciendo, se metió por un camino de tierra en el cual yo no podía ver nada, pero él manejaba como si supiera el camino de memoria – hemos llegado.

Musitó a la vez que estacionaba el carro, al frente se veía una hilera de árboles, me ayudó a bajar y luego me montó en su espalda, mis piernas rodeando su cintura, mis brazos su cuello, mi cabeza enterrada aspirando el divino olor a vainilla de su cabello. Me llevó así a través de los árboles y por una pequeña colina, cuando escuché su voz de nuevo estaba medio dormida.

- Dormilona, hemos llegado – me bajé de su espalda y vi un claro aparecer ante mí, las flores de mil colores parecían dar la bienvenida a los dos enamorados que veían la luna – iba a traerte aquí mañana, pero supongo que no te dejarán salir porque el domingo tienes que madrugar. Aun no puedo creer te vayas tan pronto – había dolor en su mirada.

- Regresaré antes de que lo hayas notado.

- El problema es – se acercó a mí y me tomó de ambas manos – que ya lo noto, Alex.

Volvió a tomarme como lo había hecho en el club, antes de que Ed lo

golpeará en la barbilla – de lo cual, sorprendentemente no tenía ningún rasguño ni moretón – y nos movió con música que solo existía en su cabeza, mis labios se quemaron por el roce continuo de los suyos, un fantasma de luna bailaba entre las nubes al ritmo que imponíamos nosotros, los árboles se mecían con cada vuelta que él me daba, sus brazos me cobijaban del viento amenazador. Todo era tan perfecto, tan maravilloso, tan... Irreal.

- Casi podría decir que es un sueño – murmuré mientras apoyaba mi cabeza en su pecho.

- ¿Sabes qué es lo mejor? – Negué con la cabeza – que no lo es.

- Tienes razón – sonreí.

- Alex, como me vas a hacer falta – lo encaré.

- Es muy poco tiempo.

- No lo entiendes, mi amor – impulsó mi mentón con su mano – cuando te conocí, encontré mi obsesión: Eres tú. Tu cabello, tu nombre, tus ojos, tus sonrisas. Toda tú ¿No puedes verlo? Encontré a una niña hermosa a la cual querer, y que por alguna razón, parece quererme también.

- Yo aun no entiendo cómo me quieres tú a mí – le di la espalda y apoyé mi cuerpo en su pecho – a una niña extraña con amigas y familia que parecen sacados de un manicomio – él se rió.

- Te quiero – me abrazó por la cintura, apretándome fuerte contra él – por el juego de colores que conforma tu cuerpo, por el marrón de tu cabello y el verde de tus ojos, que me recuerdan todo lo vivo y la naturaleza, por el blanco de tu piel y la paz que le trae a mi ser, por el rosa de tus labios que cambia a carmesí cuando deo besarlos, tu cuerpo es un juego de colores sorprendente que no me canso de descubrir y que jamás pensaría en dejarlo; es un juego porque no sé si gane o pierda, pero eso no me limita a jugarlo.

Estuvimos así un rato, bajo la luna, abrazados. Incluso las palabras sobraban, era uno de esos momentos donde está bien no decir nada. Lo último que le escuché decir cuando me dejó en el umbral de mi casa fue algo que me dio mucho para soñar y me llevó más allá de las nubes.

- ¿Sabes, Alex? Quizás sea muy apresurado – buscó mis ojos – pero lo más

probable es que me haya enamorado de ti – me dijo mientras me miraba, expectante.

- En ese caso, Marco, quizás yo pudiese estar un poquito enamorada de ti, también.

Él se fue a dormir con la esperanza de un romance correspondido, yo lo hice pensando en los besos que aun no le había dado.

Capítulo 20, El campamento.

El domingo había llegado más rápido de lo que había esperado, me levanté temprano gracias a la estúpida alarma que se encontraba en la mesa de noche de mis padres. No me miré al espejo – supuse que mi reflejo me deprimiría más de lo que ya estaba – ni me cambié antes de bajar, mi pijama azul cielo lucía opaco a como se veía el cielo real, la noche anterior había soñado con tener un cielo gris y un ambiente tan tétrico como mi estado de ánimo, para mi sorpresa, el día había sido exactamente lo contrario.

Al abrir la puerta del cuarto Campanita salió disparada hacia las escaleras, mientras yo apenas me apoyaba del pasamano ella posiblemente ya estaba en el jardín; me dirigía al comedor, pero al notar que no había nadie fui a la cocina, para mi sorpresa, no encontré a mi padre haciendo el desayuno – como siempre lo hacía – ni a mi madre regañando a Eduardo por bajar a Fonteiús a la cocina – otra parte de la rutina de los domingos – en cambio estaba Gretel, solamente Gretel con su uniforme limpiando un vaso.

- Gretel, ¿Dónde están mis padres y mis hermanos? – Mi voz no era nada cordial, Gretel volteó a verme enfurruñada, odiaba la falta de cortesía.

- Buenos días, Señorita Soriani – dijo recordándome los buenos modales – sus padres salieron después de una llamada del Señor Max. Su hermano Eliot fue con ellos, el joven Eduardo aun duerme ¿Le preparo el desayuno, Señorita?

- No gracias, Gretel, subiré a mi habitación a terminar de recoger mis cosas y a cambiarme... ¿Le podrías decir a Luis que suba por ellas en 10 minutos? – Mi cortesía me importaba un comino – por cierto, cuando me vaya no dejes a Campanita entrar a mi habitación y deja que juegue un rato en el jardín todos los días.

- Si, señorita – sin más ni menos me fui a mi habitación, tenía ya todo listo, pero necesitaba cambiarme y terminar de aceptar que mi familia no me despediría.

Al entrar a mi cuarto – ignorando mi rabia – la sentí vacía, como aquel día invernal que mi abuela desapareció. Al ver de nuevo ese recuerdo no pude evitar

sonreír maliciosamente, ¿Quién iba a decir que gracias a mi abuela me perdería las mejores vacaciones de mi vida y en cambio iría a un campamento? Mientras me desvestía puse a llenar la bañera.

- Es temprano – me dije, como si alguien necesitara una explicación. Desde hacía un tiempo hablar en voz alta, sin haber nadie, se había vuelto increíblemente normal – tan temprano.

Puse mi reproductor de música y quedé en ropa interior, me paré frente a las puertas de madera de mi closet y vi que a pesar que había puesto bastante ropa en las maletas, quedaban suficientes prendas para vestirme por un mes completo.

Decidí usar algo que acompañara a mi ánimo de ese día: Pantalones negros anchos, una camiseta blanca, un suéter holgado negro con una calavera blanca en la espalda, botas de combate – estas últimas las había usado en el Halloween pasado al disfrazarme de Frankenstein – y para terminar: Unas hermosas Ray-Ban negras que hacían juego perfecto con dos brazaletes de cuero que había puesto junto a todo lo demás en mi cama, sin mencionar la perfecta manicura negra que me había hecho cuando mi mamá me llevó al salón, le daba un toque sutil a esa nueva combinación. Al ver mi nuevo modo de vestir me sentí realizada, al fin algo iba con mi humor de muerte.

De último momento decidí llamar a Elisa, necesitaba decirle que ya iba de salida y que no volvería a saber de mi hasta dentro de dos semanas; una de las condiciones de mi padre para que cumpliera la palabra de mi abuela era que no llevara ningún artefacto tecnológico que me distrajera, Elisa se había molestado por ello, porque no podría saber nada de mí y mis avances mágicos en tanto tiempo; yo estaba más dolida por las noches que iba a pasar sin hablar con mi hermoso novio.

Empezó a sonar una canción muyailable en el reproductor de música y empecé a danzar en ropa interior por toda mi habitación, había pasado gran parte de la canción cuando tocaron la puerta, me cubrí con un paño y apagué el reproductor, hablé a través de la puerta.

- ¿Si, diga?

- Señorita Soriani, es Luis, vengo por sus maletas.

- Ok, Luis, puedes entrar en cuanto oigas la puerta del baño cerrarse – en ese instante entré en el baño y aventé la puerta.

Poco después de cerrar el grifo, me amarré el cabello y me metí en la bañera, escuché a Luis entrando a la habitación y llevándose las dos maletas que ya había preparado. El tiempo que estuve en la bañera me la pasé meditando y relajándome, pensando sobre todo lo que había metido en los bolsos – shorts, pantalones, camisetas, suéteres – y en lo que podría necesitar que no fuera electrónico, relajándome porque realmente estaba muy estresada con el hecho de que no pudiese llevar nada de tecnología, ni que cerca hubiese un teléfono para avisar que estaba viva – o que los mosquitos me estaban comiendo viva – y para colmo mis padres y hermano se habían desentendido de mí, sin recordar que yo tenía que irme al campamento.

También pensé en el día anterior, como había llegado de madrugada a casa y mi mamá me había levantado temprano para irnos al centro comercial, como nos habíamos divertido eligiendo ropa y maquillaje, bufandas y gorros, la tarde que habíamos pasado en el salón, arreglándonos el cabello y las uñas, ella diciéndome los chismes del club, yo los de la escuela.

Tenía muchísimo tiempo sin compartir tanto con mi madre, antes de ayer aun estaba sentida con ella por haberme regalado a Campanita, y el hecho de que había empezado a querer a la perra pudo haber influido en el perdón a mi madre.

Después de llegar a casa, Marco me llamó y hablamos durante tanto tiempo que tenía ambas orejas rojas; y pensar que pudiese haber sido más si no fuera por Eduardo.

Mi querido hermano se antojó de decirle a mis padres que ya tenía nuevo novio y que el mismo quería meter sus manos bajo mi falda el primer día, que me alejó de él, me llevó a quien sabe dónde y me trajo casi al amanecer a la casa.

Mis padres se habían molestado tanto conmigo, tanto que me castigaron para cuando llegara del campamento y querían que Marco fuera a la casa para hablar con ellos. A solas.

- ¡Eres un imbécil! – Le había gritado a mi hermano.

- Al menos no soy una puta – me había contestado él.

- ¡Jamás me digas así, Eduardo!

- Al final eso es lo que eres – yo le di una cachetada, él me miró ofendido.

- Eres un chismoso desagraciado sin vida propia, por eso no dejas de meterte en la mía ¡No quiero que te me acerques!

Y con eso me había ido a mi cuarto, estábamos peleando en el suyo, yo lo había perseguido hasta allí después que mis padres me castigaran, lancé la puerta de mi cuarto tan fuerte que me conseguí otro regaño de mamá. Me había quedado dormida entre lágrimas.

- No pienses en eso... Sólo conseguirás enojarte más, relájate, Alex, relájate – me dije a la vez que hundía más mi cuerpo en el agua y cerraba los ojos, desvié mis pensamientos del campamento, mi hermano, mis padres y terminé pensando sin pensar.

Salí de la tina cuando ya estaba un poco arrugada, me vestí rápidamente sin mirar el reloj, me hice dos trencitas y desde la puerta vi como estaba abandonando mi habitación por un capricho de mi abuela; sin tiempo para melancolías, cerré la puerta con seguro y fui escaleras abajo.

En el recibidor me esperaban Luis y Gretel – no mi familia – con una hipócrita sonrisa en sus asustadas caras. Gretel no lo soportó mucho tiempo.

- ¿Nueva forma de vestir, Señorita Alessandra? – Dijo la señora mayor de ojos oscuros y cabello claro.

- Si, es nuevo ¿Te gusta? – Dije tirando de mi camiseta hacia afuera y pavoneándome como una niña pequeña.

- Es... Interesante – Me miraba de arriba abajo, al principio su falsa sonrisa cayó, pero cuando me miró a los ojos volvió a sonreír de esa manera tan ridícula.

Giré los ojos y me dirigí a Luis – Luis, creo que Gretel ya terminó de fingir su falsa admiración por mi ropa, ¿Podemos irnos?

Luis tenía tantas ganas de reír que sólo asintió con la cabeza y me abrió la puerta, mientras yo veía por el rabito del ojo como Gretel se coloraba cada vez más, creía que era por la rabia y no por la vergüenza.

Si, había sido un poco cruel, pero simplemente no soportaba que la gente no dijera lo que pensaba en realidad, ¿Qué ella no estuviera de acuerdo con mi traje? Pues bien, la que lo iba a usar era yo, no ella ¿Qué yo era la hija de su jefe? Si, lo era; pero mi papá no despediría a alguien únicamente porque yo quisiera... Bueno,

quizás lo haría, pero sólo si yo le presentara pruebas de que merecía ser despedido. O si lloraba.

El auto se puso en marcha cuando yo estaba divagando, la urbanización en la que vivía quedaba en los bordes de la ciudad, así que en menos de 15 minutos ya estábamos en la autopista. Desde mi asiento en la parte trasera del auto escuchaba a Luis reírse por lo bajo.

- ¿Pasó algo divertido, Luis? – Mi voz sonaba potente y fuerte, como sonaba muchas veces la de mi madre. Luis se enderezó de inmediato y aclaró su garganta.

- No, Señorita Soriani – toda la diversión desapareció de su voz.

- Vamos, ¿Me vas a decir que no te reías de Gretel? – Mi voz ya era la normal, suave, sencilla y con un tono sublime de malicia. Luis estalló en una carcajada y yo me reí de su risa, claro mi risa no se escuchó en ningún momento, Luis podría tener 25 años, pero su voz era increíblemente fuerte y grave.

- Su cara merecía una foto – me dijo aún riendo – creo que la Señora Gretel no había estado tan apenada en toda su vida, y créame ella tiene muchos años encima.

No respondí y Luis colocó un CD mientras manejaba, llevaba una media sonrisa que me hacía sonreír para mí misma y seguí mirando por la ventana. Cielo azul con esponjosas nubes blancas, verde y abundante vegetación, el sol oculto en una nube gigante, ese día tenía todas las cualidades para ser lo que medio mundo considera un buen día, pareciera que el cielo se estuviera burlando de mí y mi humor de perros.

Abrí mi bolso negro con calaveras – parcialmente nuevo, gracias a mi madre – y saqué el blog de notas que me había dado Elisa para que le relatara todo lo importante que sucediera, algo así como un diario que leeríamos cuando yo regresara, comencé a escribir sin parar sobre el viaje, de cómo Gretel se había quedado molesta, que mis padres no me habían despedido, pero de tan solo pensar en ello mi mal humor volvió; así que cerré el blog y lo devolví a mi mochila.

Apoyé mi cabeza en la ventana y comencé a mordisquear mi uña meñique negra, intentando no pensar en ello. Empecé a buscar formas en las nubes; al principio fue genial, encontré lunas, gatos, leones, dragones y un sinfín de formas, pero ya después de un rato, una nube en especial me llamó la atención, tenía forma de máscara china, los ojos estaban entrecerrados con una mirada maliciosa-

lujuriosa y la boca completamente abierta mostraba que todos los dientes eran filosos como cuchillas; estaba a punto de salirme por la ventana para verla mejor cuando una nube de tierra se posó sobre la misma.

- ¿Y este camino de tierra, Luis?

- Es parte de la ruta, Señorita – seguimos así por un trecho, luego Luis me habló de nuevo – hemos llegado.

Mire mi reloj, eran las 10 de la mañana, el viaje había durado 4 horas y a mí me habían parecido 15 minutos. El camino era rústico y cuando la nube desapareció observé una enorme casa de dos pisos – completamente de madera – que llevaba un cartel de bienvenida, a su lado se veía un hermoso lago con kayaks en la orilla y un pequeño muelle, había un solo carro frente a la inmensa cabaña, un *pallio adventure locker* azul y a su lado estaba una *Ducati Superbike 1198* negra con detalles rojos, la conocía porque era la motocicleta que mi hermano había rogado para que le compraran, la misma que mi padre había dicho que jamás compraría, que le daría el carro que quisiera, pero una moto no. Era por eso que Eduardo todavía usaba el chofer de la familia, por terquedad y por no querer ceder ante mi padre. Estaba decidida a seguir inspeccionando todo con lujo de detalles, ¡Pero recordé que yo tenía que haber estado allá a las 9!

- Luis – grité – ¡Voy tarde! ¡Me van a matar! ¿Puedes frenar y luego te estacionas?

Luis frenó de golpe – por poco me pegué con el asiento delantero – monté mi mochila en el hombro y salí corriendo hacía la gran estructura de madera. La puerta chilló cuando la empujé, toda la rústica casa se veía vacía, decoración simple de verde y marrón estaba por todos lados, los muebles, las cortinas, etc.

Cerré la puerta, quedando adentro, y todo quedó en absoluto silencio. Caminé un poco por la inmensa sala que me recibía y al ver un pequeño pasillo logré escuchar lo que parecían ser susurros, me adentré por allí y quedé en frente de una puerta con una mini ventana hacia adentro, me asomé y vi lo que parecía ser un salón de clases, estaba un señor frente al pizarrón, vi a dos chicas sentadas en frente de él.

El señor de cabello blanco volteó a verme – como si supiera que yo estaba allí – dijo algo a la clase y se dirigió hacia la puerta, yo estaba completamente petrificada cuando él la abrió. Dentro del salón el señor parecía mucho más grande

que yo, pero al verlo tan cerca observé que era de mi tamaño – o un poco más pequeño, sus ojos eran de un intenso marrón oscuro.

- ¿Alessandra Soriani? – Preguntó con voz segura y grave.

- S... Si – yo no respondí tan bien.

- Mucho gusto – tomó mi mano derecha entre las suyas – Yo soy Arturo Da Silva, pero me puedes decir Arturo, soy director del campamento y un antiguo amigo de su abuela, mi más sinceras condolencias – antes que pudiera decir algo me haló hacia el salón y me paró frente a unos ocho o nueve adolescentes – chicos ella es Alessandra, ha llegado tarde porque estaba viendo unos detalles en la cocina, ella va a ser la ayudante del cocinero y, bueno, parcialmente la cocinera.

Antes que pudiera siquiera respirar – o ver a las personas que estaban allí – me encontraba de nuevo mirando a Arturo, no con cara estupefacta – eso arruinaría la hermosa mentira que cubría mi retraso – sino con complicidad. Me giré hacia el grupo de personas que estaban frente a nosotros y no estaba preparada para lo que vi.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, lo reconocí incluso sin haberlo visto nunca antes.

Estaba sentado en el marco de la ventana con perfecto equilibrio, leyendo un libro sin título de portada negra, importándole poco lo que pasaba a su alrededor.

Sentí como mi cuerpo perdía fuerza mientras lo miraba, pero lo ignoré, él recostado de esa ventana de madera lucía especialmente hermoso, una de sus piernas colgaba fuera del marco mostrando botas de cuero negras, su pantalón negro le cubría todo hasta el tobillo, una camisa negra con cuello en V cubría su pecho, sus grandes manos sostenían el libro – uno muy nuevo a juzgar por el color de sus páginas, que eran prácticamente amarillas – de su cuello colgaba un cordón negro que se perdía dentro de la camisa, su tez tenía un color suculento, blanco, pero no pálido y sin caer en bronceado, sus perfectos labios rosados estaban sellados y sin expresión especial, nariz perfilada, los pómulos altos, una estructura facial digna de un querubín, sus ojos estaban ocultos detrás de unos lentes de sol negros que no me permitieron ver su color. Aunque seguro serían hermosos también. Su cabello no era para nada rizado, era liso y un tanto ondulado, como una cascada castaño oscuro con destellos dorados, iba desde sus cejas hasta la parte más baja de su cuello.

Sentí como mis rodillas cedieron y mi vista se despegó de aquel hermoso muchacho para estar a punto de encontrarse con el suelo. Escuché lo que parecieron ser unos chillidos de los que estaban en la habitación y de repente estaba a fuera de la cabaña, a una distancia no muy lejana ya que podía ver todo lo que pasaba en la habitación donde me encontraba antes, por lo visto, me había desmayado y un chico de camisa negra – y espalda grande – me había agarrado antes de que llegara al suelo, el Señor Arturo estaba a mi otro lado – en la cabaña – y el chico de la ventana me estaba mirando fijamente, no a mi yo de la cabaña, sino a mi yo de afuera de la cabaña.

A mi proyección astral.

En un parpadeo aparecí de nuevo en la cabaña, abrí los ojos y me encontré con un dios griego sosteniéndome, piel morena, ojos almendra, labios carnosos sin pasar a ser grotescos, cabello negro como azabache, y a juzgar por cómo se veía era liso y sedoso, él estaba tan cerca de mí que sentía su respiración en mi cara. No me molestó. Me estremecí en sus fuertes brazos con el sonido de su voz.

- ¿Estás bien? – Su voz era varonil, pero suave, grave pero no ruidosa. De un momento a otro se me había olvidado cómo hablar. Quería decirle algo como: “*Si, estoy perfectamente bien, sobre todo aquí en tus brazos*”, pero nada salió de mi boca, al ver que yo no decía nada, hizo que me sentara en el suelo, me estiró las piernas y tomó mi mano derecha entre las suyas, él era cálido, su piel era suave como una almohada de plumas.

- ¿Alessandra, estás bien? – Uh, esta no era su voz. Volteé la cabeza para ver a el señor Arturo agachado del otro lado ¿Cuándo había llegado allí?

- Eh, sí, estoy bien – *Definitivamente no dejaré de tomar mi desayuno*, pensé.

- ¿Giuseppe la podrías ayudar a levantarse? – ¿Giuseppe? ¿Quién era Giuseppe?

- Claro, Arturo – volteé para ver a el dios griego levantarse, ¡Y sí que era un dios griego! Su camisa gris estaba completamente ceñida a su cuerpo, parecía que los sus músculos iban a reventar la camisa en cualquier momento, estaba usando unos pantalones claros y zapatos blancos, sonreí al pensar que estábamos completamente des-combinados.

El dios griego se llamaba Giuseppe. Extendió su mano ofreciéndomela y la tomé sin siquiera pensarlo, tiró de ella con suma suavidad y sin mostrar ningún

esfuerzo me levantó del suelo. Me bamboleé un poco cuando me paró y él enseguida me tomó con su otro brazo, cuando me estabilicé me soltó y se paró a mi lado izquierdo de forma protectora.

- Grr.. Grac..- Intentaba decirle un simple "*Gracias*" ¿Qué era tan difícil?

- De nada, linda – mientras lo decía guiñó un ojo y esbozó una sonrisa. Oh-Mi-Dios esa era una buena, hermosa y alegre sonrisa. Dientes perfectamente blancos y alineados enmarcados por esos hermosos labios rojizos.

- Muy bien, Alessandra, como ya ellos se presentaron y se conocieron te daré solo sus nombres y luego tú hablas con ellos ¿Si? – Aparté mi mirada de Giuseppe y le asentí al señor Arturo.

Comenzó de derecha a izquierda, mientras él iba señalando las chicas, yo iba tomando notas mentales para acordarme de ellas.

- Ella es Adriana – cabello negro ojos oscuros, muy pálida.

- Karelia – cabello marrón rizado, ojos oscuros, al parecer de familia árabe, piel morena.

- Ana – cabello liso marrón oscuro, ojos almendrados, medio amarilla y achinada.

- Y Siddhartha – su color de cabello era rubio platino y era completamente liso, sus ojos eran grises como el mercurio, era alta y estaba parada como un militar, desde lejos sabía que ella era rusa, de la mafia rusa quizás.

Con los chicos comenzó de izquierda a derecha – por la parte de los chicos tenemos a Giuseppe – ¿Más notas mentales de él? ¡Imposible! Giuseppe me regaló una sonrisa que me derritió.

– Félix – moreno, ojos oscuros, cabello negro.

– Julio César – blanco, cabello castaño, ojos aceituna.

– Petter – bronceado, cabello oscuro, ojos marrones

– Y...– dijo Arturo, pero el chico lo interrumpió, incluso antes que él hablara sabía cómo sonaría su voz: pretenciosa, seductora. Él no se había movido ni medio

milímetro cuando yo me desmayé, seguía en esa posición imposible en la ventana.

- Ángel, mi nombre es Ángel.

Afirmó con una voz presuntuosa, suave, varonil, casi táctil. Terminó esbozando una sonrisa de medio lado que me derritió el alma, en ningún momento despegó los ojos del libro que estaba leyendo, dándole poca importancia a lo que le decía Arturo, a pesar que él lo había interrumpido.

Fue mucho mejor de lo que pensé.

Cuando pronunció su nombre, sentí que lo decía con ironía, como si su nombre fuera exactamente la antítesis a lo que él era en realidad. Antes de que Arturo dijera algo, Ángel se quitó los lentes de sol, levantó los ojos y me miró fijamente. Sus ojos azules como el cielo me helaron desde la primera vez que los vi, eran como diamantes claros que resplandecían con el reflejo de la luz solar, sentí que el brillante cielo de hoy había sido opacado cuando él elevó la mirada.

- Gracias por el teatro, Ángel – ¡Un ángel diría yo! Pensé en eso mientras me reía por lo bajo. *Creo que mi abuela me envió a un campamento de modelos* me dije – Bueno, Alessandra, siéntate donde quieras mientras termino de explicar de qué va el campamento.

Las chicas de un lado y los chicos del otro, en el medio Ángel y Siddhartha ¿Debería meterme ahí?... No, gracias. Me senté cerca de Adriana para evitar babear o soñar despierta y perderme de lo que diría Arturo, traté de no mirar a Giuseppe o a Ángel.

- Muy bien, chicos, ahora que estamos todos les hablaré del por qué estamos aquí, como ya saben este campamento se llama “Campamento Alegría” y eso es lo que harán con sus niños, transferirles alegría... Ustedes son 10, 5 chicas y 5 chicos, cada uno tendrá su propia cabaña donde dormirá con 9 niños o niñas, las cabañas tienen duchas internas y externas, ellas...

- ¿Hay agua caliente? – Todos voltearon a verme como si la respuesta fuera obvia.

- No me interrumpas, Alessan...

- Alex – Arturo me miró con animosidad – lo siento – dije encogiendo los hombros.

- No, Alex, no hay agua caliente – hice ademán con la mano para hacer otra pregunta – Tampoco hay televisión, radio o computadoras y ni siquiera pienses en conseguir señal para el celular – encogí mi mano a medida que iba hablando ¡Su tono de voz era más que irritado! ¿Dónde había quedado aquello de “Campamento Alegría”?

- *Princesita* – escuché a lo lejos, volteé a ver quién era, resulto siendo Félix diciéndole a Petter que le hacía señas con la mano para que se callara.

- Bueno, bueno, como les seguía diciendo, tendrán una cabaña para cada uno junto a sus nueve niños, los pequeños tienen edades entre 7 y 10 años, cuídenlos como si fueran sus hermanos pequeños, sus hijos... En las cabañas van a encontrar una camisa de un color que los identificaran como líderes de las tropas, mañana cuando lleguen los niños inventarán un nombre para su grupo, el tema de este año son criaturas fantásticas y se les asignará un color a su cabaña – giré los ojos.

- De lunes a viernes deben planear actividades para sus chicos, los sábados y domingos yo llevaré a todas las tropas de caminata por la montaña o por el río, ustedes deben ir conmigo y estar pendientes que ningún niño se quede atrás, las actividades que tienen disponibles deberán reservarlas en esta cabaña como mínimo un día antes de usarlas, esas actividades las podrán revisar en su cabaña que estará anexa a una lista de sus futuros pupilos. El desayuno comienza a las 8 y termina a las 9, a las 13 es el almuerzo y termina a las 14h30, la merienda es a las 17 y termina a las 17h30, la cena es a las 20 y el toque de queda es a las 21.30, ¿Entendido? – Con tantas comidas esos niños regresarían como vacas a sus casas – una cosa más, sus cabañas han sido asignadas por el orden de llegada, intercalando entre chica y chico, pueden ir a verlas de inmediato, los veo a la hora del almuerzo.

Mientras todos nos preparábamos para salir del salón, y Giuseppe venía hacia mí, Arturo recogía unos papeles – Alex, necesito hablar contigo, ¿Te puedes quedar? – Giuseppe estaba prácticamente a mi lado, al oír la voz de Arturo sonrió de forma pícaro, me rozó con su brazo y salió sin decir nada.

- Uh, claro, Arturo – mi voz no sonaba para nada animada. Esperamos a que todos salieran del salón y él puso una silla en frente de mí.

- Te mandaron aquí para que conocieras a alguien, yo no soy ese alguien.

Hizo una pausa dramática, la puerta se abrió. No podía dar crédito a lo que

veían mis ojos: Era Jessica, la hermana mediana de mi abuela, la que había muerto hacía dos años.

- Hola, pequeña – dijo con su voz juvenil y tierna, nada acorde para su edad.

Al parecer, los muertos siempre hablarían para mí.

Capítulo 21, Viendo de más.

- ¡Esto no puede estar pasando! ¿Hasta cuándo me van a hablar los muertos?...

- Alex...

-... No es posible ¿Será que este es uno de mis poderes? ¿¡Veré muertos por el resto de mi vida!?

- Alex...

- ¿Estoy muerta de nuevo? Esto no parecía ser un sueño en la mañana cuando despert...

- ¡Alessandra! – Fue un grito de la ya-no-tan-fantasma hermana de mi abuela – no soy un muerto, no estás muerta, no hay nadie muerto aquí ¿Vale?

- Yo les daré privacidad – dijo Arturo mientras salía, obviamente abrumado por el predominio de estrógeno.

- Me parece bien, amor – dijo Jessica.

- Por cierto, Alex, antes de que lo olvide, tú tendrás a otra guía de compañera, es más joven que tú y estará asustada – vaciló un poco – más bien será como otra obligación, sus padres dan muy buenas donaciones al campamento y como ella ya no puede participar por la edad la he metido como guía. Espero no te moleste, llegará mañana con los niños – abrió la puerta, salió y volvió a entrar – ¡Ah! Casi lo olvido, Ángel es el jefe de cocina, en un rato irás con él al supermercado a comprar lo que van a necesitar. Tu cabaña es la última...

Estaba bastante segura que seguía hablando incluso después de que salió de la habitación. Miré de nuevo a Jessica, era la hermana del medio, entre mi abuela y Cloe, dos años menor que la primera, dos años mayor que la segunda. Tenía el cabello negro y corto, no le pasaba de la barbilla. Sus ojos verdes, tan similares a los míos, no dejaban de mirarme con felicidad. Una felicidad muy extraña. Era solo

un poco más alta que yo y me llevaba muchos años, pero aun así parecía tan joven...

- Disculpa, pero ¿Por qué estás tan feliz? – Le pregunté, tan extrañada como me fue posible.

- Oh, Alex, porque estás aquí ¡Porque has podido llegar hasta aquí! – Me dio un abrazo que no correspondí.

- A ver, Jess – le dije como lo había hecho hace dos años, antes de que muriera – ¿Me podrías explicar qué es esto? Ponme al día por favor, porque hasta donde yo sabía – la miré de arriba abajo – tú estás muerta. Sin ofender.

- Tranquila, cariño, no lo haces – vio mi mochila – ¿Qué traes ahí? A ver, creo que tu abuela debió haberte dejado una carta y vosotras habéis tenido un encuentro ¿No? Necesito que me cuentes todo.

Casualmente, en mi mochila llevaba la carta y una copia del testamento, curioso que ella lo supiese. Le dije de lo que había pasado con mi abuela, de Cole, de Cassious, de Diana, de la carta y de mis últimos eventos con la magia. Incluyendo el de hacía un momento.

- Tu abuela de verdad odiaba este mundo... ¡Pero es inconcebible que te dijera que fue un chamán lo que hizo posible esto! – Ella parecía bastante alterada – no lo creo, esa hermana mía nunca aceptó esto como debía, bueno no importa, no importa – dijo haciendo señas con las manos, como si borrara lo que había dicho – lo bueno es que estás aquí, que te entrenaré y practicaremos tus habilidades, que te enseñaré a protegerte... Porque lo vas a necesitar pequeña.

- Claro, eso me parece muy bien, pero – ella asintió, atenta – ¿Ahora me dirás como es que no estás muerta?

- ¡Oh! – Dijo como si lo hubiese olvidado – claro, claro.

Al parecer, decir las cosas dos veces era divertido para ella. Nos sentamos frente a la ventana, la luz resplandecía sobre su piel, la hacía ser parte de eso... Algo natural.

- Como bien sabrás, hace dos años tu abuela perdió a sus hermanas y esposo – yo asentí – bueno, no fue en un accidente automovilístico. La verdad, es que para entonces, nos habíamos reunido los cuatro para hablar de la situación, porque tú

estabas siendo bastante inquieta y la magia, literalmente, te brotaba por los poros. Sin embargo, cuando llegamos al punto acordado, hubo una emboscada. Un vampiro nos había seguido y avisó a los demás, tenían sospechas sobre la persona que les tenía que cumplir con el trato ¡Gracias a Dios que nos emboscaron antes de que empezáramos a hablar! Alexandros lideraba la persecución...

- ¿Alexandros? – Pregunté.

- ¿Recuerdas el hermano de Cassious? ¿El rey vampiro y todo eso? ¿El que tu abuela olvidó mencionar el nombre? Él es Alexandros.

- Oh – parecía tener sentido – ¿Alexandros? ¿De verdad!? ¿Y aun así mi abuela me quiso llamar *Alessandra*!? ¿Qué clase de broma retorcida es esta?

- Tu abuela – Jessica sonrió – siempre estuvo un poquito... Mmm... Digamos enamorada del gran vampiro malo, sólo que nunca lo admitió y por eso odiaba que yo saliera con Cassious.

- Si – ignoré la parte que afirmaba que mi abuela se había enamorado de un vampiro cuando ella me dijo que no confiara en ellos – ¿Cómo pudiste hacer eso?

- Él era un caballero hermoso – los ojos le brillaron – y desde el comienzo me trató espectacular. Siempre atento a lo que necesitaba y a hacer lo posible porque me distrajera del mundo extraño al que estaba siendo arrastrada, actuando también como un guía en ese aspecto, pues el pertenecía al mismo mundo.

- Wow – pensé en Marco y como aun sin saber había estado allí para mí – ¿Si era tan maravilloso por qué terminar con él? – Ella hizo una mueca de indiferencia.

- Luego me di cuenta que perseguía mi sangre o bueno – me señaló – tu sangre.

- Oh – dije sorprendida – supongo que es una buena razón para terminar con tu novio.

- Si la es, cariño – sonrió – ¿Dónde iba? ¡Ah, sí! La lucha comenzó casi de inmediato, él iba bien equipado: un gran ejército para cuatro personas, la verdad. Nos rodearon y atacaron, tu abuelo fue el que cayó primero, intentando defender a las damas a pesar de ser un mísero mortal – había nostalgia en su voz y en su expresión – siempre fue un hermoso caballero – sacudió la cabeza – lo que sea, después de que él cayó Cloe intentó ocultarnos, ella tenía este maravilloso poder

que era como un campo de fuerza y que, si ella quería, también era invisible. Pero los vampiros atacaron más rápido, y ella fue la próxima en caer. Recuerdo que le dije a tu abuela que se salvara, que alguien tenía que sobrevivir... Y me hizo caso.

Su mirada se perdió en el techo, como si la madera barnizada fuera muy interesante.

- Se fue y me dejó, ella gozaba de la proyección astral, sólo que lo había practicado lo suficiente como para poder, técnicamente, teletransportarse, así que desapareció. Créeme Alex, Alexandros no era conocido por ser piadoso, así que hice lo único que se me ocurrió, bueno, lo único para morir bajo mis propios términos y de manera rápida. Tomé una de las dagas que tenía en la manga de mi camisa y la clavé lo más cercano al corazón que pude. Ellos se fueron para dejarme morir.

- ¿Por qué se fueron y te dejaron a medio morir? – No sonaba como un plan inteligente.

- El suicidio, en muchas culturas y especies, es un acto honorable. Los vampiros creen y respetan ese acto – se acercó un dedo al labio – la verdad es que son criaturas de lo más interesantes, si su sed por la sangre no fuera tan grave como la de nosotros por el agua después de dos semanas en el desierto, serían unos buenos aliados. Son bastante apegados a los valores, el honor y esas cosas que hace siglos importaban.

- Claro – fruncí el ceño, pensando en la única vampiro que conocía, luego se me ocurrió otra pregunta – ¿Por qué no... Uh... Bebieron tu sangre?

- La sangre de las brujas es terriblemente ácida para ellos, cariño, los quema. Es como nuestro mecanismo natural de protección.

- ¿Entonces por qué hay tanta gente interesada en la mía!?

- Porque tú, pequeña Alex, eres la excepción a esa y muchas reglas más. Tu sangre es dulce para las criaturas mágicas, como caramelo rojo y líquido.

- Bueno – rodé los ojos – ¿Cómo sobreviviste a ese corte? – Ella sonrió.

- Arturo me encontró – se llevó la mano al pecho y se lo sobó – él vivía cerca y cuidó de mi hasta que estuve bien, el resto lo puedes suponer.

- Se enamoraron, casaron y vivieron feliz para siempre...

- Algo así, hasta ahora. Después de ese día he utilizado mi magia al mínimo, para no delatarme, delatarnos. Sabíamos que lo de tu abuela era cuestión de tiempo, así que me comuniqué con ella y tratamos de estar lo mejor preparadas para cuando llegara el momento.

- ¿Ustedes dos sabían que se la llevarían?

- Eventualmente, sí.

- ¿Por qué no pelear? – Estaba indignada.

- Mi amor, la nación vampírica es una de las más poderosas, con los sirvientes más fieles y eficientes, además, tú nunca fuiste registrada en el CIB, - recordé que eso significaba *Consejo Internacional de Brujos* – por lo cual no podíamos pedir ayuda.

- ¿Y por qué no estoy registrada allí?

- Porque es una prueba de que *existes* – suspiró – déjame explicarte, Alex, después de la noche en la cual el sacerdote vudú depositó la magia en Mel, averiguamos lo que pudimos. Al parecer eres parte de una profecía. El punto es que si los vampis te llevan ellos ganan una ventaja horrible sobre todas las otras criaturas mágicas, lo cual no es bueno para el balance. Por eso, cuando naciste, no te registramos – se golpeó con la mano en la frente – ¡Pero qué estúpida! No te he explicado lo del CIB, mira mi amor, cuando una bruja da a luz, tiene que registrar a su bebé, tanto si es mágico o no. Según el CIB, tu abuela solo tuvo un hijo no mágico, que tuvo dos hijos varones no mágicos. Fin del linaje. Ya que ni Cloe ni yo tuvimos esa posibilidad, y como ahora las tres estamos “muertas” es un caso sencillo.

- ¿Sencillo para quién? – Sentía que me atiborraba de información. Ella rió. Una risa aguda y chillona que me hizo pensar en los ladridos de mi perra.

- Lo siento, mi amor, es que estoy tan emocionada por verte que se me olvida que has tenido un largo viaje – mentira – y que necesitas descansar y desempacar – otra mentira, habría bastante tiempo – por lo cual te recomiendo que vayas a tu cabaña y organices todo – se levantó y me tomó del brazo para que hiciera lo mismo – dos semanas son bastante tiempo para lo que tenemos que hablar ¿No lo crees así?

- Yo... - comencé.

- ¡Por supuesto que no! – Se rió y me abrió la puerta – nos vemos mañana aquí a las seis de la mañana, los niños llegan a las diez, tendremos tiempo.

Me dio un beso en cada mejilla y un ligero empujón fuera del salón, luego cerró la puerta prácticamente en mis narices. *Que mujer*, pensé y caminé fuera de la cabaña principal y su decorado terrenal atrás, al salir por la puerta principal el dulce olor de la naturaleza me golpeó.

Había flores de todos los colores en las jardineras que rodeaban cada una de las cabañas, las cuales se extendían a la izquierda de la principal. Todas tenían una vista maravillosa del lago que resplandecía con los rayos del sol. Vi a Luis hablar con Arturo y luego se despidió con la mano, se metió en el carro y se marchó. Arturo se acercó a mí.

- Hemos metido tus cosas en tu cabaña. Bienvenida, Alex.

Y se marchó de nuevo. Caminé por el frente de las cabañas – que eran de buen tamaño, un solo piso, dos ventanas al frente y un par de escalones para subir a lo que era una pequeña terraza – donde vi a los demás guías, justo al lado de la cabaña de mando no había nadie, pero luego estaba Karelia, con su cabello rizado y alborotado, ya sus ojos no se veían negros sino verdes con marrón, vestía unos jeans desgastados y rotos en las rodillas, una camiseta blanca y una camisa azul encima de ella, estaba admirando el lago desde su cabaña, me saludó cuando pasé; yo hice lo mismo y sonreí.

Luego seguía la cabaña de Giuseppe, en la cual solo se veía su camisa gris por una de las ventanas frontales, parecía desempacar. Posteriormente estaba Ana, vestida con una camisa que parecía ser la parte superior de un kimono, con bastantes colores mezclados que hacían ver opaca su falda de algodón, parecía tener problemas para sacar una de sus sandalias de un pozo de lodo frente a la cabaña, Félix, vestido con unos jeans oscuros y una camisa de botones, la ayudaba.

Serán buenos vecinos pensé cuando pasé por la cabaña de al lado y no vi a nadie, debía ser de Félix. Seguía sonriendo cuando me encontré a la habitante de la siguiente cabaña, luego mi sonrisa se borró. Siddhartha estaba de pie frente a la cabaña mirándola como si fuera un enemigo o como si viera como transformarlo en una fortaleza, ella no me recordaba en nada al personaje descrito por Herman Hesse en la novela que lleva el nombre de la rusa, él era masculino, hindú y en sí

muy diferente a ella, me hacía pensar que sus padres siempre quisieron un niño y salió ella.

Me reí por lo bajo y me gané una mirada de odio de su parte, prácticamente corrí hacia la próxima cabaña, la cual estaba ocupada por Julio César, vestido con jeans azules y una camisa solo un tono más oscuro que el pantalón y los zapatos, él cual le gritaba a Petter, vestido con una horrenda camisa verde musgo, desde la terraza, ignorando completamente a una Adriana en vestido floreado que les gritaba a los dos que se callaran, desde su cabaña, en el medio de esos dos.

Y allí estaba, mi cabaña, la última, un poco más alejada de las demás, incluso el alboroto que Adriana, Julio César y Petter tenían armado se oía lejos; estaba más cercana al bosque y eso me brindaba paz, incluso la rama de un árbol jugueteaba en la ventana izquierda de la cabaña. Si bien había caminado mucho, había valido la pena. Salté los escalones y caí de frente a la puerta, giré la perilla y entré, el ruido de agua cayendo de la ducha me sorprendió.

- Hola – dije mientras lanzaba mi bolso sobre la cama más cercana a la puerta – Arturo me dijo que no llegabas hasta mañana, me alegro que pudieses hacerlo hoy.

No hubo respuesta, pero la ducha se calló.

- Yo soy Alex, seré tu compañera de cuarto y ambas seremos las guías de las niñas que llegan mañana – dije como si supiera mucho y este no fuera mi primer campamento. La puerta del baño se abrió y no salió una pequeña pre-adolescente.

- ¿Tú serás mi compañera de cuarto? Eso puede ser divertido – dijo Ángel con voz seductora que hacía que diversas partes de mi cuerpo temblaran.

Sonreía de medio lado, apenas mostrando los dientes. Me di cuenta de un par de cosas que no había notado cuando lo había visto en la cabaña mayor, tenía un piercing de plata en la ceja izquierda que le atravesaba el final de la misma y cada punta tenía dos cachitos. También tenía una perfecta barba rubia a ras de la piel, era una fina línea que salía de la patilla, le cruzaba todo el borde de la barbilla y llegaba a la otra patilla, no debía medir más de un centímetro de grosor y estaba tan bien cuidada que parecía una propaganda para afeitadoras. El cordón negro que antes se perdía en su camisa ahora estaba al descubierto, haciendo contraste con su pecho, resultó ser el diente de algún animal; debía de medir un poco más de tres centímetros, se veía afilado.

Con una toalla blanca pequeña se secaba el cabello, que por lo mojado se veía más oscuro aún, lanzó esa toalla a la cama que tenía más cerca y cruzó sus brazos sobre sus pectorales, fue entonces cuando me di cuenta de que sólo llevaba una toalla amarrada a su cintura. Me sentí tan colorada como si me hubiesen bañado con pintura roja.

- ¡Estás desnudo! – Fue lo único que dije, él levantó una ceja.

- No sé cuáles son tus hábitos para la ducha, pero yo me baño desnudo.

- ¡Estás desnudo! – Repetí, incrédula de que un chico estuviese completamente, ignorando la toalla, desnudo frente a mí.

- Que detallista– rodó los ojos y se volteó hacia un conjunto negro que estaba en la cama donde había puesto la toalla.

Tenía los hombros anchos y la cintura angosta, los músculos de la espalda se le marcaban cuando se inclinaba a agarrar la ropa y los zapatos. Los brazos también eran fuertes. Tenía el cuerpo necesario para saber que pasa gran tiempo en el gimnasio, pero, por alguna extraña razón, sabía que era más una cara bonita, que era tan inteligente y astuto como pocas personas. Cuerpo y cerebro ¿Qué más podía pedir?

No, no, no. Yo no puedo pedir nada, tengo a mi novio esperándome en casa, mi hermoso novio que no hace comentarios irónicos y cuyo cuerpo no me intimida me dije. Pero aun así, recordando a Marco, no podía dejar de mirar el cuerpo lampiño de Ángel, no tenía más que tres pelitos en el pecho, poco en las piernas, fuertes y tonificadas, y casi nada en los brazos.

- Sabes – dijo con una sonrisa lujuriosa mientras se volteaba para mirarme – usualmente no me importa que una chica me coma con la mirada, pero realmente me gustaría cambiarme.

- ¿Por qué te estás bañando en mi cabaña? – Dije con un grito cuando salí de la ensoñación que era su cuerpo y miraba fijamente al techo.

- Terminan de arreglar el baño de la mía, y Arturo dijo que estaba bien que usara la tuya, que tenías un asunto que resolver en la principal – empezó a deshacer el nudo de la toalla.

- ¿¡Pero qué crees que haces!?! – Grité de nuevo, él me miró con lo que,

suponía yo, era su versión de una mirada inocente, aunque solo parecía más delicioso.

- Cambiarme – dio un paso hacia mí – ¿Por qué? ¿Me quieres ayudar?

- ¿Cómo se te ocurre preguntarle eso a una linda y educada chica que acabas de conocer? – exclamé indignada.

- Yo jamás dije que fueras linda – sentí como la rabia arremolinaba la sangre en mis mejillas, él aun estaba con una sonrisa divertida en sus labios cuando salí de la cabaña y lancé la puerta.

¿Pero que chico tan insoportable! Me dije, mientras caminaba por la terraza y evitaba mirar por las ventanas ¿Cómo se atrevía a hablarme así? Era tan... Bueno, atrevido. ¡Y meterse en mi baño si quiera antes de que yo lo use! De seguro dejó un desastre y tendré yo que limpiarlo. Seguía insultándolo de mil maneras mentalmente cuando la puerta se abrió de nuevo, yo me presioné contra la baranda de las escaleras.

- Gracias por el baño – dijo a la vez que se ponía sus lentes de sol negros sobre sus ojos claros.

Había des-peinado su cabello y el mismo parecía bailar con la corriente de viento que había, se había amarrado una bandana negra con figuras blancas – que no se entendían – en la frente, echando su cabello hacia atrás como una barrera, lanzando puntas para todos lados, algo que debía lucir desastroso en él lucía hermoso. Él piercing de plata decoraba su cara como lo hubiese hecho cualquier sonrisa en la mía, vestía una camisa negra de algodón sin botones o estampados, solo un cuello en V poco pronunciado. Jeans oscuros, casi negros, desgastados y botas de montaña del mismo color. Otro pañuelo – pareja del de la cabeza – estaba amarrado a su mano derecha, salía desde la muñeca y se cruzaba por la mano. La actitud de chico malo completaba perfectamente su atuendo de, eh, chico malo. Nada similar a lo que había visto cuando él había salido del baño, con su piel blanca salpicada por el agua, sus músculos definidos cortando el aire, una expresión placida en su rostro, como si todo aquello solo hiciera alusión a su nombre, pues parecía un ángel cuando salió de la ducha.

- Espero no vuelvas a usarlo – dije, tan odiosa como pude.

- Oh, mira – me miró de arriba abajo – estamos combinados ¿Quieres ir a un toque conmigo?

- Yo no salgo con chicos maleducados o que me hayan insultado – hice una mueca y le saqué la lengua. Él camino hacia mí.

- Aparte de detallista, odiosa – se detuvo a dos pasos de mí – que maravilla.

- Y todo lo que te falta por ver – levanté una ceja, él cerró la distancia entre nosotros y quedó a solo unos pocos centímetros de mi cuerpo. Al parecer tenía una gran necesidad por el contacto físico. Yo temblé.

- No puedo esperar – tuve que subir la cara para poder mirarlo, esperaba encontrarme con esos ojos azules alucinantes, pero sus lentes oscuros me lo impedían, sonreía mientras se acercó a mi oído, yo me petrifiqué – No deberías necesitar que te diga linda para pensar que lo eres, *smukke*, pero si es tan importante para ti – hizo una pausa y respiró a propósito sobre mi hombro, prácticamente temblé de nuevo en sus brazos – pienso que eres increíblemente hermosa y que seguro tienes una personalidad aun más deslumbrante.

Me esquivó y saltó los escalones, empezó a caminar mientras yo seguía intentando que llegara sangre a mi cerebro para poder hacer una sinapsis neuronal decente. Cuando iba llegando a la cabaña de Petter me gritó – y yo seguía en esa vergonzosa posición.

- Nos vemos en una hora frente a la cabaña de mando para ir al pueblo – se volteó para verme y luego agregó – Deberías empezar a moverte si quieres llegar.

Acto seguido se escuchó una sonora carcajada, impregnada de malicia y diversión, una que usualmente me hubiese asustado, pero que viniendo de él me hacía respirar pesadamente. Entre a lo que sería mi casa por las próximas dos semanas y me lancé sobre la cama.

Dos semanas.

Dos semanas para enfrentar la magia, toda la historia de lo que en verdad pasó, sin mis amigas o mis hermanos, sin mi novio, pero rodeada de chicos igual de hermosos. Dos semanas para ver por qué demonios mi cuerpo temblaba cada vez que veía a Ángel y que iba a hacer con eso.

Iban a ser dos semanas jodidamente largas.

N. del A: *Smukke* significa “preciosa” en danés.

Capítulo 22, Curiosidad.

El calor abrasador del verano se hacía más presente a medida de que pasaban los minutos, Luis y Arturo habían llevado las maletas a mi cabaña y las desempaqué mucho más rápido de lo que había esperado, guardé el suéter en el armario junto al resto de la ropa y me quedé con mi pulcra camiseta blanca de tirantes.

La cabaña era bastante acogedora y más grande de lo que aparentaba, tenía cinco literas y una cama individual – la cual tomé – un par de cuadros pintorescos de la zona y mesitas de noche entre las camas. Todas eran de madera y tenían sábanas de algodón sin muñequitos, unicolores, sin embargo, todas en tonos pasteles y diferentes, le daba un aire divertido al cuarto.

El baño no era nada especial, era muy largo, pero no tan ancho, tenía cinco duchas divididas por cortinas – la del medio especialmente mojada y abierta – y un solo inodoro, azulejos decoraban toda la habitación, justo donde terminaban las duchas estaban tres lavados en distintos tonos de rosado, a su lado estaba un estante con toallas suficientes – o al menos eso esperaba – para todas las niñas durante el campamento, eran de distintos colores para que cada una tuviese un color. Combinaba con las camas. Asustaba un poco.

Con la maleta desempacada y a punto de salir para encontrarme con Ángel, me dieron unas ganas inmensas de ir al baño que fueron acompañadas por un mal presentimiento. Sólo con entrar lo comprobé, los días de niña habían llegado. Estaba pensando en cómo alcanzar mi bolso – el cual estaba en mi cama, demasiado cercano a la puerta – cuando tocaron la misma. Pensé que sería Karelia, quien se había pasado solo momentos antes para preguntarme si quería caminar el campamento con ella.

- ¡Pase! – Grité desde el baño, escuché como la puerta se abría y sentí los pasos livianos sobre la madera, debía ser ella – que bueno que llegaras, necesito un poco de ayuda aquí ¡Me ha llegado la visita y esto parece una escena de crimen! ¿Me harías el favor de pasarme mi mochila, la que está sobre la cama individual?

Lo solté todo de una sola vez, quizás para que no me diera tanta pena o

para no arrepentirme. Sentí como los pasos se hacían más fuertes y ya no estaba tan segura de que fuera Karelia quien había entrado, la puerta del baño se abrió solo un poco y una mano morena y musculosa se filtró, de ella colgaba mi bolso negro.

- Espero que lo que sea que esté en tu mochila te ayude – escuché la voz neutra de Giuseppe, sin burla o sarcasmo. Quería irme por el inodoro.

- Salgo en un momento – dije después de que mi garganta se descongestionara.

- Tómate tu tiempo.

Genial. Esto es simplemente genial. Pensé, tomé la toalla sanitaria de mi bolso y la ropa interior de repuesto, terminé de hacer mis cosas en el baño y cuando salí ya no estaba tan colorada como lo había estado cuando él entró.

- Hola – dije cuando lo vi mirando hacia fuera por una de las ventanas, se volteó con una sonrisa en los labios.

- ¿Encontraste al culpable? – Ahora que lo veía sin la confusión del desmayo, me di cuenta que sus ojos eran gris plomo, no almendrados. Parecía mucho más exótico de esta forma.

- ¿Ah? – Dije pensando en cómo demonios había confundido esos colores.

- El culpable – hizo señas con las manos – de la escena del crimen.

- Oh – pensé un poco – ¡OH! – Entendí de lo que hablaba y abrí los ojos – si, la naturaleza fue condenada a dos años de cárcel.

- Me alegra oír eso – él sonrió y nos quedamos así por varios minutos, luego se movió hacia la puerta – yo solo quería ver si te habías adaptado, si habías conseguido todo y si necesitabas algo, el primer año aquí suele ser algo duro.

- ¿Desde cuándo eres guía?

- Comencé hace dos años, solía venir aquí cuando era niño, cuando cumplí la edad para ayudar, me anoté.

- O sea que tienes... ¿Diecisiete años? – Pregunté.

- Dieciocho, se puede ser guía desde los dieciséis, por lo que tú eres una excepción a esa regla.

- Y a muchas más – él se rió – voy de salida, tengo que ir al pueblo.

- Yo voy a la cabaña de mando, te acompaño.

Cerré la puerta de la cabaña después que él salió. Giuseppe Racciatti, dieciocho años, había vivido toda su vida en Ladyview – la ciudad cercana al campamento – era descendiente de italianos, pero nunca había conocido ese país ni tenía una horrible nariz, iba a comenzar con el último año de secundaria y quería estudiar leyes, según él, tenía el promedio para ello. Se le iluminaban los ojos cuando hablaba de eso.

Me había preguntado que quería estudiar yo y cuando le dije que aun no sabía me miró tal como lo hacían mis padres cuando me hablaban de ello: con desaprobación y otra cosa que no lograba descifrar, por suerte Karelia se nos unió cuando pasamos frente a su cabaña. Ella era de descendentes árabes, cuando sus padres se separaron se vino con su madre a Ladyview, ella tan solo tenía tres años cuando eso pasó. La semana pasada había cumplido diecisiete, era porrista e iba a la escuela con Giuseppe, pero nunca se habían visto. Era su primer año en el campamento.

- ¿Vas a ir con Ángel al pueblo? –Preguntó Karelia, que había insistido en que la llamara K. Le dije que lo haría solo si ella no me llamaba A.

- Si, ¿Cómo sabes?

- Porque está recostado sobre el carro si tomara sol... O como si esperara por alguien – lo señaló.

Sabía que lo había visto hacia menos de una hora, pero su presencia seguía siendo igual de impactante. Estaba recostado de la camioneta azul, prácticamente acostado sobre el capo, tenía un pie apoyado en el parachoques y la camisa negra un poco subida, por lo que se podía apreciar un poco de sus abdominales – que estaba bastante segura, era lo que miraba K – con ligeros movimientos de cabeza, como si escuchara música, su piercing brillaba por la luz solar, mandando leves destellos al cielo. Por un momento pensé que saldrían fotógrafos de algún lado a hacerle una sesión. Casi como si supiera que lo estuviésemos viendo, volteó con una sonrisa irónica bailando en los labios.

- ¿Has necesitado ayuda para venir, *smukke*? – Se levantó, miró al cielo y luego a nosotros – al menos has llegado a tiempo.

- Ángel – Giuseppe me dijo al oído – suele decir la hora por la posición solar.

- Que conveniente – murmuré con un tono impertinente, de una forma u otra estábamos todos en la puerta del copiloto de la camioneta.

- ¿Vamos? – Dijo Ángel mientras se subía los lentes y los dejaba reposar sobre su bandana.

- Si, vamos – me abrió la puerta del copiloto – Nos vemos Giuseppe, K. cuando regrese puedes enseñarme el camp.

- ¿K? Si que haces amigas rápido – comentó cuando se sentó en el asiento del piloto y encendió el carro.

- No has parado de deducir cosas sobre lo que digo o hago y sólo me conoces de hace unas horas – lo miré mientras arrancaba el carro, él miraba al frente – eres extraño.

Salimos del campamento, poco después de pasar por el camino de tierra. Ángel bajó el vidrio.

- Algo apesta ¿No crees? – Dijo sacando la cabeza por la ventana, su cabello peinado hacia atrás por el viento se veía fascinante. No entendí como no se le cayeron los lentes ni se le voló la bandana.

- ¿Disculpa? – Dije yo extrañada. Como mucho olía a flores y árboles.

- Algo... Apesta, huele horrible ¿Sabes? – Dijo cuando entraba de nuevo al carro, en un movimiento súper sutil se pasó la mano por el cabello haciendo que este se quedara hacia atrás. Peinadamente despeinado.

- Yo no huelo nada, pero ¿Por qué no subes el vidrio para ver si es algo de afuera?

- Justamente lo bajé para que el olor saliera – lo miré con odio ¿Acaso había insinuado que yo olía mal? Que patán, lástima que estaba viendo hacia adelante cuando lo acibillé con la mirada. Era una de mis mejores miradas.

- No deberías hacer comentarios como el de la cabaña de mando – dijo después de un rato, volteé y vi que fruncía el ceño – en algún momento de estas dos semanas necesitarás la ayuda de tus compañeros y no querrás que ellos te tengan en baja estima – me miró rápidamente y sonrió – tu primer campamento ¿No es cierto?

- A menos de que cuentes acampar con mis hermanos en el jardín de la casa con la supervisión de nuestros padres, si – él rió y me hizo sonreír, su risa se escabullía por mi cuerpo y casi podía sentir que me tocaba. Casi.

- ¿Cuántos hermanos tienes?

- Dos, Eliot y Eduardo, los dos mayores, tan preciosos y sobre protectores como solo ellos podrían ser.

- No puedes culparlos – lo miré extrañada – también soy hermano mayor.

Él sonrió y siguió manejando mientras tarareaba una melodía que no conocía, llegamos en hora y media al pueblo. Ladyview era lo que las personas llamarían “pintoresco” para no insultar a sus habitantes. Tenía una sola calle principal y según Ángel allí no vivían más de mil quinientas personas. Una floristería, una panadería, un bar y “un” de cualquier cosa que puedas pensar menos un centro comercial. Lo que si tenía era un gran supermercado a sus afueras.

- Wow – dije mientras veía la gran estructura – ¿No que solo vivían mil quinientas personas?

- Es un mercado de productos al mayor, le sirve tanto a este como a los tres pueblitos que tiene cerca.

Era una estructura enorme que se alzaba cerca del bosque, el estacionamiento tan grande como el de un estadio de béisbol, los camiones incluso tenían una gran zona reservada. Se estacionó frente a la tienda y se bajó, empezó a bordear el carro y esperé. Nada pasó. Cuando me volteé para ver donde estaba me di cuenta de que estaba llegando a las puertas automáticas del supermercado. Increíble. No me abrió la puerta. Me bajé y aventé la puerta lo más fuerte que pude, él me esperaba en la puerta con una sonrisa de triunfador dibujada en los labios. No dijo nada, pero tampoco era necesario, esperó a que pasara y se situó detrás de mí.

Era sorprendente, pensé, cada artículo que había en mi casa o que alguna vez hubiese visto estaba aquí, en toneladas industriales, dividido por pasillos y secciones, si quería comprar un par de chupetas tendría que tomar un paquete de cincuenta.

- ¿Jamás habías ido a un supermercado, *forkaelet barn**? – Me preguntó.

- Nunca a uno tan... Enorme, me gusta lo grande, pero esto es exagerado.

- Lo grande siempre es mejor – se rió fuerte y viril, un escalofrío se escurrió por mi columna vertebral, cuando se marchó, aun riéndose, me di cuenta del doble sentido de mis palabras. Mierda.

- ¿A dónde vas? ¿No debemos comprar comida o algo? – Lo perseguí antes que me dejara atrás.

- Arturo hizo los pedidos que acordé con él hace una semana, nosotros verificaremos que nada falte y quizás podamos añadir algo – me dio una mirada, aun había rastros de risa en sus ojos – pero yo puedo hacer eso, anda a divertirte en los pasillos, *smukke* – se giró para marcharse, pero lo tomé del brazo, al tocarlo sentí chispas recorrer mi piel y retiré la mano de inmediato, él retiró su mirada. Espeluznante.

- Deja de llamarme así, no hablo ruso y pudieses estar insultando a mi madre o algo peor – dije entrecerrando los ojos, las comisuras de sus labios se levantaron en un intento de sonrisa que resultó ser inocente, supuse que era la sonrisa que le daba a su mamá cuando le decía que no era culpable. Si yo fuera su mamá, le creería.

- No es ruso, es danés. Nací en Dinamarca y vivo allá cuando no estoy aquí – dio un paso lejos – Y no insulto a tu madre – sonrió con los dientes, como si mi sugerencia hubiese sido lo más estúpido después de la nieve enlatada – solo te digo hermosa.

Se dio la vuelta y se marchó, dejándome tan apenada como en el momento en el que Giuseppe abrió la puerta. Era un asco con los idiomas, a pesar que hablaba inglés, español, francés e italiano, nunca podía entender en qué idioma me hablaban hasta que decían ciertas palabras que mi cerebro captara. Una vez estaba hablando con una señora en francés, hasta que llegó mi mamá y me dijo que ella me hablaba en holandés. No sabía quién estaba más loca, si la vieja o yo.

Comencé a caminar por los pasillos y me aburrí al instante, me hizo recordar el por qué sólo acompañé a mi abuela a hacer las compras una vez. Eran demasiados productos para la misma tarea y que aquí lo tuviesen en masa no hacía la diferencia, cuando llegué a la parte de los dulces mi estómago rugió, recordé que aun no había comido y que quizás lo hiciera en un largo rato, mantuve ese pensamiento alejado para que mis tripas no se alborotaran. Salí de ese pasillo prácticamente corriendo y me encontré buscando un paquete extra de toallas sanitarias, por si acaso.

Intentaba decidir si debía cortar el paquete y tomar uno, o si tenía que comprar los doscientos que me ofrecían cuando un silbido cortante y agudo llegó a mis oídos, me giré para ver a Ángel al final del pasillo, al otro extremo de donde yo me encontraba. Me lanzó una bolsa del supermercado que atajé más por reflejo que por cualquier cosa y levanté mi rostro para verlo.

- Pensé que los necesitarías, ya los pagué, es hora de irnos – comenzó a caminar hacia la salida mientras yo abría la bolsa y lo seguía. Era un paquete de toallas sanitarias. Qué lindo.

Nos subimos al carro después de que yo murmurara unas sorprendidas, pero sinceras gracias, él puso el carro en marcha, condujo hasta la ciudad y se estacionó frente a *Lean's*, un local donde servían hamburguesas y almuerzos rápidos.

- ¿Tienes hambre? – Le pregunté cuando cruzamos el umbral.

- No realmente, pero estoy seguro que en el campamento pueden escuchar el rugir de tus intestinos.

Me sonrojé de nuevo, lo cual parecía muy común alrededor de ese ser que no se callaba nada para sí mismo. El local era pequeño, pero estaba lleno, lo cual significaba que era bueno o que no había otro sitio donde comer. Preferí pensar que era bueno.

Tenía unos ventanales inmensos que daban a la calle, donde si pasabas podías ver a la gente comer, había una barra y taburetes para sentarse, también mesas y sillas un poco más apartadas, pero expuestas a las ventanas. Seguí a Ángel a través de un grupo que se aglomeraba para sentarse en la barra, nos sentamos en una de las mesas más alejadas de todo, cercana a los baños, las mesas eran de madera y las sillas cómodas, de cuero rojo-vinotinto, cuando noté eso me di cuenta

que las paredes estaban pintadas de beige y tenías detalles del mismo color, pero eso sólo era visible desde la mitad de la pared, la otra – la más cercana al suelo – era de madera. Era una linda combinación.

Una pelirroja que llevaba unos pantalones marrones y una camisa beige, su nombre – Paige – bordado en el mismo color rojizo, se acercó a atendernos. Era delgada pero tenía una nariz rechoncha, no para ese cuerpo. Sus ojos marrones se ocultaban detrás de unos anteojos grandes que hacían que su cara se viera pequeña y desproporcionada. Se sorbió la nariz y nos entregó dos menús. Ángel le respondió de inmediato.

- Quiero una hamburguesa *Rawr* con extra de tocineta, queso y carne, dos coca-colas y una ensalada capresa – dijo Ángel entregándole los menús a la chica, parpadeé hacia él y luego le asentí a la chica. Ella se marchó en dirección a la cocina.

- ¿Vienes muy seguido aquí?

- No, pero mientras estabas ocupada con la chica, pude revisar el menú, yo quería una hamburguesa así que busqué comida para ti. Supuse que una ensalada estaría bien

- ¡Yo no estaba juzgando a esa chica! – Dije, medio indignada, medio desconcertada que me leyera tan fácilmente, él sonrió disfrutando de mi incomodidad.

- Por favor, Alessandra, - mi cuerpo tembló al escuchar mi nombre pronunciado correctamente por sus labios – tu mirada era tan despectiva que hasta ella se percató – rodó los ojos y hasta ese acto tan mundano parecía diferente en él.

La chica llegó con las bebidas y Ángel le dio una sonrisa tipo soy-un-chico-malo-y-esta-sonrisa-va-a-tu-corazón-y-a-tu-ropa-interior, ella intentó sonreírle de vuelta, pero la baba no es un buen accesorio para ese tipo de sonrisas. Se retiró cuando vio que yo la miraba con fastidio.

- Increíble – dijo Ángel y se recostó en su asiento, se pasó las manos por los ojos y rió.

- ¿Qué? – Pregunté.

- Nada – rió de nuevo – es que si eso es lo que haces cuando sólo estás

almorzando con alguien que apenas conoces, no quiero ver lo que haces cuando es tu novio.

- ¿Hacer qué? – Mi voz tenía un atisbo de ira.

- Esa mirada de *vete a la mierda*, esa expresión corporal que grita *¿No ves que está conmigo?* – Rió de nuevo y yo me sonrojé – faltó que me mearas encima para que marcaras territorio.

- ¡Ángel! - Comencé a decir, pero Paige apareció con la comida y me obligó a dejar el tema, podría seguir, pero hablar de ella mientras estuviese allí no sería educado.

La ensalada estaba realmente buena o yo tenía demasiada hambre para saborearla bien, había terminado antes que Ángel llegara a la mitad de su monstruosa hamburguesa sangrienta. No tenía idea de cómo los chicos podían comer tanto.

- Así que... - tomé una papa frita del plato de él y jugué con ella entre mis dedos, esperaba que se alterara porque toqué su comida, pero como no hizo nada seguí hablando – eres de Dinamarca.

Él asintió, tomando un poco de Coca-Cola. Para Eduardo era sacrilegio que alguien tocara su comida, seguía sorprendida y entusiasmada con que Ángel no reaccionara.

- ¿Sólo hablas danés? – Ya que no me contó más acerca de dónde venía, proseguí con mi entretenimiento mientras él terminaba, me comí la papa mientras él masticaba.

- No, hablo otros siete u ocho idiomas – tomé otra papa, pero la misma se me cayó al escuchar su respuesta.

- ¿Cuántos años tienes? – Tomé la papa de nuevo.

- Diecinueve.

- Y hablas ocho idiomas – él asintió y le dio otro mordisco a su hamburguesa.

- Nunca los he contado, pero es un aproximado – dijo después de un sorbo

de Coca-Cola.

- ¿Cuáles son? – Pensó un poco y luego empezó a enumerar con los dedos. Sus largos dedos.

- Danés, inglés, alemán, francés, español, árabe, italiano, mandarín, griego, latín y un poco de sueco – vio sus manos y me sonrió – once, si excluyes las lenguas muertas y el sueco, ocho y medio – lo miré con la boca abierta.

- ¿Por qué demonios hablas tantas lenguas?

- Mis padres son exigentes – dijo mientras se limpiaba la boca y se encogía de hombros, a pesar de que no había nada que limpiar, era demasiado pulcro para lo que se había comido. Yo con una hamburguesa así hubiese quedado bañada en salsa – nunca sabes cuando los vas a necesitar.

- Los míos también, pero hablo sólo cuatro idiomas, el francés porque mi mamá me regañaba o me daba órdenes en ese idioma, aprendí a la fuerza; mi papá lo hacía en italiano, mi abuela en español. Mi infancia no fue fácil – hice una mueca de exasperación.

Él sonrió ante el comentario, se terminó su Coca-Cola y dejó un billete sobre la mesa para la cuenta – que supuse él había calculado con el menú, porque nunca la pidió – y otro para la propina de Paige. Nos metimos en el carro y no hablamos más hasta que llegamos al campamento, eran casi las seis de la tarde entonces. Ángel me dijo que hablaría con Arturo de las compras – que debían llegar mañana por la mañana – y de los turnos para cocinar, que me diría mañana como íbamos a hacer. Eso funcionaba para mí. Me encontré a K. saliendo de su cabaña y nos aventuramos por el campamento.

Cuando llegabas por el camino de grava, lo primero que veías era la cabaña de mando, a su derecha, las otras cabañas, en frente de ellas el lago y justo después de la última cabaña – la mía – el bosque. Al lado izquierdo de la cabaña central era donde se encontraba lo divertido, había canchas multiusos, un establo con caballos, un parque con columpios, sube-baja, un circuito al estilo militar donde tenías que arrastrarte por el lodo debajo de cuerdas, subir lo que parecían mini-montañas, guindarse de unas barras, y esa clase de cosas que causan que te ensucies y que tu mamá no te quiera en la casa.

- ¡Esto es inmenso! – Le dije a K. mientras nos paseábamos por los juegos.

- Si, lo es – sonrió y sus ojos se iluminaron – y tienes que ver el sendero montañoso al cual vamos los fines de semana, el sábado llegamos a la cascada y el domingo ¡Nos metemos detrás de ella! Las vistas son estupendas y la experiencia al aire libre es única.

- ¿No que era tu primer año aquí? – Pregunté.

- Estuve hablando con Petter cuando fuiste al pueblo, él fue quién me paseó por todo esto – eso me trajo un pensamiento.

- ¿Qué comieron si Ángel y yo, el supuesto equipo de comida, no estaba aquí? – Ella rió y su voz llegó a notas tan agudas que tuve que parpadear dos veces para no llorar.

- Somos las únicas nuevas este año, los demás sabían que el primer día no hay nada de comida, así que compartieron la suya conmigo.

- Que amables – ella asintió.

- Cuando salía de mi cabaña iba a la cabaña de Ana a conocernos mejor, beber algo que trajo Giuseppe y a ponernos al corriente con las cosas que hay que saber sobre el campamento y los niños.

- ¿No fuiste por mí? – Me sentí un tanto culpable y halagada. Más halagada que culpable.

- Aun podemos ir, mañana comienza el toque de queda, hoy somos libres – ella alzó sus brazos al cielo que ya se oscurecía, yo me reí.

Nos encaminamos a la cuarta cabaña, la de Ana, el sol se empezaba a poner sobre las montañas y el lago cambiaba de color con el anochecer; al llegar nos encontramos a todos sentados en el suelo, en un círculo con una botella en el medio. Claro ¿Cómo no lo pensé antes? Que mejor forma de conocerse que jugando a la botella. Giuseppe se levantó al vernos entrar, todos voltearon.

- ¡Hola! – Dijo Ana, que se veía de mejor humor que cuando estaba en el salón con Arturo – pasen, pónganse cómodas y vengan a jugar.

K. y yo nos sentamos en el suelo con ellos, yo al lado de Giuseppe y K. a su otro lado, luego estaba Petter aparentemente muy feliz de ver a K. le seguía Adriana que se había retocado el maquillaje y era idéntica a *Morticia Adams*, Julio

César, susurrándole algo a Ana en el oído y cerrábamos el círculo con Félix a mi lado.

- ¿Les traigo algo para tomar? – Ofreció Giuseppe.

- ¿Qué están tomando? – contraatacó K.

- Vodka – respondió Adriana levantando el vaso.

- ¿Hay whisky? – Pregunté, Giuseppe enarcó las cejas.

- El whisky no es una bebida para niñas – dijo.

- Tengo dos hermanos mayores y un padre sobre protector, tengo derecho a tomar bebidas de chicos.

- Pero sólo tienes quince años – me encogí de hombros y abrí los brazos, mi cara reflejando la frase “¿Qué puedo hacer?”

- Ahí puedes ver cuán dura ha sido mi vida – todos rieron y Giuseppe fue a ver si había, K. le gritó:

- Yo sí quiero vodka – Giuseppe hizo una seña con la mano y salió.

- ¿De dónde son? – Preguntó Petter con voz animada, rastros de risa en su tono.

- Nothdeadville – dije.

- Ladyview – dijo K.

- ¿Qué edad tienen? – Preguntó Adriana.

- Diecisiete – dijo K. con orgullo.

- Ella quince – dijo Julio César señalándome, como para mostrar que prestó atención a la conversación entre Giuseppe y yo a pesar que no se rió.

- Creo que lo escuchamos – Ana le dio unas palmaditas en el hombro.

- ¿Siddhartha y Ángel no vienen? – K. preguntó como si me leyera la mente, todos intercambiaron una mirada de complicidad.

- Siddhartha – Félix comenzó – no parece humana y nunca lo hemos comprobado, así que nunca la invitamos.

- ¿Cuántos años tienen viniendo? – Pregunté.

- Dos de pequeño y dos como guía – contestó Félix.

- Tres de guía – dijo Ana.

- Primer año – me sonrió K.

- Lo mismo que Félix – dijo Petter mientras señalaba al chico de piel morena y cabello oscuro.

- ¿Ustedes son hermanos? – Dije incrédula, ellos sonrieron.

- Primos.

- Un año y un año – dijo Adriana mientras tomaba un sorbo de su vaso.

- Casi toda mi infancia y desde que puedo ser guía – contestó Julio César.

- ¿Es decir...? – Lo animó K.

- Soy malo con las matemáticas – respondió mientras sonreía.

- Y también un poco cascarrabias – dijo Giuseppe al llegar y darnos las bebidas – ¿Listas para jugar?

- ¡Siempre! – Respondió una K. demasiado entusiasta.

- Yo no – todos me miraron, sonreí – tengo a un chico lindo esperándome en casa.

- Vamos – me animó Petter empujándome con el hombro suavemente – lo que pasa en el campamento, se queda en el campamento.

- Lastima que mi conciencia no se quede aquí también – todos rieron y empezaron a jugar.

La verdad, era la primera vez que pensaba en Marco desde que había llegado ¿Qué estaría haciendo mi caballero hermoso de cabello oscuro, ojos azules,

sonrisa radiante y piercing en...? *Un momento. Ese no es mi brillante y hermoso caballero.* Sacudí la cabeza hasta que casi me sentí mareada ¿Ángel? ¿En mis pensamientos? Sonreí y meneé la cabeza de nuevo. *Estúpido chico que me lee como al abecedario.*

Me concentré en el último día que había pasado con Marco: acostados en el jardín de mi casa junto a la piscina, mirando las estrellas y un cielo sin luna; hacía frío, pero él me había prestado su chaqueta gris con capucha, estaba acostado junto a mí en unos jeans desgastados y una camisa verde pasto como sus ojos, los hacían parecer más verdes. Me tomó la mano mientras se ponía en un codo y se posaba sobre mí.

- Apenas nos juntamos y ya vamos a separarnos – tenía una sonrisa melancólica en el rostro.

- La espera hace que el reencuentro sea mucho mejor – intenté sonreír – además, serán sólo dos semanas.

- Si, pero serán dos semanas sin tus sonrisas – pasó la punta de sus dedos por mis labios – sin tus miradas – me forzó a cerrar los ojos para pasar sus dedos por allí – sin tus besos.

Y sin que abriera los ojos me besó, suave y lento, como que si lo hiciera de otra forma me fuera a romper. Todo fue muy lindo hasta que mi hermano soltó a Campanita y la perra me saltó encima y empezó a ladrarle a Marco; ya que el encuentro era completamente secreto e ilegal, mi pobre novio salió corriendo.

- ¿Por qué la cara larga? – Giuseppe se acercó a mí, habían dejado de jugar con la botella después de un par de rondas y ahora hacían juegos con las bebidas ¿Cuánto alcohol podían traer para un campamento de niños? No quería saber.

- Nada – sonreí, aunque apostaría mi vida porque era la clase de sonrisa que parecía una mueca.

- No parece como nada – se acercó más, de repente me sentía claustrofóbica.

- Ha sido lindo compartir con ustedes chicos – dije mientras me escabullía de Giuseppe – Nos vemos mañana.

Me despedí con la mano y salí escuchando los “adiós”, “que duermas bien” y “que no te piquen los bichos” de mis compañeros guías, Giuseppe se quedó

donde lo dejé. Bajé las escaleras de la cabaña y me encaminé a la mía, ya estaba oscuro, el lago era tenebroso y apenas reflejaba la luna, parecía que la oscuridad se fuera a comer la misma, las nubes la tapaban y ella luchaba por salir, pero le ganaban en número. Los faroles que estaban cerca de las cabañas brillaban y actuaban como imán para los insectos, intenté no caminar muy cerca de ellos.

La temperatura había descendido varios grados, estaba tan fresco que el pegoste de la tarde se me hizo más evidente. Llegué a mi cabaña y me di un buen baño, me puse mi pijama – un short rosadito con soles en amarillo y una camiseta de tirantes del mismo color – y tomé el blog que me había dado Elisa. Me había hecho prometer que todos los días escribiría en el como si le fuera a enviar una carta, para que mi experiencia quedara retratada y ella la pudiera leer y comentarla conmigo.

Querida Elisa,

No puedo creer que me tengas haciendo esto. El campamento está bien, muy pintoresco, las estrellas se ven más cerca y el cielo está plagado de ellas. Mañana llegan los niños y mi compañera de cuarto, son nueve niños y hay otros nueve guías. Dos de las chicas son geniales – Ana y Karelia – otra es odiosa – Adriana – y la última se parece la bruja fría del norte, pero tiene nombre de niño: Siddhartha.

Los chicos están para morir, uno es más bello que el otro, está Julio César, un musculito sin cerebro – medio comprobado – un par de primos que son lo más amable y acusador en la tierra (Si es eso posible) se llaman Petter y Félix, luego está Giuseppe, el chico es un amor, pero es demasiado amor y me pone incomoda.

Extraño a Marco, quisiera verlos a ti y a él.

Ah, también está Ángel, el chico tiene tanta actitud como mi hermano con su uniforme de fútbol, es inquietantemente hermoso y no se cohíbe de comentar todo lo que hago. Bueno, quizás no con esa intención, pero siempre me impresiona con la conclusión a la que llega. Es un bastardo que se ha colado en mis pensamientos. Y bueno, aquí me encuentro escribiendo de él, lo cual indica cuan mal estoy.

Te quiero Lisa y espero que estas semanas pasen rápido.

Guardé el cuaderno en mi mesita de noche y me metí entre las sábanas blancas de mi cama, miré el reloj que había puesto sobre la mesa. Nueve de la noche. No me acostaba a esa hora desde que iba al preescolar. Rodé en la cama por lo que parecieron tres horas, pero cuando volteé a ver el reloj eran solo las nueve y

cuarenta y cinco. Demonios.

Recordé que tenía que levantarme temprano y puse la alarma. Me levanté de la cama, caminé descalza hacia la ventana y observé el bosque. Tan pacífico.

La paz que yo no lograba conciliar.

Tomé el gran suéter negro que me había puesto en la mañana y unos converse del mismo color, salí de la cabaña y sentí que era una mala opción salir con mis shorts ligeros del pijama. Aunque no me iba a cambiar para un corto paseo por el bosque ¿Verdad?

Empecé a caminar por un sendero marcado, siempre volteando para ver mi cabaña. El bosque era frío y espeso, había varias plantas floreadas y los árboles eran muy altos, tanto; que si intentaba escalar uno y me caía me rompería algo más que una pierna. Me seguí adentrando a medida de que más plantas exóticas aparecían, los colores, aun en la noche, eran sorprendentes.

Los insectos y bichos sonaban lejanos, como si mis pasos en la tierra los mantuviesen alejados, agradecí a todos los dioses de que no hubiesen mosquitos acechándome. Ese pensamiento me hizo voltear, ya sólo veía la farola correspondiente a mi cabaña. *Regresa* escuché que algo susurraba en mi mente, seguro era mi sentido de auto preservación ligado al de “no es ser cobarde, es ser precavida”. *Sí, claro.*

Seguí caminando hasta que tuve la extraña sensación que alguien me seguía, pero cuando volteé sólo vi la tenue iluminación de la farola; seguí caminando a pesar que disminuí la velocidad. Después de unos diez pasos escuché las ramas moverse, levanté la mirada y lo vi. Una sombra negra se posaba en la copa de los árboles observándome con ojos rojos carmesí. El corazón se me cayó a los pies y empecé a correr.

Esquivaba las ramas y la maleza con dificultad, sentía que el bosque me quería amarrar para que mi acosador me capturara, mi mente no dejaba de pensar: *Los vampiros están aquí ¡En el lugar que se suponía me mantendría segura de ellos! Él vampiro que mató a mi abuela me está persiguiendo ¿Tengo alguna oportunidad contra ese tipo de depredador? ¿Qué tan rápido corre un vampiro?* Escuché una risa macabra con la voz familiar que solía atormentarme en mi cuarto, los pelos de la nuca se me erizaron, se contrajo mi estómago y me hizo correr más rápido, cuando choqué con algo macizo como una roca pensé que había golpeado un árbol, solo que este árbol

estaba cayendo conmigo. *Me atraparon* pensé antes de quedar sobre su cuerpo, una mano tomó mi muñeca con un agarre de muerte.

- Por favor no me mates – dije con una voz cansada y que no sonaba como la mía – no volveré a salir de mi cama para meterme en el bosque, no tomaré más whisky a escondidas y le daré comida periódicamente a Campanita.

Sabía que eran cosas estúpidas para decirle a un vampiro que me estaba buscando para cobrarme un pacto de sangre, pero no puedes controlar lo que dices cuando un chupasangre te ha atrapado en el medio del bosque.

- Espero que Campanita no sea una persona – abrí los ojos aunque no sabía cuándo los había cerrado.

- ¿Ángel? – Un pensamiento de pánico cruzó mi mente – ¿Qué hacías montado en los árboles? – *¿Por qué tus ojos son rojos?* Terminé en mi mente.

- ¿En los árboles? – Él se levantó del suelo con el ceño fruncido y llevándome con él, incluso con poca luz sus ojos azules brillaban y resaltaban, tan claros, como si en su cara nunca oscureciera – ¿Cuánto whisky tomaste? – Sonrió y se sobó el brazo – sabes como taclear, impresionante.

- Mis hermanos juegan fútbol americano – volteé para ver si alguien nos observaba, nada – ¿Estás seguro que no estabas en los árboles?

- ¿Alguien te estaba siguiendo, Alessandra? – su pregunta fue seria, aflojó el agarre en mi muñeca que empezaba a palpar y me haló más hacia su cuerpo. Mi nombre completo, de nuevo en sus labios, hizo que me estremeciera.

- No – sonó falso incluso para mí – es sólo esa extraña sensación cuando crees que alguien te está vigilando, pero realmente no es así.

- Y por eso... ¿Saliste corriendo por el bosque como si nada te importara? – Su voz era incrédula.

- Si.

- Muy bien – algo cruzó por su mirada, pudo haber sonreído, pero se escondió de mí en las sombras de los árboles – espero sepas como regresar, porque salí a dar un paseo hace un rato y aun no hallo como volver.

- ¿Tú... Tú estás perdido en el bosque? – Lo intenté dos veces porque realmente estaba impresionada, él no parecía la clase de chico que se perdía en algún lugar, asintió – joder.

- Y por lo visto tú también – me soltó completamente y empezó a caminar hacia el lado contrario por donde yo había llegado – será mejor que nos pongamos en marcha.

- No es por allá – señalé por donde había llegado – es por acá – al señalar con la mano izquierda me ardió, lo ignoré pero no pude contener la mueca.

- Si bien pude ver, tú saliste corriendo como si eso fuera lo único importante en el mundo, pudiste haber zigzagueado sin darte cuenta – al ver que revisando mi mano se interrumpió – ¿Te has lastimado?

- Zigzaguear te hace lento, no creo haberlo hecho. Si – le mostré mi mano, tenía un raspón ensangrentado que lucía bastante mal, pero las cosas ensangrentadas en la oscuridad siempre lucían horrible.

- ¿Te duele?

- Arde – sonreí.

- ¿Puedes flexionarla? – Moví la mano, los dedos y la muñeca, ardía como el infierno, pero no dolía. Solo un raspón superficial. Ángel se quitó la bandana que llevaba en la cabeza y me limpió la herida, luego, con el lado limpio, me la amarró de manera ajustada – no queremos que se infecte ¿Verdad?

- No – habíamos empezado a caminar – yo creo que es hacia el otro lado.

- Ahhh, pero no siempre lo que crees resulta ser cierto. Además – su voz se hizo profunda – tienes que dejar que te guíe en la oscuridad.

Empecé a protestar, pero quizás él tenía razón. Y quizás nos atacaría un murciélago si íbamos por esa dirección, así que lo seguí. A medida que nos adentrábamos en el bosque la noche se iba haciendo más fría, estaba temblando sobre mis zapatos cuando vimos un árbol donde Ángel se sentó.

- ¿Qué haces? – Le pregunté.

- No vamos a conseguir el camino de vuelta en la oscuridad, deberíamos

guardas fuerzas.

- ¿¡Guardar fuerzas!? ¿¡GUARDAR FUERZAS!? – Estaba gritando, ya no me importaba si había un vampiro cazándonos – ¡Cómo se te ha ocurrido eso! Es la idea más insensata que he escuchado nunca, si te quedas en un lugar lo que te perseguía te va a encontrar y quizás todo este tiempo hemos estado caminando hacia la boca del lobo, yendo hacia un destino cruel que mi abuela quería que evitara ¡Y tú sólo me has acercado a ese nefasto fin!

Ángel yacía en el pie del árbol, dándome ese tipo de miradas que se le da a los locos en las cornisas. Se puso de pie y una brisa helada sopló mi rostro caliente por la ira, refrescó lágrimas que no sabía cuándo habían comenzado a salir, él se quitó la chaqueta gris que había anexado a su atuendo de la tarde y me la amarró a la cadera, me acercó a su pecho y me abrazó.

Olía a hombre y a algo más, algo solo de él. Se agachó un poco y lo próximo que supe fue que estaba entre sus brazos, me cargaba como lo hacen los recién casados al llegar al umbral de sus casas. Se dejó caer en la tierra como si lo hubiesen empujado, si le dolió no lo mostró.

- Estás alterada – murmuró con voz suave.

- No estoy alterada – dije con un tono de voz que comprobaba que estaba mintiendo – estoy cansada, cansada de no entender, cansada de que me sigan diciendo quien soy sin yo saberlo, cansada de que el mundo espere algo de mí que no sé si puedo dar.

Ángel guardó silencio y me estrechó más entre sus brazos. Era bueno saber que contaba con los brazos de un hombre que me resultaran extrañamente reconfortantes en la oscuridad.

- Prometo que te ayudaré a descubrir quién eres, *smukke*, pero ahora necesitas dormir – empezó a hacerme tiernos masajes con sus pulgares en mis manos, cuidando de no tocar mi palma lastimada – ¿Quieres que te cuente un cuento de hadas? – Me retorcí en su regazo y le dirigí la mirada que eso merecía.

- Siempre veré los cuentos de hada como historias de terror, la chica débil que necesita ser rescatada, el príncipe y ella viven felices para siempre – fruncí el ceño – no les dan oportunidad de experimentar o siquiera narrar lo que pasa después de ese final feliz.

- El amor no te da oportunidad de nada, Alessandra – dijo cerrando los ojos – sólo llega, te golpea y te hunde. Te hace hacer cosas que pensaste jamás harías.

- Es traumático – él sonrió aun con los ojos cerrados.

- Si no te voy a contar cuentos ¿Cómo te vas a calmar?

- Mi abuela solía contarme historias sobre monstruos – dije más por inercia que por ser razonable, por querer compartir algo que no le había dicho a nadie – decía que algún día me ayudarían.

- Tu abuela está muerta – no lo dijo como una pregunta, asentí contra su pecho – se nota por como hablas de ella.

- Ella fue asesinada.

Dije las palabras mientras dejaba que sus masajes y susurros pacíficos me llevaran al sueño, estaba más cansada de lo que creía si el sueño me había sorprendido tan de repente. Sentí como me transportaba astralmente e hice una pataleta mental mientras maldecía y aparecía en la copa del árbol frente a donde mi cuerpo descansaba.

Parecía una niña pequeña en los brazos de Ángel, él jugueteaba con las puntas de mi cabello entre sus dedos, una sonrisa liviana posaba en sus labios. Sonreí. No era tan malo como quería parecer. De un momento a otro se tensó y dejó de jugar, elevó la mirada hacia mí – como si pudiera verme, pero yo sabía que estaba en forma fantasmal – y luego desvió la mirada hacia otro árbol.

- Así que tú eras lo que la perseguía – dijo en voz baja, casi tuve que inclinarme para oírlo, no podía ver a que le hablaba.

- ¿Por qué no hablas en voz alta? ¿Es acaso que ella te conoce y no quieres que te descubra? – Silencio – eso pensé.

Intenté moverme hacia donde él miraba, pero estaba congelada, no podía realizar un solo movimiento. *Quizás esto si era un sueño.*

- ¿... Por qué juego? Me gusta consentir a los inconscientes – le sonrió a lo-que-sea-que-estaba-mirando y me apretó más entre sus brazos.

- Tú no tienes derecho a nada, por si se te olvida – le dijo rudamente – y no

te preocupes por eso, ya nos veremos.

El sueño/visión se cortó y caí en la oscuridad, sentí un rayo de luz en la cara e intenté abrir los ojos, pero Ángel hizo sonidos tranquilizadores que me obligaron a cerrarlos de nuevo. Sentía el alba levantándose junto a nosotros, él iba caminando y llevándome en sus brazos como si no pesara nada, entreabrí un poco los ojos y vi que estábamos llegando a mi cabaña.

Los cerré, fingiendo seguir dormida.

Subió los escalones como si flotara sobre ellos y abrió la puerta como si estuviese en casa. Me depositó en mi cama y me arropó con las sábanas, se inclinó sobre mí y pensé que me iba a besar – por un momento incluso lo deseé – pero sólo puso algo en la mesa de noche, me quitó su suéter y se marchó. Rodé en la cama y lo vi caminar tranquilamente por la ventana, me levanté para ver que había puesto en la mesita. Era una nota. En mi blog.

Es lindo que le cuentes a tu amiga de mí. Duermes tan dulcemente que me gustaría estar allí para verte despertar todas las mañanas, estar allí todas las noches para verte dormir y poder protegerte mientras lo haces. Nunca olvido mis promesas, smukke. Espero lo comprendas.

Ángel.

No tuve tiempo de procesar la nota ya que en ese instante sonó el despertador. Era hora para mi clase de brujería.

N. del A.: *forkaelet barn* significa niña mimada en danés.

Capítulo 23, Lección de historia.

Me había bañado tres veces y aun olía el perfume de Ángel en mi piel, su divino olor a hombre y pino mezclado con el aroma dulzón de la colonia. Había intentado con todas mis fuerzas quitar la bandana de mi mano para revisar y poder lavar bien la herida que me había hecho y no había podido, la hubiese cortado si no hubiese tenido planeado regresársela más tarde. *No es que lo quisiera ver, claro.*

Salí de la cabaña y me encaminé hacia la principal, ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Cómo Ángel había encontrado el camino de vuelta? ¿Cómo demonios había atado esa bandana a mi mano sin que me hiciera daño, pero sin que me la pudiese quitar? Las preguntas iban desapareciendo a medida que caminaba, todo se veía pacífico con la tenue luz de la mañana.

El viento soplaba frío y suave, así que había tomado una buena decisión en ponerme un jean ajustado, una camiseta verde y mi suéter. Mi cabello suelto peleaba con el viento – iba en dirección contraria – y la tierra húmeda intentaba subir por mis sandalias. Las cabañas se veían abandonadas a medida que pasaba, excepto la de Ana, que había colgado una toalla amarilla afuera. Las cabañas de Siddhartha y Ángel tenían las ventanas completamente cubiertas, no podías ver nada que no fuera el porche. Encontré a Jess esperándome afuera de la cabaña principal con una sonrisa.

Llevaba puesto un lindo vestido blanco con flores del mismo verde de mi camisa, por lo que obtenía el mismo efecto que yo en sus ojos, su cabello se mantenía firme en una coleta, aunque gracias a la claridad pude notar varias canas que antes no había visto, también arrugas suaves en su rostro, sin embargo me seguía pareciendo juvenil.

- ¡Buenos días, rayito de sol! – Dijo ella cantando.

- Ugh. Buenos días, Jess.

- ¿No muy matutina, eh? – Se agachó y cortó un par de azaleas moradas de las grandes jardineras que había enfrente de la cabaña. Sabía que eran azaleas

porque eran las favoritas de mi abuela.

- Nunca lo he sido – sonreí – ¿Dónde está Arturo?

- Él tampoco es muy matutino – rió y me hizo señas para que subiera con ella y entrara – ve al mismo salón de ayer, espérame mientras busco un par de cosas.

Seguí por el corredor y me metí en el salón. El suelo de madera pulida, las sillas viendo hacia el centro, los grandes ventanales decorados con flores de todos los colores, un pizarrón a mi espalda. Me recordaba mucho al jardín de niños, sólo que en una talla más grande.

- Solían darle clases a los niños aquí en las mañanas – escuché a mi tía abuela resucitada comentar.

- ¿Hasta que se aburrieron y lanzaron un golpe de estado? – Ella sonrió.

- Tienes el mismo humor que tu abuela – la sonrisa se debilitó – que ella tenía, quise decir.

Sacudió la cabeza y se acercó a la ventana, me senté junto a ella; un rayo de sol traspasaba el cristal quedando entre nosotros, el lago se veía casi en su mayoría desde allí. Era inmenso.

- Ayer alteré una parte de la historia – soltó de repente, yo la miré esperando por alguna explicación – ¿No te vas a poner como loca?

- Hace unos seis meses me enteré que soy una bruja, una importante al parecer, que los vampiros existen, que por lo visto tengo una especie de guardianes que me protegen, que gente que estaba muerta revive, y los vivos mueren, por no mencionar la gran red de mentiras que ha sido mi vida. Así que no, no me voy a poner como loca, tendrás que hacerlo mejor que eso para impresionarme.

- Y lo que falta...

- ¿¡Qué!?! – Ella sonrió, complacida de haberme sorprendido.

- Una de mis habilidades es ver el futuro o parte del, también algo del futuro inmediato cuando estoy con quien lo protagoniza. Como hice ayer con tu mochila.

- Ugh, ¿Cómo una vidente? – Ella negó.

- Dejémoslo así ¿Te parece? Quiero decirte la verdad antes que Arturo despierte.

- ¿Arturo no puede saber?

Ella sacó un cuaderno que tenía en la espalda y me lo tendió. Parecía un diario.

- Desde que mi mamá se apareció esa noche en el comedor de nuestra casa, he llevado un diario, donde sin importar qué pase, siempre escribo en él. Ese que te di es de hace dos años, cuando pasó el incidente en el bosque, solo para que veas que esta vez digo la verdad.

- ¿Por qué no decírla ayer? – Dije mientras abría el libro y buscaba la fecha en que ella, su hermana y mi abuelo habían muerto.

- Arturo es un simple humano, a pesar que sabe mucho sobre nuestro mundo, pero no es tonto. Y es bastante chismoso – encontré lo que buscaba y empecé a leer.

Hoy me reuniré con Cloe y Mel para ver qué haremos con la pequeña Alex, Mel estaba demasiado asustada cuando llamó anoche, es una lástima que Cassious haya escuchado, hemos peleado horrible porque él no quiere que vaya. Le he dicho que mis hermanas estaban primero que él y ha salido hecho un demonio...

Me salté dos páginas hasta que encontré la próxima fecha ¡Bingo!

Parece mentira que tan solo fue ayer cuando escribía que me vería con mis hermanas ¡La desgracia ha caído sobre nosotras! Cloe está muerta. También lo está Valentino. No tengo ni idea de donde está Melinda ¡Y mucho menos de dónde estoy yo! Ayer, cuando llegamos al claro de la montaña, donde vivía Cloe, nos encontramos con que Alexandros sabía de nuestro encuentro ¡Oh, estaba tan segura de que Cassious nos había delatado con su hermano mayor! Estaba tan molesta que pude con un par de vampiros antes que Valentino cayera, Mel entró en crisis y yo en shock; lo cual no mejoró cuando vi a Cloe, mi pequeña hermana, tendida en el suelo desangrándose porque uno de esos malditos chupasangres se había llevado su yugular como trofeo. Pensé que todo estaba acabado, que todos moriríamos allí y que encontrarían a Román, le quitarían a su niña de los brazos y una nueva esclavitud entraría en el mundo mágico.

Pero me equivoqué. Mel y yo estábamos sobre el cuerpo de Cloe, llorando mientras esos buitres sedientos de sangre se cernían cada vez más cerca de nosotros, Alexandros se regodeaba, le colgaba una sonrisa victoriosa en el rostro. Gozaría matando a mi hermana, lo sabía, debido a esa riña que tenían para ocultar su atracción. Fue entonces cuando lo vi, justo detrás de él estaba Cassious, con cara de pánico, más pálido – si eso era posible – de lo que lo había visto nunca.

- ¡Hermano! – Gritó, llamando la atención de Alexandros – lo encontré. Encontré al heredero de la magia, es un brujo de dieciséis años que no tiene ni idea de lo que es.

- Cassious – toda la atención de su hermano estaba concentrada en él – ¿Cómo te has enterado de eso?

- Lo negocié anoche con la bruja de pelo negro – me señaló – esa puta siempre ha hecho lo que he querido.

- Es evidente que no, Cassious, porque no hubiésemos llegado hasta hoy sin saber quién era si lo que dices fuera cierto, además – Alexandros regresó su atención a nosotras, aunque ya le había dicho a Mel que huyera, que esperara el momento perfecto – si no cumplieron con un simple pacto de sangre ¿Cómo puedes creer en ella?

- Ella me ama – era bueno que los vampiros detectaran la verdad, porque nada era más cierto que eso – y como bien sabrás, Alexandros, el amor es tan ingenuo como ciego.

Alexandros le iba a contestar algo, nunca se callaba, pero en ese momento Mel se proyectó lejos, tan rápido como nunca antes lo había practicado y el grito del vampiro cercano a mí pareció sentenciar los ruidos del bosque. Los vampiros lacayos seguían de pie, esperando órdenes.

- ¡Maldito mala sangre! – Le gritó Alexandros a Cassious mientras caminaba hacia él, mi pobre novio debió estar haciéndose en sus pantalones, ya que su hermano era el doble de grande, fuerte y poderoso que él – ¿No te has dado cuenta? Él único enamorado ciegamente aquí eres tú – lo golpeó con el puño cerrado cerca de la quijada – Creyéndole a una bruja ¡Qué barbaridad! Si nuestro padre te viera se sentiría mucho más avergonzado de ti de lo que ha estado en los últimos doscientos años.

Al parecer los vampiros también sacaban sus trapitos al sol. Cassious sangró unos pocos segundos antes de levantarse, determinación en sus ojos, pero no miraba a su hermano. Me miraba a mí. Y entonces hizo algo que nunca hubiese esperado: con esa agilidad y velocidad vampírica que tanto me espanta, sacó una daga de su cintura y la lanzó hacia mí, la cual se clavó tan cerca de mi corazón que pensé moriría al instante, fue un

golpe que pareció tan letal...

- Ninguna mujer me controla – dijo – y ningún hombre me insulta.

Se lanzó hacia su hermano y comenzó una lucha entre dos borrones, se distinguían dientes, gruñidos y de vez en cuando algún puñetazo. Alexandros hizo una seña y su mini ejército fue a ayudarlo, yo me escabullí, sangrando por el bosque, incapaz de levantarme o de respirar fácilmente, sólo arrastrándome lejos de la pelea. Me acosté en un árbol a esperar la muerte, con el ruido de la batalla lo suficientemente lejos como para morir en paz. Mis ojos ya no veían con claridad cuando una cara se acercó peligrosamente a la mía, sé que le dije que me ayudara y luego me desmayé.

Lo próximo que supe es que estaba en una cabaña cerca de un lago, con un guapo guardabosques hijo de brujos, que había protegido el lugar para que cualquier ser mágico no pasara, que me cuidaba de la herida que casi me mata.

Cerré el libro y subí el mentón, Jess seguía con una sonrisa en los labios.

- No he visto a Cassious después de eso – sonrió tristemente – pero sé que todo lo que hizo ese día en el claro fue para protegerme. Todo lo que hizo siempre fue para protegerme.

Rebuscó a su espalda y sacó una daga que media más o menos lo mismo que mi antebrazo. Su hoja era ondulada y filosa, justo antes de llegar a la empuñadura la hoja se abría hacia los lados formando algo que se parecía a las alas de un murciélago. La empuñadura era de acero fino, con un sello circular de oro cercano a donde comenzaban las alas.

La acerqué a mi cara para ver que era la inscripción: era el sello de una familia, una antigua, un escudo compuesto por tres partes y cruzado por espadas atrás. En el recuadro superior izquierdo estaba el dibujo de un murciélago con las alas extendidas, en el recuadro superior derecho lo que parecían ser tres gotas, y en el recuadro inferior, el más grande, tres letras enlazadas entre sí en hermosa caligrafía antigua: VDK

- ¿VDK? – Pregunté.

- Van Der Keergaard, el apellido de Cassious. Son la familia originaria de Europa.

- ¿A qué te refieres con eso?

- Existe una leyenda que narra que hubo 5 vampiros originales, uno por cada continente, dos chicas, tres chicos. América, que era una chica, se casó con Europa. La emperatriz de Asia se cerró para el mundo y África y Oceanía formaron una alianza. Pero, de nuevo, es solo una leyenda.

- Aunque si eso es cierto, pone a una familia muy poderosa en la búsqueda de mi pequeño trasero blanco – Jess sonrió.

- En realidad no, Alexandros, Cole y Cassious, hijos del rey Alexius – para cuando supiera toda la historia, me cambiaría el nombre ¿En qué pensaba mi abuela al ponerme Alessandra? – eran los designados para encargarse de tu caso, que sólo es una leyenda ya que nadie más que ellos y nosotros sabíamos de eso. Cassious nos llevó hasta Alexandros, pero ya que él era un mala sangre que se enamoró de una bruja buena y que lo único que quería era que su familia lo aceptara, así que todo el mérito y la responsabilidad cayó sobre Cole.

- ¿Mala sangre? – Yo seguía jugando con la daga.

- Los vampiros de nacimiento pueden tener hijos si se vinculan con otros vampiros de nacimiento, eso da como resultado saludables vampiritos con un crecimiento mucho más lento que el del ser humano, pero con mucho más aprendizaje y poder, hasta que el vampiro en cuestión decide si hará cierta ceremonia y vivirá eternamente o si morirá de viejo al llegar a los doscientos años o menos. Si se emparejan con humanos los hijos son mala sangre, crecen igual, pero se quedan atorados en la pubertad eternamente, no pueden vivir sin la sangre y son parias de la sociedad vampírica.

- Por otro lado – suspiró – están los vampiros creados, que no pueden tener hijos en absoluto, se quedan por siempre en la edad en la que fueron transformados y con la misma forma en cómo fueron transformados, estos tienen buenos puestos en la sociedad vampírica, mucho mejor que los mala sangre. Como podrás notar, los vampiros de nacimiento son los que más ventajas tienen, pueden pasar hasta un mes sin tomar sangre antes de hacer la ceremonia, pueden rebajar, engordar, cortarse el cabello y todo como una persona normal durante toda la eternidad, con las cuotas necesarias de energía y sangre, por supuesto. Y con toda la eternidad o el término “por siempre” me refiero hasta que les exploten la cabeza o les arranquen el corazón.

- Creo que nadie sobrevive la eternidad sin eso.

- Oh, cariño, te sorprenderías de las maravillosas e increíbles criaturas que hay allá afuera.

- Me muero por saber... - dije sarcásticamente, Jess puso mala cara.

- Bueno, resultó que la clase de hoy fue más de vampirismo que de brujería ¡Y los niños ya están por llegar! Será mejor que te vayas a cambiar.

- Pero...

- ¿O tienes otras preguntas?

A ver... Era una leyenda en secreto, los vampiros eran muy extraños, ese apellido... Van der Keergaard me rezumbaba en los oídos, Cassious de seguro era la voz que me perseguía buscando venganza, el papá de Mais también me buscaba, mi abuela, sus hermanas y mi abuelo habían muerto protegiéndome. *Creo que es un buen recuento de cómo van las cosas* me dije. Miles de preguntas referentes a eso circundaron mi mente, pero solo una logró cruzar mis labios:

- ¿Cómo sé – comencé antes de poder callar – cuáles son mis habilidades? – Juraría que los ojos de mi tía abuela brillaron como el sol.

- Pronto trabajaremos en eso, pequeña.

- ¿Por qué Cassious es un mala sangre?

- Su padre tuvo una aventura con humana lo suficiente débil como para morir en el parto del niño – hizo una mueca – pero no quiero discutir los por menores de un parto vampírico y menos con mi pequeña sobrina.

- ¿Me puedo quedar con la daga? – Ella pareció pensarlo bastante, mirando fijamente de la daga a mí.

- Creo que eso estaría bien. Devuélvemela cuando el campamento acabe.

- Vale.

Me escoltó fuera de su cabaña tomada de la mano, mi mano vendada, y justo en frente de las azaleas en las que me había recibido esta mañana, me dijo mientras apretaba la bandana de Ángel:

- No busques en el bosque lo que no se te ha perdido, Alex, el campamento está protegido, pero sus alrededores no. Lo menos que podrías hacer por todos los que han dado su sangre por ti es cuidar la tuya un poquito.

Sus ojos verdes ya no sonreían, mostraban un conocimiento oscuro que no me atrevía a reconocer. Escuché el grito de Karelia cerca y miré lejos, cuando regresé la mirada, no había nada oscuro, solo la hippie de siempre en los ojos de mi tía abuela. Guardé la daga en el borde de mis jeans y me despedí.

- Nos vemos, Jess – dije. Era tan extraña.

- ¡Tienes que decirme quién te las ha enviado! – Exclamó mientras me tomaba de las manos y me halaba hacia las cabañas.

- ¿Quién me ha enviado qué? – Dije mientras me arrastraba y Ana se nos unía.

- ¡Te dije que no sabía! – Murmuró la chica que recién se nos integraba.

- ¿No saber qué?

- No puedo creer que no lo sepa ¡Están en frente de su cabaña!

- ¡Oh, por el amor al cielo, terminen de decirme qué es lo que las tiene tan eufóricas!

Pero ya estábamos en frente de mi cabaña y veía de lo que hablaban, de lo que todos mis compañeros hablaban y veían: todo el porche de mi impecable cabaña estaba lleno de arreglos florales. Y cuando decía todo, era TODO, incluso el pasamano se vio afectado. Eran de todos los colores, flores que reconocía y otras que no había visto nunca, pero que eran igual de preciosas; y entre todas las flores, muy cerca de la puerta de mi cabaña, estaba Ángel.

De pie y enviando escalofríos bajo mi piel que hicieron que Karelia, que aun sujetaba mi mano, me mirara con complicidad. Llevaba unas botas de montaña negras que se perdían debajo de unos jeans oscuros y desgastados, de esos que usas mucho y que son como una segunda piel para ti, una cadena de plata iba desde la pretina del pantalón hasta las profundidades del bolsillo derecho del mismo. Tenía una camisa gris plomo de botones y la tenía arremangada por encima de los codos. No era todo sonrisitas como lo había sido antes, y menos cuando todos pasaban su vista de él a mí.

¡Por los clavos de Cristo en la cruz! ¿Ángel había hecho todo aquello por mí y estaba enojado de que todos se enteraran? Tonto de él de hacerlo tan público fue lo primero que pensé al ver la escena.

- ¡Oh Dios mío! – Gritó K. mientras tiraba de mi brazo lo suficientemente duro como para que gimiera – Mira, Ana, ¿No es esta la bandana que cargaba Ángel ayer?

Ana chilló cuando vio mi mano.

- ¡Por supuesto que lo es!

- Te dije que había sido él – se regodeó K.

- Yo pensé en Giuseppe – me dijo Ana.

Negué con la cabeza y me separé de ellas, subí trotando los escalones y encaré a Ángel, sólo que tenerlo tan cerca como para percibir ese olor a hombre y pino, combinado con el de su colonia me hizo querer retroceder. Si algo había aprendido era que las tentaciones son tan deliciosas como peligrosas.

- La verdad, no tenías por qué hacer esto – le dije señalando los arreglos, su solemne expresión se relajó e incluso pareció divertido.

- Me parece lindo que creas que yo hice esto por ti, *smukke*, pero tienes correo.

Dijo con amargura al mismo tiempo que deslizaba un sobre – abierto – entre mis manos, tomaba su bandana con un tirón suave a mi muñeca y se marchaba con cara de pocos amigos de nuevo. Casi me caí al leer la nota escrita en una caligrafía hermosa.

Amor mío, no he dejado de pensar en ti desde que te has ido. Fui a hablar con tus padres y tus hermanos no estaban en casa. Fue una cena tranquila y me invitaron para el fin de semana, pero lo único que quisiera que estuviese aquí eres tú. Te envió todas estas flores porque me recordaron tu belleza y nuestro juego de colores, aunque solo juntándolas todas pude concebir que ni siquiera tantas eran tan hermosas como tú. No tienes idea de cuánto te extraño.

Sinceramente tuyo, Marco.

Sonreí como sólo las chicas con un corazón demasiado cursi pueden hacerlo y abracé la nota a mi pecho, pero incluso cuando Ana y K. subieron a ver de quién eran las flores y por qué Ángel había estado allí, e inclusive cuando los chicos – que ya se habían alejado – nos avisaron que ya los autobuses de los niños habían llegado, yo no dejaba de hacerme una pregunta.

¿Por qué, si tenía una carta de mi novio hermoso, con un detalle aún más precioso por parte de él, tenía la necesidad de salir corriendo a preguntarle a Ángel por qué había estado en mi terraza, abriendo mi carta y hablándome con tanta amargura? O mejor:

¿Por qué quería salir corriendo a darle una explicación?

Capítulo 24, Hadas, brujas, ángeles y diablos.

Querida Elisa,

Tengo la leve impresión de que me convertiré en una asesina. O al menos eso fue lo que pensé cuando vi a los noventa niños y niñas saltando, corriendo y riendo por todos lados ¿En qué mundo mi abuela pensó que esto me gustaría? Mientras Arturo tenía un brazo en la cintura de Jessica, abrazándola, yo me acerqué hacia el grupo de guías que estaban confinados en una esquina del campo viendo a los niños como animales salvajes. Jessica es taaan entusiasta, si vieras como saludó a los enanos mientras que yo apenas podía sonreír – y únicamente por cortesía.

Dividieron a los niños para que supieran quiénes son sus guías y cuáles son sus cabañas. Ángel, Giuseppe y Arturo trajeron unas bolsas negras a medida que Jess leía las listas, iban dando las camisas para los niños o niñas que tocaran. Noté que las de los chicos eran de colores fríos – negro, gris, azul oscuro, verde y marrón – y las de las niñas de colores alegres – amarillo, morado, rosado, naranja y rojo – todas tenían bordeados los nombres de sus dueños. Le entregaron cinco camisas a cada pequeño. Mi color fue el rosado y me recordó a Mais, mi pequeña amiga mataría – literalmente, quizás – por estar aquí. La cual no me ha visitado más desde aquel encuentro que tuvimos con su hermana ¿Recuerdas? Aquellos tiempos donde era libre de vagar por la ciudad, buscando sangre para mi amiga vampiro. Que días.

A medida que iban entregando las camisas y los niños reconocían a sus guías, se iban marchando hacia sus respectivas cabañas. La mía, como era de esperar, era la última.

Elisa, Gabriela, Verónica, Ruth, Courtney, Katherine, Bárbara, Isabela y Mónica. Esas son las mocosas que están bajo mi cuidado. Las conduje hacia la cabaña y les ordené que eligieran una cama para cada una y luego se sentaran encima de ella. Sabes lo mandona que puedo llegar a ser. Pensé que tendrían más problemas eligiendo quienes dormirían en la parte de arriba de la litera, pero no. Te estructuraré más o menos como ocurrió la conversación (toma en cuenta que habla primero la que duerme arriba ¿Si, Lis?)

- Hola – dije mirando sus pequeños rostros – yo soy Alex, soy nueva en el campamento y seré su guía. Tengo quince años, mi color favorito es el morado y odio levantarme temprano ¿ven lo que hice? – Las niñas parecían aturdidas – ahora quiero que

ustedes hagan lo mismo – miré a mi derecha – comienza tú.

- Hola, soy Ruth – dijo la pequeña de cabello negro, ojos oscuros y saltones y piel tostada, – es mi segundo año en el campamento. Tengo diez años, mi color favorito es el amarillo y no me gusta la comida verde. Ni siquiera las gomitas.

Yo asentí y sonreí, señalé a la siguiente, que se levantó de la cama y ondeó su cabello. Parecía una mini copia de Nikki, si sabes a lo que me refiero.

- Yo soy Courtney, tengo siete años y mi mamá me obligó a venir porque ella quería vacaciones sin mí en el mísero pueblo que está cerca de aquí – pequeña insolente pensé en dirección a la niña de cabello marrón, este caía en ondas bien formadas y le daba un aire lindo a su hermosa cara en forma de corazón – mi color favorito es el rosa y odio ensuciarme.

Eso podía decirlo por su impecable falda rosa plisada y su camiseta blanca. Señalé a la otra niña.

- Yo... Soy Elisa – suspiró – es mi segundo año en el campamento, tengo nueve años y mi color favorito es el tornasol. Viviría de pizza si mis padres me dejaran.

Le sonreí a la pequeña que lleva el mismo nombre tú, parecía un buen regalo para recordarte siempre, era flaca y pequeña, de piel morena y ojos claros, esos que son verde opaco y que hacen que las caras parezcan misteriosas. Sus ojos eran grandes y su boca pequeña, la cara un poco en V. Su cabello hasta la cintura.

- Yo – comenzó otra niña sin yo decirle – soy Verónica. Pero pueden decirme Vero. O Verónica, claro. Tengo siete años y medio y me dejaron venir porque me gusta la aventura y odio los veranos atrapada en casa.

- Me alegro, Vero – señalé a la siguiente, que se parecía a...

- Hola, soy Gabriela, tengo nueve y es mi segundo año ¡Estoy realmente emocionada porque al fin quedé en el mismo grupo que Mónica y mis hermanas! Mi color favorito es el azul cielo, mi número favorito es el tres, mi mascota favorita...

- Cállate ya, Gab – dijo la niña que tenía al lado mientras se sobaba las sienes – nadie quiere saber toda tu vida – levantó el rostro, yo tenía la cejas enarcadas – Katherine, nueve, segundo año, me gusta la ciencia y no me gusta lo no-comprobable. Negro.

- Lo siento, Alex. Tendrás que disculpar a Kathy-kattz, está en su fase de yo-

encripto-todo-y-no-uso-conectores – esa pequeña se acercó y estrechó mi mano – yo soy Isabela...

- Ustedes cuatro – dije señalando a Elisa, Gabriela, Katherine y a la niña que tomaba mi mano – ¿Son familia?

- Somos quintillizas.

- Si son quistis, ¿Dónde está la última?

- Último, nuestro hermano menor está en algún otro lugar del campamento. Color negro, creo – siguió Isa.

- Genial – dije – prosigue con tu presentación Isa.

- Pueden llamarme Isa – ella sonrió y dejó mi mano – mi color favorito es el naranja y no me gusta la suciedad.

- Soy Bárbara – dijo la otra nena cuando la señalé – tengo diez años y es mi primer año en este campamento, me gustan los circuitos militares y odio bañarme.

Courtney e Isabela hicieron una mueca de asco y Ruth se acercó para chocarle los cinco. Yo suspiré y señalé a la última. Al fin la última.

- Soy Mónica y es mi tercer año en el campamento. Me gusta ser niña exploradora y los niños me parecen cochinos. Todos menos el diablo, claro.

Todas hicieron sonidos de acuerdo y yo me reí. No extraño esa época donde los niños me causaban asco, no como ahora que agobian mi mente y me causan problemas. Aquellos tiempos donde los amigos de mi hermano no eran guapos y ustedes no se la pasaban en mi casa sólo para verlos.

Supongo que las niñas están bien, pudieron ser peores, creo. Aun no puedo creer que tenga un grupo de quintis ¡Son tan hermosas y amables que las adoptaría si pudiera! Elisa no es nada como tú – excepto por lo cerebritito – es demasiado tímida para su propio bien; mientras las demás enanas elegían el nombre para nuestro grupo – criaturas mágicas ¿Puedes creerlo? – ella se sentó en su cama a leer un libro. Estaba leyendo Matilda ¿Acaso no es un amor?

Gabriela es como un rayito de sol, no se despega de mi lado y me agobia con historias de todo tipo, es demasiado entusiasta para mi gusto, pero me hace reír a montones,

también es muy hippie y ecologista. Katherine tiene un gusto adquirido por la ciencia, usa palabras que yo apenas me enteré que existían este año, de cualquier situación busca sacar un experimento; se ha agrupado con Ruth y Bárbara, ya incluso están planeando que le harán a los niños de la cabaña de Félix – que, al parecer, los conocen – y no creo que eso resulte bien para nadie.

Por último está Isabela, que me recuerda inmensamente a como era yo de pequeña. Coqueta, pero no hueca – como Courtney, con quién ya estableció amistad – habla como una persona mayor, así que también me recuerda a Mais. Si llevo a Gabriela en la mano izquierda, puedes contar con que Isa está en la derecha.

Verónica es una pequeña chismosa, anda de grupo en grupo viendo que dicen las demás, interrumpe las conversaciones y nos tiene a todas irritadas. Creo que Mónica y tu mini doble se llevarían bien si se hablaran, pero ambas son igual de tímidas. Por suerte comparten un vínculo con Gabi, quizás ella las una.

Por fin se decidieron por un nombre para la tropa: Las hadas ¡Seremos hadas! ¿Puedes creer este chiste mágico? Ok, déjame explicarte: las hadas son de tan poco uso en el mundo mágico que prácticamente son ignoradas, son pequeñas y malas, nadie quiere cruzarse con ellas. O al menos algo así me dijo mi abuela. El punto es, que fue patético como eligieron ser hadas: por descarte.

Las rudas – entiéndase como Ruth, Katherine y Bárbara – querían ser hombres lobo, pero las princesitas – Courtney e Isa – dijeron que eran seres demasiado antihigiénicos, salvajes y peludos. Que pensarán en cuanta cera comprarían al mes para depilarse o cuanto les haría aumentar la carne.

Verónica y las princesitas – no me atrevo a juntarlas – querían ser vampiros: decían que eran muy románticos y que nunca engordaban, que vivían eternamente y eran millonarios. Las rudas les contestaron que era mejor que alguno de los grupos de los chicos fueran vampiros, para que fueran como el clan Cullen – si, esos vampiros brillantes de Crepúsculo – estuve a punto de golpearlas en la cara cuando Mónica dijo que mejor fuéramos brujas.

Esto evitó que hiciera un par de homicidios, por supuesto, hasta que todas protestaron que las brujas eran feas, vestían mal, tenían verrugas, no eran súper rápidas, ni súper fuertes, ni invencibles – ahora realmente pienso que estoy en desventaja en cuanto a todos los que me cazan – y los hechizos eran peligrosos. Estuve a punto de salir a defender eso que soy – supuestamente – pero Gabi me salvó. Ella fue la de la idea de las hadas.

- Podemos ser hadas – dijo haciendo que las demás callaran – ellas pueden volar, son pequeñas y tiernas, pero pueden llegar a ser malas. Tienen hermosos trajes de todos los colores y a veces parecen princesas. Nadie se mete con ellas y viven felices en el bosque.

Todas estuvieron más que encantadas con la idea, incluso todo este rato que he estado escribiendo han estado hablando – las nueve, juntas – de lo maravilloso que es ser una hada.

Pero ser una hada no es lo único que ha pasado desde que llegué, anoche no podía dormir, así que salí a caminar ¿Sabes cómo siempre criticas mi sentido de auto preservación? Bueno, ayer descubrí que puede que tengas razón. Me metí en el bosque y vi los ojos rojos de aquella vez en la biblioteca en la copa de un árbol. Creo que Cassious me ha encontrado, pero por ahora sólo me quiere asustar. Tú sabes, como en los últimos seis meses. No sé qué está esperando el tonto vampiro. Arranqué a arranqué a correr – y eso no es fácil después de un par de copas de whisky en la cabaña de Ana – y me estrellé contra algo. Ese algo era Ángel.

Sí, yo también creí que él era esa cosa mala que me perseguía, pero en vez de comerme en el bosque donde nadie podría oír mis gritos, él solo se preocupó de que estuviese bien, me cargó y me regañó – me dijo que las princesitas no deben andar por el bosque solas, porque el lobo feroz se las puede comer – e incluso se rió. Luego, yo me quebré en sus brazos ¿Recuerdas como lo hice cuando te vi en el funeral? Exactamente igual – aunque con menos gritos – en fin. El punto es que Ángel estuvo allí viéndome llorar – yo sí que se seducir a un hombre ¿verdad? – escuchándome y diciendo que todo estaría bien. Luego me depositó en mi cabaña sin intentar nada.

No es que yo esperara que hiciera algo, claro.

Hoy en la mañana antes de que las pequeñas llegaran, fui a mi primera clase con Jess, en vez de brujería 101 vi vampirismo para dummies. Son realmente interesantes estos vampiros, es una lástima que me quieran comer y todo eso. Resultó ser todo un rollo familiar – incluyendo la familia de los vampiros y la mía – este pacto de sangre, pero eso está marcado a fuego en mi memoria, por lo cual te lo cuento luego.

Al salir de la clase con Jess, todos se aglomeraron en frente de mi cabaña, la cual estaba cubierta con miles de flores y Ángel en el medio. No te mentiré, al principio pensé que mis lágrimas eran mi arma más certera, pero no. Las flores eran de Marco y venían con una carta hermosa. Al parecer el fin de semana cenará con mis padres ¡Como me gustaría poder enviar esto para que fueras a esa cena! pero dudo que Ángel quiera llevarme al pueblo para enviar un papel.

¿Podemos ignorar que otra vez estoy escribiendo sobre ese malhumorado, arrogante y chocante musculitos? Es desagradable como siempre termino escribiendo sobre él, pero es que el gran tonto se ha colado en mis pensamientos y no quiere irse el muy descarado...

- ¡Alessandra! – gritó una voz masculina desde afuera. La única voz masculina que no me llamaba por mi apodo.

Yo medio salté en la cama, sorprendida, levanté la vista de donde estaba escribiendo hacia la ventana, sólo para confirmar lo que mis oídos me habían advertido. Ángel estaba afuera. Cerré el cuaderno con un suspiro y lo puse debajo de mi almohada.

Todas las pequeñas – lideradas por Verónica que saltó apenas escuchó el grito – se pararon del círculo donde estaban reunidas y corrieron a la ventana que estaba al lado de mi cama. Varias de ellas suspiraron

- ¿Quién es él? – Preguntó Courtney.

- Él es – comenzó Isa con los ojos iluminados.

-... Una de las mejores cosas de este campamento – dijo Mónica asintiendo.

- Él es *el diablo* – dijo Gabi mientras suspirada. *Oh, así que eso era a lo que se referían*, pensé. Me preguntaba si Ángel sabía que le decían así. Me reí, probablemente no.

- ¡Alessandra! – Volvió a gritar Ángel, yo caminé hacia la puerta, todas me siguieron.

- ¿Qué pasa? – Dije cuando abrí la puerta y bajé los escalones, ignorando lo gracioso que se sentía mi estómago.

A Ángel le había tocado el color negro y ya vestía la camisa de dicho grupo, las mangas se aferraban a sus bíceps bien formados y las letras blancas que escribían *Ángel* encima de su corazón resaltaban. Todavía cargaba sus pantalones oscuros y sus botas de montaña, parecía un uniforme diseñado a hacer contraste con su piel clara y sus ojos aún más claros, pero combinado con su cabello, que aunque no era negro, era bastante oscuro si no le daba la luz.

- Tenemos que ir a preparar la cena – él me miró como si fuera lo más obvio del mundo, luego echó un vistazo detrás de mí para ver a Isa, Courtney y Ruth que

habían cruzado el umbral de la puerta, sonrió sin mostrar los dientes – hola pequeñas, es lindo volver a verlas.

- Hola, Ángel – susurraron Isabela y Ruth sonriendo con los cachetes sonrojados.

- Hola – susurró Courtney, pestañando con excesiva regularidad, Ángel se acercó a ella.

- A ti no te conozco – dijo mientras le tomaba la mano y la acercaba a sus labios.

- So... So o...

- Ella es Courtney – dije rodando los ojos, él le besó la mano.

- Un placer, Courtney – se giró de nuevo hacia mí con su expresión solemne
- ¿Nos vamos?

- ¿Con quién se supone que deje a las niñas? – Las señalé con la mano. Él volteó a ver, escudriñando la cabaña.

- Mónica – dijo dirigiéndose a la ventana izquierda – sal un momento por favor.

- Hola, tonto.

- ¿Qué pasó, enana? – Hicieron un saludo estrechándose las manos y luego golpeándolas – Mira, necesito que cuides al grupo mientras tu guía y yo hacemos la cena – me señaló – cada año me dan un peor compañero ¿No te parece?

Yo resoplé, Mónica asintió y las dirigió a todas de vuelta a la cabaña. Ángel me alcanzó y comenzamos a caminar. El ambiente en el campamento ya había cambiado, se sentía más alegría y actividad, vi a varios niños sentados cerca del lago con Giuseppe, que parecía muy concentrado en enseñarles algo. Julio César tenía una cinta en los ojos e intentaba atrapar a sus niños. Ana caminaba mientras nuevas pequeñas la seguían, ella nos saludó y también lo hicieron las pequeñas.

- Cualquiera es enano junto a ti – dije mientras pasábamos por la cabaña de K. él inclinó su cabeza hacia un lado para ver, haciendo énfasis en mi altura.

- Tú no estás mal – puso una mano en mi cabeza – la parte más alta de tu cabeza está alineada con mi corazón, eres alta para tu edad.

- ¿Me llamas fenómeno? – Fruncí el ceño y sacudí la cabeza, él quitó la mano y sonrió subiendo las comisuras de los labios.

- No – fue lo único que respondió, caminamos un poco más y volví a hablar.

- ¿Eres muy cercano a Mónica? – Pregunté por cómo había tratado a la pequeña.

- Viene aquí desde hace tres años, también yo. Siempre le tocaba la cabaña al lado de la mía y realmente le gusta Javier.

- ¿Javier? – Fruncí el ceño.

- El menor de los quinti, siempre queda en mi grupo – me miró mejor – ¿Por qué no tienes la camisa de tu grupo?

- Ugh ¿No tuve tiempo para cambiarme?

Repasé mentalmente y recordé haber visto a Giuseppe con su camisa gris, a Julio César con la azul y a Ana con la Naranja. De seguro K. ya tenía la suya roja, al igual que Félix la verde, Siddhartha la morada, Adriana la amarilla y Peter la marrón. Al parecer era la única que no acataba órdenes.

Para ese entonces, ya estábamos en la cabaña de mando, pasamos de largo el salón donde me reunía con Jess y seguimos hasta el fondo. La cabaña era mucho más grande de lo que era mía y tenía más puertas que mi casa, al final, cerca de la puerta trasera que daba hacia el patio de juegos, estaba la cocina.

Era inmensa y rudimentaria, con grandes cacerolas, muchas hornillas y un par de hornos a leña, había incluso un cuarto helado, donde guardaban la carne y todo aquello que necesita ser conservado en temperaturas bajas. Los almacenes eran de madera y contenían cientos de latas de todos los tamaños, se mantenían a lo largo de toda la cocina, en el medio estaba una isleta que me recordaba a la que había en casa, sólo que esta era el doble de grande.

- Oh, mierda – dije sin poder evitarlo cuando vi que Ángel entraba con dos delantales.

- Una señorita – dijo con los ojos entrecerrados, divertido – no dice malas palabras.

- Quizás yo no sea una señorita – lo reté, él parpadeó dos veces hacia mí. Al fin lo sorprendía.

- ¿Es que los delantales no combinan con tu ropa? – Dijo cambiando de tema.

- Aparte de eso – dije mirando con desprecio los delantales grises de material sintético que arruinarían mi camisa – creo que es tiempo de que te confiese algo.

- Cuéntame – se recostó cerca de la estufa, cruzó los brazos sobre su pecho y frunció el ceño. No pude evitar pensar en lo hermoso que se veía haciendo esa mueca, parecía un niño molesto - ¿Mmm? ¿Por qué de repente sonríes y suspiras como si vieras un cachorrito?

- Yo – sentí el rubor acampar en mis mejillas – recordaba a mi novio, si – sus cejas se elevaron hasta perderse en el cabello que le caía en la frente – es que él suele, ehm, él suele recostarse de la cocina con los brazos sobre el pecho, como acabas de hacer tú.

- Así que – dijo con incredulidad – ¿Cualquier chico que se apoye sobre la estufa y cruce los brazos sobre su pecho causa que te inclines hacia adelante, sonrías y que tus ojos brillen como dos estrellas?

A medida que hablaba se iba acercando a mí, había descruzado los brazos y llevaba los delantales arrugados en la mano derecha, había determinación en sus ojos. No me había dado cuenta que estaba caminando hacia atrás hasta que choqué con uno de los armarios. Lo tenía en frente. Entre la espada y la pared.

- Ss... Ssii – dije manteniendo contacto visual, lo cual no era sencillo cuando tenías dos pequeñas piscinas de agua clara mirándote sin parpadear.

- Supongo que debe molestarle.

Dijo después de lo que pareció una eternidad, el tiempo suficiente para que viera que el piercing de su ceja no tenía dos cachitos en cada extremo, sino uno. Para ver que su cabello alguna vez había sido rubio o castaño muy claro, ya que si mirabas las raíces del mismo veías ese color, o si mirabas sus cejas gruesas y tullidas, o sus pestañas increíblemente largas y ridículamente pobladas. Un racimo

de pestañas, eso tenía él. Parpadeé dos veces después de procesar que había hablado y que él no estaba incómodo con mi cercanía.

- No me molesta – él sonrió y presionó un poco su cuerpo contra el mío, sus manos a los costados de mi cara, una de sus piernas entre las mías, toda la línea de su torso se acomodó en el mío.

- Hablaba de tu novio – se inclinó más hacia mí, haciendo que la presión de su cuerpo fuera más fuerte – no sabía que tenías novio.

- Si... Bueno... Yo... Él... - empecé a balbucear. Me estaba ahogando en esas piscinas azules, en sus ojos tan claros y radiantes pero aun así no podía dejar de verlos.

- Shhh – puso el dedo índice de su mano izquierda sobre mis labios mientras cerraba los ojos. Yo también cerré los ojos, anticipando – Oh, Alessandra ¿Sabes qué quiero? – Dijo con un suspiro mientras paseaba su dedo por mis labios, como si bailara con ellos, contoneándolos, acariciándolos.

- ¿Si? – Cuando hablé su dedo se quedó en mi labio inferior, justo en el medio.

- Lo único que quiero... – continuó, alejándose un poco de mí.

- ¿Si? – Repetí, acercándome a él de nuevo.

- ... Es que me ayudes a hacer las hamburguesas.

Se alejó tan rápido que casi me caí de narices en el suelo, con el corazón latiendo demasiado rápido; tuve que parpadear un par de veces para aclarar mi visión. Cuando estuve clara de nuevo lo vi de espaldas a mí, picando algo en la isla, con el delantal amarrado firmemente a su cintura. Noté que mi propio delantal estaba en mi mano izquierda ¿Cómo había llegado a allí? Tomé un saco de tomates que había sobre la isleta y me fui hasta el fregador – de espaldas a Ángel – para picarlos y lavarlos apropiadamente.

Yo me encargué de la lechuga, la cebolla, los pepinillos, el queso y las salsas – de lavarlos, cortarlos y ponerlos en bandejas – mientras que Ángel preparó la carne y los panes. No hablamos más después de... El incidente. Ni siquiera cuando fuimos a servirle a los niños, o cuando K. nos preguntó que tal trabajamos como equipo en la cocina o cuando comimos solos en la cocina.

Incluso cuando Arturo nos felicitó por la carne – pura obra de Ángel – actuamos fugitivamente. Él se ofreció a lavar los platos y corrí como un alma fuera del infierno hacia mi cabaña. Las niñas querían oírlo todo y K. y Ana – que corrieron persiguiéndome mientras le decían a Adriana que estuviese pendiente de sus mocosas – no se quedaban atrás.

- ¡Tienes tanta suerte de pasar tiempo a solas con *el diablo!* – Dijo Ana mientras pasaba un pedazo de chocolate que había traído, estábamos todas sentadas en un círculo tal como mis pequeñas habían estado en la tarde. Yo tenía a Isa y Gabi a cada lado, a Ana en frente y a K. al lado de Ana.

- No entiendo por qué le llaman suerte – resoplé – Ángel es demasiado insoportable.

- Podrá serlo – dijo K mientras asentía con una chupeta en la boca – pero está taaaaan bueno y su sonrisa es taaaaaan derrite-corazones-y-pantaletas que hasta cinco minutos con él te acercarían al cielo.

- ¿Derrite pantaletas? – Preguntó Courtney mirando a K. yo la fusilé con la mirada.

- Quiere decir que es lindo – nos salvó Ana.

- ¿Cómo has visto su sonrisa, K? – Preguntó Katherine – vengo a este campamento desde hace dos años y si lo he visto sonreír cinco veces es mucho.

- Lo mismo digo – dijo Ana.

- Bueno, cuando fue al pueblo con Alex cargaba una sonrisa de oreja a oreja – K. movió las cejas para mí – y apuesto a que Alex ha visto más de lo que dice.

- Es un gran idiota, eso es todo – *aunque no pensaste eso cuando creías que te iba a besar* murmuró una voz en mi mente.

- Él no es un idiota, él es *el diablo* – dijo Mónica haciendo énfasis en eso.

- ¿Por qué demonios le dicen así? – pregunté más por curiosidad que porque estuviese molesta.

- Todo se remonta a hace dos años – empezó a decir Ana con voz de canal de historia – cuando llegaron los quinti y el tema de los grupos era de carnaval. El

grupo de Ángel decidió ser diablos, pensarías que es un tema como para este año, pero entra completamente en la categoría de aquel año – todas asintieron como si hubiese aclarado una gran duda, yo parpadeé sin entender – Pero claro, a ninguno le quedaba tan bien como a Ángel, mientras sus pequeños vestían todos de rojo y andaban con cachitos y colas hechas en el salón de manualidades, él se paseaba con una magnífica camisa negra con mínimos, pero perceptibles detalles en rojo. No usaba cuernos, pero andaba con un tridente rojo para todos lados que lo hacía parecerse más a Poseidón que a un diablo. Y luego estaban las miradas – todas las que estuvieron presentes para ese año suspiraron como si de repente les sobrara el aire – esas picaras, divertidas y adornadas miradas, con ese condenado piercing que provoca...

- ¡Ana! – Grité, ella regresó de ese mágico lugar a donde se había ido.

- ¿Todavía no lo ves, Alex? Él, con su nombre de ensueño, sus ojos de cielo y su cara angelical, pero a la vez con su actitud arrogante, sarcástica, sexy e insoportable – suspiró – ese aire tan demoniaco que te hace pensar dos veces ¿Es realmente un ángel, o todo lo contrario? Un diablo, claro.

Terminó y todas suspiraron nuevamente, Ana y K. se despidieron y se marcharon, prometiendo que mañana nuestros grupos se encontrarían después del almuerzo cerca del lago para nadar. Yo estuve de acuerdo, a pesar que yo no lo haría por razones biológicas. Las despedí con un abrazo en el porche y regresé al cuarto, donde Ruth tenía apuntada a Courtney con una almohada.

- Retráctate – dijo la pequeña de cabello negro.

- ¡Alex! – Courtney corrió hacia mi cuando me vio – dile a Ruth que no me amenace.

- Pregúntale que dijo, anda pregúntale.

- Courtney, ¿Por qué Ruth te está apuntando con una almohada como si fuera un arma de fuego? – Nadie rió, las niñas pequeñas no tienen sentido del humor.

- Yo sólo le dije que si se atrevía a subir su asqueroso bolso a nuestra litera yo perfumaría ambas camas con mi perfume más dulce – dijo la futura rubia.

- Oh no, dile que dijiste después de que te dijera que mi mamá tejió el bolso – Ruth estaba luchando contra las lágrimas.

- Bueno... – Courtney se puso nerviosa, las otras niñas estaban haciendo sus camas y poniéndose las pijamas, pero con un oído en la conversación.

- Courtney – dije con lo que esperaba fuera un tono autoritario.

- Sólo dije que su mamá pudo tejer algo tan feo porque no la quería.

Mi mandíbula cayó abierta al suelo, olvidaba lo malas que pueden ser las niñas a esa edad, ya conscientes de lo que dicen, pero aun honestas sin inhibiciones. Tomé a Courtney por el brazo y la saqué de la casa, la senté en las escaleras y le dije:

- Escucha, he conocido muchas enanas como tú, que por ciertos – *problemas* – déficits adoran meterse con otras niñas. Eso no va a pasar en estas dos semanas ¿Me estás entendiendo? Porque si sigues con esto con Ruth o cualquier otra pequeña, cuando ellas vengan con su venganza, porque créeme: lo harán, yo me haré de oídos sordos y vista ciega.

- Está bien – dijo Courtney, temerosa.

- Ahora vas a entrar y le vas a pedir perdón.

- Vale.

Entramos y Courtney le ofreció la disculpa más hipócrita que había visto. Ruth la aceptó, pero yo vi en sus ojos que lo que sea que planeaban contra los chicos de Félix, ahora sería adaptado a Court. Genial, lo único que me faltaba era una guerra entre mis propias enanas.

Las luces se cortaron a las 10pm en punto, pero para ese entonces la única que quedaba despierta era yo; las pequeñas se habían bañado y metido a la cama tan temprano que me sorprendió que no fueran tan enérgicas como parecían. O quizás era el cansancio del primer día.

Hablé con Ruth y me dijo que estaba bien, que sabía que su bolso no era lindo, pero que significaba mucho para ella. Yo entendía lo que era usar algo terrible por alguien a quien amabas, así que me alegró que no la afectara tanto como pareció; ella admitió que sobreactuó para hacer sentir mal a Courtney, intenté molestarle, pero era algo muy cercano a lo que yo haría; así que le di unas palmaditas en la espalda y le rogué que la venganza se limpiara fácil. Nos reímos y luego nos fuimos a dormir.

Mi mente no dejaba de vagar y divagar sobre los acontecimientos que habían pasado con Ángel, primero esa terrible reacción que tuvo en mi porche temprano, como actuó cuando le dije que tenía novio. Que tengo novio. Y en ese casi beso, en ese momento donde se abalanzó sobre mí, respiró mi aire e invadió mi espacio, dejando que detallara cada rincón de su cara. Que viera cuan perfecto es. Con su nariz perfilada, pero no puntiaguda, con sus ojos perfectos, porque no hay otro adjetivo que los describa mejor, sus pómulos altos, pero con rasgos toscos que no lo hacen para nada femenino, sus pestañas tan largas que se enredan entre ellas, sus cejas que fácilmente pueden perderse en ese mini-flequillo que forma su cabello en su frente, ese detalle de plata en su ceja izquierda que supone una imperfección, pero solo complementaba ese balance perfecto que logra entre lo bueno y lo malo. Y luego estaban sus labios...

Oh, sus labios.

El superior fino y delgado, mientras que el inferior solo un poco más relleno, con ese color rosado que estaba segura sería el mismo que si lo hiciera sonrojar. Si es que alguien podía hacerlo sonrojar.

¿Por qué habrá hecho eso? Me pregunté una y otra vez mientras intentaba conciliar el sueño, ya que los bichos y el constante repiqueteo de la rama del árbol en la ventana no eran de gran ayuda. Cuando por fin conseguí a Morfeo, me di cuenta que tenía los ojos azules más claros que alguna vez hubiesen visto la tierra, el cabello que fingía ser oscuro y una sonrisa digna de un ángel encarcelada en un cuerpo de diablo.

Sólo entonces entendí porque mis pequeñas le decían *el diablo*.

Ah, también me percaté que solo concilié el sueño cuando Ángel me tomó de la mano y me llevó a esa tierra maravillosa donde los casi besos si suceden.

Capítulo 25, Noche en el lago.

Estaba aburrida, las niñas se habían quedado dormidas hacía tanto que parecía una eternidad y yo seguía con insomnio, dando vueltas en la cama. Miré el reloj que no me había molestado en quitar de mi muñeca y apenas eran las once de la noche. En un ataque de espontaneidad, agarré mi chaqueta negra holgada – esa que había usado el primer día – y mis converse negros y salí de la cabaña.

Afuera estaba realmente frío, así que cerré mi abrigo y comencé a caminar sin rumbo, tuve la tentación de entrar al bosque, pero con lo ocurrido la primera noche preferí mantenerme alejada – no es que fuera cobarde, sino precavida – sin rumbo por un rato, percibiendo la paz de la noche, viendo la luna posar sobre un cielo despejado, alumbraba todo lo que llegaba a su paso, pareciendo una gran linterna natural.

El lago se veía como un inmenso espejo negro, como una joya oscura cernida sobre este valle, me encaminé hacia allá, de repente sabiendo mi rumbo, me saqué los zapatos y me senté en el borde del muelle, el agua estaba extrañamente tibia cuando metí los pies y se sintió tan reconfortante contra la fría noche que se me escapó un suspiro estruendoso que rompió con el silencio magnificente de la oscuridad.

Me recosté sobre mis codos y chapoteé un poco de agua de manera que me mojé un poco el short del pijama, me relajé viendo el lago tan pacífico – tan distinto a como era de día con los niños – exceptuando algunas hondas que poco a poco se acercaban a la orilla y luego se retiraban, regresaban una vez más y se volvían a marchar, como si el viento estuviese bailando sobre la superficie del lago.

Pensé en los últimos dos días, donde me había divertido tanto con las niñas, la asamblea que tuvo lugar el segundo día de campamento, donde todos dijeron las criaturas mágicas que los iban a representar – las niñas de Karelia eran unas ninfas, las de Ana eran Banshees, las de Adriana eran brujas, las de Siddhartha eran hechiceras, los niños de Giuseppe eran cambia formas, los de Félix eran vampiros, los de Ángel eran hombres lobos, los de Julio César eran centauros y los de Petter eran zombies. Ese mismo día nos designaron decorar nuestras respectivas

camisas. Pasé toda la tarde en mi cabaña con las niñas, más jugando con la pintura que decorando – aunque al final las camisas quedaron espectaculares, de todos los colores y con detalles individuales para cada una.

Desde el incidente de la cocina no me había topado más con Ángel, se suponía que debíamos ayudar en la cocina, pero él me envió una nota diciendo que se encargaría de los desayunos si yo me encargaba de la cena. Una nota con una perfecta caligrafía que incluso los príncipes del siglo XVIII le pudiesen envidiar, de esas notas que parecen hechas con plantillas porque son demasiado perfectas. Una nota con la que no estuve más que de acuerdo, eso de andar en espacios pequeños con Ángel alrededor podía no resultar bueno para mi salud. O para mi noviazgo.

Lo había estado evitando lo más posible, después de la asamblea fui derecho a mi cabaña con las niñas y el día siguiente – ayer – estuve encantada cuando Ana vino a buscarlas para llevarlas de paseo por el lago mientras yo le escribía a Lisa y mantenía mis pensamientos alejados de ojos azules tanto como podía. Y hoy, me enteré de que él debía hacer unos mandados en el pueblo y fui feliz de recorrer el campamento, las enanas pasaron mucho rato en el circuito y yo pude conocer al quinto quintillizo. *Javier es un amor de niño* pensé cuando lo conocí.

Suspiré y me quité el suéter, sólo pensar en Ángel me sofocaba, lo cual demostraba lo poco bueno que era para mí. Me recosté un poco más, me había relajado tanto recordando – al punto de casi dormirme – que prácticamente di un salto cuando mi cabeza golpeó abruptamente contra la madera del muelle; hice ademán para retirarme – *al fin con sueño* pensé – cuando sentí una presión en ambos tobillos, un agarre tan fuerte y súbito que me tiraba hacia él, intenté gritar pensando en que el monstruo del lago del cual le habían contado a los niños había venido para llevarme, pero antes de que pudiera hacer o decir algo ya estaba dentro del agua, sumergida con una mínima cuota de aire en mis pulmones.

No era el agua lo que había helado hasta el último rincón de mi cuerpo y había activado todas mis terminaciones nerviosas o siquiera la sensación de estar ahogada, sino la fuerza del agarre, la sorpresa del ataque y la rigidez de mi atacante que me sostenía por la espalda.

- ¡Suéltame! – Luché inútilmente contra su agarre, sin gritar, con una voz que rayaba en la histeria, jurando y perjurando que lo que estaba en el bosque aquella noche ahora me tenía en el lago.

- ¿Por qué haría eso? – Dijo una voz sexy y profunda que me encrespó hasta

el último vello de la nuca, una voz que me causaba tanto temor como curiosidad, una voz que siempre reconocería, que siempre me atormentaría.

- ¿Ángel? – Dije casi sin aliento, un tanto aliviada que los espectros no hubiesen llegado hasta mi – ¡Suéltame!

- Como quieras – contestó y me empujó lejos de él.

- Idiota – dije mientras me hundía y resurgía en la superficie – ¡No sé nadar! – Me volví a sumergir y esperé. No pasaron ni cinco segundos cuando mi espalda se encontraba contra su pecho, y sus fuertes brazos actuaban como barrotes, encarcelándome contra su cuerpo.

- ¿Estás loca? ¿Para qué me dices que te suelte si no sabes nadar? - Exclamó desde mi espalda, mitad molesto, mitad aliviado.

- Yo sé nadar, idiota – me reí – merecías que te asustara después de eso que me has hecho.

- ¿Por qué me asustas de esa manera? – dijo con un tono de voz tan leve que temí imaginarlo, lo sentí sonreír contra mi oreja y ocultó su cabeza en mi cuello, enviando escalofríos por todo mi cuerpo, haciéndome querer retorcerme en sus brazos. Su nariz dibujó la línea de mi yugular y yo dejé escapar el aire que no sabía retenía en un pequeño gemido.

- Ángel... Ehm... ¿Qué haces? – Dije a penas con un susurro mientras él rosaba sus labios desde la línea de mi cuello hasta el hombro y de regreso.

- Nada – sopló aire caliente dulce y suavemente en mi cuello, yo temblé – empiezas a volverme loco.

- Esto... No... Está... Bien – dije con la voz entrecortada, de repente me costaba muchísimo respirar.

- Solo relájate, Alessandra – sentí como disminuía la fuerza de su agarre, confiando en que haría lo que me dijo – relájate.

-Está bien.

Respondí con un suspiro, y – aun en sus brazos – empecé a relajar mis músculos, de manera que solo mis pies se movían, pataleando suavemente para no

hundirme. Hubo un instante en el que nuestros cuerpos se tocaban sólo un poco, un dulce roce cálido y frío, suave y rígido, un roce tan único y tan íntimo que me obligué a cortar antes de caer en los brazos de la infidelidad.

Me deslicé hacia abajo y con las manos me impulsé de su definido abdomen – de esa tableta de seis tan perfecta – y nos separé lo suficiente como para pensar coherentemente. Nadé lo más rápido que pude, poniendo en práctica todos esos sábados que pasé con Eduardo en la piscina de la casa, nadé hasta que mis pulmones empezaron a arder.

Cuando salí del agua, él me miraba a lo lejos sonriendo mientras se acercaba calmadamente a mí. Nadamos en círculos, como esos que están a punto de pelear, mirándonos a los ojos, esperando que alguno hiciera algo. Yo tenía una sonrisa idiota en los labios, él, aunque ya no sonreía, desbordaba diversión a través de sus ojos. Se movió un poco hacia el frente, invadiendo esos dos metros que yo había impuesto como barrera, yo inmediatamente me eché hacia atrás. Sonrió.

- ¿Por qué me tienes miedo? – Preguntó, ahora serio.

- ¿Miedo? – Reí – yo no te tengo miedo.

- Entonces ¿Qué es? – Empezó a nadar de espaldas hacia el muelle todavía mirándome, yo lo seguí – me has estado evitando estos días.

Así que lo notó. Oh, oh.

- ¿Lo he hecho? – Dije extrañada, frunciendo un poco el ceño – no me había fijado.

- Pequeña *smukke*, no deberías decir mentiras si no sabes cómo hacerlo – llegamos al muelle y él se subió con un movimiento rápido y agraciado, quedó de cuclillas, movió la cabeza para peinar su oscuro cabello y me ofreció una mano, yo había quedado hipnotizada mirándolo, no llevaba camisa, solo su cordón negro amarrado al cuello y las gotas de agua que bailaban en su cuerpo – tranquila, no morderé a menos que lo pidas.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza cuando lo dijo, a pesar de que lo dijo sonriendo y en broma. Lo de los vampiros me estaba afectando demasiado, era increíble que al escuchar el verbo *morder* me llevara a pensar en ellos. Además ¿Ángel, vampiro? ¿Ángel, él come hamburguesas, que se sonroja cada vez que el sol llega a su piel? No, imposible. Además ¿Qué clase de vampiro tonto se llamaría

Ángel?

- ¿Por qué Ángel? – Pregunté después de tomar su mano y haberme sentado junto a él, yo viendo su perfecto perfil y él enfocado en el lago. Ya me había acostumbrado a la temperatura del lago, por lo que cuando salí y el helado viento nocturno rozó mi piel la piel de gallina me invadió.

- ¿Por qué, qué? – Respondió mientras sentía como su cuerpo se tensaba a través de la mano que aun atrapaba la mía, yo no dejaba de ver lo maravillosos que se veían nuestros dedos entrelazados.

- ¿Por qué te llamas Ángel? – Mi voz fue un susurro ya que volteó a verme, aunque él pareció no notarlo, su semblante se relajó y me miró fijamente con esos ojos azul cielo que brillaban como si en ellos siempre fuera de día.

- El embarazo en el que estaba implicado era sumamente riesgoso, sólo esperaban a mi hermano...

- ¿Tienes un morocho? – Lo interrumpí.

- Un gemelo, en realidad – sonrió – mi mamá no confía en los ecos o en doctores que no tengan su misma... Creencia; por eso y otras cosas más no me vieron venir. Así que en el parto fue cuando dijeron “viene uno más” – hizo las comillas con los dedos, sacando su mano de la mía y aprovechando para ponerme el suéter que antes había dejado en el muelle, la tela cálida se sintió como el cielo sobre mi piel, por su parte él no parecía notar que estábamos al aire libre en una noche fría a pesar de estar más descubierto que yo – fui un milagro, según mi mamá.

- ¿Por qué? – Él suspiró.

- Los embarazos múltiples en mi familia son... De poco probables a imposibles, el sólo hecho que sobreviviera al útero y luego al nacimiento fue algo que sorprendió a mi padre, pero conmovió mucho a mi madre. Ella es demasiado católica para su propio bien y en lo que nació le pidió a los ángeles y a Dios que me protegieran y cuidaran de mí, si lograba sobrevivir, llevaría el nombre de ellos.

- Pero tú no crees en ellos – dije, él miró hacia el bosque.

- ¿En qué?

- Dios, los ángeles.

- Me sorprende tu deducción – se quedó mirando a los árboles como si esperara que estos le dijeran un secreto – ¿Tú crees que tengo cara de ángel? – *Si* fue lo primero que pensé, en ese momento él volteó a verme.

- ¿Ah? – Dije mientras sentía como la sangre se me subía a la cabeza.

- Mi mamá – me miró a los ojos y elevó la comisura de los labios – ella insiste en que no me pudo poner un mejor nombre o uno que me describiera mejor. Para ella soy bondad, lealtad, su niño pequeño.

- ¿No que tenías una copia? – Sus ojos se iluminaron cuando habló de su mamá y luego ese brillo fue acompañado por la risa.

- Mi hermano es muy diferente a mí, aunque físicamente sólo tenga los ojos más oscuros que yo – alejó su mirada de la mía – él es el bueno, el respetuoso de las tradiciones, el que siempre está en las reuniones familiares, el cariñoso, el amable.

- ¿No acabas de decir que para tu mamá tú eres el bueno? – Fruncí el ceño.

- El amor de madre ciega más que el de amantes – me miró de nuevo – no creas que yo soy el bueno, Alessandra, porque no lo soy y no quiero decepcionar a nadie.

De repente sus ojos no me recordaban al cielo de primavera, sino al ártico del norte y a los témpanos de hielo que hay en él. Su rostro, tan serio y solemne como siempre se mostraba ante los demás, pero pocas veces conmigo, me aseguraba que esta era una verdad tan cierta como que yo ya creía conocerlo, cuando en realidad no lo hacía.

- ¿Por qué Alessandra? – Preguntó después de lo que pareció una eternidad.

- Bueno, yo no creía que fueras el bueno hasta que... – él rió a carcajadas interrumpiéndome, su risa era fuerte y masculina, caminaba por mi piel y me hacía cosquillas.

- Tú serás mi perdición, *smukke* – dijo en voz baja y negó con la cabeza – Me refería a por qué te llamas Alessandra.

- Oh – fruncí el ceño y me acurruqué en mi suéter – la verdad es que no tengo idea.

Nos reímos, él por la gracia del momento y yo porque simplemente no podía verlo tan feliz y no estarlo yo misma. Mi abuela había elegido los nombres de mis hermanos y el mío, pero ella era la que conocía mejor que nadie aquella historia que involucraba a Alexius y Alexandros, así que ¿Por qué nombrar a tu hermosa nieta con algo tan similar a los hombres que te persiguen? Todo había quedado en silencio.

- Estás frunciendo el ceño – dijo, yo lo miré – ¿Qué está mal?

- El problema no es que haya algo mal, sino que nada esté bien.

Cerré los ojos y saqué los pies del lago, abracé mis rodillas con mis brazos y me refugié en el poco calor que tenía mi cuerpo, posicioné mi mejilla sobre mi rodilla y abrí los ojos de nuevo, Ángel se estaba inclinando hacia mí. Yo temblé en lo que sentí su abrazo, sus brazos me cubrían la espalda y las rodillas, su cara cerca de la mía, lo único que las separaba era que yo la tenía de lado.

- ¿Siempre sueles temblar tanto? – Me susurró al oído cuando hacía más apretado el abrazo.

- Lo siento, pero al parecer no puedo evitar temblar cuando te veo, no pretendas que no lo haga cuando me tocas – dije en un arranque de sinceridad, sentí su cuerpo convulsionar en lo que era una risa pasiva, me reconfortó y me hizo sonreír.

- Esto no debería alegrarme tanto – susurró contra mi cabello húmedo.

- ¿Te alegra?

- Oh, sí, probablemente más de lo que debería y mucho más de lo que imaginas.

Nos quedamos allí un rato, él abrazándome y yo respirando el dulce olor de su colonia mezclado con su olor natural que me hacía recordar un bosque de pinos. Dejé de sentir frío, de pensar en cuestiones mágicas y de historias que nunca serían mías, dejé de pensar en que haría mañana de cena y en qué haría con las niñas en el día; me concentré en los fuertes brazos de un chico que no me exigía nada más que estar, un chico con el que me sentía cómoda y me hacía hablar como si lo

conociera desde hace mucho, como si pudiera confiar en él tanto como en mis hermanos. Y lo mejor era que no me pedía explicaciones de mis frases encriptadas ni de mis acciones extrañas. Un chico que no debería estar aquí conmigo, en la intimidad de un abrazo íntimo.

Salté fuera de sus brazos y él se levantó de inmediato, estiré mi suéter hacia abajo, cubriendo por completo mis shorts empapados, él se pasó una mano por el cabello, peinándolo hacia atrás, despejando su cara.

- Debería irme, después de todo sólo salí por aire fresco.

- Y yo a nadar un rato, en paz mientras los niños duermen – nos miramos fijamente a los ojos y él volvió a hablar – te acompañaré a tu cabaña, Alessandra.

- ¿Por qué me dices Alessandra? – Le pregunté en el muelle, los dos congelados mirándonos fijamente.

- ¿No te llamas así? – Él pareció incómodo y dudoso.

- Si, pero los demás me dicen Alex.

- Yo no soy como los demás, Alessandra – esta vez sonrió cuando dijo mi nombre, siempre con la entonación y la pronunciación adecuada. Me encantaba.

Me agaché y me calcé los zapatos, él siguió descalzo y sin camisa – lo cual no hacía fácil que mantuviese alejada la mirada de su cuerpo – hizo ademán con la mano para que pasara primero y caminamos, uno al lado del otro, sin tocarnos, pero con miradas fugitivas que de vez en cuando tropezaban juntas, risas tontas que no duraban más de dos pasos, sonrisas escapadas y tropiezos con el otro poco intencionales.

Me dejó en la puerta de mi cabaña y con un beso en la mejilla acompañado de un '*Buenas noches, smukke*' estuvo ido. Tan lejano como la noche que se escurría entre las manijas del reloj en mi muñeca. Entré en la cabaña y suspiré, cerré los ojos y caminé hasta el baño. Me bañé y cogí un pijama limpio – y seco – sólo que esta vez opté por uno de mono y camiseta con mangas.

- ¿Alex, por qué te bañas a esta hora? – Preguntó Isa cuando pasé en frente de su cama secando mi cabello.

- Accidentalmente me caí en el lago – dije cubriendo mi cara con la toalla.

- ¿Eso tendrá algo que ver con *El diablo* dejándote en la puerta de nuestra humilde morada?

- Tú no viste nada, Isa – le dije cuando me acosté en mi cama.

- Sólo digo que serían una pareja encantadora.

- Nadie está diciendo nada sobre parejas.

- Podríamos aceptar que salieras con *El Diablo*, Alex.

- Cállate y duerme, Isa. Cállate y duerme.

- Que tengas dulces sueños – respondió ella con voz lánguida.

Y eso era exactamente lo que evitaría tener, ya que podrían involucrar hermosos ojos azules, abdominales perfectos y un chico con aspecto de ángel, pero que se empeñaba en actuar como un diablo.

Capítulo 26, Canta conmigo.

*No hagas nada para la cena, y está a las seis en punto cerca del muelle con las niñas.
Riega la voz.*

Ángel.

Encontré esa nota pegada a la puerta cuando salí de mi cabaña esa mañana, tan temprano que aun no había rayos de sol. Se suponía que Jess había llegado ayer muy tarde – esperaba que después de mi momento con Ángel en el lago – y la vería a ver si conseguía una verdadera lección de magia.

Guardé la nota de Ángel en el bolsillo de mi pantalón oscuro y me encaminé a la cabaña principal. Ya me costaba menos pararme tan temprano por lo que no me llevé nada por delante y mantuve mis ojos abiertos y enfocados. También había seguido las ordenes de llevar la camisa de mi cabaña – rosada, cuello redondo y espalda decorada con una gran hada de ojos verdes y cabello marrón claro que las niñas habían hecho a mi semejanza – y zapatos cerrados, por lo que el frío no era realmente un problema.

Iba silbando, realmente feliz y pensando sobre cosas hermosas – no chicos de ojos azules, así que pueden felicitarme – cuando la vi sentada en el borde del muelle, observando el lago aun oscuro. Llevaba el cabello amarrado en una coleta y su camisa era negra, estaba de espaldas a mí, pero supo el momento en el que la empecé a ver ya que se agitó.

- ¿Puede que llegues a ser una persona mañanera? – Dijo cuando me senté.

- No lo creo, Jess – sonreí – ¿Cómo te fue buscando a la chica?

- Ugh – rodó los ojos – una completa odisea. La encontré asustada y medio traumada, me pidió que la dejara con sus padres y que nos vería el año que viene – suspiró – fue una completa pérdida de tiempo – me miró – ¿Cómo han estado las cosas por aquí?

- Más tranquilas de lo que pensé, las niñas son un amor y se comportan la mayor parte del tiempo. Hasta ahora el único problema ha sido que Bárbara se bañe y lo hemos logrado entre todas.

- Suena a que no has practicado nada – la miré perpleja.

- ¿Qué tenía que practicar?

- Antes de irme te dije que quería que vieras cuáles son tus – sonrió – ¿Habilidades, no? Para poder ejercitarlas.

- Tú no...

- ¿Yo no lo dije con esas palabras? Lección número uno: en el mundo de la magia nada es explícito, casi nunca te darán las cosas en bandeja de plata y al parecer tienen una afición por los acertijos, con el tiempo les coges cariño, pero a veces son tremendos dolores en el trasero – parpadeé un par de veces, ella sonrió – tranquila, con las cosas que me diste sé más o menos dos de tus habilidades, aunque si eres quien pienso que eres tendrás más.

- ¿Quién piensas que soy?

- Una leyenda, para empezar – desvió la mirada – alguien importante.

- Genial – dije sarcásticamente – ¿Cuáles son esas dos habilidades que crees que tengo?

- Proyección astral y telequinesis, comenzaremos con la telequinesis ¿Sabes lo qué es?

- Es la habilidad de mover cosas con la mente.

- Muy bien. Puedes utilizarla pensando en una cosa, con un gesto de la mano o con los ojos, todo depende de que tan bien dirijas tus impulsos mentales a través de ellos y de la capacidad que tengas para controlarlos.

Levantó sus manos sobre la superficie del lago, cerró los ojos y esperó, yo me acerqué para ver qué era lo que hacía, cuando bajé la mirada hacia el lago vi como unas cuantas gotas se separaban de la superficie de este y acudían a las palmas de ella. Luego ella colocó sus palmas paralela una a la otra y las gotas se quedaron en el medio, comenzó a hacer círculos con sus manos y las gotas se

movían rápidamente, al final chasqueó los dedos y las gotas volaron a mi cara.

- ¡Pero qué genial! – Exclamé limpiándome la cara.

- Eso no es nada, pequeña. Pero es un buen comienzo. Es hora de que tú lo intentes.

- ¿Yo? – Dije incrédula.

- Está en tus venas, además yo te guiaré y sabrás como. Dame tu collar, no queremos ninguna barrera.

Me senté erguida, me quité mi collar y se lo di a ella, cerré los ojos, respiré hondo varias veces antes de estirar mis manos para colocarlas sobre la superficie del lago.

- Muy bien, Alex - dijo Jess - quiero que pienses en magia, en separar, en dividir, en flotar, en volar...

Siguió diciendo sinónimos que no me decían nada, yo aislé su voz y creé una propia línea de pensamiento. Pensé en poder, en electricidad, en fuerza; en todo aquello que experimenté en el cine cuando hice flotar las palomitas de maíz. Aunque eso también me recordó la ira, la impotencia y la vergüenza del momento.

Sentí como mis manos empezaban a temblar, pero no me importó; oí a Jessica decir mi nombre y sacudir mi cuerpo, pero la ignoré. Sentí como algo emanaba de mí, como una red de pesca. Visualicé el lago y lancé mi red sobre él; no sobre unas pequeñas gotas, sino sobre toda su amplitud. Me detuve cuando amarré la red a mis manos y respiré de nuevo, el flujo de poder se vio cortado, como si cerraras un grifo de agua, todo se calmó dentro de mí y abrí los ojos.

Mis manos se habían movido sin yo darme cuenta, ahora no estaban estiradas ni formando una línea recta, estaban dobladas en la muñeca y toda el agua estaba delante de ellas – y cuando decía toda el agua, me refería a toda el agua del lago, a poca distancia de la tierra.

- Wow - dije sin moverme.

- Alex, necesito que bajes todo eso.

- ¿Yo estoy haciendo esto? - Ahora movía un poco las manos de izquierda a

derecha, el agua las acompañaba. Genial.

- Si no eres tú, llamaré a la NASA para informarles que el agua de mi lago dejó de tener gravedad.

- ¿Cómo lo bajo?

- ¿Cómo lo subiste?

- La verdad, un impulso de mi mente reflejado en mis manos – dije usando sus palabras.

- Manda otro impulso.

- No creo que eso funcione, pero si suelto las manos...

- ¡Alex, no!

Pero ya era muy, dejé caer mis brazos sobre mis rodillas y con ellos también cayó toda el agua sobre el lago vacío, cayó tan abruptamente que mucha agua salpicó fuera, mojándonos a Jess y a mí. Me levanté de un salto y volteé para mirar a mi tía abuela, empapada de pies a cabeza y con una mirada de pocos amigos, estallé en risas.

- Yo no le veo lo divertido – seguí riendo – pudiste resultar herida – reí más fuerte aun – ¡Alessandra Soriani De Haes haz silencio de una vez! – Me callé, usualmente si la gente dice tu nombre completo es porque estás en problemas.

- ¿Qué pasa, Jess?

- Eso que acabas de hacer – señaló al lago – ¿Crees que es normal?

- ¿No lo es?

- ¡Por Dios, no! Sólo un brujo muy experimentado y con mucha práctica puede hacer eso, no una pequeña que por primera vez intenta controlar su telequinesis – se acercó a mí, destilando agua – ¿No te duele la cabeza? ¿No sientes que sangras por ningún lado? – Deslizó una mano por mi cabello y me puso mi collar – es peor de lo que pensaba.

- ¿Qué es peor? – Dije mirándola fijo a esos ojos verdes tan similares a los

míos.

- Tienes tanto tiempo usando el collar que un pequeño instante sin él hace que tus habilidades revoloteen en tu sangre y sobre tu piel, quizás si lo intentamos con el puesto tengas más control o te limite.

- ¿Cómo si el collar fuera una barrera mágica?

- Exactamente – empezó a caminar hacia la cabaña, ya la luz del sol bañaba nuestra piel mojada – por otro lado ¿Qué sentiste cuando hiciste eso?

- Fue como se rompiera una represa dentro de mí, el agua me bañaba y emanaba de mí, cubriéndome y protegiéndome. Pero no me olvidé de la tarea, así que me enfoqué en el lago, transformé esa agua en una red y la lancé sobre el agua real, lo cual es ilógico porque si intentas capturar agua con una red esta se escapa, pero en ese momento parecía lo adecuado...

- El cerebro busca hacer representaciones con cosas que conoces para explicar aquello que no entiende – me interrumpió Jess – por eso representas tu magia con agua confinada en una represa, la telequinesis como una red para atrapar algo – pensó un momento – y de seguro la proyección astral la encarnarás con un espejo mientras te clonas.

- No lo había pensado de esa forma – ya estábamos en la cabaña y recorríamos el pasillo que llevaba a la cocina, se escuchaba un tarareo masculino viniendo de ella.

- Para algo sirven las tía abuela muertas ¿No crees? – Sonrió y abrió la puerta de la cocina, yo hice lo mismo y la seguí – buenos días, Ángel – *Oh, oh.*

- ¡Muy buenos días, Jess! – Ángel se le acercó y le dio un beso en la mejilla sin inmutarse porque estuviese empapada, ella sonrió – ¿Cómo está la mujer más sexy de todo el campamento?

- Oh, Ángel – ella rió – no deberías ser tan encantador – me miró – no con mi sobrina cerca, podría caer por ti.

Ángel me miró, con toda esa dicha y felicidad emanando de sus ojos tan claros esa mañana, era el tono más claro de azul que nunca había visto en los ojos de nadie, su tierna sonrisa se había transformado en un gesto lascivo – tan sexy – que me hizo querer alejar la mirada, aunque no lo hice ¡Bien por mí!

- Buenos días, Alessandra – dijo mirándome aun con esa expresión sugestiva en la cara, sus ojos claros mostrándome por primera vez que también podían ser felices.

- Hola – fue lo único que pude balbucear, Ángel y Jess rieron. Yo me senté.

- Te dije que no debías ser así – rieron de nuevo, comenzaba a ser molesto – ¿Tienes jugo de naranja preparado? Creo que nos vendría bien un vaso – se dirigió hacia mí – Ángel hace el mejor jugo de naranja que he probado.

- Claro – ignoró el halago, fue hasta el refrigerador y sacó unas naranjas – no sabía que Alessandra fuera tu sobrina, aunque puede que haya un poco de tus ojos en ella.

- No seas cruel – siguió hablando como si yo no estuviese en la habitación mientras él exprimía las frutas – claro que se parece, mucho más de lo que crees.

- Si tú lo dices...– contestó Ángel mientras nos entregaba un vaso a cada una, Jess se había sentado a mi lado en la isla, él puso un paño en su hombro derecho como un viejo cantinero, siempre buscando algo que contrastara con su piercing– así que... ¿Qué hacen dos damas despiertas tan temprano?

- Corriendo.

- Entrenando.

Dijimos a la vez, él levantó su ceja izquierda, jugando con su accesorio.

- Correr es entrenar – dije.

- Y entrenar es correr – dijo Jess. Ambas sonreímos.

- Empiezo a ver el parecido – relajó el ceño – ninguna sabe mentir.

Él se rió y mi tía le lanzó una bola que había hecho con una servilleta. Ellos comenzaron a hablar sobre la ida de Ángel al pueblo, mientras él me preparaba un omelet de queso, al parecer él sabía mucho sobre el pueblo, porque hablaron incluso mientras yo comía ¿Viviría Ángel allá cuando no estaba en Dinamarca? ¿En un pequeño pueblo perdido en las montañas, donde todos parecían conocerse? Él no parecía ser de esos, tenía un aire a metrópoli a su alrededor que era imposible de ignorar y por su actitud podrías decir lo mismo...

Dejé de divagar, de repente todo estaba muy callado. Miré a alrededor y me encontré a Jessica y Ángel mirándome.

- ¿Qué? – Pregunté después de unos momentos.

- Ángel te preguntó qué tal estaba el omelet – dijo Jess.

- Y luego te pregunté si hubieses preferido comerlo sobre mí – me ruboricé.

- Estaba bien – dije mirando a la mesa – y no. Absolutamente no.

- Te dije que no estaba escuchando – dijo él y ambos rieron.

- Son como insoportables – dije.

- Lo siento – respondió Jess – es que cuando él está de buen humor es como un rayito de sol, es imposible ser gris a su alrededor – lo miró como mirarías a un hijo ganando una medalla.

- Ser gris – repetí y me reí un poco, que idiotez.

- Ya lo entiendes – dijo él y sonrió de medio lado.

- Claro que si – le di un beso a Jess en la mejilla – nos vemos luego, Jess. Las niñas deben estar a punto de despertarse.

- ¿No hay beso para mí? – Dijo Ángel cuando me vio llegando a la puerta sin siquiera mirarlo.

- No, las personas grises no le dan besitos a los rayitos de sol.

Abrí la puerta sonriendo y salí. Corrí hasta mi cabaña y me lancé sobre mi cama, diez minutos después sonó el despertador del campamento – alguien ponía música a todo volumen en los altavoces que estaban tanto fuera como dentro de las cabañas por quince minutos, luego los apagaba – las niñas comenzaron a hacer ruidos y a levantarse, yo quería llorar.

- Buenos días, Alex – dijo Gabriela dándome un abrazo, a pesar de yo estar acostada boca abajo en mi cama – ¡Ya casi llega el gran día!

El gran día. Era de lo único que hablaban las niñas desde que llegaron. Los

sábados, todos haríamos una excursión a la montaña y acamparíamos de verdad, regresábamos el domingo por el otro lado de la montaña y los niños eran felices. Yo, por mi parte, estaba muerta de miedo, a pesar de que había pertenecido a las niñas exploradoras cuando era pequeña y podría sobrevivir en el bosque por al menos dos días – en teoría –, en ese tiempo no tenía idea que había gente cazándome como a un conejo.

Sonó la alarma del desayuno – que era el mismo sonido del despertador, solo que un poco más tarde – y las niñas gritaron.

- Cálmense – les dije – nadie se va a sentar en su mesa.

- No puedes estar segura de eso – me dijo Court mientras se terminaba de arreglar el cabello – Sofía, Tiffani y Andrea – las niñas de Ana – la quieren desde que llegamos ¡Alex, es la única mesa con vista al lago!

- ¿Y eso qué? – Pregunté.

- Desayunar con una linda vista hace que tu día sea lindo – respondió Ruth saliendo del baño.

En eso tenían razón, una buena vista podía hacer que tu día valiera la pena. Esperé a que las niñas se terminaran de arreglar y corrimos – literalmente – a la cabaña central y luego al comedor, de seguro parecíamos una estampida rosada, pero sólo Ángel estaba allí, terminando de organizar la comida en las grandes mesas por las cuales pasaríamos luego, así que no importó mucho.

El comedor era un espacio enorme con once mesas de diez puestos, aunque cuando llegamos, los otros guías y yo, decidimos unir las, haciendo dos mesas gigantes conformadas por cuatro pequeñas y dejamos tres libres. La mesa de mis niñas era una de las que quedó sola, con buena vista y sin niños molestos peleándose por la comida, podía entender claramente por qué corrían cada mañana.

- Buenos días, pequeñas – dijo Ángel mientras terminaba de organizar una bandeja con jamón.

- Buenos días – dijeron todas al unísono, viéndolo como si fuera una maravilla de la naturaleza.

Rodé los ojos y me senté en la mesa cerca de la ventana, pude ver como

salían todos de sus cabañas, como si un arcoíris fluyera de ellas, todos venían riendo y jugando – las niñas de K. cantando y las de Siddhartha con caras largas – Félix estaba recogiendo a los niños de Ángel cuando escuché los platos golpear y a las niñas hablar. Habían salido del encanto diabólico de cierto ser.

Yo seguí enfocada en la ventana, viendo como los colores se mezclaban sin importar que “criatura mágica” eran, sólo siendo niños. Esa época simple donde para confiar en alguien lo único que tenías que decir era “hola”, donde reinaba la inocencia y eras inconsciente de todo lo malo que hay en el mundo, de todo lo malo que hay en tu propia vida.

- Y pensar que pronto sabrán lo que es la realidad – dijo cierta voz sexy a mi espalda, como si supiera lo que pensaba – que serán conscientes y nada volverá a ser igual.

- Una vez que sabes algo, que te enteras cómo son las cosas en realidad, es imposible seguir viviendo como lo hacías antes.

- ¿Qué pasa si cuando lo sabes no tienes idea de que hacer al respecto? – Preguntó él.

- Te das tiempo – ya casi todos llegaban, se podía escuchar su bulla – y esperas que no sea muy tarde para actuar en base a eso que ahora conoces.

- Pero no lo ignoras.

- No puedes, Ángel, simplemente no puedes – sentí una mano en mi hombro y luego la misma se perdió en mi cabello suelto.

- Entonces no lo hagas.

Su toque se alejó y también él, en ese instante llegaron todos armando un desastre, los niños corrieron a la mesa de la comida y las niñas empezaron a saludarse, sabía que eran solo noventa, pero carecían mil en ese instante. Alguien rozó mi hombro y me voltee para encarar a Ángel, dispuesta a preguntarle que quería decir con esa frase – como si supiera algo más, algo de lo que no debería saber. Pero era Giuseppe.

- Hey, Alex – me miró extrañado – ¿Cómo has estado? Ya no consigo verte, espero no te estés sintiendo mal por...

Oh, oh.

- ¡No! – Le dije antes que terminara la frase, después de todo él sabía que estaba en mis días de señorita – no es nada de eso, puedes estar tranquilo – reí nerviosamente – lo que pasa es que he estado ocupada con las niñas, haciendo las camisas, enseñándolas a maquillarse...

- Las vi hace dos días en el lago con el grupo de Ana y Karelia, tú no estabas.

- Me quedé en mi cabaña, estaba un poco... Indispuesta – dije después de pensarlo un poco, Giuseppe me escudriñó con la mirada y luego sonrió.

- Quizás hoy te puedas sentar en la mesa con los demás guías...

- Quizás me pase luego – sonreí.

La mesa de los guías, otra que había quedado separada de las demás, no tenía una linda vista, pero era la única mesa tranquila, sin niños y donde podías tener una buena conversación. Sólo que yo la había evitado desde siempre, aunque Ángel y Siddhartha se sentaban en una parte alejada de la mesa y tenían esa mirada malvada hacia los otros guías, ese pensamiento reflejado en sus caras de “que imbéciles”.

Si, una vez que comenzábamos a comer, lo único que hacía era mirarlos. Había visto a Julio César y Petter en su pequeña pelea de comida, a Ana coquetear con Félix y a este ignorarla para luego encontrarlo mirándome a mí; había visto a K. intentar hablar con Siddhartha y sólo conseguir que esta la mirara con odio y no le contestara; había visto que Ángel nunca hablaba con nadie.

- ¿Alex, no vas a comer? – Escuché la voz de Verónica a mi lado, con un plato repleto de comida.

- No, Vero, desayuné más temprano.

- ¿Tuviste que hacer tu propio desayuno? – Preguntó Courtney.

- No – ya todas estaban sentadas en nuestra mesa.

- ¿Entonces quien lo hizo? – Preguntó Elisa con la boca llena.

- Nadie importante – una luz llegó a los ojos de Ruth, como si un bombillo se

hubiese encendido en su cerebro.

- *El diablo* – dijo – *El diablo* cocinó para ti ¿Verdad?

- Por eso llegaste tarde en la mañana y ya estabas vestida cuando nos levantamos – continuó Gabi – estabas teniendo un romántico desayuno con *El diablo* – su afirmación terminó en un gritito agudo, yo me ruboricé sin querer.

- Eso no fue así, salí a trotar esta mañana.

- Alex, en base a lo que hemos visto en estos días podemos concluir que a ti no te gusta hacer ejercicio, así que la probabilidad de que eso sea cierto es casi nula – agregó Katherine, mordiendo un sándwich de jamón, que era lo que siempre desayunaba sin importar que hubiese en el menú.

- En eso tiene razón Kathy-kattz, Alex. No has salido ni una vez con nosotras desde que estamos aquí – respondió Isa limpiándose las comisuras de los labios con una servilleta – así que no podemos imaginarte saliendo sola a hacer ejercicio – sonrió maliciosamente y fue espeluznante – pero si podemos imaginarte levantándote temprano para desayunar tranquilamente con Ángel.

- Así que... - Bárbara llamó la atención – ¿La ligera barba de Ángel pica o rasguña al besar?

Todas lanzaron grititos agudos y comenzaron a reírse tontamente, mi rubor se intensificó más y eso puso histéricas a las niñas. Justo lo que me faltaba.

- La verdad, no tengo idea – dije mientras me paraba de la mesa y caminaba lejos. De repente la mesa de guías me parecía mucho mejor.

Caminé hasta allá, pero antes pasé por la mesa de comida por una manzana. Estar masticando algo siempre puede salvarte de momentos incómodos y te da tiempo para pensar en una respuesta mordaz. Estaban K., Ana, Félix y Giuseppe de un lado de la mesa, mientras que Adriana, Julio César, Petter, Ángel y Siddhartha del otro. Cuando iba llegando todos se callaron, me sentía en la secundaria.

- ¿Puedo sentarme? – Pregunté sonriendo. Félix medio empujó a Ana y me hizo un espacio a su lado. Entre él y Giuseppe.

- Siempre que quieras – respondió, yo evité rodar los ojos.

- ¿Y ese cambio, Alex? – Preguntó Adriana.

- ¿Cambio de qué, Adri? – Me había dicho que no le dijera así, pero era divertido molestarla. Entrecerró los ojos.

- Eso no es pregunta, Adriana – respondió Félix – esta también es su mesa y siempre está invitada.

- Yo la invité más temprano, además – agregó Giuseppe.

- Hey, chicos – dijo Julio César – se les cayó algo.

- ¿Qué? – Respondieron los dos mirando a los lados.

- Su dignidad – respondió Ángel sonriendo y limpiando su boca con una servilleta, llamando la atención hacia él. Petter se rió hasta que se dio cuenta quien había hablado, luego calló. Todos lo miraron, pero él me miraba a mí.

- Al parecer tienes la capacidad de hacer que muchos chicos lo pierdan – miró alrededor – Alessandra, no te olvides de lo que te he dicho esta mañana – me guiñó un ojo, luego se levantó, tomó su bandeja y se alejó silbando la misma tonada que yo había entonado esa mañana cuando iba al lago. Todos me miraron.

- ¿Qué? – Dije al ver que nadie decía nada.

- Nada, es que... - comenzó K.

- ... Ángel nunca había hablado en nuestra mesa durante todo el tiempo que hemos comido con él – continuó Ana.

- Él es *El diablo*, después de todo – terminó Adriana. Yo miré a Julio César.

- No me mires a mí – dijo él – él único que le habla es Félix – lo miré a él.

- De vez en cuando es simpático – se defendió él – y si estás lo suficientemente cerca escuchas todos sus comentarios mordaces, es cómico.

Después de eso todos volvieron a comer, yo mordisqueé mi manzana un par de veces y luego la boté, hablaban de temas banales y sus cabañas, usualmente los chicos decían que sus niños hacían estrategias y se complotaban los unos a los otros, mientras que las niñas estaban felices con paseos al aire libre y atardeceres

en el lago – era sorprendente como toleraban los mosquitos de esa hora. Ya cuando todos estaban terminando y yo estaba lista para afrontar a mis chicas, les solté la bomba.

- Por cierto – dije a unos pasos de la mesa – está noche, a las seis, lleven a sus niños al lago.

- Alex – gritó Ana cuando me volteé sin decir nada y di dos pasos más lejos de la mesa – ¿Por qué haríamos eso?

- No sé – dije sinceramente – pero Ángel lo dijo.

Las caras de todos estaban estupefactas cuando me volteé. Suspiré. Apostaba que todos creían que yo tenía algo con Ángel, incluso mis niñas lo hacían, él tonto ese hacia que pareciera que ocultábamos muchos secretos cuando apenas lo empezaba a conocer. Idiota.

Les dije a las niñas para ir a la cabaña y hacer un poco de manualidades – realmente no quería verle la cara a nadie – pero ellas insistieron en ir al circuito a correr un poco, así que las llevé y descansé bajo un árbol, ni siquiera aproveché el tiempo para escribirle a Lisa, solo las vi jugar, correr y divertirse; con esa sensación de envidia en la piel ¿Qué cosa más quisiera yo que volver a esos tiempo donde corría interminablemente con mis hermanos por el jardín? Nada, realmente. *Pero esos tiempos se fueron y ahora es tiempo de crecer y creer* me dije mentalmente, con una sonrisa triste en la cara.

A la hora de almuerzo tomé mi comida y comí en los escalones de la cabaña principal, Gabi me hizo compañía y no dijo ni una palabra. Después que reposaron, querían jugar en el lago, Ana me dijo que no iría hoy y K. que sus niñas jugarían en el circuito militar, así que tuve que vigilarlas yo, desde el muelle muriendo de calor y siendo comida viva por los mosquitos.

Los niños de Julio César y él también estaban cerca, así que terminaron jugando todos juntos hasta las cinco de la tarde. Bárbara y Mónica mostraron cierto interés por Carlos, uno de los niños más tímidos de Julio César y lo acosaron hasta que él pobre le dijo a su guía que esperaría en la cabaña. Cuando llegamos a la cabaña para que se bañaran y se arreglaran para lo-que-fuera-que-íbamos-a-hacer-en-el-lago, me llevé una sorpresa.

En la cama, sobre mi almohada, estaba una caja de veinticuatro bombones de chocolate envuelta en un gran lazo rojo, sobre ellos: un pequeño doblez de

papel en una caligrafía que conocía muy bien. Las niñas hicieron varios “uuuuh” y “aaaah” a medida que observaban la hermosa caja dorada.

- De seguro son de *El diablo* – dijo Isa.

- No, seguro es del chico de las flores – dijo Ruth, el rumor de la cabaña cubierta de flores se había regado y mantenido en todo el campamento.

- ¿No pueden ser de Giuseppe? – Agregó Katherine – él siempre ve a Alex como si le quisiera decir un montón de cosas.

- Nenas – las interrumpí – sé que divagar entre los chicos es divertido, sobre todo cuando no son sus chicos, pero tenemos que alistarnos para ir al lago.

- ¿Al lago de nuevo? – Preguntó Bárbara – ¡Pero si venimos de allá!

- Es que los guías les tenemos una sorpresa – al decir esto fue como si antenitas saltaran de las niñas – y si no están listas no van a poder ir.

La última frase la dije cantadita y todas se precipitaron al baño; yo levanté la carta y los bombones y me acosté sobre la cama, riendo sobre lo fácil que es engañar a un niño – aunque técnicamente no las había engañado – Elisa se acercó a mí.

- ¿Son inocentes o de verdad hay una sorpresa?

- Un poco de ambas – sonreí – ¿Por qué no corraste junto a ellas?

- Hay pocas duchas. Pelearan un rato o se bañarán en trajes de baño – se encogió de hombros – esperaré – me miró un largo rato, luego agregó – ¿Los vas a abrir?

Miré los chocolates, la nota, la dulce y sutil escritura de mi novio en una sola palabra: *Alex*. Aun no entendía como Marco hacía para que me llegaran todos sus detalles. Aun no entendía cómo era posible que yo no pensara en él todo el día como cuando lo tenía cerca, ¿No se suponía que la distancia hace que extrañes a morir a aquellos con los que no puedes estar en ese momento?

Extrañaba a Elisa, sino no le escribiera todos los días; extrañaba a mis padres y al tonto de Eduardo, a pesar de estar molesta con ellos, pero Marco... Marco sólo se colaba en mis pensamientos cuando el sentimiento era culpa o remordimiento –

que era lo que sentía por sus regalos – así que... ¿Dónde me encontraba con él? Quizás fue muy temprano para iniciar una relación...

- Alex – dijo Elisa – tienes una mirada muy rara en tu cara.

- Oh – parpadeé y la enfoqué – lo siento, me perdí pensando.

- Si algo te hace pensar tanto y no actuar sobre ello, es porque no lo quieres.

- Es un gran consejo.

Y en realidad lo era, quizás era la presencia de Marco – con sus increíbles ojos verdes, su tez clara y su cabello tostado – lo que no me hacía pensar claramente... Quizás mi ilusión y cariño era puro físico y químico, no algo que existiera de verdad. Ouch.

- Los ceños son malos para las arrugas, Alex – dijo Isabela mientras se batía el cabello.

Le sonreí y fui al baño, ya la mitad de las niñas estaban bañadas y medio vestidas, así que podía tomar una ducha tranquila mientras se terminaban de arreglar.

Marco, el chico que surgió de las sombras, él que llegó un día sin avisar y se quedó en mi vida por decisión propia, él que estaba allí para hacerme reír y olvidarme de mis dramas familiares. Marco, él que no había puesto peros cuando le dije que me iría a un campamento, él que solo quería pasar tiempo conmigo, sin importar dónde o con quién. Marco, el chico que creía había ganado mi cariño y que posiblemente no era así.

- Alex – escuché a lo lejos – estoy bastante segura que ya tu brazo está bien enjabonado ¿Puedes apurarte? Ya la gente empieza a llegar al lago.

- Ya voy, Court – salí de mis ensoñaciones y le contesté a la pequeña.

Terminé de bañarme y me vestí con la camisa del campamento, un short pequeño que me encantaba por su comodidad y mis converse; tomé la chaqueta holgada y la amarré a mi cadera, sacudí mi cabello mojado – con lo cual las nenas rieron y dijeron que parecía un perro – y me maquillé un poco, a diferencia de los otros días, cuando luchaba contra el impulso natural de maquillarme aunque fuera sólo un poco. Ya todas las niñas estaban listas, esperando impacientemente.

- ¿Quiénes eran las que no iban a estar listas? – Preguntó Bárbara sarcásticamente.

- Ustedes, por supuesto – dije sonriendo.

Salimos de la cabaña y caminamos tranquilamente hasta el lago, Ana y su grupo iban saliendo también, así que los unimos y bromeamos entre todos, ya había una gran multitud reunida en lago, formando un círculo. Me colé entre las filas y llegué al centro, Ángel y Félix estaban tratando de encender la fogata más grande que había visto en mi vida, troncos estaban esparcidos a su alrededor para sentarse, el atardecer le brindaba a todo eso un aire muy pintoresco. Ángel levantó la cabeza, me vio y sonrió.

El primer día, cuando había acompañado a Ángel para el pueblo, habíamos discutido en el carro sobre todo lo que tenía que tener un campamento; él había asistido a muchos, así que tenía mucho que decir al respecto. Se sorprendió cuando le dije que lo más cerca que había estado de un campamento fueron las niñas exploradoras o en el jardín de la casa con mis hermanos.

- ¡No es posible! ¿Qué clase de infancia tuviste si no fuiste a un campamento, comiste salchichas y *smores* cocinados a leña, ni cantaste canciones tontas alrededor de una fogata? – Había dicho, pareciendo cualquier otra persona menos él.

- Siempre quise eso – le confesé – pero simplemente no me dejaban.

- Eso está mal.

Fue lo último que había dicho antes de dejar el tema, hoy me sorprendía. No podía evitar sonreír con genuina felicidad. Lo saludé con la mano y ubiqué a mis niñas en un banco, esperamos a que todos llegaran y se acomodaran – la última en llegar fue Siddhartha – para poder comenzar.

- Desde el principio de los tiempos – comenzó Ángel dando vueltas alrededor de la fogata sin encender – el hombre ha tenido una fascinación por el fuego – Julio César y Félix encendieron la fogata, enviando ondas de calor a todos los que estábamos cerca – les ha dado calor, los ha protegido de depredadores y les ha servido para distintos rituales – sus ojos brillaban como nunca gracias al fuego, eran una mezcla cambiante de azul, dorado y rojo – hoy, nos reunimos aquí para realizar uno de ellos – el viento sopló y agitó su cabello, las niñas temblaron – hoy, vamos a cantar.

Sacó una guitarra acústica del tronco donde estaban sus niños y se sentó junto a ellos, todos se rieron – incluso yo por un momento pensé que hablaría de un sacrificio o algo por el estilo – y comenzaron a cantar; yo no me sabía las canciones, pero aplaudía cuando los demás lo hacían y los coros eran sencillos así que para la segunda ronda ya participaba más.

Ya cuando eran alrededor de las ocho, Arturo llegó con unas salchichas y palitos – de esos con los que se hace fondue – para todos, mientras comíamos todos los guías íbamos contando historias de terror. Ana contó una sobre el hombre de las nieves, K. sobre el holandés volante, Adriana sobre un heladero fantasma que se llevaba a los niños que se acercaban a su camión, Siddhartha no quiso decir nada, Julio César habló sobre fantasmas y una experiencia cercana con ellos, Félix contó sobre su primer año en el campamento y una bestia que vivía en los bosques. En ese instante Arturo interrumpió y dijo que era hora del postre – los niños estaban aterrados – así que sacó galletas, malvaviscos, chocolate y chispas de colores. Ángel los iba repartiendo, dejándome a mí de última:

- Es hora de que aprendas a hacer un *smore* – se sentó a mi lado y tomó las galletas, puso una en cada palma de sus manos.

- Ahora – dijo Isabela, viendo desde abajo – colocas el malvavisco y el chocolate.

- Luego... – siguió Ángel.

- Lo atraviesas con el palito – interrumpió Mónica.

- Y lo cocinas en la fogata – terminó Ángel, acercando su creación al fuego y depositándolo en mis manos.

Después se fue. Los *smores* fueron lo mejor de la noche, hicieron tantos que no pudimos terminar de comer. Cuando la luna estaba firme en el cielo, llevamos a los niños a las cabañas, pero Ángel no apagó la fogata y nos dijo a todos los guías que lo consiguiéramos allí antes de medianoche. Me fui con las niñas y me cambié a una pijama de pantalón y franelilla, negra con detalles de pequeñas lunas menguantes en blanco, y me acosté. Puse el despertador a la hora acordada – aunque no dormí nada, sólo vi vueltas en la cama pensando en la hora – y salté cuando sonó, me calcé los zapatos y fui hasta la fogata, en el tramo que había desde mi cabaña hasta ella me congelé; así que llegué frotándome los brazos.

- ¿Mucho frío? – Preguntó Petter en una camisa gris sencilla y shorts.

- Algo – sonreí.

- Puedes sentarte a mi lado – dijo Giuseppe en una franelilla blanca y jeans negros, era el más cercano al fuego.

- Tranquilo, vaquero, se sienta conmigo – dijo Ana vistiendo un hermoso pijama de seda rosa, un conjunto de mono y camisa manga larga, tomándome de un brazo y sentándome junto a ella y K.

- Gracias – les sonreí.

- No hay de qué – respondió K. que aun vestía el uniforme de campamento – ¿Dónde está Ángel?

- ¿Impaciente por verlo? – Bromeé.

- Todos sabemos que la única impaciente por eso eres tú, Alex – dijo Ana en voz baja.

- Más vale que venga – dijo Petter – podría estar durmiendo en estos instantes.

- Nada te retiene en este lugar – aclaró una sexy voz a mi espalda, enviando escalofríos por mi cuerpo.

- No era mi intención... – comenzó Petter.

- Tranquilo, Pete, solo juego – Ángel sonrió, entrando al círculo con Félix y la guitarra en la mano.

Ángel tenía el pecho descubierto y llevaba los mismos pantalones que le había visto horas antes – oscuros, desteñidos en las rodillas – no cargaba zapatos y la guitarra acústica en sus manos era llevada como un preciado tesoro. Siempre había pensado que un chico sólo en pantalones era lo más sexy del mundo y Ángel sirvió para comprobar eso.

Lo único que adornaba su torso era su collar, aquel cordón negro que usualmente se perdía en su camisa ahora dejaba al descubierto un filoso diente de algún animal, era pequeño, pero sin duda filoso. Sabía que Félix estaba con él, pero mi cerebro no podía procesar otra cosa que no fuera el pecho musculoso y bien definido de Ángel junto a sus abdominales perfectos.

- ¿Está...? – Comenzó K. sonaba tan atolondrada como yo.

- ¿Semi desnudo y como un sueño húmedo hecho realidad? Yo diría que si – dijo Ana mientras se abanicaba con la mano.

- Me alegra que vinieran – dijo Ángel mientras se sentaba en frente de mí, al otro lado de la fogata – y me alegra que faltaran los que faltaron.

Ahora que lo mencionaba me daba cuenta de que ni Siddhartha, ni Adriana ni Julio César estaban a la vista. De Siddhartha no era sorpresa – cada vez lo lamentaba más por las pequeñas que se quedaban con ella – pero era extraño que Julio César – tonto, pero social – no estuviese presente o que Adriana – insoportable, pero jamás se perdía un momento para meterse con los demás – no estuviese burlándose de la gente.

- ¿Para qué dijiste que viniéramos, Ángel? – Preguntó Giuseppe, acercándose más al fuego.

- Pensaba que quizás podíamos compartir y conocernos un poco mejor – dio una sonrisa inocente que parecía usaba mucho y funcionaba siempre.

- Llevas dos años seguidos viniendo y jamás habías dicho nada de eso – dijo Ana levantando una ceja.

- Este año es diferente – su sonrisa murió y me miró a mí, el brillo de algo oculto en su mirada me cautivó.

- ¿Cómo sugieres que nos conozcamos? – Pregunté, cambiando el tema.

- Me alegra que preguntes – pasó una mano por las cuerdas de la guitarra, haciendo que rompieran el silencio de la noche y la tensión que nos rodeaba – siempre he pensado que la música define la vida de las personas, dime lo que escuchas y te diré quién eres – nos miró a todos – así que pueden pedir una canción para que la toque o la cante, decir por qué les gusta o a que les recuerda y luego una canción para alguien que esté aquí. Es sencillo y realmente te puede ayudar a conocer a alguien.

- ¿Tu cantas? – Preguntó Félix, incrédulo.

- Todos cantamos, que lo hagamos bien o mal es distinto.

Todos reímos y cerramos el círculo, los chicos apagaron parte de la fogata de manera que nos mantuviera caliente, pero lo suficientemente pequeña como para estar alrededor de ella y verle la cara a todos. Petter no quiso participar y se marchó. Giuseppe comenzó con una canción que nadie conocía, pero Ángel sí, la letra era hermosa; trababa sobre un chico y como se enamora de una chica, como hace todo lo posible para estar con ella, pero ella no parece siquiera notarlo; dijo que le gustaba porque le hacía tener esperanza y prefirió no dedicar ninguna – aunque cuando lo dijo me miró fijamente.

Ana siguió, eligió *The scientist* de Coldplay. Mi cariño por ella creció muchísimo, adoraba Coldplay. Quiso que cantáramos *Set fire to the rain* de Adele, pero K. y yo éramos las únicas que la sabíamos así que fue un coro de chicas. Félix se fue con algo más clásico, y cantó él – *Yesterday* de The Beatles – no quiso decir por qué era su canción favorita, pero todos nos hicimos una idea. Su elección para los demás *Sympathy for the devil* de The Rolling Stones, una canción que todos nos sabíamos y que era bastante apropiada para la situación.

K. amaba Simple Plan, así que eligió *Perfect*, Ana y yo nos miramos a ver si la canción iba más allá de lo que aparentaba ser. *She's got you high* de Mumm-ra, fue lo que cantó ella, lo tuvo que cantar sola, porque Ángel no se sabía el ritmo y ella se empeñó en que fuera esa canción: Jamás despegó la vista de Ángel mientras cantaba y al oír la letra me coloré. Con esas amigas ¿Para qué necesitaba que me lanzaran a la hoguera?

Yo elegí *Chasing Cars* de Snow patrol y *Neutron star collision* de Muse, ante sus miradas extrañadas sólo me quedó admitir que era una romántica empedernida. Cuando llegó el turno de Ángel ya era tarde, habíamos reído, cantado y burlado con las canciones que habíamos elegido. Félix se había ido y Giuseppe estaba que se dormía sobre el tronco, las chicas y yo éramos las que seguíamos cantando con Ángel.

- Es tu turno de elegir canción – dijo Ana.

- Esta es de mi grupo favorito – dijo él – se llama *Uprising*.

Era una de mis canciones favoritas así que canté a todo pulmón con él, cerré los ojos y dejé que la buena música me llevara lejos. Ángel siguió cantando canciones de Muse – que también era mi grupo favorito – y yo no le perdí la pista, después de doce canciones cuando los abrí de nuevo vi que estábamos sólo quedábamos él – que se había sentado junto a mí en algún momento – y yo

sentados en la fogata, ni siquiera una sombra nos hacía compañía.

- Sólo quedamos tú y yo – dijo – ¿Quieres dejarlo así? – Estaba dudoso, adoraba verlo así.

- No creas que te vas a salvar – le quité la guitarra – te queda una última canción – él sonrió.

- Y apuesto que tú quieres escucharla.

- No me lo perdería – lo reté, tocando un par de notas, él se situó a mi espalda y deslizó sus piernas a mi lado y sus musculosos brazos por encima de los míos guiándolos hacia la posición correcta en la guitarra.

- La canción se llama *Into your arms* y la canta The Maine – susurró a mi oído mientras acomodaba su torso desnudo en mi espalda y empezaba a cantar la canción.

Era una preciosa melodía sobre una chica nueva que llegaba a la vida de un chico, ella, la chica de la sonrisa más preciosa y los ojos llenos de atardeceres, que lo hacía creer que se estaba enamorando y que lo hacía necesitar regresar al comienzo, a sus brazos, pues las cosas son mucho más hermosas cuando se está enamorado. Ella era inalcanzable para él, no estaba permitida, pero él necesitaba encontrar caminos que la llevaran hacia ella, y a pesar que quería eso no sabía qué hacer y sus palabras se congelaban cuando quería hablar, pues todo lo que ella hacía, parecía magia.

Ángel terminó de cantar – aun rodeándome con sus brazos y con la guitarra en mi regazo, con sus labios tan cerca de mi oído y sus susurros tan íntimos, su cuerpo adherido al mío y su olor tan adictivo. Era tan injusto que un chico tan delicioso te cantara una canción preciosa al oído acompañado nada más por una guitarra acústica y tú no pudieses hacer más que derretirte en sus brazos.

Cuando empezó a aclarar el cielo; él se quedó quieto y por un momento juraría que me apretó más fuerte entre sus brazos mientras el primer rayo de sol pintaba la copa de los árboles cercanos al campamento.

Simplemente nos quedamos allí, petrificados mientras esperábamos que los rayos de sol llegaran a tocarnos, esperando que ellos llegaran a romper el hechizo que nos mantenía juntos porque nosotros no íbamos a hacerlo, nos quedamos congelados en ese momento tan hermoso que estaría enmarcado en mi memoria

por siempre, con la canción perfecta, el ambiente perfecto y el chico perfecto, por supuesto. Él esperaba el sol, pero como este nunca pareció llegar y ya las ganas de que permaneciera entre sus brazos un poco más – tal como en la canción – no eran suficientes para mantenerme allí, lo sentí cambiar a mi espalda, rompiendo el momento.

- Es tarde – se levantó y como su voz estaba afectada se aclaró la garganta – muy tarde.

- Yo diría que es muy, muy temprano – intenté bromear, pero él estaba serio.

- Tienes que... Correr con tu tía ¿No? – Parecía incómodo y extrañado, como si nunca antes se hubiese visto envuelto en una situación así.

Mierda, el entrenamiento pensé mientras lo miraba horrorizada.

- Si – yo también estaba extrañada, pero era porque no sabía por qué él había cambiado.

- Y debemos irnos a la montaña, con el campamento de verdad.

- Ciertamente – él parecía necesitar que le recordara porque todo eso estaba *mal*.

- Y no hemos dormido nada – agregó.

- ¿Sabes algo, Ángel? – Le pregunté, él tenía una mueca de horror en su rostro.

- ¿Qué? – Preguntó, mirando al lago con esa expresión horrible.

- Estamos jodidos.

Puse la guitarra en sus manos, le di un beso en la mejilla y me fui lejos – a mi cabaña, por lo menos para cambiarme el pijama – tratando de no pensar en el infierno que iba a ser ese día y en el paraíso que había sido la noche anterior. Recordé esa mañana y mi desayuno mirando a Ángel, luego recordé este nuevo amanecer y su fina y suave piel bajo mis labios y sonreí.

Si, los días que comenzaban con una buena vista solían ser buenos.

Capítulo 27, Preparando el campamento.

- Llegas tarde.

Me dijo Jess cuando me encontré con ella en el mismo salón de siempre, había ido a mi cabaña y me había bañado, desperté a las niñas para que fueran a desayunar y tomé la daga que me había prestado mi tía abuela días antes para cambiarla de lugar – debajo de mi almohada no era la mejor opción, después de todo – justo cuando vi las siglas VDK fue como si todo se aclarara para mí, recordé el apellido y a la familia que representaban y en ese instante supe porque se me hacían tan familiares.

- Los Van Der Keergaard – dije ignorando su comentario sobre mi impuntualidad – la familia de vampiros que anda tras de mí, es la misma familia de Maisie, la pequeña vampiro que me visita en sueños y que yo visito con proyección astral. Cuando la conocí, me dijo que era la princesa Maisie, en ese momento pensé que era porque es pequeña y todas a esa edad soñamos con ser princesas, pero ahora todo tiene sentido – apenas respiré para seguir contándole, había corrido desde mi cabaña para decirle mi descubrimiento.

- Maisie es hija de Cole – continué – el hermano de Alexandros y Cassious, que debe ser el rey actual o cual sea que sea el rango máximo en la comunidad vampírica. Lo que significa que Alexandros debe estar muerto o mandando en otro lugar, y Cassious, el tío de Mais que llegó a la ciudad poco antes de que mataran a la abuela y, quien presumo fue quien la asesinó, ya no debe estar desterrado o lo que sea que fuera que estaba cuando Alexandros terminó con él – pensé un poco – o cuando él terminó con Alexandros, quién sabe – me encogí de hombros.

- Así que, Cassious, el amor de tu vida, está de vuelta a los asuntos del pacto de sangre y más impaciente que nunca dado que mató a mi abuela antes de que ella pudiese decirle algo – mis ojos brillaban por la emoción de haber unido todos los cabos, ya no me sentía tan idiota – y el tío Max – dije recordando la noche que mi pequeña amiga había pasado en mi casa – debe estar al corriente de todo esto, por eso atacó a Mais y sus hermanos, quizás como una advertencia de lo que pudiese ocurrir.

- Muy bien – dijo Jess sonriendo, como si le hubiese dado una respuesta a una pregunta tonta – estás bastante inspirada esta mañana ¿Puedo preguntar por qué? – Me sentí sonrojar.

- ¿Eso importa? – Sonreí con las mejillas probablemente rosadas, la verdad era que mi cerebro se sentía bastante bien esa mañana. Lluvia de endorfinas – ¿No es más importante que tengo una muy buen teoría?

- ¿Teoría, cariño? – Ella sonrió de forma condescendiente – esa es la verdad. Sabía que era cuestión de tiempo antes de que vincularas a las personas, pero tenías que hacerlo tu sola. Como harás con el resto de las – movió la mano buscando una palabra – cuestiones que surjan.

- ¿Tú sabías? – Dije ya no tan feliz, ella asintió – ¿Es que alguna vez me dirán algo?

- Te puedo decir – ella miró a la nada a través de la ventana, buscando las palabras de nuevo, supuse – que siempre vas a tener que mirar más allá de la cara que te presenten, que siempre tendrás que sospechar si alguien conoce el secreto de tu identidad, que muy pocas veces vas a poder confiar plenamente en alguien – me miró de nuevo – que debes crecer más rápido que los demás y que no debes dejarte llevar por una cara bonita, porque en este mundo en el que te harás paso hay demasiadas.

- ¿Y piensas que eso me dice algo? – Me reí amargamente – eso es otro acertijo.

- Te dije que siempre habrían acertijos – suspiré.

- A veces desearía que no fuera así.

- ¿Qué otros misterios te quedan por resolver, mi pequeña Sherlock? – Sonreí de nuevo.

- Saber si nada más tengo dos habilidades y como usarlas – las iba enumerando con los dedos – a qué te referías cuando dijiste que soy parte de una profecía, qué papel juega el tío Max, si Cassious fue el que mató a mi abuela y por qué, de todas las personas que pude haber visitado con la proyección astral, siempre fui dirigida hacia Mais. Había supuesto que era porque mi abuela estaba en su casa, pero incluso después de su muerte la pequeña y yo hemos estado unidas de cierta forma.

- Son muchas dudas – la miré a los ojos, espejos de los míos.

- Son menos de las que tenía cuando llegué – nos miramos un rato más hasta que hablé de nuevo – ¿Hoy nos toca brujería o qué?

- No – ella rió – hoy esperaba que llegaras temprano para decirte que tienes una mochila casi lista debajo de tu cama, para el fin de semana en la montaña, sólo tienes que agregarle tu ropa y ya. En ella encontrarás el saco de dormir, una linterna, brújula y montón de cosas que espero no llegues a necesitar.

- ¿Tenía que hacer una maleta? – Ella me golpeó en la cabeza.

- ¿Cómo pretendías vivir en la montaña, si no? – Rodó los ojos – en fin, necesito tu collar antes de que se vayan, lo reforzaré un poco para que puedas practicar la telequinesis sin que se salga de control.

Me quité el collar y se lo di, ella me mandó a mi cabaña para que hiciera mi equipaje ligero y me recordó un par de veces que no se me podía olvidar irme sin el collar. Sin la gargantilla que había usado desde niña me sentía desnuda, desprotegida; jamás me había dado cuenta que era más que un accesorio para mí, era como una extensión de mi cuerpo. Troté hasta la cabaña, ignorando la bulla que provenía del comedor, no quería ver a nadie – sobre todo a cierto chico de ojos claros – ya me aseguraría de comer algo cuando buscara el collar.

Las niñas habían dejado la cabaña como una tacita de té, todas las camas estaban tendidas, los bolsos que se llevarían sobre ellas, las toallas guindadas en el baño ¡Incluso alguien había secado las pisadas mojadas! Sonreí satisfecha, al parecer gritarles todas las mañanas funcionaba de algo.

Me agaché junto a mi cama y saqué el bolso que antes no había notado: era negro e inmenso, me recordó a los mochileros que había visto una vez en una plaza en España, le había preguntado a mi papá si algún día me iba a dar permiso para hacer eso y me dijo que no. *Si pudiera le enviaría una foto con un mensaje: JAJA* pensé mientras sonreía maliciosamente.

Me reí y guardé un par de pijamas de pantalón, un jeans, tres camisas rosas del campamento y ropa interior. En el interior encontré chocolate – que según la fecha de vencimiento aun se podía comer – una linterna, una brújula, un botiquín de primeros auxilios, una carpa, una navaja multiusos, fósforos, un trozo de cuerda y la bolsa de dormir. Me parecía que estaba lo suficientemente equipada, sobre todo por el chocolate.

¡Chocolate! Se me había olvidado la caja de bombones que me había enviado Marco; rodé sobre la cama y saqué la caja de la mesita y abrí la nota que antes no había podido leer:

Cada vez falta menos para que mi tortura sin ti acabe, no puedo esperar a verte de nuevo y decirte lo mucho que me encantas. Pero no puedo esperar mucho más, así que debajo de cada bombón hay algo que te diría en estos momentos si te tuviera cerca.

Te extraño mucho, Alex.

Tuyo siempre, Marco.

Apreté la nota contra mis labios y luego sobre la franela rosa del campamento, junto a mi corazón. Saqué los bombones y leí las veinticuatro notitas ocultas; iban desde “*Me gustas ¿Hace falta decir más?*” hasta “*Hoy cambiaría la luna y el cielo sólo por verte un momento... Aunque eso sería ilógico, ya que si te estuviese diciendo esto estarías frente a mí... En fin, te quiero*” pasando por toda clase de comentarios divertidos y románticos que esperaba algún día Ángel me dijera...

Me detuve a medio comer del chocolate que tenía en la boca *¿Ángel? ¿Dije Ángel?* Pensé *No, Marco fue lo que dije. Siempre Marco*, me dije con convicción a la vez que masticaba abruptamente el chocolate. En ese momento la puerta se abrió y una figura corpulenta y oscura entró.

- ¿Qué estás haciendo aquí? – Dije con la boca llena, los papelitos abiertos en mi cama y los chocolates regados en mi almohada.

- Yo venía a chequearte – dijo Ángel viendo todo con desdén – y a preguntarte por qué no habías ido a desayunar – tomó uno de los papelitos y lo leyó – pero ya veo que hice mal en preocuparme – volteó el papelito hacia mí – *¿Tus labios son tan dulces que ahora no puedo comer nada de azúcar porque lo comparo con el exquisito sabor de ellos?* – Lo leyó como una pregunta, veía como aguantaba la risa.

- Eso es personal – dije tomando todos los papelitos y chocolates, colocándolos amontonados en la caja, decidí cambiar el tema antes de que el

sonrojo se profundizara – ¿Por qué viniste tu a chequearme?

- Ana y Karelia no dejaban de preguntarme que te había hecho para que no fueras a desayunar, preferí venir a buscarte y acabar con eso – si le había sorprendido mi pregunta, no lo demostró; ni siquiera me miró cuando dijo eso, sólo veía mi bolso.

Estaba bastante diferente esa mañana, su cabello estaba enmarañado y despeinado – no como siempre, en esa perfecta manera que le daba, sino descuidado – tenía un par de bolsas oscuras bajo sus ojos, los cuales no tenían el brillo divertido y vivo de siempre, estaban opacos y fríos, sin filtrar ninguna emoción. Su barba estaba más oscura y comenzaba a crecer alrededor de la línea tan perfecta que siempre mantenía.

El cordón que siempre se perdía bajo su camisa hoy estaba visible, casi parecía que el diente flotaba en su pecho ya que la cuerda de donde guindaba era del mismo color de su camisa, sus jeans de hoy eran claros, tan usados que apostaba a que si se los quitaba su figura quedaría impresa en ellos. No es que pensara en quitarle los pantalones a Ángel, claro.

- ¿Así que me arrastrarás hasta allá para demostrarles que estoy bien? – Dije recuperándome de la vista de su cuerpo.

- Además venía a decirte que nos vamos al mediodía – dijo él secamente – ya que eras la única guía que no estaba cuando Arturo hizo el anuncio. Él me dijo que te avisara.

- Gracias – me miró y por un momento creí ver algo pasar por aquellos ojos helados, demasiado rápido para que lo pudiese identificar.

- De nada.

Tomó uno de mis bombones y se marchó, no me había dado cuenta que había tomado una postura rígida hasta que me relajé cuando partió. Ese chico iba a hacer que me salieran canas a los quince años.

Las niñas llegaron poco después de eso, entusiasmadas y abarrotadas de azúcar.

- ¡El desayuno hoy ha estado fantástico! – Dijo Gabriela.

- Claro, lo único que no tenía azúcar era el agua – dijo Katherine rodando los ojos.

- A mí me ha parecido una exquisitez – dijo Courtney mientras se acercaba a su cama.

- ¿Por qué no desayunaste con nosotras, Alex? ¿Ángel te hizo el desayuno de nuevo? Recién lo vimos, parecía venir de aquí – preguntó Vero.

- No – me sentí sonrojar – Ángel no me hizo el desayuno y no venía de aquí, hoy no lo he visto, de hecho – Isabela me escudriñaba con la mirada – y hoy no desayuné con ustedes porque tenía que hacer mi equipaje – sonreí para darle confianza a mis palabras – estoy muy contenta por como dejaron hoy la cabaña, así que dejaré que hagan lo que quieran hasta que nos vayamos.

Las niñas estallaron en gritos de emoción y comenzaron a saltar a mí alrededor, luego se fueron a ver que tanto podían hacer en dos horas sin que les consumiera la energía que necesitarían para subir la montaña; les había escuchado decir que era una ruta corta, pero un tanto complicada – sobre todo para los niños – aunque bastante pintoresca y pacífica. Realmente, yo también estaba muy emocionada por poder hacer ese camino y llegar a la cascada, si tuviese una cámara todo sería perfecto.

- Anoche no dormiste aquí – escuché decir a la pequeña Isabela, sacándome de mis ensoñaciones.

- ¿Ah? – Continué viendo por la ventana, fingiendo que no había escuchado.

- Anoche no dormiste aquí – repitió – siempre me levanto en la madrugada y no te vi: cuando nos levantaste tu cama ya estaba hecha, de la misma forma en la que estaba ayer. También vi a Ángel salir de la cabaña antes de llegar.

- ¿Tus padres saben que no duermes completo? – Intenté cambiar el tema, ella se molestó.

- No hagas eso, Alex. Pensé que me dirías, prometo no decirle a las demás – la pequeña hizo puchero, sus ojos parecían más grandes y exóticos de esa forma.

- No hagas eso – le rogué.

- ¿Por qué? – Hizo más pronunciado el puchero – ¿Funciona?

- Oh, sí, pero apuesto a que eso ya lo sabes. Al igual que tus padres – le dije a la vez que le hacía señas para salir de la cabaña, nos sentamos en los escalones – anoche los guías nos quedamos junto a la fogata a cantar un poco más, se nos hizo tarde y amanecimos allí.

- ¿Y Ángel?

- Él también estaba, tiene muy buena voz y aun no puedo creer que su grupo favorito sea *Muse*, que cante tan bien o que toque...

- Me refería a por qué estaba aquí, Alex – ella se rió.

- Venía a avisarme que nos vamos a mediodía.

- Fue un lindo detalle.

- Fue un deber – la corregí.

- Pero igual se tomó la molestia de hacerlo – me miró – simplemente pudo haber mandado a alguna de nosotras a decírtelo, Alex.

Se levantó y se metió de nuevo en la cabaña, yo me quedé mirando el bosque y tratando de absorber un poco la paz que este emitía, ya que por alguna razón no lograba conciliarla por mí misma.

Cuando entré a la cabaña de nuevo, las niñas me comunicaron que preferían quedarse allí y revisar que nada faltara, cargaron los bolsos y se aseguraron que pudiesen llevarlos durante todo el trayecto. Media hora antes de irnos todas tomamos nuestras mochilas y nos fuimos a la cabaña principal – el punto de partida – dejé a Elisa cuidando mi bolso mientras entraba para tomar algo de comida y mi collar, pero Jess me intervino antes de que pudiese ir más allá de la puerta de la cabaña.

- Aquí tienes tu collar – me lo entregó junto a un pequeño bolso – y un poco de comida, meriendas y ese tipo de cosas para que no te desmayes como el primer día – abrí la boca para decir algo, pero ella siguió hablando – a mí no me pasaba, pero he oído casos donde el hambre puede afectar el dominio que tienes sobre tus... Habilidades – me miró seriamente – después de todo, no queremos que las cosas se salgan de control.

Luego se marchó, ni siquiera me dejó responderle. De haber podido hacerlo

le hubiese dicho que mis poderes nunca se salían de control, que era casi como *no* estuviesen allí en absoluto. Luego recordé las palomitas flotando entre Marco y yo en el cine, quizás eso no era verdad.

Regresé con mis chicas, todos los grupos habían llegado y parecían completos, sólo faltaba Arturo, Ángel y Giuseppe. A Giuseppe lo había visto entrar y salir de la cabaña de mando unas cuantas veces, a Arturo no lo había visto en todo el día y a Ángel desde ese momento en mi cabaña. Que curioso, él siempre hablando de la puntualidad y no llegaba a la hora acordada; hice una nota mental para hacerle un chiste con eso luego.

- *No, nada de chistes, conversaciones o notas mentales. Eso no sólo significa que estás pensando en él sino que además planeas futuras conversaciones con él – prácticamente podía escuchar la voz de Elisa en mis oídos – por no mencionar que ya lo reconoces como “él”.*

- Alex.

- Él no es mi él, de verdad – dije a la vez que saltaba, Ana se rió.

- Fingiré que no dijiste eso y simplemente te diré que tienes que buscar a Arturo para que te de tu posición.

- ¿Mi posición? – Estaba intrigada, ella asintió.

- En el desayuno, cuando Arturo vino a decirnos la hora de partida, también nos mencionó como sería la dinámica de este día. Verás, los años anteriores cada guía se encargaba de su grupo, este año todos los niños irán en un mismo conjunto mientras que nosotros los bordeamos – Ana debió ver que mi cara reflejaba lo poco que entendía porque añadió: – es como si ellos fueran lo que está adentro del huevo y nosotros el cascarón.

- Ahhh – las dos reímos, sus ojos almendrados se veían más claros por la luz del sol.

- En fin, Arturo va a ir adelante, marcando la ruta, mientras que todos nosotros iremos en parejas – *oh, oh* – a mí me tocó con Félix en la parte baja derecha y a K. con Julio César en la misma posición que yo, pero del lado derecho. Creo haber escuchado que te tocó con Giuseppe – respiré aliviada, ella me miró raro y luego sonrió maliciosamente – igual deberías verificar.

- No veo a Arturo por ningún lado.

- Debe estar en la cocina con los chicos terminando de ver que se llevan y que no... ¡Sofía! – Gritó de repente – no le hales el cabello a Andrea ¡No! – Corrió hacia sus niñas, yo negué con la cabeza y me acerqué a la cabaña de mando.

- ¿Te cuido los bolsos de nuevo, Alex? – Preguntó Elisa, había puesto el pequeño bolso que me había dado Jess junto al grande.

- Por favor y gracias, Elisa – le sonreí y subí los escalones.

Caminé hasta la cocina sin fijarme mucho, a pesar de que sólo tenía una semana conociendo la estructura ya me ubicaba fácilmente. No es como si me pudiese perder en un corredor, claro. Empujé la puerta de la cocina y la encontré bloqueada, lo bueno de esa puerta era que también se podía abrir si la halaba. Lo hice.

- ¡Cuidado! – Gritó un chico al ver la puerta abrirse, lástima que era muy tarde para que yo lo escuchara; por lo cual terminé tropezándome con una cava, que era lo que impedía que abriera la puerta.

- Ouch – dije cuando me puse boca arriba aun acostada en el suelo y me sobé los codos, los había puesto en el camino para que mi cara no golpeará el suelo. Mejor codos lastimados que una nariz rota.

- Ella siempre escucha después, Giuseppe – dijo Arturo cargando una caja – no deberías molestarte en advertir.

- ¿Estás bien, Alex? – Dijo Giuseppe mientras se acercaba a mí, sólo que en ese instante escuché la puerta crujir al abrirse.

- ¡Cuidado! – Gritamos Giuseppe y yo al mismo tiempo, pero también fue demasiado tarde.

Ángel aterrizó sobre mí con gracia, casi como si hubiese esperado la caída. Si, se tropezó con la cava, pero hubo un par de segundos donde reconoció mi cuerpo en el suelo y trató de absorber el impacto de la caída; sus manos estaban a la altura de mis hombros, doblados como si fuera a hacer flexiones. Su cara estaba a la altura de la mía, sus ojos habían perdido el frío de hacia un rato y ahora estaban vivos con algo. Diversión, quizás.

- ¿Estás bien? – Susurró, pero su voz sugería cosas que iban más allá de mi bienestar. Cosas que hicieron que me estremeciera por la cercanía de su cuerpo.

- S- Si – dije pensando más bien en que parecía que se hubiese puesto sobre mí a que hubiese *caído* sobre mí, empezaba a dudar de nuestros accidentes.

- Que mal – un flash de sonrisa maliciosa cruzó por su cara tan rápido que no estaba segura de sí lo había visto o no, luego flexionó un poco más los brazos, apoyándose completamente sobre mi cuerpo y se levantó cómodamente. Me tendió la mano y me levantó con la misma facilidad.

- Gracias – dije a la vez que intentaba pensar, Arturo había bajado la caja e intentaba ocultar una sonrisa.

- Chicos, creo que estamos listos aquí.

- ¿Sólo dos cavas? – Preguntó Ángel.

- No veo porque deberíamos llevar más.

- Cómo tú digas – dijo Ángel rodando los ojos, tomó la cava con la que habíamos tropezado y se la llevó fuera de la cocina.

- ¿Querías algo, Alex? – Preguntó Arturo mientras cargaba la otra cava con Giuseppe, yo me había quedado paralizada en donde me había parado.

- Oh, sí – dije recordando de pronto por qué había ido hasta allá – quería saber quién estará conmigo cerrando el círculo alrededor de los niños.

- Yo lo haré – Giuseppe me sonrió con complicidad, haciendo que sus ojos brillaran.

- Genial – le sonreí, más aliviada que feliz, pero no se debió notar.

Les mantuve la puerta abierta y ellos salieron, iban conversando sobre la ruta y lo bien que iría este año porque la mayoría de los niños ya llevaban tiempo en el campamento y sabían que esperar. Yo iba atrás tratando de no tropezar con ellos.

Cuando los niños vieron a Arturo gritaron y saltaron, casi parecía un centro comercial en navidad con papá Noel repartiendo regalos. Caminé lejos de ellos –

que se dirigían al muelle – y busqué mis bolsos, Elisa no se había movido ni medio centímetro.

- Gracias, Elisa, eres una guardia excelente – le sonreí.

- Mejor estar aquí a estar peleando por cualquier tontería con los demás – miró nerviosamente a su alrededor – las de nuestro grupo se han unido con el de Ángel gracias a Javier – me miró y era divertida la mirada preocupada que cargaba en su rostro – esto no será bueno, Alex.

- Bueno o no – me puse el bolso en la espalda y amarré el otro – lideraremos con ello.

Caminamos hacia el muelle como todos los demás, los guías estaban intentando reunir a sus grupos. En ese momento entendí por qué cada cabaña se identificara con un color.

- ¿Qué pasa? – Le pregunté a Adriana, que tenía a sus niñas junto a las mías. Por suerte se llevaban de maravilla, las niñas de K. siempre andaban riñendo con las de Siddhartha y no era lindo.

- Cada guía y su grupo toman una canoa para cruzar el lago y subir a la montaña por aquel otro lado – lo señaló – al llegar allá, amarraremos los botes, cargaremos nuestros bolsos y comenzará la travesía de tres horas y media a pie para llegar a un claro lo suficientemente grande y cercano a la cascada, acamparemos allí y por la mañana terminaremos de llegar. Pasaremos toda la mañana y un poco de la tarde disfrutando de aquel hermoso lugar, luego bajaremos por el bosque, cada quien a su cabaña y termina nuestro fin de semana de trabajo extra.

- Gracias – Adriana nunca había sido tan amable conmigo, mucho menos me había explicado tanto algo.

- Será un largo fin de semana, Alex, necesitaremos estar más unidos que nunca para poder combatirlos – había bajado la voz.

- ¿A quién? – Por un momento pensé que sabía de mi accidente en el bosque del campamento.

- A los niños – me miró con el ceño fruncido – ¿A quién más podría ser? – Se rió fuerte y caminó lejos, contando a sus pequeñas de nuevo.

- Oh, te sorprenderías – le dije a la nada, porque era imposible que ella me escuchara.

No pasó mucho tiempo antes de que todos reunieran a sus chicos y nos agrupáramos por orden de cabañas en el muelle, como mi grupo era el último ni siquiera estábamos en la estructura de madera. A medida que iban abordando las canoas y zarpando me ponía más nerviosa, odiaba viajar por agua. Podía volar a cualquier lado y no tener problemas, incluso ir en viajes de carreteras por días, pero el agua...

- Sube, Alex – dijo Arturo, yo era la única que quedaba en el muelle.

Por suerte él iba a ir con nosotras, se había quedado para supervisar que estuviesen todos los niños y que nadie se cayera al agua mientras se montaba, le había dicho a Ángel – cabaña uno y, por lo visto, su mano derecha – que estuviese pendiente cuando todos llegaran. Caminé por encima de las niñas hasta la punta, Arturo me dijo que era mejor que yo fuera allí y él maniobrando atrás, a pesar de que lo odiaba, lo hice.

Las canoas permitían albergar dos niñas por hilera, por lo cual eran bastante pequeñas, las enanas tomaron los remos a penas Arturo se terminó de montar y empezaron a remar frenéticamente. No recordaba haber rezado tanto desde mi primera comunión, pero lo hice durante los escasos diez minutos de duró el recorrido y prácticamente me abalancé sobre Giuseppe – el más cercano a la orilla – cuando tuve la oportunidad. Él sonrió cuando me tomó en brazos.

- ¿Estás bien? – Me preguntó con el mismo tono de voz angelical con el cual lo había hecho el primer día cuando él me ayudó con el desmayo.

- Si, gracias – le sonreí.

- ¿Viste? Ya no tartamudeas – me sentí sonrojar y él me guiñó un ojo – tranquila, no le diré a nadie.

Ayudó a mis niñas a salir de la canoa. Arturo aprovechó la ocasión para pedirle que se acercara, sólo logré escuchar un pequeño pedazo de la conversación – *ha habido un cambio de planes*, había dicho Arturo – antes de que K. me sacudiera con fuerza.

- ¿Por casualidad te he visto coqueteando con Giuseppe?

- No – dije y luego pensé un poco en nuestro comportamiento – oh, bueno, quizás si – me encogí de hombros y ella suspiró.

- Deberías elegir uno solo, Alex, no estás dejando campo para nadie – se dio vuelta y le tomé el brazo.

- ¿A qué te refieres con eso? – Mi voz estaba cargada con sospecha, ella pareció sonrojarse.

- Bueno, es que... Er... - miró a los lados – Félix no te quita los ojos de encima, Giuseppe siempre anda pendiente de tus necesidades y Ángel, por primera vez, siempre está sonriente. Siempre que tú estés cerca, claro.

- Yo... – me le quedé mirando, no sabía que decir y “*no lo había notado*” no parecía lo correcto.

- ¿No lo sabías? – Ella pareció leer mis pensamientos – eres increíble.

Dijo y se marchó riendo, yo fruncí el ceño. Al parecer mi cara lo había expresado todo. Para ese momento Giuseppe y Arturo habían dejado de discutir, el hermoso chico moreno con voz angelical pasó a mi lado como una flecha, exteriorizando toda la rabia que sentía. Intenté tomarlo del brazo, pero me sacudió con tanta fuerza que por poco me caí, en ese instante apareció Ángel y me tomó del brazo.

- Cuidadito, *smukke*. No queremos que este maravilloso fin de semana se malgaste porque alguien se cayó – en sus ojos, claros y brillantes como el cielo, se notaba un índice de malicia.

- ¡Vayan a sus posiciones! – Gritó Arturo mientras caminaba hacia delante. Ángel se quedó a mi lado a la vez que los niños se organizaban en filas de cinco.

- ¿No deberías ir a tu puesto, al principio de todo? ¿O también quieres llegar tarde a allá? – dije la broma haciendo referencia a su retraso en el muelle, él sonrió con algo que sólo podía ser descrito como maldad, pero sin mostrar los dientes, sus ojos se oscurecieron un poco y luego dijo:

- ¿No te enteraste? Hubo un cambio de planes – sonrió ampliamente ahora, mostrándome esa perfecta dentadura suya. Yo sentí que estaba en más problemas de los que podía manejar.

Capítulo 28, Oh, oh.

- ¿Todo bien allá abajo?

Levanté la cabeza para ver a Ángel sonriendo desde la parte más alta de la colina que yo recién comenzaba a subir. Estaba de pie allí, todo esplendoroso y sonriendo como si no lleváramos dos horas caminando con el peso de nuestras mochilas en las espaldas, cuidando que los mocosos se mantuvieran en fila y respondiendo sus estúpidas preguntas sobre la naturaleza, los animales y las plantas.

Bueno, eso era lo que él hacía con las cinco filas que estaban a nuestro cuidado, porque yo cada vez me quedaba más y más atrás. Y si considerabas que Ángel estaba cargando una de las cavas con los alimentos y yo tan sólo mi mochila, podías juzgar en cuan mala condición me encontraba.

- ¡Te estás quedando atrás, Alex! – Gritó Isabela saludando con la mano al lado de Ángel, parecía cómico, ella llevaba unos jeans blancos y su camisa rosada, mientras que él estaba de pie junto a ella completamente de negro, cerniéndose encima como una sombra oscura.

- Sólo disfruto la vista, Isa – le grité a la pequeña a la vez que intentaba aumentar el ritmo que llevaba. Probablemente necesitaría un trasplante de pulmones antes de llegar al claro.

- ¡Pues acércate hasta aquí! No hay mejor vista que esta – comentó la niña, yo respiré hondo y arranqué a correr por la colina.

Para cuando llegué a la cima, junto a ellos, pensé que también podría necesitar un trasplante de rodillas, sólo cuando vi lo que la pequeña me señalaba entendí de lo que me hablaba y perdí el poco aliento que había recuperado. Era casi como una de esas postales que esperas recibir en algún punto de tu vida.

En el lugar donde nos encontrábamos los árboles habían dejado un espacio perfecto para ver el lago y la cabaña principal. Por la ruta donde íbamos lo único delimitado era el sendero, pues estábamos rodeados por árboles, así que ese lugar

no era más que perfecto para ver donde habíamos estado hace un par de horas y lo mejor era que los árboles te lo permitían ver. Simplemente hermoso. Pintoresco. Perfecto. Pero me faltaba el aire.

- Alex, estás un poquito verde – escuché a la niña, me giré, pero quizás lo hice demasiado rápido, el árbol que estaba atrás de ella de repente se convirtió en tres. Mis pulmones ardían y tenía la impresión de que respirar era más difícil que la física cuántica.

- Isabela – escuché a Ángel – únete al grupo.

- ¡Pero está verde! – La niña sonaba aterrorizada, pero yo aun no la veía, mi visión estaba nublada.

- Anda – dijo Ángel con voz tranquilizadora mientras – yo me encargo de ella.

Escuché pasos alejarse rápidamente y me odié por no encontrar a la niña con mi mirada hasta que estuvo con el grupo, que, para mi sorpresa, se había detenido por una merienda no tan lejos de donde estábamos nosotros. En ese momento me di cuenta que Ángel no tenía la cava en sus manos.

- ¿Alessandra? ¿Te sientes bien? – Intenté contestarle, pero no había suficiente aire en mis pulmones, simplemente se me había olvidado como respirar y al estar tan frenética por querer hacerlo, menos lo podía hacer – Alessandra, necesito que te calmes, si sigues así te vas a desmayar – su cara apareció frente a la mía, luego se acercó hasta que mi campo visual estuvo invadido por sus ojos – inhala – dijo y sus ojos parecieron brillar, estaban mucho más claros de lo que habían estado antes, lo cual creía imposible – y exhala.

Intenté hacer lo que él me indicaba, pero estaba muy exaltada y lo único que lograba hacer era ver como sus ojos se aclaraban ante los míos, cada vez más y más claros... Escuché una respiración trabajosa y ahogada, después de un par de segundos me di cuenta que era la mía; el aire en mis pulmones se sintió como... Bueno, como respirar.

- Al parecer si sabes seguir instrucciones – dijo Ángel mientras se separaba de mí, de alguna forma había acabado sentada en el suelo con las piernas estiradas.

- Gracias por ayudarme – dije más por decir algo que porque tuviese algo que agradecer. Él se levantó.

- ¿Estás bromeando? No me gusta que dejes de respirar a menos que sea por una causa relacionada a mí – me tendió una mano, yo lo miré – ¿Prefieres quedarte ahí sentada?

- No creo que pueda levantarme – le confesé, luego le preguntaría que quería decir con lo anterior, lo único en lo que podía pensar era en agua. Mi garganta se sentiría mucho mejor después de un poco de agua. Él suspiró y se agachó de nuevo, dándome la espalda.

- Súbete – al ver que yo no hacía nada más que mirarlo fijamente, tomó mis brazos y los puso alrededor de su cuello.

Mientras aun los tomaba se puso de pie – como si no le hubiesen agregado una chica de cincuenta kilos y una mochila que pesaba lo mismo que un niño pequeño – mis manos se ataron a su cuello y él aprovechó para tomar mis pies, poniendo cada uno a los lados de su cadera, era una buena versión del caballito. Su espalda era tan grande que me pude haber escondido allí.

Con mi cara tan cerca de él no pude evitar respirar cerca de su piel, enterré mi cabeza en la curva de su cuello e inhalé. Olía a jabón, pinos y un pequeño toque de su colonia, como si sólo hubiese arrojado un par de gotas descuidadas allí. Lo sentí temblar bajo mi cuerpo.

- ¿Tienes cosquillas, Ángel? – Dije junto a su oreja con un tono más bajo de lo necesario, haciéndole creer que en realidad quería decir otra cosa. Él empezó a caminar hacia donde se encontraban los demás.

- En absoluto, *mon bandit*, sólo que no esperaba que fueras tan descarada al mostrar que quieres estar cerca de mí, tranquila encontraré el momento para devolverle el favor – sentí como la sangre se arremolinaba en mis mejillas, él volteó su cara un poco y lo vio. Sonrió – y yo siempre cobro mis favores, Alessandra.

- *¿Pour de vrei?* – Intenté zafarme de su agarre, pero él sólo lo sostuvo más.

- Si, de verdad, Alessandra – ya estábamos lo suficiente cerca del grupo como para que varios niños nos vieran y empezaran a murmurar – y suelo cobrar con intereses, lo que tú ves como un simple suspiro en mi cuello...

- ¡Alex! ¿Te pasó algo? – Interrumpió Ana acercándose a Ángel y a mí, intenté sonreírle, pero la frase que él me había susurrado segundos antes me interesaba más... Y quería saber cómo terminaba.

- Estoy en terrible forma ¿Sabes? – La miré – en lo único que puedo pensar es un gran vaso de agua – antes de que terminara la oración ya había corrido lejos, Ángel dejó caer mis piernas y yo solté mis brazos por instinto. Casi me caigo hacia atrás por el peso de la mochila.

- Si necesitas... - empezó a decir Ángel a la vez que se volteaba para verme.

- Alex ¿Dónde estabas? Tus niñas eran las únicas que no habían comido – K. lo interrumpió y me tiró de un brazo – tienes la mejor suerte del mundo al tenerme como amiga – empezó a alejarme de él, él no podía creerlo – sino los pequeños bribones hubiesen repetido mientras que tus niñas morían de hambre ¿Por qué, en el nombre del señor, arrastras los pies? ¿A caso no quieres tu comida?

Suspiré y me rendí, dejé que K. me llevara lejos, perdiendo toda posibilidad de escuchar que era lo que tenía Ángel para decir ¿Qué podría necesitar yo, que me pudiese dar él? Di un pequeño salto mientras un vaso de agua y una hamburguesa aparecían frente a mí. Mejor no pensar en lo que pudiese darme Ángel porque pensara que yo lo necesitara.

- ¿Estás realmente bien? Pareces bastante asustada – la preocupación estaba escrita en la cara de Ana.

- Estaba sola en el bosque con Ángel, eso es suficiente motivo para estar asustada – ella y K. rieron, incluso yo sentí una leve sonrisa curvar mis labios.

- ¿Cómo es estar a solas con él? – Preguntó K. con ojos soñadores, yo suspiré.

- Estresante – Ana frunció el ceño.

- ¿En serio? ¿No es todo seductor-misterioso-sexy? Porque parece de ese tipo.

- A veces lo es – le sonreí a Ana – pero es preocupante, nunca sabes qué demonios es lo que hará en ningún momento – K. subió y bajó las cejas para mí.

- Oh, yo sé lo que le haría en todos los instantes – las tres reímos, yo esperaba que atribuyeran mi sonrojo a la risa.

- ¿Alguna sabe cuánto falta para llegar? Si caminamos por dos horas más espero que alguno sepa aplicar primeros auxilios.

- Sólo queda media hora – Ana frunció el ceño – ¿Alex, no me habías dicho que eras una niña exploradora?

- Lo era, pero mis padres no me dejaban ir a campamentos que no fueran en mi jardín.

- ¿Es decir...? – Inquirió K.

- Ninguno – sonreí.

Llamaron a Ana para que ayudara a revisar que todos los niños estuviesen, Karelia se quedó conmigo hasta que me acabé la hamburguesa, luego revisé a mis niñas y distribuí un poco el peso de mi mochila en las de ellas. Por lo menos así se retrasaría un grupo y no sólo yo.

Para cuando terminé, todos ya habían recogido sus cosas y se preparaban para seguir, el sol brillaba en lo más alto del cielo y de no ser por la frondosa vegetación probablemente estuviese empapada en sudor. El bosque era fresco, la vegetación era lo suficientemente densa como para protegernos y, si agudizabas el oído, lograbas escuchar el sonido del agua cayendo, pues la ruta iba paralela al pequeño riachuelo que nacía en la cascada y moría en el lago.

Esperé a que todos comenzaran su camino y volví a flanquear la retaguardia, logré mantener el paso todo el tiempo, con Ángel mirándome fijamente de vez cuando y otras veces pude haber jurado que no existía para él. Justo cuando empezaba a quedarme sin aliento y los ligamentos de mis rodillas empezaban a chillar, Arturo gritó que habíamos llegado.

El claro era inmenso, lo suficientemente grande como para construir una acogedora casa en la montaña y poder disfrutar de una preciosa vista, no sólo se veía el lago, sino la inmensa cascada que recorreríamos el día de mañana. Había flores dispersas, marcando un círculo, como si supieran que si crecían en el medio estos campistas acabarían con sus vidas; lo árboles no eran tan altos en esta zona, pero daban la sombra necesaria para que el calor no fuera abrazador. El cielo estaba despejado, mostrando un azul tan puro que dolía con sólo mirar.

- Wow – dije con auténtico asombro.

- Es demasiado precioso – murmuró Courtney a mi lado.

- Es bastante impresionante la primera vez que lo ves – admitió Gabriela con

una sonrisa.

- Yo disfruto tanto el aire limpio – exclamó Elisa con los ojos cerrados y tomando grandes bocanadas de aire. En ese instante se oyó un sonido de flatulencia y la niña se tapó la nariz, abrió los ojos justo para ver a Javier correr por detrás de ella mientras reía – ¡Te voy a matar!

Dijo y corrió tras de él. Cuando había conocido al quinto quintillizo quería ponerle una peluca: juraba que si se la ponía podría hacerse pasar por alguna de sus hermanas; eran temiblemente iguales: sus ojos exóticos te seguían a donde quiera que lo miraras, su cabello era del mismo color oscuro que el de sus hermanas y su piel morena era tan lozana como la de ellas. Lo único que podía salvarlo de parecer una chica era la complexión de su cuerpo, a pesar de ser menudo y joven, ya comenzaba a formarse esa masa muscular que indicaba que algún día podría jugar fútbol americano. Sabía eso porque había visto a mis hermanos pasar por el mismo proceso.

A medida que se iba poblando el claro se hacía más pequeño, Arturo nos había indicado que siguiéramos el mismo orden de las cabañas, pero en círculo por lo cual iba a tener la tienda de Ángel a un lado y la de Petter al otro. Lo único bueno de esa formación era que tendrían la tienda de K. al frente, aunque eso no equilibraba lo molesto que podía llegar a ser Petter o el miedo que me daba el tener tan cerca a Ángel. Suspiré pesadamente al pensarlo y Katherine me miró extrañada a la vez que dejaba su bolso en la tierra e iba a mi lado.

- ¿Pasa algo, Alex? – Preguntó la pequeña, yo dejé caer mi bolso en la tierra.

- Es que desde este lugar estamos del lado opuesto a la cascada – le mentí, ella sonrió.

- Sólo tienes que ir a la tienda de Ana para verla, Alex.

- Gracias, Katty-Katz.

Con otro suspiro frustrado desaté las cuerdas que amarraban la tienda a mi mochila, reuní a las niñas y entre todas armamos la carpa donde dormiríamos esa noche. Era una tienda rosada – sí, las carpas eran del color de nuestras cabañas – con el techo alto, se parecía mucho a la de los circos, sólo que era cuadrada en vez de circular, la tela era impermeable y me aseguré de ponerle el protector en caso de que lloviera, quizás el clima no mostraba signos de lluvia, pero era mejor estar preparado que volver con las cosas empapadas al campamento.

Después de hacer la tienda – que fue sorprendentemente rápido ya que las niñas seguían muy emocionadas, a pesar de la extensa caminata que había durado tres horas – cada una de nosotras sacó su bolsa de dormir y la acomodó en un lugar de la tienda junto a su mochila. Yo tomé un lugar al lado de la puerta, a mi lado se colocó Isabela, luego Courtney y Verónica del mismo sector que yo, Mónica y Ruth de frente a la entrada, en la parte posterior de la tienda. Katherine, Elisa, Bárbara y Gabriela del otro lado, Gabi quedó de frente a mí.

- Alex, Arturo está organizando una excursión a la cascada, pero únicamente para ver cómo está la vía, por lo cual no llegaremos a la cascada como tal ¿Quieres ir? – Dijo Petter cuando me vio salir de la tienda. Hola, vecino molesto.

- ¿Todos tienen que ir? – Pregunté con un quejido, esperando que la respuesta fuera no. Estaba realmente agotada, no eran solamente las varias horas de caminar por la montaña, sino el hecho de que no había dormido nada la noche anterior por andar cantando a la luz de la luna.

- No – él frunció el ceño – pero sería divertido ir – sonrió para suavizar el gesto molesto que había hecho con las cejas. No funcionó.

- De verdad me encantaría – también sonreí y estaba segura que era una buena sonrisa – pero preferiría quedarme con el grupo que no va, sobre todo si alguna de mis niñas se queda.

- No te preocupes por ellas – él me había tomado del brazo y empezaba a halarme hacia el grupo que se formaba en el sendero en dirección de la cascada – Siddhartha y Julio César se quedarán – debió ver mi cara de espanto porque se explicó mejor – estarán bien.

- En realidad...

- Si de verdad quisieras ir, fueras – dijo interrumpiéndome, aunque yo no sabía con cual excusa saldría esa vez. Cuando lo dijo ya no había una dulce sonrisa iluminando sus ojos marrones.

- Petter... - dije a la vez que me alejaba del camino transitado por los demás.

- Conozco un camino por el bosque que es alucinante...

- Creo que te ha dejado claro en un par de ocasiones que está rechazando tu oferta, Pete – gruñó una voz a nuestras espaldas, una voz que siempre me hacía

temblar cuando la escuchaba – y yo que creía que *no* era una sílaba fácil de entender.

- Este no es tu problema, Ángel – dijo Petter al voltearse para encararlo, Ángel pareció sorprendido por su actitud, como si no estuviese acostumbrado a que le hablaran así... Quizás no lo estaba. Petter estaba furioso, cada músculo de su pequeño cuerpo estaba tenso.

- Acabas de hacerlo mi problema – Ángel estaba allí, parado con las manos a los costados, ni siquiera estaban cerradas en puños, con los ojos casi cerrados porque el sol le daba de frente, relajado, toda una actitud pacífica. Claaaaaaro.

- Chicos... - comencé a decir, sentía que una pequeña chispa se avivaba con cada palabra que decían, ellos me ignoraron.

- ¿Y qué harás al respecto? – Contestó Petter entre dientes, Ángel dio un paso en su dirección y fue cuando lo vi cambiar.

De un segundo a otro dejó esa postura aliviada y pacifista, sus ojos brillaron y se oscurecieron en el borde, casi como si hubiese teñido el marco de su iris con delineador negro. Sólo que no era negro: era un azul tan oscuro como el cielo en una noche sin luna. Su cabello pareció electrificarse – aunque fue el viento quien lo movió – los músculos de sus brazos convulsionaron rápidamente y sus puños se cerraron abruptamente. Su cuerpo se puso rígido, no lo pude ver o sentir, simplemente lo sabía.

- Insolente... - dijo entre dientes, con los labios apretados tan fuertes que casi perdieron su hermoso color rosa. Antes de siquiera pensar que estaba haciendo di un paso al frente, a la vez que el brazo de Ángel se levantaba rápidamente de su costado y lanzaba un puñetazo a la cara de Petter que, gracias a Dios en el cielo, era un poco más pequeño yo, por lo cual recibí un golpe ridículamente fuerte en mi hombro.

- ¡Aaaaaaaaaaaaaa-! – Grité cuando me impactó el golpe, al instante sentí unos dedos taparme la boca. Los mordí fuerte, más por expresar el dolor que sentía en mi hombro que por la rabia de no poder gritar.

- Muerde peor que un pitbull – lo escuché decir lejanamente, lo único que oía claramente era el latido de mi corazón en mis oídos. A medida que la molestia del hombro fue disminuyendo, fui soltando el agarre de muerte que tenía sobre los dedos que estaba mordiendo.

- ¿Estás bien, Alex? – Dijo Petter a mi oído, pero yo veía la marca de mis dientes en el dedo medio y el anular de la mano de piel nívea que tenía en frente, había un poco de sangre en ellos. Ángel examinó sus dedos con auténtico interés.

- La próxima vez no me atravieso – dije a la vez que subía mi mano para sobarme el hombro. Escuché una melodiosa carcajada de Ángel antes de que pudiese verlo. Gemí cuando me afinqué mucho la mano en el hombro.

- ¿Smukke? – Dijo él sin el mínimo rastro de risa. Era sorprendente como podía cambiar de risa a preocupación en un instante

- Tengo dos hermanos, debería saber que no me debo atravesar – empecé a hacerme masajes amenos en el hombro.

- ¡Petter ya nos vamos! – Oí a Félix gritar desde la ruta que llevaba a la cascada.

- Parece que está bien ¿verdad? – Preguntó Petter, no estaba muy segura de a quién se lo había preguntado – bueno, yo me voy. Lo siento, Alex.

Me dio un apretón en el hombro – el que me dolía, debo agregar – y salió corriendo como si el diablo lo persiguiera. Muchos considerarían que la cara de rabia y frustración de Ángel y su apodo en el campamento, hacían de su comportamiento algo excusable.

Pero yo no lo había visto así, al verlo marchar mi quijada cayó al suelo, el apretón que me había dado hacia que el hombro me doliera diez veces más que segundos antes, por no mencionar que yo había arriesgado mi vida – está bien, quizás no mi vida, pero al menos mi cara – por evitar que el ser de compleción perfecta que tenía al lado le destrozara la nariz y él con un *¿Estás bien? Creo que estás bien, me voy* le había bastado. Increíble.

- Debí haber dejado que lo golpearas – suspiré y caminé hacia mi carpa, creí haber escuchado a Ángel decir *debiste hacerlo*, pero ya estaba bastante lejos como para regresarme.

La mayoría de los campistas se habían ido con Arturo, de las cien personas que éramos, en el claro quedamos treinta – aproximadamente. Todas las niñas de Siddhartha habían aprovechado la oportunidad para huir de ella cuando se enteraron que se quedaba, a ella no se le había visto salir de su tienda morada desde que la había armado. Julio César y sus pequeños ya habían planificado una

pequeña excursión por los alrededores, les había prometido buscar osos. Y los niños habían estado encantados con la idea.

Julieta, Valentina y Paola – niñas de K. – se habían quedado junto a Bárbara y Verónica para hacer un reconocimiento de las plantas que habían recogido en el camino. Lo único que esperaba era que no me fueran a preguntar a mí sobre ellas. Cuatro de los niños de Ángel de los cuales no podía recordar el nombre se habían quedado – sólo sabía que no era Javier porque lo hubiese notado. Un par de niños de Petter, de Adriana y de Félix. Y yo.

Yo, que estaba acostada en mi bolsa para dormir en mi tienda, sin estar cuidando realmente a los niños como había dicho que haría. Quizás no debí tomarme un analgésico para el dolor del hombro.

Yo, que tenía un terrible dolor en el hombro y el gran presentimiento de que iba a tener un moretón en la mañana.

Yo, que había dejado la puerta de mi tienda abierta y ahora entraba una corriente de aire helado, pero me negaba a pararme de la cómoda posición que había encontrado en el suelo. El sol a penas se filtraba por esa entrada, empezaba a atardecer y la estrella luminosa se ocultaba por detrás de mi tienda, era bueno, pero al amanecer sería terrible al levantarse con el sol de frente.

Yo, que ya estaba harta de tejer pulseras desde que me había metido en la tienda.

Suspiré – un poco más fuerte y dramático de lo necesario – y cerré los ojos. Sabía que no debía quedarme dormida, pero estaba segura que los otros ya venían de regreso y que el campamento estaba bien y que Julio César también debía estar regresando y...

- ¡Ay! – Dije al mismo tiempo que abrí los ojos, una sensación fría se había escurrido por mi hombro, una sombra alta y musculosa se cernía sobre mí.

- Pensé que necesitarías hielo – dijo Ángel. Dudando. Ángel estaba dudando. Adoraba cuando eso pasaba, jamás se veía como él cuando dudaba, casi parecía un mortal.

- ¿Hielo? – Parpadeé un par de veces, no queriendo quitar la vista de él, que por primera vez parecía incómodo en su propia piel; luego me giré para ver el hielo cubierto por una camisa negra.

- No tenían ninguna compresa para el hielo – explicó – y realmente me pareció que eso no se vería bien si se hinchaba.

- Gracias – dije aun parpadeando, él asintió. Incómodo. Lindo. La camisa olía a esa colonia que no dejaba de ponerse y a ese olor tan natural que era de él, ese que me recordaba a los pinos en invierno.

- Disculpa por irrumpir así, no sabía que estabas dormida e intenté depositar el hielo sin que te doliera, pero resbaló en el último instante y...

- No estaba dormida – sonreí, él parecía nervioso y yo iba a disfrutar de ello – descansaba los ojos.

- Claro – una sonrisa maliciosa curvó las comisuras de sus labios, volvía a ser él. Oh, oh.

- Pensé que habías ido a inspeccionar el camino con los otros – dije antes de que pudiese evitarlo.

- Cambio de planes – sonrió mostrando los dientes, evidentemente recordando lo que me había dicho más temprano.

- A veces los cambios de planes son buenos y necesarios – él arqueó las cejas ante mi comentario. Al parecer le iba a decir todo lo que pensaba.

- ¿Cómo está tu hombro? – Preguntó, señor seguro de nuevo.

- Oh, la verdad es que no lo siento. No desde que tomé la pastilla, de todas formas – su rostro se oscureció, pero seguía divertido.

- ¿Qué te tomaste, Alessandra? – Se sentó en frente de mí, en la bolsa de dormir de Gabi, yo también me senté.

- Una pastilla que estaba en mi bolsito – lo señalé, él lo tomó y se rió cuando leyó la caja del medicamento – ¿Qué? – Fruncí el ceño.

- Al parecer esto no sólo te quita el dolor, sino que te dará mucho sueño y liberará tus inhibiciones – jugó con sus cejas.

- Oh, no.

- Oh, sí – dijo él.

- ¿No crees que por eso deberías irte? – Gemí.

- Creo que por eso debería quedarme – rodé los ojos.

- Al menos levántate, estas aplastando mis pulseras – señalé los hilos que sobresalían de su costado.

- Lo siento – se levantó, recogió las cinco pulseras que había hecho y me las tendió. Observé el brazalete negro y azul que había tejido pensando en él, era más grueso de lo que solía hacer mis pulseras, porque era para un chico. Extendí la mano con el puño cerrado, la pulsera adentro.

- Hice esto para ti – él se vio sorprendido, la sonrisa vaciló en sus labios, pero no se fue. Estiró la mano y la puso debajo de la mía en paralelo, solté la pulsera y él la examinó.

- ¿Te parece que soy la clase de chico que usa pulseras?

La verdad me parecía que no, pero cuando había tocado el fino y suave hilo azul, azul bebé como sus ojos, y el negro brillante que simplemente era él; no pude evitar tejer la pulsera. Fue por inercia. Había hecho una para mí – rosada y verde – una para Ana – amarilla y naranja – una para K. – morada, verde y gris – y una para Isabela que aun no había terminado, pero la de Ángel fue *necesario* que estuviese hecha.

- Quizás – dije mientras evitaba sus ojos, él suspiró pesadamente y extendió la mano con la pulsera bailando entre sus dedos. Yo lo miré y sonreí, le amarré la pulsera.

- Gracias, supongo – nos miramos fijamente por un rato, sonriendo. Sus ojos eran tan claros que pensarías nunca iba a anochecer y si lo hacía, un pedacito de sol le daría vida a esas dos gemas, era fantástico.

- Me gustan tus ojos – dije sin poder evitarlo, él lanzó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada muy masculina, con ese tono ronco que indicaba que no esperaba ese comentario.

- Gracias, los tuyos no están nada mal.

- Mis ojos son hermosos – le sonreí, le mandaría una carta a la empresa que producía el analgésico previniéndolos de sus efectos secundarios – son pequeñas esmeraldas atrapadas en mi cara.

- Es una muy específica y acertada descripción – dijo él, con un tono de voz divertido y una sonrisa condescendiente.

- No es específica, es precisa – continué – mi padre es un joyero. Tiene cadenas de joyería por todo el país. Cuando nací, le dije a mi madre que le había dado una niña perfecta, con unos ojos tan maravillosos que jamás podría olvidar por quién hacía todo su trabajo, pero que a la vez le recordaba la belleza de su trabajo. Mis ojos son perfectos – precisé, él me miró, serio.

- Lo son.

- ¿Lo son? – Casi no podía creer lo que había dicho, parecía poco propio de él darme la razón.

- Lo son – sonrió y fue todo amabilidad y calidez ¿Adiós, chico malo? – cuando los vi pensé que era un truco por la luz que entraba desde la ventana donde estaba sentado, que no podían ser tan verdes. Luego te vi en tu cabaña, con la iluminación tan precaria y sin embargo resplandecían. Tus ojos captan la luz, Alessandra, y la aprisionan haciéndote creer que siempre estuvo allí.

- Gracias – dije atontada por el medicamento y por la belleza de sus palabras, no esperaba esa respuesta, pero tampoco esperaba seguir hablando – me gustan tus ojos.

- Ya lo dijiste – dijo después de reírse un poco.

- Es que en serio me gustan – dije mientras movía la mano en su dirección, él suspiró.

- ¿Por qué te gustan tanto, *smukke*? – Él se inclinó y dejó que pusiera mi mano en su mejilla.

- Son como el día – comencé, incapaz de hacer que mi boca dejara de decirle cosas acerca de él – brillan por si solos incluso cuando estás perdido en el bosque – él sonrió ante el recuerdo – pero también son como hielo cuando estás molesto, como si fueras capaz de ahuyentar la vida de ellos y luego está esa cosa... - negué con la cabeza. Era ridículo.

- ¿Qué cosa? – Preguntó él, interesado, moviendo su cabeza en mi mano como un gato.

- Es como si supiera que no te debería mirar a los ojos, pero lo hago y cada vez que lo hago es como si desafiara a alguien, como si mirarte me fuera a revelar secretos ocultos e inimaginables – yo estaba hablando disparates, era un pensamiento extraño que tuve cuando lo conocí, no lo había expresado en voz alta. Sin embargo, el pensamiento no se había ido.

- Mmm – dijo él, mirándome fijamente, como si quisiera descifrar que pasaba por mi mente. Aunque si seguía así de drogada no iba a tener que intentar mucho. Dejé caer mi mano.

- Ah, también esta esa otra cosa – él inclino la cabeza, deleitado con mi facilidad para hablar sin que preguntara – tus ojos se oscurecen el borde, bueno, no tus ojos: tu iris. Es una línea delgada que surge cuando el resto del iris se aclara, mientras que en el centro está de un azul tan claro que parece irreal, el borde se oscurece. Al principio pensé que era negro, pero luego miré mejor. Era azul – reí – un azul tan oscuro y profundo como el mar o la medianoche.

- Eso pasa cuando sentimientos muy fuertes me inundan, aunque sólo se quedan así los que puedo controlar – dijo y sonó sorprendido por su confesión, yo también estaba sorprendida.

- Es lindo – mis ojos se cerraban solos – y raro. Muy raro.

- Casi nadie se da cuenta de ello – sentí la sonrisa en su voz y abrí los ojos, era una sonrisa muy linda como para ser desperdiciada – con mi hermano es más evidente.

- ¿Tu gemelo? – Me encontré girando mi cabeza para mirarlo desde abajo ¿Cuándo me había acostado? Y, por Dios en el cielo, ¿Desde cuándo la tierra era tan cómoda?

- Si, mi gemelo. Sebastián – dijo con el mismo acento que cuando pronunciaba *smukke*, danés ahora lo podía reconocer – sus ojos son del color del borde que recubre los míos, cuando está molesto, feliz, triste...

- Cuando pasa por emociones fuertes – lo corté, él sonrió.

- Exacto – continuó – cuando eso pasa su borde se pone del color de los

míos. Mi hermana menor se asustó la primera vez que lo vio, dijo que parecía un espectro – él rió, probablemente recordando algún chiste al respecto – pero es algo que nos distingue, así madre no se confunde – lo vi fruncir el ceño – aunque según ella eso no es sólo lo único que lo hace.

- Porque él es el bueno y tú el malo.

- Por supuesto – la sonrisa había vuelto.

- ¿Qué diría tu mamá?

- ¿Sobre qué?

- Sobre que le pegaste a una chica – agradecí tener los ojos abiertos, dudaba que Ángel se ruborizara con frecuencia.

Y era casi un pecado con sólo mirar, parecía que la pintura de algún famoso pintor al fin estuviese completa. Su rubor se extendía de pómulo a pómulo pasando por la nariz. Al principio fue suave, un poco rosado: como si pudiese controlar el flujo de sangre de sus mejillas, pero luego aumentó y se profundizó, llegando casi a parecer rojo. Era tan diferente a cuando estaba sonrojado porque había estado expuesto al sol, no me había equivocado al pensar que su tez tomaría el color rosa de sus labios, era hermoso.

- Ella me mataría – lo pensó un momento – no, no me mataría, pero me haría pagar muy caro por ello. Una especie de tortura, un castigo o algo que me hiciera sufrir durante largo, largo tiempo.

- Pensé que sólo castigaban a las chicas – luchaba por mantener mis ojos abiertos, creí verlo sonreír.

- Mi familia es especial.

- ¿Me puedes contar más sobre ellos? – Mis parpados pesaban, no sabía por qué preguntaba por su familia, pero parecía una buena idea antes de irme a dormir.

- ¿Mi familia? – Asentí y la almohada se acomodó mejor bajo mi cabeza. Oh, era el cielo en la tierra – mis padres están juntos, enamorándose cada día más del otro.

- El amor es lindo – cerré los ojos y sonreí, podía sentir su mirada sobre mí.

- Lo es, y su amor dio fruto a cuatro hijos. Tengo una hermana mayor, Cassidy, apuesto que morirías por sus ojos. Luego estamos Sebastián y yo, por último la pequeña...

- Siempre quise una hermanita – lo interrumpí – ¿Qué edad tiene?

- Cuatro.

- Yo tengo una amiguita de cuatro – recordé a Maisie – pero parece de más edad, habla tan bien y es tan inteligente que siempre me sorprende.

- A esa edad son esponjas, no hay nada que puedas hacer o decir sin que ellas no lo noten – sentí que lo decía con exasperación y cariño ¿Era eso posible?

- Quizás un día podamos juntarlas, que jueguen – recordé que Mais era más *especial* que la mayoría de los niños de cuatro años – mejor no.

- Mejor no – la voz de Ángel empezaba a alejarse, mis parpados llevaban cerrados ya mucho tiempo.

- ¿Ángel? – Sabía que se había levantado y que yo ya no estaba plenamente consciente.

- ¿Si, Alessandra? – Lo escuché decir desde la entrada de la tienda.

- ¿Por qué no me dices Alex? – No estaba segura de haberlo preguntado, fue más como un pensamiento proyectado.

- *Porque todos los demás te dicen así.*

Por un momento pensé que lo había dicho, pero lo único que escuché fue el cierre de la tienda, mis pensamientos se nublaron y Morfeo se apareció frente a mí con un rompecabezas a medio resolver y lo único que hizo en mi sueño fue parlotear – y gritar – lo pequeño que era el mundo.

Lo peor, era que mi Morfeo era terriblemente parecido a Marco y la sonrisa burlona en su rostro era algo que insinuaba que las cosas no iban bien.

Capítulo 29, ¿A la luz de las estrellas?

Me levanté de un brinco cuando agua helada corrió por mi cuello. Me estremecí y me golpeé con el techo de la tienda ¿Dónde estaba? Intenté recordar, pero la cabeza me dolía. Miré a mi alrededor y no logré ver nada, saqué la linterna de mi bolso y logré ver a las nueve niñas dormidas tranquilamente.

Campamento, claro.

Abrí un poco el cierre de la tienda y la brisa fría de la noche inundó el pequeño espacio, me volví a estremecer ¿Por qué tenía la camisa empapada? Recordé a Ángel en la tienda, la conversación e incluso en la oscuridad podía asegurar que mi rubor actuaría como un faro ¿Acaso no habíamos estado hablando de lo preciosos que eran sus ojos? ¿De su familia? Oh, bueno, no podía ser tan malo si recordaba lo que había pasado ¿Verdad?

Suspiré y salí de la tienda, el olor dulce de la camisa llenó mis fosas nasales y lo sentí prácticamente junto a mí, como ese momento en el sendero cuando enterré mi cara en su cuello y él se estremeció, no pareciendo el duro chico malo que siempre mostraba ser, lo recordé como lo había visto en la carpa, tan inseguro de un momento a otro, pero la sinceridad siempre reflejada en sus ojos.

Tomé la camisa negra mojada, la puse frente a mi cara e inhalé ¿Por qué Ángel olería a pinos? Y a esa fragancia dulzona que era lo contrario a su colonia fuerte de hombre, todo se complementaba a la perfección para hacer una fragancia única e inolvidable.

Encendí la linterna y pude ver los restos de la fogata, debía ser bastante tarde porque todas las carpas estaban apagadas y sólo los sonidos naturales poblaban la noche. Caminé hacia la colina, la ruta por la cual habíamos llegado, con ganas de sentarme en su cúspide y esperar que la fría noche secase el olor de Ángel en mi cuerpo.

La noche estaba hermosa, no había luna, pero tampoco hacía falta: las múltiples estrellas acudieron al cielo para un baile entre ellas; sin las luces de la ciudad o los molestos faroles del campamento, sólo quedaban los pequeños luceros

en el cielo, tan hermosos y brillantes que lo único que provocaba era acostarse a verlos. Caminé más rápido, estaba segura que desde aquel lugar la vista sería aun más espectacular. Caminar media hora por aquel lugar simplemente parecía valer la pena.

Después de mucho caminar y pensar que iba a morir de hipotermia por no haber tomado mi suéter, observé una silueta acostada en el pasto, con el rostro hacia las estrellas, como si mi idea no hubiese sido lo suficientemente exclusiva. Casi como si supiera que lo estaba observando, se levantó, era un chico. Lo apunté con mi linterna, por lo que se veía podía haber sido Giuseppe, Ángel o Julio César – que eran los más altos y de complexión parecida.

- Buenas noches, dormilona – dijo la figura a la vez que se tapaba la cara de mi luz, era Ángel.

- ¿Qué hora es? – Mi voz sonaba ahogada, apagué la linterna.

- Casi las tres de la mañana – se volvió a acostar en la hierba, yo caminé hacia él.

- ¿Qué haces despierto? – Me tumbé a su lado, nuestros brazos rozándose un poco.

- Miro las estrellas – contestó como si no fuera obvio, una bruma empezó a hacernos compañía.

- Están maravillosas esta noche.

- Siempre lo están – fruncí el ceño.

- No es cierto.

- La verdad es que lo es – explicó él – lo que pasa es que la luna siempre las eclipsa, es tan grande, tan brillante y sin importar cuanta luz haya siempre la puedes ver. Las estrellas son distintas, tienes que esforzarte para verlas, esperar que ellas se quieran mostrar y una vez que las encuentras, luego siempre que las quieras estarán allí.

Guardamos silencio, él parecía decidido a guardar sus pensamientos para sí, quizás era lo mejor, escuchar su voz en el medio de la noche, como un secreto en la oscuridad, estar consciente de que su cuerpo residía tan cerca del mío e incluso

ese toque de nuestros brazos, tan sutil y a la vez tan íntimo, ya era lo bastante peligroso como para agregarle ese magnífico sonido.

- Tu camisa está mojada – dijo él, en ese segundo me di cuenta que había dejado de ver las estrellas, tenía su mirada enfocada en mí.

- Es culpa de *tu* camisa – sonreí cuando dije *tu*, él también lo hizo.

- Mis disculpas.

- No lo hagas, sin ello no hubiese salido para que se secase, ni hubiese visto las estrellas.

- Ni estarías aquí conmigo – agregó él.

- Ni estaría aquí contigo – le aseguré.

Nos quedamos en silencio de nuevo, un torrente de imágenes se apresuraron a entrar en mi mente cuando orienté la vista a las estrellas, como si el universo me recordara que por bien que me sintiera allí acostada a su lado, nada en mi vida iba bien.

Eran imágenes que me recordaron todo lo que había pasado desde año nuevo: el secuestro de mi abuela, las terribles semanas en el colegio, las peleas con Elisa y con mi madre, Campanita llegando a casa, Eduardo intentando mantener la cordura por todos, el funeral, el descubrimiento de mi vida secreta, de mi legado, de cómo un mundo nuevo se abría para mí sin yo querer que fuera así, lo poco que sabía de ese mundo, pero que aun así sabía que tenía que tenerle miedo, mi resolución sobre los Van Der Keergaard, sobre Jess y su triste historia de amor. No fue hasta que una brisa gélida sopló mi cara que me percaté de las lágrimas que se deslizaban por mi cara.

Ángel, quien no me había quitado la mirada de encima en ningún momento, se movió a mi lado, fue rápido incluso para él. Un segundo estaba acostado a mi lado y al siguiente sobre mí. Sus codos al lado de mis brazos, para alinear su cara con la mía, su cuerpo era más grande que el mío, por lo que cuando me cubrió dejé de tener frío, sentí mis zapatos tocar su pantalón, su pelvis sobre la mía. Me miraba con esos ojos dulces, los mismos que había tenido en la carpa, los veía por su claridad, porque incluso sin luz eran capaces de destacar.

- No llores – su comentario fue un suspiro caliente en mi cara.

- No lo estoy haciendo – sacó una de sus manos de mi costado y con el pulgar quitó las lágrimas, yo cerré los ojos, esperando que no salieran más y a la vez deseando que lo hicieran, su toque efímero sobre mi cara era sorprendentemente reconfortante.

- ¿Qué está mal? – Preguntó él de nuevo, buscando algo en mi rostro.

- Todo, comenzando por esto – abrí los ojos, en su mirada no había sorpresa, sólo cautela – esto es un error.

- Quizás yo soy uno de esos errores que deberías cometer – sonrió de esa manera pícaro que hacía que temblara. Y temblé en sus brazos, a pesar de que ya no tenía frío.

- Quizás denota dos posibilidades, tú no me das esa opción.

- Alessandra, sólo con mirarte sé lo que sientes, lo que eres y lo que escondes - me sentí desnuda cuando lo dijo, como si de verdad supiera todos mis secretos sin yo habérselos contado – ha sido así desde el primer día en que te vi; cuando me miraste fijamente y reconociste mi presencia, cuando me tocaste por primera vez y tu cuerpo reaccionó ante el mío, cuando te perdiste en mis ojos e inspeccionaste mi alma. Así que sé que algo está mal, pero también sé que quieres esto, quieres que yo esté aquí.

- Podrás saber lo que siento, pero no lo que soy ni lo que escondo – aparté la mirada, a veces mis ojos decían más de lo que me gustaba.

- Pero lo sé – y su voz decía que lo hacía.

- No, no lo sabes y es por eso que yo sé que nada de esto es real – dije a la vez que una lágrima solitaria descendía por mi mejilla.

- ¿Cómo sabes eso? – Preguntó a la vez que secaba mis lágrimas de nuevo y me hacía mirarlo.

- Porque nada de lo que conozco es real – Ángel tomó una de mis manos y la posicionó sobre su corazón. Latía condenadamente rápido.

- Esto es real – dijo y cerró la distancia entre nuestras caras, su nariz tropezó con la mía, sonrió y torció un poco su cabeza. Y mientras aun sonreía, me besó.

En ese instante comprendí por qué todos se vuelven locos con la idea del amor, entendí cada canción romántica y cada verso de poesía que había sido escrito; porque los labios de Ángel en los míos eran eso: una melodía, poesía o el susurro del viento sobre mi piel. Cálido como el sol de verano, dulce como el algodón de azúcar y gentil como el aleteo de una mariposa.

Al principio tanteó – quizás esperando que lo impulsara lejos, lo que él no sabía era que desde el momento en que me tocó eso me resultaba imposible – cepillando su boca contra la mía. Luego presionó sus suaves – oh, tan suaves – labios contra los míos, pidiendo permiso, y con un toquecito de su lengua se fue haciendo camino.

Fue uno de esos momentos donde tienes que controlar tu respiración, donde incluso controlas el latir de tu corazón, porque sabes que si respiras muy fuerte o tu corazón parpadea por un segundo, el momento se irá. Y tú nunca, nunca quieres perder un momento así.

Se movía con experiencia, como si ya conociera mi boca y supiera lo que me gustaba. Con sus dientes tomó mi labio inferior y lo tironeó, antes de que pudiese protestar, lo besó con sutileza aliviando el leve dolor que había causado; luego lo sentí sonreír contra mí y me perdí de nuevo en su mágico beso.

Era como si nunca antes me hubiesen besado, como si todos los demás hubiesen sido bastos ensayos para lo que era en realidad besar, y sabía, muy en el fondo sabía, que jamás iba a sentir que me besaban bajo este nuevo concepto a menos que fuera él quien lo hiciera. En ese instante, allí bajo su cuerpo y a la merced de sus labios, me llevó a otro lugar. Fue un momento del cielo en la tierra, protagonizado por un ángel y una damisela. Un instante donde el chico de los ojos más bellos, el chico de los ojos perfectos, me besó hasta cansarse mientras las tinieblas del bosque nos cobijaban, las estrellas nos observaban y los árboles juraban que guardarían nuestro secreto.

Se separó sólo un poco, lo suficiente para que pudiese respirar el mismo aire que yo, y me dio un beso de mariposa en la nariz, uno casi imperceptible después del maravilloso espectáculo que habían tenido mis labios. Mi mano ya no sentía el rápido latir de su corazón, en algún momento la había puesto a mi lado de nuevo.

- Me besaste – dijo una voz completamente ronca y poco adecuada, después de lo que pareció ser una eternidad. Sospechaba que era yo, lo hubiese comprobado, pero seguía con los ojos cerrados.

- Si – su voz sonaba inestable y ahogada también, al menos no era la única afectada por la situación.

- Me besaste – repetí mientras abría los ojos, él seguía a una distancia mínima de cinco centímetros, sus ojos se habían oscurecido por completo ¿Qué era lo que había dicho sobre ellos? Qué si controlaba las emociones sólo se oscurecía el borde ¿Entonces esto era lo que pasaba cuando *no* podía controlarlas? Mi cerebro no podía procesar otra cosa.

- Lo sé, estuve allí ¿Recuerdas? Tú estabas de un lado, yo del otro... – su tono regresaba a la normalidad, lo odiaba por ello, yo aun estaba afectada.

- Nadie se puede enterar de esto – gemí a la vez que alejaba la mirada, sus ojos oscuros como el mar a medianoche me distraían más de lo que lo hacían sus ojos claros – tengo novio, por Dios santo.

- No parecías recordarlo hace unos segundos – lo fusilé con la mirada, esperaba que me viera amenazante mientras estaba bajo él, eso no era fácil. Él suspiró – Si un secreto crece en la oscuridad, no tendrá nunca por qué ver la luz – algo pasó rápidamente por su mirada, luego lo escondió – si tú no hablas, ten por seguro que yo no lo haré, *smukke*.

Su voz no sonó herida, pero la forma en cómo lo dijo – demasiado frío, quizás – demostró exactamente lo contrario ¿*Cómo besas a un chico y le pides que no mencione nunca el beso sin herir su ego?* Hubiese deseado tener la respuesta.

- Conocer los secretos de alguien te da poder sobre ese alguien – le dije, con una sonrisa malévola colgando en mis labios. Él sonrió de la misma manera.

- Alguien dijo una vez que la información es poder – contestó él.

- *Alguien* tenía razón – él amplió su sonrisa, yo también la mía aunque no sabía por qué demonios estaba sonriendo – entonces parece que estamos dispares – él frunció el ceño – porque tú me guardas un secreto y yo no a ti.

- ¿Por qué habría de darte ese tipo de poder sobre mí?

- Porque crees en la justicia y en el honor – dije sin parpadear, él parecía esa clase de chico, con valores y principios por los cuales moriría antes de traicionarlos. Sin embargo, lucía sorprendido con mi afirmación.

- Entonces, basándote en que mis principios son la justicia y el honor, me exiges que te revele un secreto – yo asentí – ¿Y tú crees que están en posición de exigir algo?

Se inclinó más sobre mí, recalcando que si alguien tenía el poder era él. La verdad, parecía ridículo que siguiéramos en esa posición ¿Cuánto tiempo podía estar un chico así sin que cosas pasaran en su pantalón? Oh ¿Por qué pensé en ello? De repente era consciente que había dejado de apoyar su pelvis contra la mía ¿Por qué lo había hecho? No quería averiguarlo.

- Además – agregó a un par de centímetros de mi boca – podré ser noble, justo e incluso honorable, pero no soy estúpido.

- P- Podría ser – no podía creer que hubiese tartamudeado, la respuesta sonaba bastante bien antes de que la pronunciara en voz alta.

- ¿Crees que soy estúpido? No pareces muy segura – se iba acercando más, ya no había espacio para respirar, sus labios estaban a punto de rozar los míos...

- ¡Detente! – Grité con una voz aguda que no usaba a menudo.

- Si eso quieres... – dijo después de un tiempo, el suficiente como para que pensara que me iba a besar de nuevo, el suficiente como para que casi me ahogara porque no quería respirar con él tan cerca. Creía que incluso el más leve suspiro lo llevaría a mis labios de nuevo. Y temía que si seguía tan cerca y él no me besaba, lo iba a hacer yo.

- Espacio, necesito espacio – sonrió, todo malicia.

- Si eso quieres.

Se puso a gatas sobre mí y luego se tendió a mi lado, un brazo debajo de su cabeza, sus piernas cruzadas en los tobillos. Las estrellas ya no eran visibles, espesas y oscuras nubes se habían cernido sobre ellas como padres protectores, casi como si no quisieran que vieran lo que ocurría con los jóvenes que en un principio parecían inocentes. Tomé tantas bocanadas de aire que sentí que me iba a desmayar, pero valió la pena el esfuerzo: cuando terminé, el aire no olía a él.

- ¿Estás mejor? – Otra vez me estaba mirando. Volteé la cara al cielo de nuevo ¿Dónde estaban mis preciosas estrellas?

- Si – mi voz salió perfecta. Al fin.

- Te diré un secreto con par de condiciones – su voz fue plana en todo momento, si alguien lo oía pensaría que hablaba de algo tan trivial como el clima y no sobre confesarme alguno de sus secretos.

- ¿Cuáles? – Pregunté, aun mirando las estrellas.

- Quédate conmigo hasta que decida marcharme.

Entonces lo miré, porque realmente estaba sorprendida por su simple petición, él ya no me miraba, su mentón estaba hacia arriba, su cara lozana en paz, sus ojos azules cerrados ¿Seguirían siendo oscuros o ya habrían vuelto a ser claros? Probablemente los había cerrado para que encontraran la paz de la que su cuerpo parecía gozar. Si sus labios no se hubiesen movido hubiese pensado que estaba dormido.

- Sólo será hoy – hizo una pausa demasiado larga, luego agregó – y tendrás que estar entre mis brazos – me congelé, luego solté el aliento que no sabía que retenía y sonreí ¿A quién iba a engañar? Quería eso casi tanto como quería volver a casa.

- En ese caso – dije a la vez que me arrastraba hacia el brazo que tenía extendido, acosté mi cabeza sobre la unión de su brazo con tu tórax – que la luna inexistente de esta noche me consienta y que las estrellas me hipnoticen para que las cuente, porque sólo por hoy puedo estar entre tus brazos. Porque sólo por hoy, no negaré que es lo que quiero y es lo que haré.

- Sólo por hoy – dijo él a la vez que cerraba su brazo libre y me obligaba a estar más cerca de él.

Puse una de mis piernas sobre él y con un brazo lo rodeé, dejé que mis miedos se sepultaran bien profundo en mi mente y respiré; de nada había servido todo el aire que había tomado antes, pues su olor volvió a mí antes de que pudiese soñar con no recordarlo. La brisa sopló y Ángel me estrechó más entre sus brazos, si esperaba que me estremeciese por el frío, estaba equivocado. Hacía mucho rato que el frío no era algo que me preocupara.

Cerré los ojos y me observé contra su cuerpo, era increíble lo bien que encajaba junto a él a pesar de la diferencia de estatura, mi cabeza calzaba perfectamente en la curvatura de su cuello, como si hubiese sido diseñada para que

descansara allí; mi pierna lograba cruzarlo por completo, mi brazo reposaba sobre el hombro que tenía flexionado, mi mano lucía pequeña y delicada ante lo robusto de su cuerpo.

Pareciera que me hubiesen quitado un peso de encima, ya que me relajé completamente contra él, sabiendo muy bien que no lo hacía desde mucho tiempo atrás, tanto tiempo que me era imposible recordar, pero el sonido de su corazón retumbaba en mis oídos, tenía un ritmo estable que se mecía con el compás de los árboles y me daba paz.

Ángel provocaba en mí una extraña sensación, la sensación de querer decirle todos mis problemas y que me ayudara a solventarlos, de contarle lo que me hacía feliz para que él hiciera alguna de esas cosas, decirle lo que me preocupaba y lo que me entristecía, para que nunca cometiera esos errores conmigo.

Pero también era una sensación de seguridad, como si mientras estuviese en sus brazos nada malo pudiese pasar, porque él enfrentaría el mundo por mí, se me olvidaba el tema latente de la brujería y la cacería que los vampiros me tenían cuando estaba junto a él. Al pensar en esos problemas en específico me tensé de nuevo en sus brazos, haciendo que la sensación de todos mis músculos fundiéndose sobre los de él fuera una vil ilusión.

- Yo... – comencé a decir a la vez que intentaba levantarme, él apretó su agarre sobre mí.

- No tenemos que hablar – dijo, aun con los ojos cerrados, sabiendo que si los abría se iba a acabar el momento.

- De hecho, tenemos que hacerlo – dije inspeccionando su cara de cerca ¿Por qué tenía que ser tan perfecto? No tenía ni una sola cicatriz o marca de acné, y su barba era tan perfecta, parecía cortada con precisión, estaba condenadamente segura de que no media más de un centímetro de grosor, era tan injusto que fuera físicamente perfecto – a veces los silencios son tan peligrosos como las palabras.

- ¿De qué hablas cuando estás en los brazos de un chico a la luz de la estrellas? – Su voz era tan baja que si no hubiese estado tan cerca no hubiese entendido.

- No sé, nunca antes lo había estado – dije las palabras rápido, como si eso fuera a evitar que él las escuchara o las entendiera.

- ¿No? – Él se quedó tan quieto bajo mi brazo que si no lo hubiese estado viendo apostar a que habría desaparecido.

- Tengo quince años – fruncí el ceño incluso sabiendo que él no podía verme – no es que tenga mucha experiencia en estas cosas.

- ¿Qué hay con tu novio? ¿No te lleva a lindas excursiones por la naturaleza?

Pensé en Marco y en el día que fuimos a bailar, como me había llevado al claro y habíamos bailado a la luz de la luna, como me había dicho que creía estar enamorado y como yo le respondí lo mismo. De repente estaba incómoda con ese recuerdo y el estar en los brazos de Ángel a la vez.

- Él prefiere la luz de la luna, no las estrellas – contesté secamente.

- ¿Y prefiere mantenerte sobre tus pies en vez de tirarte en la hierba, mirar a través de tus ojos, hacia tu alma, y besarte como si no pudiera evitarlo?

- Si – él sonrió ampliamente – él me respeta lo suficiente como para saber que eso es lo adecuado – su sonrisa desapareció tan rápido que pareció nunca haber estado allí.

Pero su gesto no fue lo único que desapareció: su cuerpo dejó de estar bajo el mío y se escabulló de una manera sutil y agraciada fuera de mi alcance. Ni siquiera me moví cuando se alejó, como si hubiese estado todo el tiempo acostada en el césped en vez de sobre su cuerpo. Tenía la camisa hecha un andrajo en su mano, no sabía cuándo me la había quitado. Alcé la mirada para encontrarme con la suya, sus ojos estaban tan claros como nunca y en modalidad hielo de nuevo. Esto no podía ser bueno.

- Quizás no deberías pasar tiempo a solas con alguien que no te respeta – dijo. Yo no respondí, sólo lo miré. De repente hacía mucho, mucho frío – ni siquiera deberías dejarte besar – resopló – tocar por alguien así ¿No crees? – Seguí en silencio – o quizás lo mejor es que dejes de mentirte a ti misma y aprendas a aceptar que es lo que quieres en realidad.

Comenzó a caminar lejos, yo lo único que podía hacer era mirarlo desde la hierba, ni siquiera recordaba haberme sentado sobre ella, así que cuando se volteó – con la expresión facial más molesta que alguna vez le había visto – temblé.

- ¿Querías un secreto? – Me miró con cinismo, sus ojos estaban

completamente oscuros de nuevo, como si el vistazo que había tenido segundos antes hubiese sido una ilusión, ni siquiera era sólo el borde su iris, sino toda ¿Eso era lo que pasaba cuando no podía controlar sus sentimientos? Cada vez me convencía más de eso – Me gustó el beso.

Y se marchó como si una secta de demonios lo estuviese persiguiendo. Luego lo pensé mejor, quizás lo hacían.

Los demonios internos son los peores de los cuales debes huir.

Capítulo 30, Desastre tras desastre.

La mañana siguiente entendí porque Adriana estaba tan paranoica con los niños, cuando me levanté el campamento era algo completamente distinto a lo que había sido cuando me había ido a dormir: había harina por doquier, miel en la entrada de las tiendas, plumas en todo el suelo, niños corriendo descontrolados, guías intentando agarrarlos, Arturo riendo como un maniaco guindado de un árbol y yo viendo todo con espanto desde la entrada de mi carpa. Mis niñas no estaban allí cuando me levanté.

- ¡Cuidado! – Escuché a alguien gritar, pero no supe a quién le gritaban hasta que el globo me golpeó en el hombro izquierdo, el mismo que Ángel me había lastimado el día anterior.

Era un globo de miel – luego tendría que preguntar cómo demonios hicieron que eso funcionara – lo suficientemente prensado como para que explotara apenas me tocara, luego lanzaron una bolsa de plumas que se adhirió a la miel tal como si fuera pegamento. Escuché carcajadas y volteé para ver a los quintillizos muertos de la risa mientras me veían.

- ¡Los-voy-a-matar! – Dije entre dientes mientras me acariciaba el hombro, no me dolía tanto como ayer, pero tenía un moretón que era lo suficiente alarmante como para que hicieran preguntas. Por suerte la camisa del uniforme lo cubría.

- ¡Sólo podrás hacerlo si nos alcanzas! – Gritó Javier.

Y arrancaron a correr como los pequeños demonios escapados del infierno que eran. Suspiré y me acerqué a Ana, que intentaba limpiar algo verde que colgaba de su tienda – no tenía idea de que era ni quería saberlo.

- ¿Cuántos asesinatos puedo cometer antes que piensen que no fue accidental? – Pregunté, ella volteó a verme con sus ojos achinados.

- ¡Gracias al cielo despiertas! – Se acercó a mí – estamos midiendo los daños, no parecen muchos: es más desastre que destrucción – hizo una pausa y miro alrededor – aunque parezca lo contrario. Nos reunimos hace dos minutos y

pensamos que lo mejor es llevarlo a la cascada y que drenen toda su energía malvada entre ellos y con agua de por medio. Tres personas se quedarán a limpiar, lo siento, Alex, pero como estabas dormida te toca.

- ¿Quiénes son los otros dos? - Pregunté medio esperanzada que la respuesta incluyera a Ángel.

- Siddhartha y Giuseppe.

- Oh – ella sonrió.

- ¿Decepcionada?

- No, no, nada de eso – le sonreí, aunque sabía que era una mueca falsa – es que la idea de limpiar junto a Siddhartha es espeluznante.

- Oh – ella asintió y dejó de sonreír – ya entiendo, pensé que tenía que ver con que Ángel pidiera explícitamente no estar en el grupo de limpieza una vez que supo que tú estabas ahí o con el hecho de que volviera a ser el chico retraído, frío y de pocas palabras que era antes de que tú llegaras – esperó un momento, escudriñándome con la mirada – ¿Pasó algo anoche, Alex? Porque ayer en la tarde todavía era el chico sonriente, hacedor de chistes y participativo que todos hemos llegado a apreciar.

- Nada de lo que quiera hablar mientras los niños siguen destrozando el campamento.

- ¡Ah, los niños! – Volteó alterada, como si los hubiese olvidado por un momento – ¡Feeeeeeeeeeeeeeeeeeeeelix!

Gritó y se marchó, dejándome pensando sobre la noche anterior. Después de que Ángel se marchara el claro me pareció más frío y lejano de lo que había cavilado, la vista ya no parecía amena y, aunque las estrellas habían salido, ya no las encontraba tan brillantes y especiales como las había considerado en un principio.

Había considerado correr atrás de él, pero en lo que me levanté no había ni un rastro de si había pasado por allí o si se había evaporado, consideré regresar a donde me había dejado, pero ahora que no me encontraba con Ángel era más consciente de que estaba sola al aire libre, en un área que no estaba mágicamente protegida y que alguien, que ya me había atacado, estaba cazándome.

Suspiré y dejé de recordar, luego de eso había corrido tan rápido que cualquiera que me viera podía asegurar de que ya me habían encontrado y tenía un par de colmillos respirando en mi cuello. Había llegado sin ningún inconveniente a mi tienda y lo único que me había evitado caer dormida era el maravilloso beso que aun sentía en mis labios. No es que un beso experto dado por una obra magnífica de Dios sea algo que puedas olvidar fácilmente.

- Hey, Alex – Giuseppe se acercó a mí, todo sonrisas – ya están casi todos idos ¿Por dónde quieres empezar?

- ¿Y... - estuve a punto de decir Ángel, pero me detuve al ver la mirada de dolor en los ojos grises de Giuseppe – Siddhartha? Escuché que ella nos iba a ayudar.

- Ella está viendo con qué podemos limpiar – su humor mejoró inmediatamente.

- En ese caso podríamos empezar a recoger lo que podamos meter en bolsas.

- ¿No te quieres limpiar eso? – Señaló mi hombro cubierto por plumas.

- Oh, claro.

Caminamos hasta su carpa y sacó unas toallitas húmedas de su bolso, las pasó suavemente por mi hombro, evitando que me doliera el golpe del cual él no sabía; quitó las plumas con dedos, apenas rozando mi camisa, como si tuviese miedo de tocarme. Cuando terminó con las plumas volvió a su trabajo con otra toallita.

- ¿Cómo te hiciste ese golpe? – Preguntó con el ceño fruncido mientras miraba bajo mi camisa, se veía condenadamente inocente.

- Me tropecé con una rama.

- ¿Antes o después de que Ángel te golpeará? – Mis ojos se encontraron con los suyos, ahora sonreían – tranquila, Petter sólo me lo dijo porque tenía que comentárselo a alguien y Félix es un chismoso. También me dijo que si algo le pasaba era de seguro culpa de Ángel.

- Fue un accidente – respondí yo automáticamente, defendiéndolo.

- Alex, si se trata de Ángel, ten por seguro que nunca es un accidente.

Se levantó y salió de la tienda, ya había terminado con mi hombro y la sensación viscosa/pegajosa no estaba, sólo el molesto color verdoso decoraba mi hombro.

Al salir Siddhartha me tendió una escoba sin decir una palabra y se marchó ¿Sería muda? Llevábamos casi una semana en el mismo lugar y juraba que no había escuchado su voz. Ninguna chica puede dejar de hablar por tanto tiempo, era anti-natural. Tenía que admitir que era grácil y que se movía majestuosamente con las escoba, yo escasamente había terminado con dos de las carpas que tenía cerca cuando ella ya estaba lista con todo el centro del claro. Parecía que se hubiese comido las plumas.

- Voy a buscar agua a la cascada – dijo Giuseppe cargando cinco cubetas.

- ¿Necesitas ayuda? – Pregunté.

- No, estoy bien – dijo él, ella asintió y lo miré marchar.

- ¿Crees que pueda con los cinco tobos? – Le pregunté a Siddhartha, ella me miró el suficiente tiempo para hacerme sentir incómoda y se marchó a hacer la limpieza de las carpas que quedaban.

Yo limpié tres tiendas más y ella ya había terminado con las otras cinco. Era increíble. Me había sentado en uno de los troncos que estaban cerca del centro, donde había sido la fogata que me había perdido, cuando Giuseppe llegó cargando dos cubetas hasta el tope de agua, detrás de él estaban Julio César y Ángel, cargando uno y dos recipientes respectivamente.

Yo me acerqué a Giuseppe y le quité una, Siddhartha hizo lo mismo con Ángel, intercambiaron un par de palabras que sólo un oído biónico pudo haber escuchado y se pusieron a limpiar lo que quedaba lleno de harina. Giuseppe y yo hicimos lo mismo del otro lado del campamento. Julio César esperó a que se nos terminara el agua para darnos la de él, únicamente había ayudado llevando el cubo.

- Creo que eso es todo – declaró Giuseppe una vez que habíamos limpiado las tiendas con paños empapados de agua, ya no quedaban rastros de harina en la pradera.

- Es todo lo que podemos hacer, de todas formas – añadí yo.

- Hicieron un trabajo excelente – dijo Julio César – casi no parece el mismo lugar en el que me levanté esta mañana.

Ángel y Siddhartha no dijeron nada, nos miraron y se marcharon juntos hacia la cascada, yo los miré desde atrás, parecía que iban hablando.

- Que cosa tan extraña – dijo Julio César mientras negaba con la cabeza.

Él, Giuseppe y yo emprendimos nuestro propio camino, Julio César nos iba comentando sobre las plantas que pasábamos, luego me dijo que él fue quien había ayudado a mis niñas ayer, que ellas se habían unido a su cacería de osos y que habían terminado recogiendo plantas – sus niños estaban molestos.

Por su parte, Giuseppe me comentó que Ángel era quien había hablado con Arturo durante la fogata cuando había preguntado por mí, había alegado que no me sentía bien y que me había tomado una pastilla que me puso a dormir. Julio César bromeó con que Ana y Karelia lo habían visto como si él me hubiese drogado, a Giuseppe no le pareció cómico.

Después de caminar quince minutos llegamos a la cascada. El agua era azul y cristalina, el sol estaba en su punto máximo y los niños disfrutaban persiguiéndose entre ellos o nadando. En una parte de la cascada había un pequeño salto que los niños usaban como tobogán, era uno de los riachuelos que descendían hasta el lago. No había harina en ninguno de los guías o de los diablitos.

Arturo tenía un pañuelo atado en los ojos y jugaba con un grupo en la parte menos profunda de la cascada, Félix y Petter tenían a otro grupo saltando de las rocas medianamente altas por donde caía el agua, Ana y K. estaban tomando el sol mientras observaban la escena.

Adriana estaba organizando un grupo de nado sincronizado con sus pequeñas y las mías, Siddhartha estaba bajo la sombra de un árbol, Ángel no estaba en ningún lugar visible. Giuseppe salió corriendo de mi lado, se quitó la camisa y se lanzó de clavado, Julio César rodó los ojos y murmuró algo muy parecido a: *“Como si un clavado fuera a impresionar a una chica”* yo me reí y me alejé, extendí la toalla junto a mis amigas y vi la escena casi paradisiaca que ocurría frente a mí.

- No pudimos tener mejor idea que dejar que los niños se mataran entre ellos.

- Será una mala idea cuando se den cuenta de lo que hicimos – respondí al comentario de K. ella chasqueó la lengua.

- Será muy tarde, algo así como mañana por la noche y Arturo no les facilitará materiales de ningún tipo.

- Explícate – exigí.

- Arturo siempre promueve esta clase de atentados – contestó Ana – unos años son más fuertes que los otros, pero siempre son terribles ¿No viste como se reía desde la copa del árbol? – Asentí – es como si él fuera el cerebro detrás del crimen.

Nos quedamos presenciando como los demás jugaban mientras nosotras adquiríamos un buen color gracias al sol de mediodía. Mi mente vagó lejos, por fin caía en cuenta de que había sido infiel, que había traicionado la confianza de mi hermoso novio ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

Tendría que hablar con él, después de todo tampoco estaba tan segura de que sentía algo más que un poco de cariño por él, ya le había dicho que creía que estaba un poco enamorada, pero era evidente de que me había adelantado.

Y equivocado.

Quizás él también estaba confundido, sabía que hacía sólo una semana que no lo veía, pero quizás Nicole le había saltado encima y lo había perforado con sus perfectas garras especialmente cuidadas. Quizás sus tíos lo habían enviado de vuelta a Inglaterra o le habían conseguido una novia que lo ayudara con sus negocios. Mi estómago se apretó, eso no iba a ser sencillo de procesar.

- Caminaré un rato – les dije a las chicas a la vez que me levantaba.

- Tienes que chequear las cuevas que están detrás de la cascada, son preciosísimas – dijo K.

Decidí que esa era buena – y corta – ruta que me permitiría lamentarme un poco más sobre mi precario futuro con Marco. Me quité los zapatos y los dejé junto a la toalla; el césped, caliente por el sol de verano, se sentía maravilloso al hacer

contacto con mi piel.

Caminé un poco con los ojos cerrados, disfrutando únicamente del calor que irradiaba el sol, el viento que soplaba fuerte y mis sentidos se habían conectado con la naturaleza, fui alzando los brazos a medida que caminaba, sintiendo como me liberaba de las preocupaciones que antes me agobiaban ¿Qué le había puesto los cuernos a Marco? No importaba ¿Qué Ángel me había besado como si fuera morir si no lo hacía? Cosas que pasaban ¿Qué mi cabello había amanecido de un humor terrible esta mañana? Ya lidiaría con ello. Con todo.

Dejé de caminar, todo se había quedado en silencio y yo era consciente de esa incómoda sensación que te invade cuando todos te ven. Abrí los ojos aun con las manos arriba, cruzadas sobre mi cabeza y, efectivamente, encontré las miradas de casi cien personas sobre mí cuerpo. Bajé el mentón para ver qué era lo que los tenía tan impresionados. Tenía un montón de hojas pegadas al cuerpo, moldeando un vestido natural que había llegado allí de alguna forma.

Entré en pánico al recordar que cuando estaba en el lago, todo lo que hice fue con los brazos y pensé que estaba en una situación familiar. Todos seguían mirándome como si estuviese vistiendo un vestido de hojas. Oh, esperen, eso es lo que hacía.

Sabía que habían pasado sólo unos pocos segundos, pero en mi mente fueron horas; imaginé a los niños haciendo una hoguera y temblé, al mismo tiempo que alguien me lanzaba más hojas.

- Alex, no podemos jugar a vestirte de árbol si te pegas las hojas al cuerpo y no esperas a que se sequen – dijo Arturo, lo suficientemente alto como para que todos escucharan y se rieran.

- Disculpa, Arturo – dije en voz baja, mirándolo.

- Ya qué – puso los brazos en jarras – ¡Ya arruinaste la sorpresa de los niños!

- ¿Cuál iba a ser la sorpresa? ¿Qué un árbol nos persiguiera? – Gritó Estefania, una de las niñas de Siddhartha, todos rieron.

- Árboles zombies – dijo Arturo mientras empezaba a actuar como uno y perseguía a los niños que había cerca, ellos corrieron lejos riendo.

Me levanté y me sacudí las hojas de mi ropa – aunque por un momento

pensé que presentarían resistencia, no lo hicieron – todos habían olvidado el pequeño inconveniente como si hubiese sido algo planeado. Para mí no sería tan fácil ni tan cómico. Seguí caminando, sólo que más rápido, queriendo esconderme detrás de la cascada hasta que alguien gritara que era hora de irnos. Eso resultaría para mí.

Fue fácil colarme en la cascada sin mojarme, había un pasillo de piedras casi antinatural que llevaba a unas pequeñas cuevas desde las cuales podías observar la maravillosa cortina de agua que formaba la cascada.

Vi una sombra alta y corpulenta al final de las cuevas, decidí fingir que era una inmensa estalactita y me senté en el suelo. Llevé mis rodillas a mi pecho y las abracé fuertemente, descansé mis mejillas en las rodillas y esperé que la angustia y la ansiedad del momento pasaran; había una gotera que caía cerca de mí y me salpicaba, era casi tan reconfortante como mis brazos manteniéndome junta.

- Malditos niños – escuché decir a una voz familiar para mis oídos, me congelé al oír la rabia en su voz.

- De nada sirve maldecirlos, señor – dijo una voz femenina que no reconocí, me incliné un poco intentando no hacer ruido.

- Si no me hubiesen empujado a la cascada no hubieses tenido que ir hasta el campamento por mi bolso, Sid.

¿Sid? Me incliné otro poco para mirar la escena, ellos estaban de perfil hacia mí, paralelos entre sí: Ángel había salido de las sombras – ya no era la estalactita que había creído – y sólo vestía un bañador de natación, esos mínimos bóxers que llegan únicamente al borde de las nalgas, cubriendo “lo necesario”.

Estaba empapado, su cabello peinado hacia arriba como si hubiese tirado de él con ansias o nerviosismo, sus ojos claros brillando con la tenue luz que se colaba a través del agua parecían poseídos por sombras y luz. Se veían incluso más hermosos que siempre. Tenía el cordón pegado al cuello, con el diente cercano a la tráquea, por detrás había una pequeña medalla de oro que lo mantenía junto, debía ser el broche.

En frente de Ángel estaba Siddhartha, completamente vestida y mirándolo con un poco de fascinación, pero como si estuviese completamente vestido. Ella tendría que enseñarme a hacer eso. Llevaba unos pantalones oscuros y la camisa morada del campamento, entre sus manos sostenía un pequeño bolso que le tendió

a Ángel, él lo tomó y le susurró unas gracias.

Del bolso sacó ropa seca, empezó a bajarse el bañador y yo miré lejos ¿Qué carajo estaba haciendo Ángel en una cueva oscura, junto a Siddhartha, quitándose la ropa? Escuché el sonido de una hebilla tocando el suelo y me giré para ver a Ángel intentando ponerse la correa.

Siddhartha se la quitó de las manos y él le agradeció, tomando la camisa y cubriendo su pecho mientras ella trabajaba en su cintura. Me sentí sonrojar sin saber bien por qué ¿Sería porque estaba viendo un momento tan íntimo o porque quería ser yo quien lo ayudara con esas tareas tan mundanas? Ángel se calzó unos zapatos oscuros y ella recogió la ropa empapada de él, la metió en el bolso y le dio un envase plástico.

- No queremos que te quemes – dijo con una dulce voz, a decir verdad, era la primera que escuchaba la voz de ella; resultó ser melodiosa y cálida, no la voz de perra que había imaginado que tendría.

También era la primera vez que la veía sonreír y lo estaba haciendo para Ángel, en privado, con sus estúpidos dientes perfectamente alineados modelando para él como si quisiera que le gustaran.

- Está bien, mamá – dijo Ángel jugando, bromeando entre ellos como si lo hicieran siempre. Quizás lo hacían siempre que nadie los veía.

Él se echó el bloqueador en la cara y los brazos, luego le dio la botella de nuevo a ella, después de que la guardó, tiró de su codo y la haló junto a él. Sus cuerpos juntos, tan juntos que no veías a través de ellos, él le susurró algo en la oreja, ella asintió y le contestó algo más, él descendió desde su oreja y se posicionó en su cuello; ella lanzó la cabeza para atrás con el placer del beso.

Sonidos empezaron a salir de su boca y supe que ese era mi momento para huir; viendo bien que no fuera a pisar ninguna piedra y resbalar, me escabullí de las cuevas por el mismo lugar por donde había llegado, luego corrí y recogí mi toalla, ignorando las preguntas de K. y Ana, seguí corriendo hasta que llegué al campamento, me lancé sobre mi tienda y rompí en lágrimas.

Lloré por quien sabe cuánto tiempo, lloré sin poder evitar reproducir la imagen de ellos una y otra vez en mi cabeza, lloré al recordar nuestro beso y lo único que se había sentido, aunque ahora creía que cada chica de este campamento habría poder gozado de uno, lloré porque había traicionado a mi novio con la

esperanza de que Ángel regresara conmigo a casa, que anduviésemos juntos todo el verano y quizás algo más. Lloraba por la rabia y la traición que sentía. Lloré porque era lo único que podía hacer ahora que me sinceraba conmigo misma y aceptaba lo que por falta de valor no había hecho.

Para cuando todos llegaron, ya estaba calmada, me tuve que maquillar para ocultar los rastros de las lágrimas, pero mi cara lúgubre no encajaba con lo animado que era el maquillaje. A pesar que las niñas regresaron contándome todo lo que habían hecho en la cascada, yo logré que me dejaran mantenerme callada mientras recogíamos las tiendas y los sacos de dormir.

Arturo me había dicho que ayudara a Siddhartha con las cosas del almuerzo, lo cual era bueno porque era el único ser en el campamento que no hablaba – al menos no con alguien que no fuera él – pero era terrible porque la veía a ella y recordaba su explícita expresión cuando Ángel la besó en el cuello – ahora usaba un cuello tortuga debajo de la camisa de los guías, probablemente él le había hecho un chupón o algo por el estilo – sin embargo resultó ser mejor que peor, sólo evité mirarla y todo funcionó.

Después de entregar los almuerzos y esperar a que todos comieran nos pusimos en marcha de nuevo hacia el campamento, ya que las cavas estaban vacías, Giuseppe volvió a mi lado para cerrar filas – aunque no esperaba otra cosa – al principio andaba muy conversador, pero después de que sólo recibiera respuestas cortas de mí y que tuviera que repetir las preguntas más de un par de veces porque yo no entendía, dejó de buscar tema de conversación.

El regreso al campamento se me hizo más corto, quizás fue porque no me quedé atrás en ningún momento o porque ya los bolsos no pesaban tanto, pero tenía la fuerte convicción de que tenía que ver con el hecho de que Ángel no estaba cerca para distraerme.

Él iba adelante, fuera de mi vista, probablemente hablando con Arturo. Justo cuando transitábamos el camino por donde me había caído la primera noche empezó a llover, los niños salieron corriendo y perdimos completamente el control sobre ellos, algunos dejaron sus mochilas tiradas en el bosque mientras que los guías luchaban por atraparlos para poder llegar tranquilamente a nuestras cálidas cabañas.

Yo caminé en todo momento, incluso cuando Giuseppe me gritó que me iba a enfermar; disfrutaba lo frío de la lluvia sobre mi piel, necesitaba esa frescura y

esa promesa de que todo iba a estar bien, después de la tormenta siempre llega la calma ¿No es verdad?

Lo único que no tenía claro era por qué había llovido sobre mi vida durante más de seis meses.

Capítulo 31, Adiós campamento.

La última semana pasó volando, antes de que pudiera recordar por qué estaba tan molesta desde el domingo ya me encontraba empacando. El día que llegamos de la cascada llovió por la noche y durante todo el día siguiente, obligándonos a quedarnos en las cabañas por treinta y seis horas, por mí estaba bien, pero las niñas casi habían empezado a arrancarse el cabello. Literalmente. Luego el sol había salido y no regresaron a la cabaña hasta muy metida la noche. No las culpaba.

Había disfrutado del tiempo a solas para practicar con mi magia, resultó ser que la frustración y los celos eran un excelente canalizador: había levantado mi mesita de noche y el bolso que no había desempacado hasta que me cansé.

Descubrí que era más fácil de lo que pensaba, que era como si al fin dejara ser a una parte de mí, me había pasado exactamente lo mismo cuando aprendí a tocar piano: las notas fluían de mis dedos a las teclas como si siempre las hubiese conocido.

Así me pasaba con la telequinesis. Era como tirar de un nervio justo cuando lo necesitaba, había entendido que no sólo podía hacerla moviendo las manos, sino con los ojos también – aunque prefería hacerlo con las manos, era más explícito y mi mente lo entendía mejor – y cuando la practicaba sentía como fluían de mi fuerza, electricidad y poder. Sobre todo poder. Era una sensación cálida que se colaba entre mis huesos y mi piel y me hacía sentir que todo iba bien, que eso era lo correcto, que siguiera haciéndolo.

Después de un par de días no necesité de ningún tipo de emoción para canalizar la telequinesis, Jessica había estado sorprendida cuando le mostré mis avances, dijo que aprendía más rápido que la gente promedio – aunque luego se rió y acotó que no pertenecía al promedio – y que eso facilitaría las cosas. Aun no sabía a qué se refería.

Durante toda la semana había evitado a Ángel y a Siddhartha, aunque Ana y K. me habían dicho que él no había salido mucho, que más que todo dejaba a sus niños salir y que hicieran lo que quisieran para luego él buscarlos cuando

anochecía. Me lo había encontrado una noche mientras hacía la cena, él había dejado unas bolsas en el refrigerador por la mañana y las necesitaba. No cruzamos más de cinco palabras.

Así que ahí estaba yo, en el último día de campamento, con mi bolso hecho y esperando que Luis viniera por mí. Estaba sentada en uno de los bancos que se encontraban en el porche de la cabaña principal, ya me había despedido de mis niñas y de los guías – también habíamos intercambiado direcciones y números de teléfono – que se habían ido en los autobuses que proporcionaba el campamento. Ángel no se había ido en ellos, estaba dentro de la cabaña hablando con Arturo.

Estaba empezando a oscurecer cuando salieron, Jess llevaba uno de esos vestiditos veraniegos que combinaba con sus ojos y unas sandalias oscuras, el vestido se ceñía a su cintura y enmarcaba su bella figura. Arturo llevaba sus típicos jeans oscuros y una franela que concordaba con el vestido de Jess, una expresión de amor ciego colgaba en su rostro, no dejaba de mirar a mi tía abuela.

Ángel llevaba unos jeans oscuros nuevos que se ceñían a su cuerpo, destacando ese precioso trasero suyo, la camisa blanca cuello en V le quedaba justa, resaltando sus bíceps ejercitados. Su collar estaba por dentro de su camisa. Encima de todo, tenía una chaqueta de cuero negro, de esas que los chicos malos han usado a lo largo del tiempo; la chaqueta parecía abrazar su piel.

Llevaba una bandana negra con detalles blancos en el cabello, el cual estaba naturalmente despeinado y parecía confundirse con el pedazo de tela debido a que la luz era muy escasa. Sin embargo, su piercing en la ceja parecía brillar por sí solo, ya que destacaba con el mínimo destello de luz. Sus ojos estaban tranquilos, pintados de ese azul cielo en el que nunca anochecía.

- ¿Todavía sigues aquí? – Preguntó Jess, volteeé para verla, sin reconocerla, hacía tanto que no veía a Ángel que me había perdido de nuevo en su belleza.

- Creo que Luis se ha olvidado de mí – respondí.

- Y has perdido el autobús – dijo Arturo, yo asentí.

- ¿Hacia dónde vas? – Preguntó la dulce voz masculina que no me había hablado realmente desde hacía una semana. Puedes dirigirle la palabra a alguien, pero no siempre puedes hablarle.

- Northdeadville – respondí mirándolo a los ojos, él apartó la mirada.

- Nosotros podemos acercarte al terminal de autobuses de Ladyview mañana – dijo Jess sonriendo.

- Eso estaría bien – dije sonriendo también.

- Yo la llevo – dijo Ángel a la vez que daba un paso hacia mí, él no parecía feliz con esa decisión.

- ¿Cómo dices? – Escuché a Arturo decir, pero mis ojos estaban en el chico que invadía mi espacio.

- Yo la llevo – dijo él de nuevo – tengo que hacer un par de cosas en ese pueblo de todas formas.

- ¿En Northdeadville? – Pregunté frunciendo el ceño, él sonrió sin mostrar los dientes, su piercing captó un destello de luz y pareció sonreír con él.

- ¡No se diga más entonces! – Aplaudió Jessica – Alex se va con Ángel.

- ¿Y cómo se supone que nos iremos? – Él amplió su sonrisa, decorándola con dientes esta vez.

- En mi moto.

Parpadeé ante su comentario, él sonreía como si no acabara de sugerir que me fuera a mi casa con él en su motocicleta, únicamente los dos, solos.

- ¿Has visto el tamaño de mi bolso? – Pregunté, desviando mi línea de pensamiento.

- Lo dejarás y Jessica te los enviará junto con los míos – miró el bolso que siempre llevaba en el hombro – ¿Acaso no llevas allí todo lo que necesitas? – Él parecía muy acostumbrado a dar órdenes y que la gente hiciera lo que él decía.

Miré mi mochila negra de tela y repasé mentalmente que estuviera todo lo importante – identificación, dinero, llaves de la casa, comida, merienda, medicinas para el dolor de cabeza, una linterna y una navaja – luego vi la ropa que me había puesto y juzgué si estaban bien para montarme en la moto.

Llevaba unos jeans apretados y mis confiables converse, una camiseta negra que combinaba con mis zapatos y un par de trenzas recogían mi cabello. Me giré

hacia el bolso más grande y busqué mi suéter negro con la calavera en la espalda, el mismo con el que había venido, me lo puse. Lástima que en el bolso no guardara un escudo para mis sentimientos, hubiese sido útil.

- Ya estoy lista – sonreí. Ángel me devoró con la mirada, como si me hubiese puesto ropa interior en vez de un suéter demasiado grande para mí. Me sentí sonrojar y él sonrió, triunfante.

- Vamos.

- Antes de que te vayas, Alex, ven, necesito darte algo – dijo Jess, honestamente se me había olvidado que seguía allí.

- Claro, Jess.

Fuimos dentro de la cabaña principal, al cuarto donde nos reuníamos y donde practicaba mi magia, ella me dijo que me sentara mientras buscaba algo: regresó con la daga de los Van Der Keergaard.

- No – dije.

- Quiero que la tengas – tendió la daga hacia mí.

- No, es lo que te queda de Cassious – ella sonrió.

- Ya no necesito nada de Cassious – se sentó junto a mí, mirando la daga – verás, si te llevas la daga podrás siempre tener la evidencia de que por muy mal que vayan las cosas, siempre habrá algo por lo que valga la pena luchar. Siempre va a haber alguien queriendo luchar por ti, significará esperanza. Esperanza de una vida normal, si eso lo que quieres, como la que tengo ahora. O la certeza de que todo lo que tenga que ver con la magia no es malo.

- Pero vives en secreto, tu familia piensa que estás muerta – dije, su rostro se oscureció.

- Si, pero tengo una familia junto a Arturo, el pueblo y sus habitantes. No es lo mismo, tienes razón, pero es necesario. Un precio justo por lo que tengo.

- ¿No podemos renunciar a nuestros poderes? – Pregunté después de un rato, ella se sorprendió.

- Si, si puedes – dijo cuidadosamente, luego se quedó callada.

- ¿Pero?

- Pero no sería algo que yo consideraría nunca, si fue otorgado a ti tan alto honor ¿Por qué renunciar a el?

- ¿Honor? – Ella sonrió.

- Tan joven – pasó una mano por mi mejilla – si confías en tus poderes, ellos nunca te dejarán caer, si dudas de ellos, se pueden volver contra ti – depositó la daga en mis manos – ahora vámonos, los chicos son impacientes.

Guardé la daga con su funda en el bolso y la seguí al exterior, los chicos estaban en el estacionamiento hablando tranquilamente de algo, mis ojos se detuvieron en Ángel, que estaba recostado del carro azul donde habíamos ido al pueblo el primer día, pareciendo realmente peligroso.

- Te diría que es un buen chico, pero no sé qué sabes de él – dijo Jess siguiendo mi mirada.

- Te diría que sí lo es, pero no lo conozco lo suficiente – ambas reímos.

- Es en serio, Alex, él no es quien tú piensas que es.

- Si no es quien yo pienso que es ¿Entonces quién es? – Volví mi mirada hacia él, nos estaba mirando.

- Alguien que te lastimará.

-¿Entonces por qué dejaste que estuviese a mí alrededor tanto tiempo?

- Porque era necesario.

- ¿¡Cómo vas a dejar que me vaya con él!?

- ¡Al fin! – Escuché decir a Arturo, evitando que ella respondiera. Genial.

- No apures a las chicas – Jess fue a su lado y se refugió bajo su brazo.

- Creo que mejor nos vamos – dijo Ángel mirando hacia el cielo – eso si

quieres llegar en horas probas a tu casa.

- Está bien – me giré hacia Jessica – fue un placer re-conocerme, espero verte pronto – ella salió del abrazo de Arturo y yo la abracé – gracias por todo – le susurré al oído a la vez que la soltaba, me giré hacia Arturo – ehm, gracias a ti también, yo...

- No fue nada, pequeña – dijo interrumpiéndome y cobijándome con sus brazos en un abrazo apretado – regresa cuando quieras.

- El año siguiente, sin falta – sonreí.

Ángel se despidió de ellos con un apretón para Arturo y un beso en la mejilla para Jess, les dijo algo que no escuché bien, pero estaba bastante segura que era parecido a “*yo cuidaré de ella*”. Raro. Ellos se alejaron tomados de las manos, los faroles a nuestro alrededor se encendieron cuando Jess se despidió de espaldas con la mano, llegando ya a la cabaña.

- Vamos – Ángel caminó un poco y se detuvo al lado de la motocicleta negra con detalles rojos que había admirado el primer día.

- ¡Tienes una *Ducati superbike 1198!* – Exclamé a la vez que me acercaba para tocarla, era una maravilla en negro y rojo. Él enarcó una ceja.

- No sabía que conocieras de motocicletas – negué con la cabeza, aun sonriendo.

- No lo hago, Eduardo está loco por una de estas desde que salieron al mercado.

- Pensé que tu novio se llamaba Marco – dijo con indiferencia a la vez que sacaba dos cascos de la moto.

- Eduardo es uno de mis hermanos – dije ignorando completamente el comentario sobre Marco – mi padre odia las motos así que no se la ha comprado, le ha ofrecido todo carro existente con tal que desista de la idea, pero mi hermano sigue ahorrando en secreto – pasé las manos por el cuero del asiento – ya veo por qué, incluso podría considerar empezar a hacerlo yo.

- No – dijo tajante, negó con la cabeza y se acercó a mí, había dejado uno de los cascos sobre el asiento – esto no es transporte para una pequeña dama.

- Estoy a punto de irme en una – subí una ceja, él sonrió y me puso el casco, ajustó las correas y tomó el de él.

- Si, pero irás conmigo.

Sacó unos guantes de cuero del bolsillo de su chaqueta y se los puso, se montó en la moto, puso la llave en el contacto y el ronroneo del motor llenó la noche, cerré los ojos y disfruté del sonido, era maravilloso.

- Puede que no sepas nada de motocicletas, pero lo sientes – él estaba sonriendo abiertamente cuando abrí los ojos. Era dulce, un atisbo del chico que había sido antes del beso. Mi estómago se tensó con el recuerdo.

- No tienes que saber de algo para disfrutarlo – dije a la vez que me montaba detrás de él.

Pasé mis brazos por sus costados y los cerré sobre sus abdominales, podía sentir los cuadritos debajo de la chaqueta, mis piernas detrás de las de él; lo escuché decir que me agarrara fuerte y apenas me dio tiempo de hacerlo antes que la moto saltara sobre la tierra y saliera disparada por el camino oscuro.

Me sorprendía que Ángel pudiese mirar por dónde íbamos, ya que no había luz e íbamos demasiado rápido, casi como si quisiera huir del atardecer que se cernía detrás de nosotros o como si quisiera sentir más cerca el viento que luchaba en nuestra contra. La noche estaba oscura, espesas nubes de lluvia se cernían sobre nosotros, amenazando con otro diluvio.

Por lo menos fue así hasta que salimos del camino de grava y entramos en la autopista, donde las nubes se disiparon un poco y Ángel incrementó aún más la velocidad, pasaba por los lados de los carros como si estuviesen estacionados. Estaba feliz de tener un casco, de seguro mi cabello lo agradecería también.

Intenté hablar con Ángel, pero entre el viento y los cascos era imposible, así que me quedé mirando su nuca a través del cristal, donde el cabello oscuro sobresalía del casco y se lanzaba hacia atrás por el viento. Su collar también estaba allí, pude notar que el broche era de oro y, efectivamente, era una medallita. Me acerqué un poco más, esperando que él pensara que era por frío y no porque estuviese tratando de hurgar entre sus secretos, y vi que era una especie de sello familiar, la moto dio un giro y mis ojos se cerraron; cuando volví a ver la medalla estaba oculta.

Ya fastidiada y sin encontrar nada que hacer, me acosté en su espalda, con mi mejilla sobre su omóplato, respirando ese olor a pino mezclado con colonia cara que era tan característico de él. Me revolví un poco hasta que él arqueó su espalda, por encima del viento escuché su voz fuerte y clara diciéndome que no hiciera eso de nuevo.

Volví a sumergir mi cara en su espalda y empecé a contar las luces que pasábamos, los carros de colores raros que nos conseguíamos y las líneas blancas del asfalto. Después de lo que pareció una eternidad, me encontraba indicándole cómo llegar a mi casa.

Cuando llegamos a ella, quise que nos regresáramos.

Nos estaba esperando un impecable Mercedes negro.

Capítulo 32, Sorpresa, sorpresa.

Al ver el carro de Marco me tensé, olvidando por completo que tenía mis brazos alrededor de Ángel, él había disminuido la velocidad y a medida que se acercaba a la casa podía oír de nuevo.

- ¿Qué está mal? – Preguntó mientras detenía la moto y se quitaba el casco, se pasó la mano por el cabello y este volvió a su estado natural: despeinadamente peinado. Yo hice lo mismo con mi casco y se lo di.

- Nada – contesté, mis ojos aun en el carro.

- ¿Entonces por qué me abrazas si ya detuve la moto?

Me eché un poco para atrás y relajé mi agarre – aunque no lo solté – él me estaba dando la espalda, esperando que yo me bajara para moverse. Entonces vi de nuevo el trancadero de su collar y reconocí la medalla que antes había huido de mí. Era el mismo sello que tenía la daga que llevaba en mi bolso. El mismo sello de los vampiros que me perseguían. El mismo sello de los Van der Keergaard.

- Eres uno de ellos – dije a la vez que me bajaba demasiado rápido de la moto, caí de culo en el césped, mis ojos estaban increíblemente abiertos. Él se bajó de la moto con calma y dio un paso hacia mí, con el ceño fruncido – no – dije mientras gateaba hacia atrás en la grama – no te me acerques.

- ¿Smukke? – Lo dijo como una pregunta, yo me levanté y corrí hacia la puerta, sólo que cuando llegué, él ya estaba allí, deteniendo mis manos frenéticas que buscaban las llaves en el bolso.

- Déjame ir, por favor – supliqué, sentí las lágrimas invadir mis ojos, miraba fijamente el suelo.

- ¿De qué estás hablando, Alessandra? – Su voz era suave, la misma que utilizarías para hablarle a un loco armado.

- Sé que eres un Van Der Keergaard – dije aun mirando el suelo, él se quedó

tan quieto que tuve que mirarlo para saber que seguía allí, incluso sus manos parecían fantasmas sobre mis brazos – por ende sé quién es tu familia y por qué estás aquí. Sé qué quieres de mí.

- Alessandra, tú no...

- ¿Yo no entiendo? – Sentí las llaves bajo mis dedos y las tomé – al contrario, Ángel, ahora lo entiendo todo.

Me removí de su agarre y abrí la puerta principal, el recibidor estaba oscuro, sólo la tenue luz proveniente de la sala lo iluminaba precariamente, corrí hacia allá sin cerrar la puerta: sabía que Ángel me seguiría de todas formas ¿Era verdad ese mito que los vampiros no podían entrar a las viviendas sin ser invitados? Maisie ya me había comprobado que no era cierto.

El corredor se me hizo eterno, la sala parecía alejarse más y más con cada paso que daba ¿Quiénes estarían allí? De seguro mis padres y Marco, con mis hermanos refunfuñando cerca de las ventanas; aceleré un poco el paso y me tropecé con la puerta, mi mirada fue al suelo en primer lugar y eso fue un error.

La impecable sala blanca de mi madre, esa que todos cuidábamos de no ensuciar la alfombra ni los muebles de cuero blanco, estaba completamente arruinada con el color rojo. Al principio creí equivocarme de habitación ¿Era posible que las paredes blancas tuviesen manchas de un rojo oscuro? ¿O que los muebles estuviesen empapados del mismo color y a su vez estuviesen destrozados? Me recosté del marco de la puerta, sabiendo que mi cerebro no quería que reconociera las formas que estaban en el suelo, sin embargo lo forcé a que me dejara: necesitaba saberlo.

Reconocí primero a mi madre, con su traje usual de falda y chaqueta, reposaba sobre el mueble inconsciente, su pecho bajaba y subía con normalidad, mi padre estaba a su lado, tenía una espada en las manos y sangre salía de su cabeza, tenía dos marcas de colmillos en el cuello.

Eduardo fue el último que vi, estaba tirado en el medio de la sala, completamente pálido y con la pierna derecha en una extraña posición, sus ojos estaban cerrados, su pecho a penas se movía, mi catana reposaba cerca de su brazo derecho, su ropa estaba completamente llena de sangre, su piel también lo estaba. Ninguno de ellos se movía. Me quedé helada, quería gritar y correr hacia ellos, pero no podía hacer nada.

- Bienvenida – dijo una voz que provenía de la ventana, voltee la cabeza para ver a Marco sonriendo, mi corazón dio un vuelco – espero te guste mi sorpresa, amor.

Estaba en shock, no podía moverme. Él se acercó a los cuerpos, rozando el cabello de mi mamá.

- ¡No la toques! – Mi voz era demasiado aguda, mis puños convulsionaron a mi lado por la rabia.

- ¿Entonces no? – Él seguía sonriendo, estaba vestido con unos jeans oscuros y una camisa negra de botones, los dos últimos abiertos. Tenía un corte fino en la mejilla, quise sonreír al reconocer el tajo cortado por mi catana, ya felicitaría a Eduardo.

- ¿Dónde está Eliot? – Mi voz sonaba fría, lejana.

- ¿No te han gustado mis regalos, novia? – Preguntó con ironía, sentí cada músculo de mi cuerpo tensarse.

- ¿¡DÓNDE DEMONIOS ESTÁ ELIOT!?! – Le grité, por un momento se quedó quieto, mirando detrás de mí, luego continuó paseándose por la sala.

- No sabía que habías traído compañía – dijo intentado ser indiferente, no lo logró. Estaba sorprendido.

- Por supuesto que no lo sabías, eres incapaz de eso – ni siquiera tuve que voltear para saber que Ángel estaba detrás de mí, su voz era controlada, pero destilaba ira.

- Siempre irrespetuoso, sobrino – Marco me estaba mirando fijamente, esperando mi expresión ante aquella confesión. Intenté contener la sorpresa. No estaba segura de haberlo logrado.

- Tú no mereces respeto, Cassious.

- ¿Cassious? – Dije sin poder evitarlo, mirándolo de nuevo.

Entonces todo encajó en su lugar y prometí abofetearme cuando todo se hubiese terminado porque fui una completa idiota al no reconocer las señales. Cassious se había colado en mi sueño en año nuevo, por eso se me hacía familiar

cuando lo conocí, seguro era un caminante de sueños como Mais, había dado la primera pista allí, había dicho “*no puedes escapar de mí*”.

Luego estaba su voz, que cuando se volvía profunda, como lo había hecho el día que me había llevado a bailar, era condenadamente parecida a la que se colaba en mi casa y me amenazaba. Cada frase que alguna vez me había dicho resonó en mi mente, percibiendo las pequeñas insinuaciones, cada detalle descubriéndose ante mí, recordé como nunca lo había visto a la luz solar, como no había reaccionado cuando hice flotar las cotufas en el cine, todo era tan claro. Y yo era tan idiota.

- ¡Bingo! – Dijo él juntando las manos, su cabello ya estaba largo y rizado, como en mi sueño, me maldije un poco más.

- Te presentaría a mi novio, pero creo que es tu tío – ni siquiera sabía porque había bromeado, sólo quería llenar el silencio mientras me acercaba a los cuerpos de mi familia y ponía mi bolso frente a mi cuerpo, la daga gritaba porque la sacara. Ángel elevó las cejas.

- Tú sí que sabes elegir.

- Ni que lo digas – volví mi vista a Cassious – ¿Dónde está Eliot?

- No estaba en casa, pero no te preocupes: también le hice una visita a él.

- ¿De qué estás hablando? – Pregunté horrorizada, no quería saber la respuesta.

- Verás, mi querida Alex – empezó a pasearse por la sala de nuevo, yo volví al marco de la puerta junto a Ángel, por más que quisiera verificar a mi familia sabía que si hacía un movimiento en falso él saltaría sobre mí, dejé mi bolso en mi vientre – hace mucho tiempo, me enamoré de una bruja, no es algo de lo que esté muy orgulloso, pero lo hice. Justo cuando pensaba que lo había hecho por verdadero amor y debía ser amor puro, porque no podía tomar sangre de ella – hizo un gesto exagerado con la mano – me di cuenta que la bruja tenía algo para darme, algo tan codiciado por todos que simplemente tenía que hacerlo mío.

Se sentó en el sillón, al lado del cuerpo inconsciente de mi madre.

- Mi familia es muy despectiva – agregó.

- Eres un mala sangre – lo interrumpió Ángel.

- Cállate, Alexander – se me encogió el estómago ¿Él también había mentido sobre su nombre? Como si leyera mi mente, dijo mirándome:

- Soy Ángel Alexander, ni Cassious ni mi padre aprueban mi primer nombre.

- Ah, tu padre ¿Cómo está Cole en estos días? – El corte de su mejilla estaba desapareciendo lentamente – ¿Cómo sobrelleva su misión?

Ángel se quedó callado, Cassious lo miró fascinado.

- ¿Te la ha encargado a ti, no es cierto? – Ante el silencio de Ángel, Cassious se levantó de nuevo sabiendo algo que yo no – ¡Magnifico!

- Yo no me he equivocado de hermano – señaló el cuerpo inerte de Eduardo. La cara de Cassious se transformó en una máscara de ira, ya no me parecía tan hermoso.

- Él hermano siempre estaba alrededor de ella, en cada ocasión que ella se descontrolaba él también lo hacía y ¡Se suponía que era hombre quien llevaría el poder! – Gritó.

- Siempre tan crédulo – Ángel negó con la cabeza, pasando por delante de mí y entrando en la sala – por eso nadie de la corte te toma en serio. No sólo eres un mala sangre, eres un incompetente también, no puedes hacer nada bien.

Ángel apenas se había distanciado un poco de mí cuando un borrón – que sospechaba firmemente que era Cassious – se abalanzó contra él, Ángel lo esquivó con una gracia y elegancia que sólo podía ser sobrenatural ¿Por qué me sorprendía? Ángel era un vampiro también.

Oh, dios mío, Ángel era un vampiro también.

Corrí hacia Eduardo – mejor manejar un problema a la vez – y busqué frenéticamente su pulso, para cuando logré poner mis manos en su cuello estaba toda ensangrentada. Esperaba que toda esa sangre no fuera de él, no podría sobrevivir si toda esa sangre era de él. No lo encontré en su muñeca, pero si en su cuello, un pequeño latido contra mis dedos, un latido que decía que no iba a aguantar mucho más. Su cuello estaba mordido también. Varias veces.

Sentí la ira crecer dentro de mí y le dije que esperará, que ya la dejaría colarse y hacer lo que quisiera. Chequeé a mis padres, que estaban mucho más estables que Eduardo y me levanté a ver la lucha.

Eran dos borrones oscuros que se movían demasiado rápido para el ojo humano, recibía atisbos ocasionales de lo que estaba pasando: un golpe de Ángel a la barbilla de Cassious, una patada de este a su contrincante. Cuando Cassious estrelló a Ángel contra la pared, escuché como siseaban, ambos tenían los colmillos descendidos, los ojos de Cassious estaban rojos, como los del bosque, y los de Ángel estaban sumergidos en un azul medianoche, como en el claro.

Ángel esquivó los golpes y tiró a Cassious al suelo, lo cual fue un error ya que este lo mandó a volar con las piernas hasta que golpeó fuertemente contra la chimenea de piedra. No se levantó.

- Al fin solos – dijo secándose la sangre que le escurría del labio, sus colmillos sobresalían de la boca, como los de Mais.

Pasó junto al cuerpo de Eduardo y lo pateó, eso fue todo lo que necesité para dejar que la ira saliera a jugar. Era una sensación cálida que se escurría por mi piel y me reconfortaba, una sensación que me decía que él iba a pagar por cada una de las cosas que había hecho.

Pagaría por poner mi vida patas arriba los últimos meses, pagaría por el caos, las peleas y las lágrimas, por la frustración y la rabia, pagaría por cada mentira y manipulación, pagaría por mis padres heridos y por Eduardo en el suelo. Pagaría por cada gota de sangre derramada que perteneciera a mi familia.

- ¿Sin palabras, amor? – Sonrió, estaba a dos metros de mí, si se acercaba más le vomitaría encima.

- No sé qué quieres que diga – mi voz era fría, venía del único lugar tranquilo que quedaba en mi mente.

- Dirás que irás conmigo y le probarás a mi hermano que yo merecía la corona, no él, luego me servirás a mí y sólo a mí por lo que te queda de vida, si tu sangre es lo que dicen que es... - se pasó la lengua por los colmillos – no necesitare a nadie que me corone.

Ahora estaba lo suficientemente cerca para probar lo que quería, subí una mano a mi cuello y tiré de mi collar, inmediatamente sentí la maravillosa reacción

del poder, que ya no tenía que luchar contra la barrera. Enfoqué mis ojos en él y dejé que actuara solo: Cassious salió disparado contra la pared, sus ojos rojos casi saliendo desorbitados.

- Me sorprendes – su voz sonó dolida. Bien.

Dejé que mi bolso cayera y que otro impulso de mi mente lo pegara de nuevo a la pared, esta vez lo sostuve, extendí los dedos para que sus brazos se separaran, dejando sus piernas juntas, en la posición del Cristo Redentor. Podía sentir que era yo quien lo sostenía, pero no pesaba nada para mí. Era maravilloso.

Mantuve una mano señalada hacia él, temiendo que si la dejaba caer él también lo haría, con la otra divisé la daga, sobresaliendo del bolso caído, y la tomé con mi brazo libre, se sintió como una extensión de mi brazo.

- ¿No se supone que eres un gran vampiro malo? – Le pregunté con ironía a la vez que me acercaba con su daga en la mano, sus ojos se abrieron con la sorpresa, reconocía el arma, intentó hablar y yo apreté la mano que tenía señalada hacia él, vi la marca de mis dedos en su cuello a pesar que no lo había tocado.

- ¿No se supone que eres muy malo, matando señoras de tercera edad, asustando a una adolescente desde lejos, acosándola, mintiéndole? – Apreté un poco más el agarre, cuando vi que no se ponía azul supe que no necesitaba respirar, pero mi agarre por lo menos le torturaría las cuerdas vocales y no le dejaría hablar – no, no eres un malote. Eres un cobarde.

Escupí la palabra a la vez que dejaba que la daga volara fuera de mi mano, no quería estar cerca de él.

- No sé mucho de vampiros – dije con cinismo – pero sé que nadie vive sin su cabeza – la daga se iba acercando a su cuello lentamente, sus ojos se abrían cada vez más. Yo estaba fascinada por mi control, todos mis músculos estaban cooperando.

- Alessandra – murmuró una voz cuando el filo de la daga se vio empañado con la sangre de la garganta de Cassious. Sentí a Ángel moverse hasta que estuvo detrás de mí – Alessandra, no quieres hacer eso.

- ¿Por qué no habría de hacerlo? – Mí voz se quebró, lo cual hizo que apretara más mis manos, su cuello borboteó sangre – él ha hecho de mi vida un infierno, no tienes idea de cómo ha sido, Ángel. De lo mucho que he sufrido, de lo

asustada que he estado, de no saber quién era el culpable. Y ahora lo sé – una lágrima se deslizó por mi mejilla, me di cuenta de lo caliente que estaba – y él merece sufrir, no me importa que sea tu tío.

- No lo digo por él, *smukke*, lo digo por ti.

- Él tiene razón, Alex – otra voz familiar se unió a la conversación, mis músculos estaban tan tensos que empezaban a doler. No puedes durar con los brazos levantados durante tanto tiempo, eventualmente caen.

- No lo voy a soltar – le dije tanto a Max como a Ángel.

Una mano larga y pálida tomó la daga, luego apareció ante mí la imagen de mi tío, entre Cassious y yo, puso su mano sobre mis ojos y la conexión se rompió, Cassious cayó al suelo y Ángel le saltó encima, presionándolo contra el suelo.

Pero Cassious estaba demasiado molesto, demasiado preparado. Tomó a Ángel del cuello y lo lanzó de nuevo hacia la chimenea, luego tiró a Max del cabello y lo lanzó hacia otra pared, antes de que siquiera pudiera pensar en aprisionarlo de nuevo él ya estaba sobre mí, una de sus manos cubriendo mis ojos y la otra atrapando mis muñecas: no había escapatoria.

Sentí sus colmillos rozar mi cuello, el cual había despejado cuando tiró de mi cabeza para cubrir mis ojos, me movía furiosamente bajo él, no quería que me mordiera, sabía que algo muy malo pasaría si lo lograba. Intenté darle patadas, pero mi cuerpo era muy pequeño debajo de él, lo único que evitaba que me mordiera era que no dejaba de mover la cabeza, le di tantas vueltas que pensé se me destornillaría en cualquier momento.

Algo nos empujó lejos, Cassious me tenía agarrada tan fuerte que por más que quisieran no nos iban a separar, empujaron de nuevo; su agarre sobre mis ojos se movió, podía ver con un ojo como Ángel intentaba que me soltara, antes de que reacomodara la posición de su mano vi a Ángel tomar la daga.

Luego sentí el roce de unos colmillos afilados, seguido del frío del metal en mi hombro, lo punzante del dolor y el feroz olor metálico de la sangre. El cuerpo de Cassious colapsó sobre el mío por un instante, luego la cara de Ángel apareció frente a mí y lo quitó de encima, voltee a ver mi brazo izquierdo, sangre brotaba de él. Me quejé e intenté tocarlo, pero estaba inmovilizada. Cuando el resto de la adrenalina había pasado, sentí verdadero dolor, era malditamente insoportable.

Tan insoportable que me desmayé.

Capítulo 33, La verdadera historia.

- Debería sólo irme. Si, irme haría todo más sencillo. Si tan sólo pudiera, sino se viera tan...

Estaba mareada y no quería abrir los ojos, sabía que iba a estar muy brillante y que sería horrible, pero alguien seguía murmurando palabras sobre si debía irse o no *¡Por amor al cielo, anda vete!* Quise gritarle, pero nada salió de mi boca y cuando abrí los ojos me di cuenta porque: estaba fuera de mi cuerpo, modo proyección astral fantasmagórica.

Me encontraba en una habitación de hospital, yacía en la cama conectada a un par de monitores y una vía. Tenía el hombro izquierdo vendado. Ángel flotaba, literalmente, sobre el piso de la habitación, como si no quisiera que sus pasos me fueran a despertar; verlo así, preocupado y siendo vampiro, fue extraño. Y lindo. Podía pensar sobre él siendo cualquier otra criatura, pero no un vampiro, no uno que perteneciera a la familia que me cazaba, no uno que me mintiera. No un vampiro realmente.

Negué con la cabeza y decidí ver si podía regresar a mi cuerpo, si algo había aprendido en las últimas semanas es que usualmente con la magia si quieres algo, sólo tienes que pedirlo. Al momento en que regresé lo lamenté, parecía que tenía la peor de las resacas, la cabeza me dolía, el estómago me daba vueltas y el hombro era infernalmente molesto.

- ¿Con que un vampiro llamado Ángel, eh? – Dije con mi voz ahogada, lo sentí a mi lado, abrí los ojos para ver su respuesta.

- Sí, soy el hazme reír de la nación – dijo con una sonrisa de medio lado, quería parecer despreocupado, pero se veía aliviado.

- Es como una ironía terrible – me revolví y me dolió.

- Mi mamá y mis hermanos son los únicos que me llaman así, el resto me conoce como Alexander.

- Uh – gemí y abrí los ojos, Ángel estaba más cerca – ¿Cómo está Eduardo?

- Está en terapia intensiva, había perdido mucha sangre, tenía una hemorragia y una fractura en la pierna.

- ¿Mis padres?

- Conmocionados, pero bien. Tu padre tenía una herida poco profunda en la cabeza. Max está intentando explicarles lo que pasó.

- ¿Alguien llamó a Eliot?

- Max hizo que lo chequearan, está en el hospital de la Universidad.

- ¿Qué demonios me pasó? – Su voz había sido plana en todo momento, pero pareció necesitar un descanso para responder mi pregunta. Tomó una silla y la puso al lado de mi cama, se sentó y me miró a los ojos.

Ya no llevaba la bandana en el cabello ni la chaqueta de cuero, se había cambiado a una camiseta azul cielo que combinaba perfectamente con sus ojos, los cuales no expresaban más que preocupación.

- Cassious estaba muy pegado a ti, cuando atravesé su corazón con la daga llegué a cortar tu cuerpo – tocó suavemente el vendaje – no fue profundo, pero fue un tanto invasivo, si le sumas toda conmoción por la que pasaste y lo increíblemente dramática que eres, tienes un cuadro interesante.

- ¿Un vampiro no debería ser más resistente? Un cortecito de una pequeña daga parece algo realmente tonto – no lo miré cuando lo dije.

- Es una daga de plata – la sacó, estaba envuelta en una funda, se quedó observando el sello de su familia – es un arma secundaria, pero puede atravesar un pecho, es un modelo viejo y por eso está hecho con este material. La plata ralentiza el proceso de sanación de los vampiros – me miró – tu catana también tiene filo de plata.

- Fue un regalo de mi abuela.

- Eso creí.

- ¿Así que tu piercing también es de plata? – Él se llevó la mano hasta el

accesorio y lo tocó.

- Sí.

- Necesito que me digas todo, Ángel – dije aun mirándolo a los ojos, pero cambiando el tema – la verdad, lo que sabes, por qué estás aquí, quién eres, todo.

- Soy – suspiró – soy el Príncipe Ángel Alexander Van der Keergaard Hogde de la Corte Noreste de vampiros de América, mi hermano gemelo, Sebastián, es el heredero al trono. Tengo diecinueve años, sólo tres viviendo en este país, ya que fui designado a encontrar a la heredera de la profecía – miró fijamente la pared limpia del hospital mientras lo decía, como si el cuadro de una margarita fuera muy interesante – así que año tras año fui enviado como un espía al campamento donde algún día llegaría, para luego hacer aprehensión de ella y llevarla ante la corte vampírica para que cumpla con su palabra.

- Pero yo nunca...

- Sin embargo – Ángel continuó, regañándome con los ojos, como si no estuviese acostumbrado a que lo interrumpiesen, quizás no lo estaba, era un príncipe después de todo – al momento en que se me fue designada tal tarea mi hermano quiso investigar, él encontró que los vampiros no habían negociado con las brujas, las habían engañado.

- No entiendo – dije cuando vi que no iba a agregar nada más, él suspiró, se recostó sobre el respaldo de la silla y cerró los ojos.

- Supongo que ya sabrás que tu abuela y tus tías pidieron ayuda a la corte vampírica en sus primeros días como hechiceras.

- Sí.

- Ellos le facilitaron a alguien que les ayudaría con lo de la magia ¿No es verdad?

- Ajá.

- Alexandros les mintió, ellas no necesitaban a nadie para tomar esa magia.

- Pero su madre les había dicho...

- Que buscaran ayuda con los que dan vida, si – él asintió aun con los ojos cerrados – dijo ayuda, no que les facilitaran a alguien para que hiciera el trabajo, se refería a un guía que les explicara que eran brujas, nada más – abrió los ojos y me miró – de todas formas, Sebastián encontró ese vacío legal y me lo comentó. Intentamos conversar con nuestro padre, pero apenas había sido ascendido al trono y el rumor que sabía del paradero de la chica de la profecía ya se había expandido. Me encargó la misión a mí, ya que sabía que Sebastián se negaría o nunca la completaría.

- Porque él es el bueno y tú el malo – repetí.

- Cassious fue desterrado hace unos años – continuó, ignorando mi comentario – por ser una deshonra para la familia real, él pensaba que si te conseguía la familia lo acogería de nuevo y tendría todos sus privilegios como antes – sonrió – pero se equivocó.

- ¿Por qué pensó que Eduardo era, erh, yo?

- Cuando Cassious secuestró a tu abuela y se la llevó a mi padre, ella dio a entender que era un miembro masculino quien gozaba de la magia. Aunque la primera vez que te vi supe que no era así.

- ¿En el campamento? – Él desvió la mirada.

- Yo estaba la noche que te enfrentaste a mi padre en el sótano de mi casa, llevaba una túnica negra.

Recordé la primera vez que me había proyectado astralmente, la noche en que habían secuestrado a mi abuela, y lo que había visto. Estaba el sótano, las dos capuchas, una se había volteado para verme, la otra sólo habló al final, saliendo de su escondite en la oscuridad.

- Tú te escondiste y luego hablaste – dije, me volvió a mirar.

- Si tú hubieses sido más inteligente no hubieses saltado en ese momento, hubieses aprendido más – entrecerré los ojos, él se echó para atrás – no me mires así, pensé que fue valiente, estúpido, pero valiente.

- Continua – quería golpearme por no reconocer su voz de ese día. O de cuando escuché a Sebastián por teléfono.

- Después de eso sólo tuve que infiltrar un espía entre las líneas de Max y que me confirmaran que esta vez sí irías al campamento – movió la cabeza de lado a lado – sólo que después de que me confirmaran, Max lo descubrió y nos tendió un ataque, mi hermana menor se perdió y terminé distrayéndome – no alegué que conocía a Mais, aunque quería cachetearme por no hacer la relación entre los nombres de los hermanos de ella y los de él – empecé a observarte de cerca, pero no podía intervenir, Cassious estaba merodeando, él seguía creyendo que era Eduardo y yo no le iba a decir que estaba saliendo con la indicada – resopló – que idiota, con sólo probar tu saliva se puede decir quién eres – me sonrojé y miré a otro lado – así que esperé a que fueras al campamento. Pero allá estaban Jessica y Arturo, que aunque estoy seguro que saben quién soy nunca han hecho nada. Cuando te llegaron los regalos de tu novio, me aseguré que fuera Cassious quien los estaba enviando, por eso abrí la carta que te llegó el día de las flores, su escritura es muy característica. Otra cosa que te delató fue la proyección astral el primer día – sonrió – emanas una cantidad sorprendente de poder cuando haces eso, deberías tener cuidado. El día que te perdiste en el bosque tuve una conversación con Cassious.

- ¿Me perdí? – Él parecía avergonzado.

- Esa noche salí a buscar la criatura mágica que se escondía en los árboles, pero te sentí; verás, los vampiros tenemos como una especie de censor, es casi como si pudiésemos oler la magia – yo asentí – así que salí porque llegaban vibraciones extrañas y me advertían de otro vampiro, pero antes de encontrarlo tú entraste al bosque, intenté susurrarte en la mente que te alejaras, que regresaras; pero no estaba seguro de haberlo logrado, luego tropezaste conmigo.

- Entonces no soñé que estabas hablando solo.

- Ni yo aluciné que irradiabas poder desde mis brazos ni que te había visto en la copa de un árbol jugando a ser un fantasma – sonrió – cuando hechizó a Petter también se hizo evidente que ya sabía quién eras.

- ¿Hechizó a Petter? – Ángel me miró, incrédulo.

- ¿No te diste cuenta? Cuando te golpeé – pensé en ese momento, en la extraña actitud de Petter.

- Pensé que quería que fuera a dar el paseo, nada más.

- Era Cassious intentando que entraras al bosque, lejos de la barrera mágica,

y que te pudiera desaparecer.

- ¿Cómo pasaste la barrera mágica? – Había tantas cosas que ignoraba.

- No eres la única con amuletos – él me mostró su collar.

- ¿Qué es? – Pregunté, después de dos semanas de intentar adivinar a que animal le pertenecía.

- Mi primer colmillo – se lo quitó – sólo mudas los colmillos un par de veces en la vida, naces con ellos y cuando eres lo suficientemente maduro, los cambias. Luego salen estos – desplegó sus caninos, me percaté que antes de desplegarlos eran un poco más largos que los normales – estos si se pueden retraer.

- Ya veo – tomé el collar, olía a él – pero ¿Cómo un colmillo te sirve para sobrepasar la barrera de Jess?

- Hice que Sid lo hechizara para mí.

- ¿Sid? – Sabía a quién se refería, pero quería que me aclarara eso. Oh, quería que lo aclarara mucho.

- Siddhartha, la chica del campamento – miraba el colmillo en mis manos – ella es una hechicera, mi hechicera personal, de hecho. De vez en cuando también sirve como alimentadora.

- ¿Alimentadora?

- Uh – se vio incómodo – dona sangre para mí, mi alimento.

- Ya veo – pensé en lo que había visto en la cascada, ya no creía que fuera un beso entre él y ella – así que no tienes una relación secreta con ella – dije en voz alta y él se sonrojó ¡Bingo! – ¿Cómo puedes sobrevivir a la luz solar?

- Ese día – quizás él me había visto o sentido detrás de la cascada y lo había hecho para lastimarme – estaba particularmente débil, la noche anterior no había dormido, tuve que hacer mucha fuerza y pasar muchas horas bajo el sol, necesitaba una dosis para no lucir como un enfermo – pensó un poco y contestó a la pregunta – Hay muchos mitos sobre los vampiros – ya veía que él no diría más de su amiguita.

- Marc... - me interrumpí – Cassious nunca salió a la luz del sol.

- Los vampiros inmortales no pueden salir a la luz del sol, yo aun no lo soy. Hay tres tipos de vampiros, Alessandra. Yo soy un vampiro de sangre pura, todo mi linaje ha sido de vampiros, eso me da ciertos beneficios y poderes. Si, los vampiros somos seres de oscuridad, pero también hemos evolucionado; tenemos científicos que se han encargado de ello, vivir en las sombras puede ser divertido, pero después de un tiempo aburre. No se sabe con exactitud en qué año empezamos a disfrutar de la luz solar, pero lo hacemos, sin embargo las quemaduras que deja son de tercer o segundo grado, así que han creado una especie de protector solar para que los daños sean menores. Consume mucha energía, tienes que tomar mucha sangre y realmente no puedes hacer nada si estás bajo ella, pero no hace que estallemos en llamas. Además, entre la curación y el protector solar, todo es pan comido.

- Cassious – siguió – era un desliz, un error de Alexius con una humana cualquiera – hizo un gesto de desdén con la mano – los mitad vampiros, los mala sangre, son bastante arrogantes, creen que por tener la misma sangre que nosotros son igual de buenos – su rostro se oscureció – no lo son en lo absoluto, son más limitados, menos poderosos, sus sentidos son prácticamente humanos – me miró – sin ofensas – yo subí una ceja.

- ¿Era?

- Después de que acuchillara su corazón, Max lo decapitó – hice un gesto de asco, él se acercó y tocó mi cabello, retirando un mechón de mi cara - ¿Muy pronto?

- Mi mamá estará molesta por el desastre de la sala – gemí, él soltó una carcajada, de esas que son bien masculinas y que llenan la habitación, era simplemente maravilloso.

- He enviado un equipo de limpieza, incluso sustituirán los muebles, no se dará cuenta.

- Se dará cuenta – le aseguré, luego tuve una mejor idea - ¿No les puedes hacer olvidar?

- Si – su expresión era seria y cuidadosa.

- Hazlo – posé mis ojos sobre mis manos, aun con su collar enredado entre

los dedos – que olviden que alguna vez existió un chico llamado Marco, que me fue tan mal en la escuela, que parecía enferma y que estaba distante – le di mi mejor mirada de cachorrito, incluso un par de lágrimas la acompañaban – por favor.

- Está bien – no dijo más.

- ¿Qué va a pasar conmigo, Ángel? – Le pregunté sin mirarlo. Mantener las miradas es difícil y peligroso, a veces no quieres que tus ojos reflejen lo que no dicen tus palabras, yo estaba segura de que los míos dirían *¿Me llevarás contigo y dejarás que tu nación se aproveche de mí?*

- Nada, serás una adolescente feliz, continuarás con tu vida. Terminarás la secundaria, irás a la universidad, te educarás en la magia para pasar desapercibida. Te encontrarás con alguien, se enamorarán, tendrán una familia, morirás – su voz fue plana, quería mirarlo, pero era mejor no saber que había en su mirada. No busques lo que no quieres encontrar.

- ¿Qué pasa con esa profecía de la que todos me comentan, pero que nadie me explica?

- Se supone que cada cien años más o menos nace una bruja o brujo con una misión especial, esa bruja tiene una cantidad de poderes inimaginables y está destinada a hacer cosas grandes – se detuvo – otra característica sobre este ser es que es increíblemente atractivo para los otros seres mágicos, es diferente a los de su tipo, la sangre de brujo nos hace daño a quienes la toman, pero la del de la profecía no – miró sus manos – es dulce, la sangre más dulce, poderosa y adictiva que alguna vez ha existido.

- ¿No dicen cuál es mi misión? – Él sonrió.

- Se supone que tú la tienes que averiguar, muchas han muerto sin completarla, otras ni siquiera sabían quiénes eran.

- Así que el príncipe de la nación vampírica sabe mi identidad – hice una pausa dramática – ¿No está en su deber de llevarme con él? – Sonó terrible, pero era más o menos lo que pensaba.

- Al príncipe lo criaron con principios – hizo una pausa – honor, lealtad, justicia – los dijo como si siempre los repitiera – el juramento bajo el cual estás no cumple con ninguno de esos, no te llevaré ante la corte.

- Un vampiro ha sido asesinado ¿Nadie preguntará? – Lo miré de reojo, tenía la vista fija en mí.

- Estaba desterrado, pasarán años antes de que alguien note que falta.

- ¿Y tú?

- ¿Yo?

- Tú sabrás que está muerto, que tú ayudaste a matarlo ¿No va eso en contra de tus principios? ¿En contra de tu familia?

- Te estaba protegiendo.

- ¿Y qué significa eso? – Quise retirar la pregunta apenas la hice.

- También estaba protegiendo la nación, Cassious probablemente lanzaría un golpe de estado al tenerte bajo su poder.

Nos quedamos en silencio, él había evadido mi pregunta. Bien. Podía vivir con eso, estaba casi segura de que él no podría y se arrepentiría luego.

- No eres tan malo como piensas – dije, él sonrió.

- Tú no sabes cómo pienso – hizo una pausa – o que tan malo me considero.

- Tengo una idea – le confesé – o por lo menos sé que a mi alrededor no lo eres.

- Que pensamiento tan egocéntrico – lo dijo sonriendo.

- Y que comentario tan grosero – hizo un ademán con la mano.

- Es un defecto de la aristocracia decir lo que nos place – me reí tan fuerte que el hombro me dolió.

En ese momento entró una enfermera y me preguntó como estaba, le dije que el hombro me molestaba un poco y me inyectó un analgésico, dijo que me ayudaría a descansar para sanar más rápido. Ángel asintió, diciendo que era lo mejor.

- Desearía poder estar molesta contigo – dije en voz alta, a pesar de que estaba segura que sólo lo había pensado, una vez que la enfermera se marchó.

- ¿Ah?

- Piénsalo bien, me mentiste sobre tu nombre, quién eras y qué querías de mí, me manipulaste para que hiciera más o menos lo que querías y estuviese junto a ti, me lastimaste con la intención de alejarme después de que yo te hubiese lastimado a ti, me investigaste e incluso sabías quién era yo antes que yo – hice una pausa sopesando los eventos de las últimas semanas – son casi las mismas cosas que hizo Cassious – él se vio horrorizado – pero ¿Ves? Ahí, en tu expresión, sabes que no fue de la misma manera, sabes que no lo hiciste porque me iba a hacer daño, de hecho – suspiré – todo lo que has hecho ha sido para protegerme.

- Yo no...

- Di lo que quieras – lo interrumpí y levanté una mano – pero yo sé que es así, tu madre te puso ese nombre más que por tu apariencia, para mi eres un ángel.

- ¿No te importa que tu ángel tenga colmillos? – Tomó mi mano y la entrelazó con la suya, yo negué con la cabeza conteniendo lágrimas – eres mi cielo, *smukke* – sonrió – pero si me quedó seré tu infierno.

- Cada uno de nosotros lleva en sí, un cielo y un infierno – dije ignorando su sutil manera de decirme que se iría, mis ojos se ponían pesados y nublados.

- ¿Citas a Oscar Wilde? – Parecía sorprendido.

- El retrato de Dorian Gray es una obra maravillosa – miré nuestras manos, el cordón de su collar las decoraba.

- No me puedo quedar, Alessandra.

- No te *tiene* que ir, tampoco.

- Eres una niña – dijo intentando zafarse de mi agarre, yo lo apreté con un esfuerzo sobre humano, todo me pesaba y no quería llorar – sería malo para ti, tú no me quieres en tu vida.

- ¿Cómo sabes lo que quiero? – Dejé que me soltara porque parecía mucho esfuerzo mantenerlo junto a mí – lo dijiste en el claro, dijiste que tenía que ser

honestamente conmigo misma y aceptar lo que quería. Esto es lo que quiero.

- No te puedo dar esto – se levantó y comenzó a caminar, deseé poder pararme y lanzármelo encima, pero mis ojos cada vez estaban más pesados, haciendo eco de todo mi cuerpo.

- ¿Entonces que me puedes dar? – Grité, o eso pensé, desesperada.

- La partida es la pena más dulce.

Con esa última cita de Wilde, abrió la puerta y se marchó, no fue hasta que las lágrimas empaparon mi cara que supe que se había ido. Se había ido y yo sabía que no iba a regresar pronto. No sabía ni siquiera si iba a regresar alguna vez.

Dejé de luchar contra el medicamento, prefería no estar consciente de su partida.

Epílogo.

Salí del hospital al día siguiente junto con mis padres, Eduardo salió mucho después, se había fracturado la pierna y necesitaba varias cirugías. Mis padres creían que se había facturado jugando fútbol. Que curioso.

Mi hermano me había preguntado que si seguía molesta con él, yo realmente no recordaba en qué momento habíamos peleado; nos reímos de ello y le conté todo lo que había pasado en el campamento, lo que más le había sorprendido era que Ángel tenía la moto que él quería. Hombres.

Él se burló de mí por no confiar en él cuando me advirtió sobre Marco, yo le pregunté si sabía que era un vampiro mala sangre sediento por mi vida; logré conseguir que se callara. También me comentó sobre la carta que le había dejado Melinda, en ella le había aclarado el por qué de nuestros nombres: Eduardo significa guardián de tesoros, Alessandra significa "la protectora" lo único que se le olvidó mencionar era que carrizo tenía que proteger; además, mi querido hermano también me había confesado que él había escuchado voces la semana que habían secuestrado a la abuela, solo que no les prestaba atención. Él me asustaba con lo despistado que era.

Eliot estaba bien, no tenía más que marcas en el cuello que probaba que algo le había sucedido. Él tampoco recordaba que le había pasado. Ángel había hecho un buen trabajo con todos, ni siquiera sabía cómo había encontrado a Eliot.

Jessica había llamado el día después que salí del hospital, quería saber cómo había resultado todo; le pregunté si sabía lo que iba a pasar cuando estaba en el campamento y me dijo que sólo tenía una idea, le pregunté si sabía quién era Ángel y se rió mientras decía que no. Claaaaaaaaro, no es como si ella y su esposo se hubiesen aprovechado de su súper fuerza, se hubiesen hecho la vista gorda ante que era un vampiro y que siempre llevaba una hechicera con él. Por supuesto.

Max se había quedado con nosotros hasta que todos estuvimos bien, pude conversar con él y me confesó ser un brujo, era el pupilo de mi abuela, alguien que había sido educado y designado para defenderme, protegerme y, en su debido tiempo, enseñarme las artes mágicas. Que más que mi tío, sería mi profesor cuando

Jess no estuviese cerca, ahora que yo sabía la verdad.

Max también me había ayudado a comprender por qué no me habían dejado matar a Cassious: tengo quince años, cargar con el asesinato de un vampiro desde tan temprana edad podría afectarme. Romperme, había dicho él. Al principio no le creí, estaba demasiado molesta, pero una vez que lo pensé con la cabeza fría me di cuenta que tenía razón; no quería ser una asesina, ni siquiera del ser que me había atormentado la vida por tanto tiempo.

También me había dicho que lo que había hecho no era normal, que nadie gozaba de tan buen control sin práctica, le había contestado que fue un momento donde la adrenalina me mandaba, como cuando las viejitas pueden levantar carros para salvar a sus nietecitos. Pero yo sabía que no era así, aun podía sentir esa cantidad de poder corriendo por mi venas, esperando el mínimo impulso para mandar algo a volar. En las noches, justo antes de dormir, me aseguraba que mi collar estuviese bien seguro en mi cuello, como labarrera mágica que estaba destinada a ser.

Esa era otra de las cosas que me había explicado Ángel del por qué Cassious había estado equivocado con respecto a mí: el collar no solo era un amuleto y una barrera mágica; el mismo también me servía como camuflaje, era una persona sin magia cuando lo usaba. También había ayudado que los inconvenientes con la magia hubiesen pasado siempre que Eduardo estaba cerca, que eso lo había despistado.

Lo que sucedió en el club la noche que salimos a bailar fue casi planeado, en la carta que mi abuela le había dejado a Eduardo había una esclava de oro, ella protegía a mi hermano de cualquier cosa mágica que yo me atreviera a hacerle y se aseguraba de devolvérmela, como para que aprendiera mi lección de que no se juega con magia si la familia está involucrada.

Que linda mi abuelita.

Elisa no podía creer que se hubiese perdido todo eso y quedó fascinada con todo lo que había aprendido de la magia, estaba maravillada con la profecía y estaba investigando. Investigaba en libros, internet, bibliotecas y diarios viejos que había en el baúl de mi abuela.

Eduardo y yo quemamos el baúl, sólo nos quedamos con las cosas que tenía adentro – las cuales distribuimos estratégicamente en mi habitación. También se

había interesado por los vampiros, incluso nos habíamos burlado de ellos ¿Vampiros con protector solar? Tenía que ser un chiste – aunque por lo menos no brillaban.

Había intentado comunicarme con Mais, visitarla de nuevo o que ella invadiera mis sueños, pero cada vez que lo probaba encontraba el acceso cerrado, como si le hubiesen pasado la llave a una cerradura metafísica. Hubo un momento donde pensé que era la proyección astral lo que estaba fallando, pero me encontré con dos Alessandras en mi cuarto cuando la probé, por lo cual sabía que no era eso. Y también sabía que era muy probable que Ángel tuviese algo que ver con eso. Seguía siendo un misterio por qué visitaba a Mais y solo a Mais.

La sala, tal como lo había prometido Ángel, quedó perfecta; habían cambiado la alfombra y los muebles, todo era sumamente parecido a lo que había quedado dañado.

Campanita no había salido viva del encuentro con Cassious, por eso había tanta sangre en la sala. Según Eduardo la perra le ladró tanto que tuvo que hacerlo ¡Mi hermano estaba excusando al vampiro idiota que había asesinado a mi mascota!

El corte de la daga me había dejado una cicatriz en el hombro que no se veía linda, tenía como cinco centímetros de largo y no era tan fina como la hoja de mi catana, tenía dos hilos hacia abajo donde los colmillos de Cassious me habían perforado, por lo cual parecía ser una sonrisa con colmillos. Estaba bien con ella, las cicatrices usualmente nos recuerdan que el pasado fue real, que cometiste un error y que no deberías cometerlo de nuevo.

Por ahora estaba completamente negada a tener una vida amorosa, no porque hubiese tenido un novio que intentara que me quedara con él aunque yo no quisiera o uno que hubiese intentado matarme y comercializarme como si fuera una vaca, ni siquiera por haber tenido un estupendo amor de verano que me había abandonado. Era porque simplemente no estaba preparada para meter a alguien en donde yo estaba, ni siquiera estaba segura de que yo pudiese sobrevivir a todo eso.

Pero cada vez que pensaba en eso recordaba a Ángel, él ya sabía todo, lo manejaba bien e incluso planteaba soluciones, pensaba en lo fácil que sería. Pero Ángel ya no estaba, lo único que me recordaba que había sido real era su colmillo, su collar, que ahora siempre llevaba alrededor del cuello, junto a mi propia

medalla. La anotación que había hecho en mi cuaderno el día que me llevó a mi cabaña, con su perfecta caligrafía antigua.

Y los once lirios blancos junto con una rosa azul que me enviaba todos los años en la misma fecha. El día que nos habíamos besado. No importaba donde estuviese, ni que estuviese haciendo: siempre había recibido mis flores. Seguía preguntándome cómo lo hacía.

Eso me daba una especie de esperanza, quizás él pensaba en mí tanto como yo pensaba en él, quizás él también tenía sus formas de recordarme. Después de todo, si dos personas están hechas para estar juntas, en algún momento encontrarán la manera de estar juntos de nuevo ¿No es así? Aunque quien sabe, me han dicho que no debo confiar en vampiros.